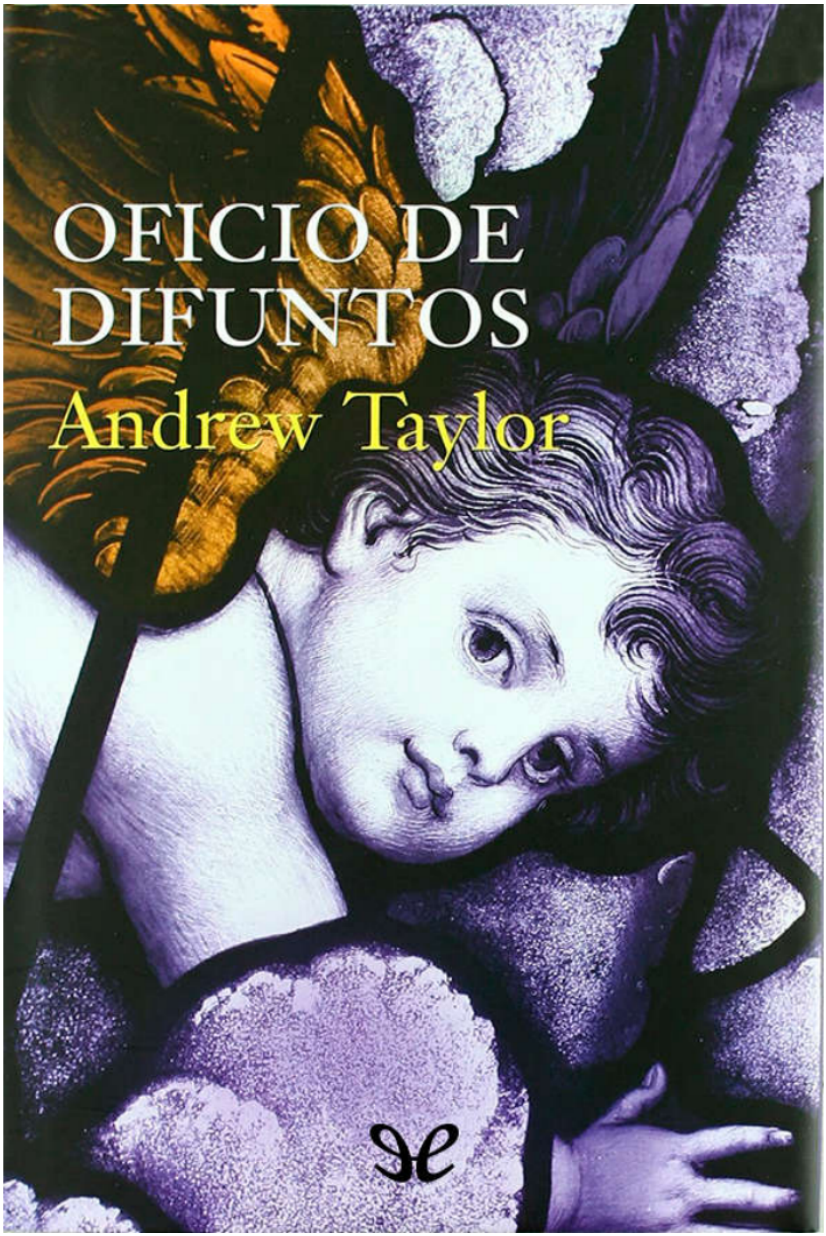
OFICIO DE
DIFUNTOS
Andrew Taylor

Oficio de difuntos cierra la trilogía Roth situando al lector a finales de los años cincuenta del siglo XX, y sigue los pasos de Wendy Appleyard cuando, tras cinco años de matrimonio, abandona a su marido Henry para establecerse con su vieja amiga Janet en la catedral de Rosington para ocuparse de la rica biblioteca. Casada con una guapo pastor protestante, David Byfield y madre de una preciosa niña, Janet parece gozar de una vida perfecta, envidiable. Pero todo se tuerce cuando el crimen irrumpe en la ciudad. Y sólo Wendy, ajena a la comunidad, está en disposición de advertir dónde se oculta el mal…

Andrew Taylor

Oficio de difuntos

Trilogía Roth

Trilogía Roth - 3.0

ePub r1.3

Titivillus 21.06.2021

Título original: *The office of the dead*
Andrew Taylor, 2000
Traducción: Roser Vilagrassa Sentís

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Vivien con amor y gratitud

PRIMERA PARTE

LA PUERTA EN EL MURO

Capítulo 1

—Nadie —respondió Rosie.

Fue lo primero que me dijo. Empujé la puerta en el muro y allí estaba. Llevaba sandalias rojas, un vestido de algodón de color crema con florecillas azules bordadas en el canesú y cintas rojas sobre el cabello rubio. Las cintas y las flores hacían juego con sus ojos. El atuendo era impecable, como el jardín, como todas las cosas de Janet.

Sabía que era Rosie por las fotografías que Janet había enviado. Pero le pregunté cómo se llamaba, porque es lo que suele hacerse al conocer a un niño para romper el hielo. Los nombres son algo importante. Los nombres cuestan de olvidar.

—¿Nadie? Seguro que no. —Dejé la maleta sobre el suelo del sendero y me agaché para estar a su altura—. Estoy segura de que eres alguien. Alguien disfrazado.

—No. Soy Nadie. —Su gesto no era impaciente, solo firme—. Me llamo así.

—Nadie se llama Nadie.

Cruzó los brazos contra su pecho formando una cruz de carne y hueso.

—Yo sí.

—¿Y por qué?

—Porque Nadie es perfecto.

Dio media vuelta y se alejó dando saltos por el sendero. Me erguí sin dejar de mirarla. Rosie estaba jugando al tejo, pero sin la piedra y sobre un dibujo imaginario. Ora con una pierna, ora con las dos. Sin embargo, en vez de dar media vuelta, siguió saltando en dirección a la puerta acristalada de la casa. Las suelas de las sandalias restallaban contra las losas como aplausos acompasados. Cada vez que tocaban el suelo, ya fuera con un pie o con los dos,

una sacudida recorría su cuerpo y le hacía temblar el cabello.

Sentí una punzada de envidia, de furia casi, penetrante como el cuchillo de John Treevor. Nadie era hermosa. Ya lo creo, pensé, Nadie es perfecta. Nadie era la niña que siempre he querido, la niña que Henry nunca me dio.

Hacía días, semanas, que intentaba no pensar en Henry. Por un instante, la imagen de su rostro fue más vivida que Rosie y la casa. Habría querido matarlo. Habría querido agarrar a Henry, tomar cuanto me había ocurrido en la vida y tirarlo al abismo, a lo más oscuro del océano Pacífico.

Más adelante, en una de esas conversaciones incompletas pero intensas que sostuve con David cuando Janet enfermó, traté de explicárselo.

—Wendy, no puedes esconderte del pasado —me dijo—. No puedes fingir que no ocurrió, que no importa.

—¿Por qué no? —Yo estaba algo bebida en ese momento y hablaba más alto de lo que pretendía—. A mi entender, la gente que vive en el pasado tiene algo de patético. El pasado, pasado está.

—Nunca es así. Al menos hasta que no lo has superado. El pasado es uno mismo.

—No me alecciones, David —dije, sonriéndole con dulzura, y le eché el humo del cigarro a la cara—. No soy uno de tus malditos estudiantes.

Sin embargo, cómo no, David tenía razón. Era una de las cosas que más me irritaban de él: que solía tener razón. Era un tipo tan arrogante que querías que se equivocara. Y al final, cuando se equivocó estrepitosamente, ni siquiera pude regodearme. Sencillamente sentí pena por él. Supongo que no se le daba bien tener razón sobre sí mismo.

Capítulo 2

Cuando era niña, las personas a mi alrededor se enorgullecían de su pasado y del lugar en el que vivían.

Mis padres nacieron y crecieron en Bradford. Bradford era superior a cualquier otra ciudad en cualquier aspecto posible, desde el ayuntamiento a los grandes almacenes, desde sus filántropos a la lluvia. Asimismo, mis padres tenían la tácita convicción de que Yorkshire, el condado de Dios, eclipsaba a todos los demás condados. Vivíamos en un arbolado barrio residencial de las afueras, en el número 93 de Harewood Drive, en una casa adosada con cuatro habitaciones, un garaje de estilo Tudor y un reloj de pie en el recibidor.

Mi padre tenía una joyería en York Street. Su padre había fundado el negocio y él lo sacaba adelante sin entusiasmo. Tenía dos intereses en la vida y ambos estaban en casa: su huerto y mis hermanos.

Howard y Peter eran gemelos y diez años mayores que yo. Siempre fueron seres grandes y semidivinos que me hacían muy poco caso, y así lo serán siempre. Lo cierto es que guardo un vago recuerdo de ellos.

—Pero algo recordarás —me dijo Janet durante una de nuestras charlas íntimas en la escuela.

—Jugaban a críquet. Y cuando pienso en ellos, siempre me viene a la mente el olor a aceite de linaza.

—¿No hablaban nunca contigo? ¿Nunca hacían cosas contigo?

—Recuerdo a Peter riéndose de mí porque yo creía que Hitler era el nombre del verdulero que había cerca de la estación. Y uno de los dos me dijo que cerrara el pico una vez que me caí en el jardín de atrás y me eché a llorar.

—Haces que parezca que estés mejor sin ellos.

Eso nunca lo sabré. Cuando tenía diez años, ambos murieron: Peter, cuando su barco se hundió en el Atlántico, y Howard, en el Norte de África. La noticia de sus muertes llegó a mis padres la misma semana. Después de aquello, en honor a su memoria la casa siempre estaba a oscuras; lo recuerdo como si las persianas estuvieran siempre bajadas y las cortinas corridas. La gran sala de estar de la parte trasera se convirtió en un santuario consagrado a los amados difuntos. Allá donde mirabas había fotos de Peter y Howard. También había una o dos mías, pero estaban en el rincón más oscuro de la sala, sobre una estantería con libros que nadie leía y porcelana que nadie usaba.

Pese a ser niña, reparé en que mi padre cambió cuando murieron. Se achicó bajo la piel. Se encorvó más. Cada vez pasaba más tiempo en el huerto, cavando con furia. Luego supe que había perdido el interés por el negocio. Antes, su obligación había sido sacarlo adelante para Peter y Howard.

Sin ellos, la tienda perdía importancia. Aun así seguía yendo a la ciudad todos los días y ganaba lo bastante como para pagar las facturas. Pero la tienda le traía sin cuidado. Ya no se enorgullecía de ella. Creo que ya ni se enorgullecía de Bradford.

En el mundo de mi padre, las niñas no eran importantes. Hacíamos falta para darles hijos y llevar la casa. También hacíamos falta para ser objeto de deseo de otros hombres, para que esos hombres en cuestión nos compraran joyas en la tienda de York Street. Incluso teníamos cierto interés como dependientas y limpiadoras en la tienda, porque mi padre nos podía pagar menos que a nuestros equivalentes masculinos. Pero él no tenía interés alguno en una hija.

Mi madre era distinta. Creo que mi nacimiento fue un desliz, acaso el resultado de un momento de descuido insospechado después de una fiesta de Navidad. Me tuvo a los cuarenta, por tanto imagino que pensaría que ya estaba en edad crítica. Pero ella quería una hija. El problema fue que no quería una hija como la que yo fui. Habría querido una hija como Janet.

A la hija que mi madre habría querido tendría que haberle gustado sentarse a mirar patrones de ropa con ella y tendría que haberle gustado la ropa bonita. Sin embargo, la que le tocó cogió el gusto a decir palabrotas igual que un gato coge pulgas y se

empeñaba en cavar surcos al fondo del jardín.

Es una pena que tuviéramos tan poco en común. Ella me necesitaba y yo la necesitaba, pero eran necesidades incompatibles. A medida que yo crecía, esto fue cada vez más evidente para las dos. Y por eso acabé conociendo a Janet.

Imagino que mi padre me quería fuera de casa porque era una distracción que estaba de más. Mi madre quería que aprendiera a ser una señorita para poder hablar de costura y menús conmigo, para poder atraer a un joven apuesto y casarme con él, para poder regalarle una segunda familia de nietos perfectos.

Mi madre lloró cuando se despidió de mí en la estación. Aún veo las lágrimas reluciendo como rastros de caracol sobre el polvo de tocador en sus mejillas, inundando los surcos resecos de las arrugas. La verdad es que me quería y yo también la quería. Sin embargo, nunca supimos cómo estar cómodas la una con la otra.

Así que partí rumbo al internado. No olvidemos que eran tiempos de guerra y que nunca me había separado de mis padres, salvo tres meses al estallar la guerra, cuando todo el mundo pensaba que los alemanes bombardearían nuestras ciudades hasta reducirlas a cenizas.

Aquello fue distinto. Silbando y traqueteando, el tren atravesó un mundo a oscuras a lo largo de un recorrido que se me hizo eterno. En teoría, yo estaba a cargo de una chica mayor que yo, una de las monitoras de Hillgard House, cuya abuela vivía a pocos kilómetros al norte de Bradford. Se pasó el viaje entero coqueteando con varios grupos de soldados. La primera vez que les aceptó un cigarrillo, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Si se te ocurre decirle algo de esto a alguien, haré que desees no haber nacido.

Era enero y el frío y la oscuridad lo empeoraban todo. Hicimos cuatro transbordos. Cada tren parecía más pequeño y abarrotado que el anterior. En el último momento la monitora fue al lavabo, del que salió desmaquillada, convertida en una colegiala de tez lustrosa y sonrosada. Nos apeamos en la siguiente parada, una estación de campo envuelta en un velo de oscuridad en ninguna parte, donde se oían toda clase de ruidos discordantes que era incapaz de reconocer. Fue como si me hubiera apeado de aquel vagón cargado de humo y vapor para entrar en un mundo a medio

crear.

—En la sala de espera hay tres más de vosotras. Ya sois suficientes para un taxi —anunció un hombre.

La monitora agarró su maleta con una mano y, con la otra, me arrastró hasta la sala de espera. Allí fue donde vi a Janet Treevor por primera vez. Apretujada entre dos niñas más grandes, lloraba en silencio sobre un pañuelo de puntilla. Cuando entramos, alzó la vista y cruzamos las miradas un instante. Era la persona más hermosa que había visto jamás.

—¿Ese bicho es otra nueva? —preguntó la monitora.

Una de las otras niñas asintió.

—No ha dejado de llorar desde Londres —dijo—. Pero aparte de la llorera, parece inofensiva.

La monitora me empujó hacia el banco.

—Vamos, Wendy —dijo—. Tú te puedes sentar con ella —Janet me observó mientras cruzaba la sala con la maleta a rastras—. Al menos esta no es una maldita llorona.

Siempre he odiado mi nombre. «Wendy» resume todo lo que mi madre siempre quiso y todo lo que no soy. A mi madre le encantaba *Peter Pan*. La Navidad de mis ocho años asistimos a un musical sobre hadas. Pasé toda la actuación muerta de vergüenza en mi sitio mientras, en la butaca de al lado, a mi madre le caían lágrimas de felicidad en la caja de bombones que tenía abierta sobre el regazo. Dicen que James Barrie le dio ese nombre al personaje en honor a la hija de un amigo. Primero la llamó «Friendy». Pero lo espantosamente inevitable fue que el nombre pasó a ser «Friendy-Wendy». Y acabó transformándose en «Wendy», y el terrible buen hombre lo dejó como parte de su legado a la posteridad en general y a mí en particular. El único personaje que me gustaba de esta horrible historia era el capitán Garfio.

—Wendy —susurró Janet, acurrucada en el asiento trasero del taxi que nos conducía al colegio, aplastada en una esquina por una niña gigantesca que olía a sudor y caramelos de menta—. Qué nombre más bonito.

—¿Y el tuyo?

—Janet. Janet Treevor.

—Janet me gusta —le dije para no deshacerme en elogios.

—Yo lo odio. Es tan corriente.

—Es una pena que no nos los podamos cambiar.

Noté su aliento en mi mejilla y cómo temblaba. No oía nada por el ruido que hacían las otras niñas y el motor. Pero sabía que Janet se estaba riendo.

Y ahí empezó la amistad entre Janet y yo. Era enero, el trimestre de Cuaresma, y éramos las únicas niñas nuevas de nuestro curso. Todas las demás habían entrado en septiembre y ya habían hecho amigas, así que es natural que Janet y yo acabáramos congeniando. Lo que no sé es por qué nos hicimos amigas. Janet se parecía a mí tanto como mi madre. Pero en su caso —en nuestro caso— las diferencias nos unieron en vez de separarnos.

Hillgard House era una casa de finales del siglo XVIII en lo más profundo de la campiña de Herefordshire. El pueblo más próximo se encontraba a algo más de tres kilómetros. La enseñanza era pésima y a menudo la comida apenas si resultaba comestible. Cuando llovía, repartían media docena de cubos para recoger las gotas del techo en los dormitorios de la planta superior, que en otra época habían albergado las dependencias de la servidumbre, y nos dormíamos oyendo el suave plip plop plip plop del agua al caer.

La directora era la señorita Esk, que vivía con su hermano, el Capitán, en el ala sur de la casa. En esa parte había alfombras y estufas y, en ocasiones, cuando las ventanas quedaban abiertas, se oía música. Los Esk tenían su propia ama de llaves, que guardaba las distancias y estaba por encima del personal doméstico de la escuela. Raras veces se veía al Capitán. Teníamos entendido que sufría de una misteriosa herida recibida durante la Gran Guerra, de la que no se había recuperado del todo. Las niñas de los últimos cursos solían especular sobre la naturaleza de esa herida. Cuando crecí, sentí por él un gran respeto al entender que lo habían castrado.

En Hillgard House siempre pasábamos hambre. Estábamos en guerra, como nos recordaba a menudo la señorita Esk, lo cual significaba que no podíamos permitirnos los lujos de las épocas de paz, aunque tampoco podíamos evitar darnos cuenta de que, al parecer, la señorita Esk disfrutaba de no pocos de esos lujos. Ahora creo que los Esk hicieron fortuna durante la guerra. Se consideraba que la escuela estaba en una zona relativamente segura, alejada tanto del riesgo de los bombardeos como de una posible invasión.

Muchos padres prestaban servicio en las fuerzas armadas. Pocos disponían de tiempo y ánimo para controlar el grado de religiosidad y educación que ofrecía el colegio. Querían que sus hijas estuvieran a salvo y, en cierto modo, lo estábamos.

A Janet y a mí nunca nos gustó aquel lugar, pero nos acostumbramos. En lo que a mí respecta, Hillgard House tenía tres cosas que me gustaban. En primer lugar, nadie podía tener una amiga más leal que Janet. En segundo lugar, debido a la guerra y a la incompetencia de los Esk, pasábamos mucho tiempo solas. Por último, la escuela disponía de una biblioteca.

Era una sala alargada de techos altos que daba a un matorral abandonado en el extremo norte de la casa. Tenía una chimenea de mármol con la rejilla cubierta bajo un profundo montón de hollín. Las estanterías solo estaban medio vacías, pero nunca sabías qué te ibas a encontrar. En ese sentido era como la biblioteca de la catedral de Rosington.

Durante los cinco años que pasamos allí Janet debió de leer, u hojear, todos los libros que había. Se leyó *Ivanhoe* y *El origen de las especies*. Echó una ojeada a las obras completas de Pope y a ejemplares encuadernados de *Punch*. Yo recibí una educación de segunda mano, a través de Janet.

El último año, oculto en el interior de un sobre grande y marrón detrás de los sermones completos del obispo de Berkeley, encontró un ejemplar de *Justine*, del Marqués de Sade; estaba en francés y encuadernado en piel de becerro y tenía manchas de humedad en las páginas, como la mano de un anciano. Janet leía francés con fluidez —habilidad que en su familia parecían adquirir por ósmosis —, de modo que pasamos una semana del trimestre de verano leyendo partes del libro, que era aburrido aunque a veces nos hacía reír.

Durante los primeros trimestres, las demás solían reírse de nosotras. Janet era pequeña y delicada como una de las figurillas de porcelana que la señorita Esk tenía en la vitrina de su sala de estar. Yo siempre fui torpe. En aquella época llevaba gafas y mis pies y manos me parecían demasiado grandes. Janet ya podía llevar la misma blusa varios días que parecía blanca y recién planchada desde el momento en que la sacaba del cajón hasta el momento en que la dejaba en la cesta de la ropa sucia. En cambio, cada vez que

tenía en mis manos una taza de té, me echaba encima la mitad, o eso me parecía.

Mi madre pensó que Hillgard House haría de mí una señorita. Mi padre pensó que así me quitaría de en medio durante la mayor parte del año. Él tenía razón. Ella no. En Hillgard House no aprendimos a ser señoritas: aprendimos a ser pequeñas salvajes en una jungla presidida por los Esk, depredadores en un lugar lejano.

Capítulo 3

Yo nunca había conocido a una familia como la de Janet. Quizá de Bradford no salía gente como los Treevor.

Nuestra amistad se vio reducida durante mucho tiempo al ámbito de la escuela. Nuestras vidas personales eran algo aparte. Sé que yo me avergonzaba de la mía. Me imaginaba la de Janet como una familia señorial, hermosa y refinada. Estaba segura de que serían asombrosamente inteligentes, como lo era Janet. Su padre servía en el ejército, pero antes de la guerra se había dedicado a dar clases de literatura y a escribir en periódicos. La madre de Janet ocupaba un alto cargo en un ministerio del gobierno. Nunca supe a qué se dedicaba exactamente, pero tenía que estar relacionado con la traducción, ya que hablaba bien francés, alemán y ruso y tenía conocimientos de otras lenguas.

El verano de 1944 los Treevor alquilaron una casita en el campo quince días. Janet me preguntó si quería ir con ellos. Mi madre estaba entusiasmada porque empezaba a relacionarme con gente «de bien».

Yo estaba atemorizada. De hecho, no había nada que temer, porque el señor y la señora Treevor se pasaron las vacaciones metidos en un cuarto que usaron a modo de estudio o visitando a amigos del lugar. John Treevor era un hombre alto de nariz grande y frente abultada. A la sazón yo estaba convencida de que el abultamiento era necesario para contener las células cerebrales de más. De vez en cuando le daba a Janet unas palmaditas en la cabeza y, en una ocasión, me preguntó si lo estaba pasando bien, pero no esperó a escuchar mi respuesta.

Recuerdo mejor a la señora Treevor, porque nos explicaba las cosas de la vida. Janet y yo presenciamos el nacimiento de una camada de gatitos en una granja vecina. Janet preguntó a su madre

si los seres humanos podían tener cuatro hijos a la vez. Esto llevó a una concisa charla sobre sexo, embarazos y alumbramientos. La señora Treevor se dirigió a nosotras como si fuéramos estudiantes en una clase de matemáticas. No me atreví a mirarla a la cara mientras hablaba y noté que me sonrojaba.

Más tarde, en la oscuridad de nuestra habitación compartida, Janet me preguntó:

—¿Te los imaginas haciéndolo…?

—No, y tampoco me imagino a los míos.

—Es horrible.

—¿Crees que lo hacían con la luz encendida?

—Tenían que ver lo que estaban haciendo, ¿no?

—Sí, pero imagina qué pinta debían de tener.

Al poco rato, la señora Treevor dio unos golpes en el tabique para que dejáramos de reírnos tan alto.

Aquel año, después de Navidad, Janet pasó toda una semana con nosotros en Harewood Drive. Ella y mi madre se gustaron al instante. Mi padre le pareció un hombre triste y amable. Incluso le gustaron mis hermanos muertos. Miró con interés cada una de las fotos de Howard y Peter, deteniéndose sobre todo en las que parecían héroes, ataviados con los uniformes.

—Son tan guapos —dijo—, tan apuestos.

—Y están tan muertos —recalqué.

Por entonces, la posibilidad de morir estaba en el pensamiento de todo el mundo. En la escuela, padres y hermanos fallecían. Se enviaba a las hijas y hermanas de estos a ver a la enfermera jefe, que les daba tazas de cacao y huevos revueltos con tostadas. A pesar de que las muertes de Howard y Peter sobrevinieron antes de entrar yo en Hillgard House, estas me concedieron cierto caché porque habían sido gemelos y habían muerto casi a la vez.

Para ser franca, sentía celos cuando Janet elogiaba a mis hermanos condenados. En cambio, nunca sentí celos de la amistad que trabaron Janet y mi madre. Aquella amistad no me excluía. En cierto modo, me daba un respiro: cuando Janet se quedaba en casa, no tenía que sentirme culpable.

Durante aquella primera visita, mi madre le hizo un vestido a Janet con un precioso retal de antes de la guerra que guardaba desde 1931. Tengo el recuerdo de las tres en aquella pequeña sala

de costura del piso de arriba. Yo me sentaba en el suelo a leer un libro y, de vez en cuando, levantaba la vista. Aún veo a mi madre con agujas en la boca, de rodillas junto a Janet, y a esta levantando los brazos en alto, girando despacio como una bailarina, ambas con gestos solemnes y embelesados como si estuvieran en misa.

Janet y yo compartíamos sueños. A veces, en invierno, dormíamos juntas, acurrucadas para conservar cada brizna de calor. Recopilábamos información sobre temas proscritos como la regla o los genitales masculinos. Practicábamos estar enamoradas. Nos turnábamos en el papel de hombre. Bailábamos el vals de un extremo al otro de la biblioteca, tarareando *El Danubio azul*. Nos dábamos largos besos con los labios apretados, imitando lo que habíamos observado en el cine. Nos inventábamos conversaciones.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos?

—Eres muy amable…, pero, de verdad, no deberías decir esas cosas.

—Nunca había sentido esto por nadie.

—Yo tampoco. ¿Verdad que está hermosa la luna esta noche?

—No tan hermosa como tú.

Etcétera. Hoy en día alguien podría decir que había un componente lésbico en nuestra relación, pero no lo había. Jugábamos a ser mayores.

En algún lugar, de fondo, en nuestras vidas la guerra se prolongaba, hasta que un día se terminó. No recuerdo que me asustara, solo que me aburría. Supongo que la paz fue un gran alivio. Sin embargo, mi recuerdo es que en Hillgard House las cosas siguieron como siempre. La escuela era en sí un mundo monótono. El racionamiento se mantuvo y, en todo caso, era peor que durante la guerra. Un invierno nevó y heló de tal manera que la escuela quedó aislada durante días.

El verano de 1948 fue nuestro último trimestre. Nos hicimos regalos la una a la otra: un anillo que había encontrado en una caja polvorienta sobre el armario de mi madre, y un broche que la madrina de Janet le había regalado por su bautizo. Juramos que siempre seríamos amigas. Días después, el trimestre terminó. Y todo cambió.

Llevaron a Janet a una escuela de Londres, porque los Treevor al

fin se habían dado cuenta de que Hillgard House no era el lugar idóneo para la preparación académica de acceso a la universidad. Yo volví a Harewood Drive, donde ayudaba a mi madre en casa y trabajaba unas horas a la semana en la tienda de mi padre. A lo largo de mi vida he tenido momentos más infelices y temibles que en aquella época, pero jamás he sufrido tanta monotonía.

Solamente disfrutaba ayudando en la tienda. Al menos hacía algo útil y conocía a otras personas. A veces trataba con clientes, pero en general mi padre me tenía en la trastienda haciendo cuentas u ordenando el género. Aprendí a fumar en el patio trasero del local.

Me emborraché por primera vez en un baile del club de tenis. Esa misma noche, un chico llamado Angus intentó seducirme en el cobertizo del encargado. Fue una de esas formas de seducción rayanas en la violación. Le di un puñetazo que le hizo sangrar la nariz. Se le cayó la petaca, que fue lo que me había atraído hasta la cabaña, y eché a correr en dirección a las luces y la música. Más tarde volví a verle. Tenía el labio superior hinchado y sangre en la pechera blanca.

—He ido al servicio. —Le oí decir a la secretaria del club—. Me he dado de cara contra la puerta.

La secretaria del club se rio y miró hacia donde yo me encontraba. Me pregunté si Angus esperaba que yo oyera el comentario y pensé que acaso ella sabría algo, que todo aquello se había planeado.

Aquel estilo de vida no parecía tener fin. Janet me escribía con regularidad y nos veíamos una o dos veces al año, pero la intimidad de antaño se había perdido. Ella iba a la universidad y ahora tenía otros amigos, otros intereses.

—¿Por qué no vas a la universidad? —me preguntó mientras tomábamos té en una cafetería del High durante una de mis visitas a Oxford.

Me encogí de hombros y encendí un cigarrillo.

—No quiero. Y de todas maneras, mi padre no me dejaría. Para él no es normal que una mujer estudie.

—Pero seguro que te permitiría hacer algo, ¿no?

—¿Algo como qué?

—No sé, ¿tú qué quieres?

Me miré al espejo que había detrás de Janet: me vi echando el humo por la nariz y deseé parecer sofisticada.

—No sé lo que quiero.

Aquel era el problema en realidad. El aburrimiento socava la voluntad. Te hace sentir que has perdido el poder de elegir. Solo era capaz de ver el presente alargándose indefinidamente en el futuro.

Dos meses después todo cambió. Mi padre murió. Y a las tres semanas, el 19 de julio de 1952, conocí a Henry Appleyard.

Capítulo 4

El recuerdo envuelve el pasado de un halo de fatalidad. Es tentador dar por sentado que el pasado solo pudo haber ocurrido del modo que ocurrió, que determinado acontecimiento solo pudo haber seguido a tal otro y en el orden en que sucedió. Claro que si esto fuera cierto, jamás tendríamos la culpa de nada.

Sin embargo, no es así. Yo no tenía por qué haberme casado con Henry. No tenía por qué haberle dejado. No tenía por qué haber ido a la Obscura Hostería y quedarme.

Durante el último año en Oxford, Janet decidió que iría a Londres tras licenciarse para buscar trabajo de traductora. Los contactos de su madre podrían ayudarla. Me lo contó mientras nos tomábamos un té, esta vez en su habitación del St. Hilda, que más que un cuarto parecía una celda.

—¿Eso es lo que quieres hacer?

—Es lo único que puedo hacer.

—¿No podrías quedarte aquí e investigar?

—Si a duras penas sacaré un aprobado. Ser académica no es lo mío, Wendy. Tengo la sensación de que no estoy hecha para un sitio como este, de que soy una impostora.

Me encogí de hombros, envidiándola por lo que la vida le había ofrecido y ella misma rechazaba.

—Supongo que en Londres habrá tantos hombres con encanto como en Oxford.

—Sí, supongo que sí.

A los hombres les gustaba Janet porque era hermosa. Y ella tampoco hablaba mucho en su presencia, de modo que podían hablar largo y tendido y dar rienda suelta al pavoneo. Janet quería un noble y puro caballero, no un universitario de Christchurch con granos y un coche de la marca MG. Al final se comprometió como

hacemos todas. No consiguió el caballero, pero tampoco se quedó con el universitario con granos y un MG. Acabó con el reverendo David Byfield.

A principios de 1952, este estuvo en Oxford un par de días para trabajar en la biblioteca Bodleian. Estaba escribiendo un libro en el que reinterpretaba a santo Tomás de Aquino desde una perspectiva teológica moderna. Y allí se vieron él y Janet por primera vez, en la biblioteca. Fue, según dijo Janet, amor a primera vista. «Me miró y simplemente lo supe».

Aun ahora me resulta difícil pensar en David con objetividad. Hay que tener muy presente que por entonces David era muy muy guapo. En la calle, la gente volvía la cabeza para mirarle, como pasaba con Janet. Al igual que Henry, David tenía encanto, pero a diferencia de aquel, no era consciente de ello y raras veces lo utilizaba. Se había licenciado con matrícula de honor en Teología por Cambridge. Después había entrado en un colegio universitario de teología llamado Mirfield.

—Un lugar de incienso y campanas —me contó Janet— y hombres de una inteligencia pavorosa a los que no les gustan las mujeres.

—Pero David no es así —le dije.

—No —aseguró ella, y cambió de tema.

Después de pasar por Mirfield, David fue coadjutor de una parroquia cerca de Cambridge durante un par de años. Sin embargo, en el momento de conocer a Janet se hallaba dando clases en el Colegio Universitario de Teología de Rosington. Estaban contentísimos —según me contó Janet en una carta— y las perspectivas eran buenas. El director era viejo y transferiría a David bastante responsabilidad. A David también le habían ofrecido un puesto de canónigo lectoral en la catedral, lo cual supondría una ayuda económica. El obispo, que era miembro del consejo de administración del Colegio Universitario de Teología, había quedado prendado con él. No obstante, Janet había dicho que lo mejor era la casa que le concedían por el trabajo. Se hallaba en el mismo recinto de la catedral y se llamaba la Obscura Hostería. Algunas partes de esta eran medievales. Era un nombre de lo más romántico, dijo, como salido de *Ivanhoe*. Era harto espacioso para ellos y tenían pensado alquilar una habitación.

La boda se celebró en la capilla del Jerusalem, el antiguo colegio de David. Janet y él formaban una hermosa pareja, propia de un cuento de hadas. Si yo fuera el personaje de un cuento, sería el patito feo, me decía a mí misma. La muerte de mi padre lo empeoró todo, no tanto porque le quería, cuanto porque ya no había ninguna posibilidad de que él me quisiera a mí.

Entonces vi a Henry por primera vez. Estaba de pie en el otro extremo de la capilla. En aquella época era más fornido que gordo. Iba con un traje de chaqué que le venía pequeño. Estábamos cantando un himno cuando me miró. Tenía un pelo hirsuto al que no le habría venido mal un corte y unas cejas marcadas que ascendían en un ángulo brusco desde el hueso de la nariz. Me sonrió y aparté la vista.

Todavía conservo una foto de la boda de Janet. Fue tomada en el patio principal del Jerusalem. En el centro, con la capilla de Wren detrás, aparecen David y Janet, como si se hubieran escapado de la escena final de una película romántica. David parece un joven Lawrence Olivier de rasgos cincelados, con las aletas de la nariz ensanchadas, reflejando una mezcla de susceptibilidad y arrogancia. De un brazo está Janet, a la que mira sonriente, y del otro, la vieja abuela Byfield con semblante arisco.

Henry y yo aparecemos en el extremo izquierdo, separados de la pareja feliz por un grupo de familiares adustos, entre los cuales se encuentran el señor y la señora Treevor. Henry hace amago de esconder sin muchas ganas el cigarrillo que tiene en la mano. Su barriga tensa los botones del chaleco. El dobladillo de mi vestido es desigual y llevo un estúpido sombrerito con medio velo. Recuerdo que me costó un dineral pensando que me daría un aspecto sofisticado. Eso fue antes de saber que la sofisticación no estaba a la venta en Bradford.

A John Treevor se le ve muy extraño. Seguramente se debe a un efecto de la luz, quizás estaba debajo de un rayo de sol. Sea como sea, en la fotografía su rostro aparece blanco, como una máscara alargada con dos agujeros negros por ojos y una hendidura negra por boca, como si hubiera tomado un maniquí de un escaparate y lo hubieran ataviado con un chaqué y unos pantalones a rayas.

Instantes después de hacernos la última fotografía, Henry se dirigió a mí por primera vez.

—Me gusta su sombrero.

—Gracias —le dije, tras mirar por encima de mi hombro para cerciorarme de que me estaba hablando a mí y no a otra.

—Me llamo Henry Appleyard, por cierto —se presentó, tendiéndome la mano—. Soy un buen amigo de David de Rosington.

—Encantada. Yo soy Wendy Fleetwood. Janet y yo fuimos juntas al colegio.

—Ya lo sé. Me ha pedido que no la pierda de vista. —Me hizo un guiño rápido aunque inconfundible—. Pero me habría fijado en usted en cualquier parte.

No supe qué responder a aquello, de modo que no dije nada.

—Vamos —propuso, tomándome de un codo para conducirme hacia una puerta—. No hay tiempo que perder.

—¿Por qué lo dice?

El fotógrafo estaba recogiendo el trípode. El grupo nupcial se estaba dispersando.

—Porque me he enterado de que solo hay cuatro botellas de champán. Y aquí, el que no corre vuela.

La recepción fue austera y sosa. Pasé buena parte del tiempo apoyada en la pared, fingiendo que no tenía con quién hablar. Me limité a mordisquear un bocadillo y a mirar los cuadros. Cuando Janet y David se hubieron ido de luna de miel, para mi alivio Henry apareció a mi lado.

—Lo que necesita —me dijo— es un *dry martini*.

—¿Usted cree?

—Sí. No hay nada igual.

Luego supe que Henry era experto en *dry martinis*: sabía prepararlos, sabía beberlos y sabía recuperarse pronto de los efectos secundarios a la mañana siguiente.

—¿Está seguro de que no le importará a nadie?

—¿Por qué les iba a importar? Además, Janet me dijo que la cuidara. Vamos al University Arms.

Al salir del colegio, le dije:

—¿Usted también trabaja en el Colegio Universitario de Teología?

Se echó a reír.

—No, por Dios. Doy clases en la Escuela del Coro, en el recinto de la catedral. David es mi casero.

—De modo que usted es el inquilino.

Henry asintió y dijo:

—Y el bufón del lugar. Evito que David se tome demasiado en serio.

Durante las dos horas siguientes hizo que me sintiera protegida, como yo había hecho con Janet durante todos aquellos años atrás. Quería sentirme como una persona normal, discretamente inteligente, ocurrente y bonita. Y Henry intuyó que yo era todas esas cosas. Fue maravilloso. Y además fue una suerte de compensación por: a) el que Janet se hubiera casado, b) el que lo hiciera antes que yo, y c) que lo hiciera con alguien tan apuesto como David (aunque fuera un clérigo).

Mientras Henry me colmaba de atenciones, averiguó mucho de mí. Le hablé de mi familia, de la muerte de mi padre, de la tienda y de lo que yo hacía. Entretanto, sentía cómo el alcohol me elevaba más y más, como si subiera en un ascensor. Me gustaba la idea de beber *dry martinis* en el bar de un elegante hotel. Me gustaba ver mi reflejo en el gran espejo de la pared. Parecía más esbelta que de costumbre, más misteriosa, más chic. Me gustaba la sensación de ya no estar nerviosa. Pero sobre todo, me gustaba estar con Henry.

Se miró el reloj. Después de dos *martinis*, me invitó a cenar en el hotel. A continuación insistió en llevarme en taxi a mi hotel, un sitio modesto que Janet me había encontrado en Huntingdon Road. De camino, el gesto más íntimo que tuvo conmigo fue al detenernos frente al hotel. Me tocó la mano y me preguntó si podría verme otra vez.

Le dije que sí. Entonces traté de impedirle que pagara el taxi.

—No es necesario —dijo, haciendo una seña al taxista para que se quedara el cambio, y me sonrió—. Janet me ha dado dinero para todo.

Capítulo 5

En aquella época, en la década de 1950, la gente aún escribía cartas. Janet y yo nos habíamos acostumbrado a escribirnos una vez al mes y seguimos haciéndolo después de su boda. Así supe que se había quedado embarazada y que habían echado a Henry de la Escuela del Coro.

Janet y David pasaron su luna de miel en un hotel de Lake District. Debió de quedarse embarazada entonces o poco después de su regreso a Rosington. Fue un embarazo difícil, con mucho sangrado en los primeros meses. Pero tenía un buen médico, uno joven llamado Flaxman, que la obligó a descansar al máximo. «En cuanto las cosas mejoren —me escribió Janet—, tienes que venir a vernos».

La envidiaba por su embarazo, como la envidiaba por tener a David. Yo anhelaba tener un hijo. Me decía a mí misma que lo deseaba para enmendar todos los errores que mis padres habían cometido conmigo, pero con el tiempo creo que en realidad necesitaba a alguien a quien querer. Necesitaba a alguien a quien cuidar y, sobre todo, alguien que me diera una razón para vivir.

A Henry lo despidieron en octubre. Aunque exactamente no lo habían despedido, según me contó Janet en una carta.

La historia oficial era que había dimitido por motivos familiares. Ella estaba furiosa con él y yo la conocía tan bien como para sospechar que lo estaba porque le había tomado cariño. Al parecer, una de las responsabilidades de Henry era administrar el «banco» de la Escuela del Coro, es decir, el dinero que los niños recibían para gastos personales al principio de cada trimestre. Él se encargaba de repartirlo los viernes por la tarde. Por lo visto, había tomado prestadas cinco libras para apostar en las carreras de caballos. Por desgracia, el viernes siguiente se puso enfermo. El director del

colegio lo sustituyó ese día y descubrió que faltaba dinero.

En aquella época yo estaba muy ocupada. Mi madre y su abogado habían decidido vender el negocio y yo estaba ayudando a hacer el inventario del género y a reclamar el dinero a los acreedores. Me sorprendió descubrir que me gustaba el trabajo y que hasta tenía ganas de ir a la tienda, pues me obligaba a salir de casa.

Una mañana llamaron por teléfono y, pensando que se trataba de alguien que nos debía dinero, respondí.

—Wendy, soy Henry.

—¿Quién?

—Henry Appleyard. ¿No te acuerdas? Nos conocimos en Cambridge.

—Sí —respondí débilmente—. ¿Cómo estás?

—De maravilla, gracias. ¿Te apetecería comer conmigo?

—¿Cómo?

—Ir a comer juntos.

—Pero ¿dónde estás?

—Aquí.

—¿En Bradford?

—¿Y por qué no? Hay cientos de miles de personas en Bradford. Entre ellas, tú, y por eso estoy aquí. Podrás quedar para comer, ¿no?

—Supongo que sí.

Normalmente solía salir a comer un bocadillo.

—He pensado que podríamos ir al Metropole.

—Sí, pero…

«Sí, pero ¿no es muy caro? ¿Y qué me voy a poner?».

—Muy bien. ¿Qué tal hacia las doce y veinticinco en el vestíbulo?

Tuve el tiempo justo de ir a casa, capear la curiosidad de mi madre («Un amigo de Janet, madre, no le conoce»), vestirme con algo más apropiado para el Metropole y llegar al hotel cinco minutos antes. Era un lugar espacioso venido a menos, construido para impresionar a finales del siglo XIX. Nunca había entrado. Tuve el valor de hacerlo porque iba a ver a Henry. Abrumada por mi propia vergüenza, me senté entre las macetas de palmeras y las butacas de piel, evitando en todo momento cruzar la mirada con el

servicio del hotel. El tiempo pasaba despacio. A los cinco minutos, estaba convencida de que todo el mundo me miraba y de que él no acudiría. Entonces, de pronto, Henry apareció inclinado sobre mí, rozándome la mejilla con sus labios, lo que hizo sonrojarme.

—Lamento haber llegado tarde.

No es que hubiera llegado tarde, sino que yo había llegado pronto.

—Tomemos una copa antes de comer —propuso. Henry no era guapo a la manera convencional, ni de ninguna otra manera. Entonces aún no había cumplido los treinta, pero parecía mayor. Ese día llevaba un traje con chaqueta cruzada. Yo no sabía mucho acerca de trajes masculinos, pero me convencí de que aquel era uno de esos que mi madre consideraba «buenos». Tenía el cuello ligeramente sucio, pero en aquella ciudad los cuellos se ensuciaban enseguida.

Después de pedir los *dry martinis*, no se anduvo con rodeos.

—Supongo que te habrás enterado de lo mío por Janet.

—¿Lo de que… que has dejado la Escuela del Coro?

—Me echaron, Wendy. Y sin referencias. ¿Sabes por qué?

Asentí sin decir nada y me miré las manos, pues no quería ver la vergüenza en sus ojos.

—Lo irónico es que el maldito caballo ganó. —Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Sabía que iba a ganar. Podría haberles pagado cinco veces más. Aun así, no debería haberlo hecho. Todos los días se aprende algo nuevo, ¿eh?

—Y ahora…, ¿qué vas a hacer?

—Bueno, la enseñanza queda descartada. No quisieron darme referencias, el director lo dejó muy claro. La verdad es que es una lástima, porque me gusta enseñar. En la Escuela del Coro eran un poco estirados, eso sí. Pero solía dar clases en un sitio de Hampshire donde me lo pasaba muy bien, un colegio privado de primaria llamado Veedon Hall. Lo lleva una pareja llamada Cuthbertson, a la que los niños les gustan de verdad.

Por un instante, la risa se desvaneció y su semblante reflejó un fugaz gesto de nostalgia. Luego, desde el otro lado de la mesa, me sonrió.

—Aun así, hay que mirar esta situación como una oportunidad. Puede que empiece un negocio.

—¿De qué tipo? —pregunté.

—Puede que algo de inversiones. Correduría de bolsa quizá. Sobran posibilidades. Pero no hablemos de eso ahora. Es demasiado aburrido. Quiero que hablemos de ti.

Y eso hicimos, una y otra vez, a lo largo de los cuatro meses siguientes. Aunque no solo hablábamos de mí. Henry conquistó a mi madre también y la convenció de hablar con él. Ambas recibíamos flores y bombones. No sé si mi madre había querido a mi padre, pero sé que lo echó de menos cuando ya no estuvo allí. También echaba de menos las tareas que él solía hacer en la casa y el jardín. Así que Henry encontró en ello una oportunidad.

Tenía una habilidad especial para crear la impresión de que ayudaba sin hacer gran cosa en realidad. «Ya lo hago yo», te decía, pero acababas haciendo el trabajo tú o no lo hacía nadie, tampoco es que te importara hacerlo; no sé cómo tenías la sensación de que Henry te había quitado un peso de encima. Creo que él estaba convencido de que ayudaba de verdad.

Aún hoy siento cierta inquietud al recordar los detalles de nuestro noviazgo. Yo quería romanticismo y Henry me lo dio. Entretanto, Henry debió de descubrir —ayudando a mi madre con el papeleo— que las propiedades de mi padre, incluidas la tienda y la casa, tenían un valor de casi cincuenta mil libras. Las dejó en fideicomiso a mi madre y luego pasarían a mí.

Dicho así a mí me hace parecer ingenua y estúpida y a Henry calculador e interesado. Es así en ambos casos. Pero no es toda la verdad ni mucho menos. Yo creo que no se puede definir a una persona con un puñado de adjetivos.

¿Para qué molestarme en dar detalles? El albacea de mi padre desconfiaba de Henry, mas no pudo evitar que nos casáramos. Solo pudo impedir que Henry echara mano del capital que dejó mi padre hasta la muerte de mi madre, cuando pasara a ser enteramente mío.

Nos casamos por lo civil el miércoles 4 de mayo de 1953. Janet y David nos enviaron un juego de café de porcelana fina, pero no pudieron asistir porque Janet estaba en las últimas semanas del embarazo de Rosie.

Al principio vivimos en Bradford, que no fue ninguna maravilla. Al morir mi madre vendimos la casa y nos mudamos a Londres una temporada y luego a Sudáfrica en busca de la buena vida. La

encontramos durante un tiempo. Henry constituyó una suerte de sociedad con un persuasivo hombre de negocios llamado Grady. Pero Grady se arruinó y regresamos a Inglaterra más pobres y, acaso, más resabiados. Fuera como fuere, no sería fácil olvidar que Henry y yo pasamos buenos momentos. Cuando él disfrutaba de la vida, conseguía que tú también la disfrutaras.

Bien mirado, el dinero nos duró bastante. Henry trabajaba de corredor de bolsa, o algo similar, unas veces por su cuenta, otras con socios. De no haber sido por Grady, quizás hoy aún se dedicaría a ello. En una ocasión me dijo que era como apostar a las carreras de caballos, pero con el dinero de otros. Y la verdad es que era bastante bueno para convencer a los demás de que le dieran su dinero para invertir. En ocasiones, hasta les hacía obtener beneficios considerables.

—Me temo que ha habido una serie de idas y venidas —le oí decir docenas de veces a clientes decepcionados—. Todo lo que sube tiene que bajar.

¿Y por qué se fiaban de él estos clientes? Porque les hacía reír y porque se mostraba absolutamente convencido de que iba a hacerles ganar fortunas.

¿Y por qué estuve con él tanto tiempo?

En parte porque me gustaban muchas de las cosas que hacía. Y de hecho todavía me gustan. Uno se acostumbra enseguida a los buenos hoteles, a los coches rápidos y a las fiestas. Me gustaba el tacto de los abrigos de piel contra la mía y el brillo de los diamantes a la luz de las velas. Me gustaba bailar y coquetear y correr ciertos riesgos. De vez en cuando ayudaba a Henry a atraer a clientes potenciales y hasta eso podía ser divertido.

—Tomemos unas copas de la vieja viuda —solía decir cuando las cosas nos iban bien y, de pronto, sacaba otra botella de Veuve Clicquot y brindábamos por nosotros, por el futuro.

Cuando Henry me conoció, yo era una chica tímida y torpe. Me rescató de Harewood Drive y me dio confianza en mí misma. Creo que en parte permanecí a su lado porque temía que sin él perdería cuanto había ganado.

Sin embargo, y por encima de todo, permanecí con Henry porque me gustaba. Supongo que le quería, aunque no estoy segura de qué significa esto. Pero cuando las cosas iban bien entre

nosotros, era lo mejor del mundo. Incluso mejor que los *dry martinis* y la vieja viuda.

Janet y yo seguíamos escribiéndonos. Era cartas genuinas: largas y llenas de novedades que contar. Yo no le decía gran cosa de Henry y ella decía poco de David. Un tema común eran los planes para vernos. En un par de ocasiones pasamos un día juntas en Londres. Pero nunca íbamos a casa de una o la otra. Siempre había razones que obligaban a aplazar las visitas.

Henry y yo siempre íbamos de acá para allá. A Henry nunca le gustó quedarse en un lugar más de cierto tiempo. Cuando se sentía rico, alquilábamos pisos o nos alojábamos en hoteles. Cuando íbamos justos, alquilábamos habitaciones amuebladas.

Sin embargo, después de la Pascua de 1957, iría a pasar unos días a Rosington con Janet y David. Yo sola, claro, porque Henry tenía que marcharse de viajes de negocios, como él decía, y en cualquier caso no quería volver a Rosington, donde demasiada gente sabía por qué se había ido del lugar.

Ya tenía la maleta hecha, cuando el día antes de salir llegó un telegrama: la señora Treevor había tenido un fuerte ataque al corazón. De modo que la visita volvió a aplazarse. Falleció tres días después. Entonces se celebró el entierro y surgió la cuestión de acomodar al señor Treevor en un piso de Cambridge. Janet me escribió que a su padre le estaba costando adaptarse a la vida sin su madre.

Así que seguimos escribiéndonos. Pese a la muerte de su madre, yo tenía la impresión de que Janet había encontrado su cuento de hadas. Me envió fotos de los primeros meses de vida de Rosie y, luego, de cuando estaba algo más crecida. La niña tenía la tez de su madre y los rasgos de su padre. Saltaba a la vista que era perfecta a más no poder, como David y la Obscura Hostería.

A veces esta puñetera vida es tan poco sutil. Era demasiado fácil comparar la de Janet con la mía. Pero una tiene que seguir adelante, incluso cuando su vida se parece más a una enorme resaca que a una fiesta enorme. ¿Qué iba a hacer si no?

Sin embargo, algo más sucedió. No podía ser de otro modo, como descubrí en una playa un día soleado de principios de octubre de 1957. Henry y yo nos alojábamos en un hotel al sudoeste de Inglaterra. No estábamos allí de vacaciones, sino porque un cliente

potencial, una viuda rica, vivía en el vecindario.

Era una tarde agradable, cálida como en verano; yo salí a dar un paseo después de comer, mientras Henry acudía a un encuentro con ella. Yo fui a pasear por la playa; deambulaba con una cámara Box Brownie colgada de la mano, tratando de hacer pasar una resaca incipiente, cuando bordeé un pequeño cabo rocoso y me encontré a Henry con la viuda sobre una manta.

Era una mujer fea con bigote y unas piernas gordas. Pude ver muy bien las piernas porque tenía el vestido levantado a la altura de los muslos y Henry se movía arriba y abajo sobre ella. Tenía el trasero al aire y, por un momento, contemplé el temblor de aquellas nalgas piriformes. La viuda no se había quitado unos zapatos de tacón azul marino, asombrosamente refinados, que no me habría importado tener. Recuerdo que me pregunté cómo podía haber andado por la arena con semejantes tacones y si no se habría dado cuenta de que el agua del mar podía echar a perder la piel.

Nunca había visto a Henry desde aquella perspectiva. Yo sabía que era vanidoso y que detestaba la idea de hacerse mayor (se teñía las canas de negro en secreto). La carne trémula era arrugada y fofa. Henry se estaba haciendo viejo y yo también. Fue la primera vez en mi vida que reparé en que el tiempo se agotaba; se agotaba para mí, para los demás y para el planeta.

Quizá fuera el alcohol, pero me sentí ajena a la situación, capaz de considerarla un problema abstracto. Me acerqué a ellos con los pies desnudos sobre la arena. Me agaché a unos metros de aquellos cuerpos que se bamboleaban. De súbito se dieron cuenta de que no estaban solos. Volvieron la cabeza hacia mí simultáneamente, la viuda con las piernas levantadas y los bonitos zapatos al aire.

A pesar de mi estado de ebriedad trascendente, tuve la conciencia de levantar la Box Brownie y apretar el disparador.

Capítulo 6

No suelo guardar fotografías. La nostalgia me asusta. Uno se puede ahogar en emociones vacías. Entre las fotografías que he tirado se cuentan la de Henry bamboleándose sobre la viuda en la playa. Enseguida supe que sería valiosa, que significaba que podría divorciarme de Henry sin problemas. Por entonces, lo extraordinario era lo poco que parecía importarme el fin del matrimonio. Quizá, pensé al sacar la película de la cámara, quizá nunca fue un matrimonio de verdad, sino un mutuo acuerdo de conveniencia que ahora tenía un final de mutua conveniencia.

Sigo conservando una instantánea en la que aparecemos junto a la piscina del jardín trasero de algún conocido de Durban: Henry mete barriga y yo enseño una cantidad de carne que, para la época, era una osadía. En la foto solo estamos los dos, pero a juzgar por lo que transmiten nuestros cuerpos, se ve que Henry y yo no éramos una pareja en un sentido positivo de la palabra. Cuando menos, es evidente con la perspectiva de cuarenta años después.

En mis cartas a Janet había sido honesta en cuanto a todo, salvo en cuanto a Henry. No le ocultaba el hecho de que a veces el dinero escaseaba, ni tampoco de que yo bebía mucho. Pero aludía a Henry con el afecto propio de una esposa. «Tengo que terminar la carta: Su Señoría acaba de llegar y quiere su té. Te envía un abrazo, y yo también».

Era orgullo. Janet tenía a su Hombre Perfecto y yo quería el mío. Pero creo que yo sabía que el matrimonio ya no iba bien antes del episodio con la viuda. Lo que vi en la playa sencillamente me lo confirmó.

—Quiero divorciarme —le dije a Henry cuando regresó a la habitación del hotel.

A juzgar por el olor que desprendía, había recuperado fuerzas en

el bar de la planta inferior.

—Wendy…, por favor. ¿No podemos…?

—No, no podemos.

—Querida, escúchame. Yo…

—Hablo en serio.

—De acuerdo —dijo, renunciando a objetar tan pronto que resultó humillante—. Cuando quieras.

En ese momento me sentía sobria y me dolía la cabeza. Había encontrado la botella de tinte para cabellos negros en un bolsillo de su maleta, el lugar de siempre. Tras vaciar el contenido sobre sus trajes y camisas no quedaba nada.

—Sin rencor —mentí—. Dejaré que te quedes con algo de dinero.

Me miró desde el otro extremo de la habitación con una sonrisa bastante triste.

—¿Qué dinero?

—¿Sabes qué? —le dije—. Cuando te he visto encima de esa vaca gorda, todo el culo te temblaba. Parecía el de un viejo. Era como si la piel necesitara un planchado.

Durante los meses siguientes, después de descubrir a Henry bamboleándose sobre su viuda, escribí a Janet mucho menos que de costumbre. Le envié muchas postales. Henry y yo estuvimos viajando de acá para allá. Lo cual era verdad. Salvo que no lo estábamos haciendo juntos. En cierto modo, pasé aquellos cuatro meses fingiendo que todo era normal, tanto para conmigo como para con los demás. No quería salir de mi rutina, aunque Henry ya no la compartiera conmigo.

Al final empezó a faltar el dinero y resolví que tenía que hacer algo. Regresé a Londres. Era el mes de febrero y la ciudad estaba gris y era fría y húmeda. Encontré a un abogado en la guía telefónica. Se llamaba Fielder y lo que mejor recuerdo de él era el peluquín que tan mal le sentaba, pues el color no quedaba bien con el tono natural de su pelo. Tenía el despacho en Praed Street, encima de una ferretería próxima al cruce con Edgware Road.

Fui a verle, le expliqué la situación y le di la dirección del abogado de Henry. Le hablé de la fotografía, pero no se la enseñé, y también mencioné el dinero de mi madre. Dijo que ya vería qué podía hacer y me dio cita para la semana siguiente.

El tiempo de espera fue exasperante. Tenía demasiadas cosas en las que pensar y no suficientes cosas que hacer. Cuando llegó el día, acudí al despacho de Fielder.

—Bueno, señora Appleyard, las cosas empiezan a moverse —dijo y deslizó hacia mí una hoja de papel sobre la mesa—. La maquinaria está en marcha. Ha llegado el momento de empezar de cero, ¿eh?

Desdoblé el papel. Era una factura.

—Para la previsión de fondos, señora Appleyard. No tiene sentido dejar que se acumulen.

—¿Qué dice el abogado de mi esposo?

—Me temo que hay ciertos problemillas con eso —respondió, dándose unos golpecitos en la cara con un pañuelo mugriento.

Llevaba un traje de raya diplomática y chaqueta cruzada que lo cubría como una armadura y parecía lo bastante grueso para soportar un invierno ártico. Se le habían formado perlas de sudor en la frente y la carne le sobresalía de un cuello duro y apretado.

—Sí, un problemilla —repitió.

—¿Se refiere a que no hay dinero?

—Por aquí tengo la respuesta del señor Appleyard —Fielder rebuscó durante unos segundos entre los papeles que tenía sobre la mesa y luego desistió—. En pocas palabras, el señor Appleyard le ha dicho que sus bienes conjuntos por lo visto ya no existen.

—Pero tiene que quedar algo. ¿No podemos llevarlo a juicio?

—Podríamos, señora Appleyard, podríamos, pero antes hay que encontrarlo. Por desgracia, parece que el señor Appleyard se ha ido del país. En confianza, le diré que ni siquiera ha pagado los honorarios a su propio abogado —me informó, moviendo la cabeza con pesadumbre—. No es una situación nada conveniente. Pero que nada. Lo cual me recuerda…

—No se preocupe.

Abrí el bolso y metí la factura dentro.

—Por supuesto. Y luego trataremos la ausencia del señor Appleyard. Debería ser algo muy sencillo. —Se miró el reloj—. Por cierto, su esposo le dejó una carta para que se encargara de su abogado. Se la dejo aquí.

—No quiero verla.

—Entonces, ¿qué quiere que haga con ella?

—Me trae sin cuidado. Tírela a la papelera —le espeté con una voz dura, más propia de una chica de Bradford que de Hillgard House—. No quiero ser grosera, señor Fielder, pero creo que no quiero oír nada de cuanto él tenga que decirme.

De regreso a casa por una acera abarrotada de gente, quería echarle la culpa a Fielder. Había sido ineficiente, había sido corrupto e incluso en ese momento sabía que nada de lo que me había contado era verdad. Solo quería echarle a alguien la culpa del desastre en que se había convertido mi vida. Henry era el candidato idóneo, pero no estaba disponible, de modo que había centrado mi rabia en el pobre Fielder. Antes de llegar a la casa donde tenía alquilada una habitación, ya se me habían ocurrido tres frases lapidarias que podría haberle soltado y me había imaginado una situación en la que él aparecía en la dársena del guion Bailey, donde yo era el testigo principal de la acusación. Las fantasías sacan al niño que llevamos dentro. Por eso son peligrosas, porque las represiones sociales no suelen funcionar con los niños.

Cuando entré en la casa, la señora Hyson, la casera, entreabrió la puerta de la cocina para espiarme sin decirme nada. Comía pan seco y queso rancio en mi cuarto para ahorrar dinero. No me quitaba el abrigo a fin de poner lo más tarde posible un chelín en el contador del gas. Desde que dejara a Henry, había vivido de lo que quedaba en mi cuenta bancaria y de la cuenta de ahorros de la caja postal, en total unas doscientas libras, aparte del dinero obtenido de vender el abrigo de piel y alguna que otra joya.

Ni siquiera estaba segura de si podría permitirme divorciarme de Henry. Antes tenía que encontrar trabajo, pero no tenía formación de ningún tipo. Había cumplido veintiséis años y no valía para ningún empleo. Tenía familia en Leeds, un par de tías a las que no había visto en años y primos a los que no conocía. Aunque los hubiera localizado, no tenían por qué ayudarme. Entonces fue cuando abrí mi estuche de escritura y empecé a escribir la carta a Janet.

Ahora miro atrás y pienso que debí de estar al borde de un ataque de nervios cuando escribí aquella carta. Ya han pasado más de cuarenta años, pero todavía recuerdo de qué modo me fue invadiendo el pánico. En mi vida ya nada era seguro. Antes siempre había sabido cómo reaccionar a todo. Y era porque el futuro estaba

planificado. Porque también daba por hecho que siempre tendría un techo bajo el que vivir, ropa que ponerme y comida en la mesa. Sin embargo, ya no me quedaba nada.

A la muerte de Janet, busqué aquella carta y me alegré de no encontrarla. Espero que la rompiera. No recuerdo exactamente qué le decía, aunque no me había callado nada, salvo acaso la envidia que le tenía. Lo que sí recuerdo es cómo me sentía en el momento de escribir aquella carta en aquel cuartucho frío de Paddington. Tenía la sensación de estar nadando en un mar de oscuridad. Eran olas muy grandes y mi ropa estaba empapada. Me estaba ahogando.

A última hora de la tarde salí a echar la carta. De regreso pasé por delante de un *pub*. Pocos metros más allá me detuve, di media vuelta y entré en el bar. Era una sala de techo alto con espejos en las paredes y sillas tapizadas de terciopelo violeta gastado. Aparte de dos ancianas que tomaban oporto, casi estaba vacío, lo cual me dio valor. Me acerqué a la barra y pedí una ginebra larga con limón amargo, sin que me importara lo que fueran a pensar de mí.

—¿Está esperando a alguien? —me preguntó la camarera.

—No —respondí.

Vertió la ginebra en el vaso y me mojé los labios.

—Hoy no hay mucha gente —añadí.

Dudo que hubiera gente en aquel antro alguna vez. Desprendía el olor del fracaso. Era el lugar perfecto para mí. Me senté en un rincón y me tomé la copa, luego una segunda y luego una tercera. Un hombre me tiró los tejos y por poco accedí a irme con él, solo por divertirme.

Por allí había mujeres que vivían de los hombres. Las veías merodeando por la estación y en las esquinas, acurrucadas en portales o inclinadas sobre la ventanilla de algún coche para hablar con cualquiera que hubiera dentro. ¿Sería yo capaz de hacer lo mismo? ¿Te acostumbrabas alguna vez a que te manosearan desconocidos? ¿Cuánto les cobrarías? ¿Y qué pasaba cuando te hacías vieja y dejaban de requerir tus servicios?

A fin de eludir preguntas para las que no tenía respuestas, me tomé otra copa y luego otra. Al final perdí la cuenta. Sabía que me estaba bebiendo el almuerzo y la cena del día siguiente, así como las comidas del día después y, en cierto modo, esto aumentaba el desesperante placer que me producía el proceso. La camarera y su

madre me invitaron a marcharme cuando me quedé sin dinero y me eché a llorar.

Me arrastré hasta la casa donde tenía alquilada la habitación. Me crucé con la señora Hyson. Supo de qué había estado haciendo, pues lo vi en su cara. Pero es que era difícil no darse cuenta. Debía de oler como una destilería y fue un milagro que subiera aquellas escaleras sin caerme. Me supuso demasiado esfuerzo quitarme la ropa. La habitación se movía, así que me tumbé directamente sobre el edredón. Poco a poco, las paredes empezaron a girar alrededor de la cama. El mundo entero había soltado amarras. Lo último que recuerdo haber pensado es que seguramente, al día siguiente, la señora Hyson me querría fuera de su casa.

Capítulo 7

La lenta recuperación de la conciencia empezó al alba. Durante cuatro horas estuve echada en la cama tratando de conciliar el sueño. Tenía la boca seca y sentía que un par de pinchos me atravesaban la cabeza. Era consciente del movimiento que había en la casa, a mi alrededor. Sonó el timbre de la puerta principal y los pinchos se retorcieron dentro de mi cráneo. Momentos después llamaron a la puerta.

Haciendo un esfuerzo por no gruñir, me levanté despacio y me acerqué a la puerta descalza, con los pies enfundados en las medias. Abrí la mirilla. Con la nariz arrugada, la señora Hyson me miraba con la cabeza alta. Había dormido con la ropa puesta y tampoco me había quitado el maquillaje.

—Un caballero desea verla, señora Appleyard.

—¿Un caballero?

La señora Hyson frunció el ceño y se marchó. Se me revolvió el estómago ante la idea de que fuera Henry, pero ya no me quedaba nada que pudiera llevarse. Quizá fuera el abogado, preocupado por recibir su cheque.

Minutos después, como si fuera de camino a mi ejecución, bajé al salón principal de la casa. Encontré a David Byfield examinando una amenazadora fotografía del fallecido señor Hyson. Se volvió hacia mí, me tendió la mano y me ofreció una sonrisa escueta y serena. A diferencia de mí, no había cambiado nada desde el día de la boda.

—Espero que no te importe mi visita. De todas maneras, estoy de paso por aquí y Janet me ha llamado esta mañana para darme la noticia.

—¿Así que ha recibido mi carta?

Asintió y dijo:

—Lo sentimos mucho.

Qué mal me sentó aquel «sentimos».

—No pasa nada. Ya hacía tiempo que la cosa se veía venir —le dije, lanzándole una mirada fulminante que me hizo estremecer por las punzadas de dolor que sentí tras los ojos—. Deberíais alegraros, no entristeceros.

—Siempre es triste que un matrimonio se rompa.

—Sí, en fin —dije y, al darme cuenta de que debí de sonar descortés, añadí alegremente—: Bueno, ¿y cómo estás tú? ¿Cómo están Janet y Rosie?

—Muy bien, gracias. Janet espera… esperamos que vengas a pasar unos días con nosotros.

—Me las arreglo bien sola, gracias.

—Estoy seguro de que sí.

Las aletas de Lawrence Olivier volvieron a inflarse un poco más de lo habitual y añadió:

—Sería un placer para todos nosotros.

—De acuerdo.

—Bien.

Entonces me sonrió, mostrándome así su aprobación. Aquello era lo que me irritaba de verdad, la calidez que empezaba a envolverme al sentir el resplandor que proyectaba su atención. El atractivo sexual puede llegar a ser algo deprimente de tan ajeno a uno.

David arregló de la noche a la mañana la siguiente etapa de mi vida sin molestarse apenas en consultarme. Su caridad era tan ajena como su atractivo sexual. Me ayudaba porque lo veía como un deber o porque Janet se lo había pedido. De este modo se ganaba el cielo o se ganaba a Janet… o ambos seguramente.

Horas después me encontraba en un compartimento de segunda clase para fumadores y el tren salía de la estación de Liverpool Street, retumbante como una caverna. Aún tenía resaca, pero el tiempo, el té y las aspirinas habían aliviado las punzadas de dolor que, aunque molestaban, eran soportables, como lo es un viejo amigo. La maleta iba conmigo y los otros dos baúles llegarían por carretera. Me había bañado y cambiado. Hasta había conseguido comer algo a medio camino entre el desayuno y el almuerzo sin devolver. David no venía conmigo; su conferencia terminaba al día

siguiente a mediodía.

El tren avanzaba pesadamente hacia el norte entre casas manchadas con vetas de hollín, bajo un cielo gris.

«Afrontémoslo —me dije cuando el tren empezaba a ganar velocidad y yo rebuscaba mis cigarrillos—, no le importo un comino. ¿Y por qué iba a importarle?».

Pensé que no sabía muy bien a cuál de ellos dos me refería.

Al salir de Cambridge, el campo se volvió llano. El tren avanzaba como una línea recta echando humo en medio de campos negros. El horizonte era una zona fronteriza donde no había cielo ni tierra. Estaba sola en mi compartimento. Me sentía a salvo, caliente y somnolienta. Si el viaje se hubiera prolongado eternamente, no me habría importado.

El tren empezó a reducir la velocidad. Miré por la ventana y vi a lo lejos el chapitel de la catedral de Rosington. Cuanto más me acercaba, más parecía un animal de piedra al acecho. Fui al baño, me limpié una mancha de la mejilla y me empolvé la nariz. David había llamado a Janet para pedirle que fuera a recogerme.

Cuando regresé al compartimento, por la ventanilla vi el andén que se desplazaba al pasar el tren. Tiré de la maleta y me apeé. Lo primero que noté fue el viento, que te cortaba la garganta como una cuchilla. En Rosington, el viento no es como en otros lugares —había escrito Janet en una carta—, viene de Siberia y del mar del Norte, no se parece en nada a ningún viento inglés.

Janet no estaba en el andén. No estaba en la barrera de acceso. Y tampoco estaba fuera.

Arrastré la maleta por el vestíbulo de las taquillas, hasta el patio delantero. La estación se hallaba al pie de una montaña cuyo pico era de piedra. El viento me hacía llorar. Un clérigo alto que estaba subiendo a un coche pasado de moda me miró con ojos inertes e indiferentes.

Nunca había conocido a ningún sacerdote hasta que fui a Rosington. Hasta entonces eran para mí personajes de los que se hacían burla en obras de teatro y películas, a los que había que evitar como la peste en las fiestas y a los que había que aguantar en las bodas y los funerales más tradicionales. Después de estar en Rosington, todo esto cambió. Los sacerdotes se convirtieron en personas. Podía creer en ellos.

Tampoco es que fuera creyente. Una chica tiene su orgullo. Aunque en ocasiones me gustaría creer que, a la larga, todo era para bien. Que Dios tenía un plan que podíamos seguir o no, según decidiéramos. Que cuando pasaban cosas malas era por culpa del mal, y que incluso el mal tenía un lugar en el plan inescrutable pero fundamentalmente benevolente de Dios.

Son tonterías. ¿Por qué íbamos a importarle a alguien, y menos a un dios omnipotente cuya existencia es puramente hipotética? Sigo pensando que Henry tenía razón en esto. Una noche en Durban tuvimos una conversación filosófica después de la segunda o la tercera copa antes de irnos a la cama.

—Afrontémoslo, muchacha —me dijo—, es como si fuéramos a la deriva en un barco sin remos. Aparte de bebernos la ración de ron no podemos hacer gran cosa.

En la estación de Rosington contemplé alejarse el coche del sacerdote colina arriba, bajo una tarde de febrero cada vez más oscura. Esperé unos minutos más a Janet. Volví a entrar en la estación y llamé a su casa. Nadie contestó.

Así que solo me quedaba la posibilidad de coger un taxi. Indiqué al taxista que me llevara a la Obscura Hostería, en el recinto de la catedral. En una de sus cartas, Janet dijo que alguien le había contado que en la Edad Media, cuando Rosington era un monasterio, la Obscura Hostería era el lugar donde se alojaban los monjes benedictinos que iban de visita. El calificativo de «obscura» se debía al hábito negro de la orden.

El taxi me llevó colina arriba y a través de una gran entrada conocida como la Porta, para luego entrar en el Recinto. Había niños con gorras, pantalones cortos e impermeables. Quizás eran alumnos de la Escuela del Coro. Ninguno de ellos recordaría a Henry. Seis años son muchos años en la vida de una escuela.

Seguimos la carretera que rodeaba el lado este de la catedral y nos detuvimos frente a una verja pequeña en un elevado muro. No le pedí al taxista que me llevara la maleta: habría tenido que pagarle una propina mayor. Empujé la verja en el muro y entonces vi a Rosie jugando al tejo.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté.

—Nadie.

Rosie no llevaba abrigo. Allí estaba, en pleno febrero, jugando

fuera en vestido y sandalias, sin una rebeca siquiera. Empezaba a oscurecer. Hay niños que no notan el frío.

—¿Nadie? —le dije—. Seguro que no. Estoy segura de que eres alguien. Alguien disfrazado.

—No, soy Nadie. Me llamo así.

—Nadie se llama Nadie.

—Yo sí.

—¿Por qué?

—Porque Nadie es perfecto.

Y lo era. Perfecta. Y pensé: «Henry, maldito, nosotros podríamos haber tenido esto».

Mientras Rosie saltaba por el sendero en dirección a la casa, grité:

—¡Rosie! Soy la tía Wendy.

Me sentí como una estúpida diciendo aquello. La tía Wendy sonaba a personaje de cuento infantil, al tipo de personaje que le habría gustado a mi madre.

—¿Puedes decirle a mamá que estoy aquí?

Rosie abrió la puerta y entró en la casa dando saltos. Tomé la maleta y la seguí. Me alivió pensar que Janet ya debía de haber vuelto. No habría dejado sola a una niña.

La casa era parte de una hilera de casas adosadas. Me recordó vagamente unos contrafuertes, con la forma irregular de unos tejados en punta contra un horizonte gris aterciopelado y pequeñas ventanas profundamente empotradas. Al llegar a la puerta, dejé la maleta en el suelo y busqué el timbre. Los paneles superiores tenían cristales y desde allí veía un pasillo que se extendía en las entrañas del edificio. Rosie había desaparecido. Las irregularidades del vidrio concedían al interior un matiz verdoso que se ondulaba como el cabello de Rosie.

Empotrado en la jamba de la puerta había un tirador de latón. Tiré de él y esperé que al final del cable invisible sonara una campanilla. No había modo de saberlo. Solo cabía tener fe en que así fuera, un estado mental que no solía darse en mí fácilmente. Volví a probar, pensando que tal vez fuera mejor entrar por otra puerta. Noté un picor en la nuca ante la idea de sentir vergüenza. Esperé un poco más. Tenía que haber alguien dentro con la niña. Abrí la puerta y me llegó cierto olor a humedad. El nivel del suelo

quedaba unos treinta centímetros por debajo del jardín.

—Hola —dije con un fuerte tono de voz—. Hola. ¿Hay alguien en casa?

Mi voz retumbó de manera extraña, como si estuviera en una iglesia. Bajé al recibidor. Dentro hacía más frío que fuera. Se oía el mecanismo de un reloj. Oí pasos ligeros correteando en la planta de arriba. Oí un ruido seco al abrirse una puerta y luego otro silencio, aunque algo distinto del anterior.

Entonces empezaron los gritos.

Hay algo en los gritos de un niño que hace que te dé un vuelco el corazón. Solté la maleta. Una parte de mi mente se dio cuenta de que el seguro se había abierto al caer al suelo y que los objetos personales que había empaquetado con tanto apremio, los restos de mi vida con Henry, yacían esparcidos por el suelo del pasillo. Subí corriendo por un vuelo de escaleras y llegué hasta un largo rellano.

La puerta que había al fondo estaba abierta. Vi la espalda de Rosie enmarcada en el umbral. Ya no gritaba. Estaba de pie, muy quieta, con los brazos a ambos lados, muy rectos, como si no estuvieran unidos por los codos.

—¡Rosie! ¡Rosie!

Crucé deprisa el rellano y la agarré por los hombros. Le di la vuelta y, al abrazarla, hundí su rostro contra mi barriga. Su cuerpo estaba rígido. Parecía más una muñeca que una niña. Hubo otro grito. Esta vez mío.

La sala estaba amueblada como una habitación. Olía a fijador y menta. Había dos ventanas con parteluz. Una debía de estar entreabierta, porque oía el tráfico y a la gente. En momentos como ese, la mente recupera recuerdos como una esponja. A menudo no entendemos las cosas hasta que más adelante, al apretar esa esponja, vemos lo que aflora.

En ese momento solo veía a un hombre tumbado en el suelo de espaldas, entre la cama y la puerta. Llevaba pantalones de franela de color gris oscuro, zapatos de piel marrones y un chaleco verde oliva de punto sobre una camisa blanca de cuello blando. En una silla junto a la cama había una chaqueta de *tweed* y una corbata a rayas. Su mano derecha descansaba sobre su barriga, y la izquierda, en el suelo con la palma hacia arriba y los dedos ligeramente crispados en torno al mango color hueso oscuro de un cuchillo de

trinchar. Había sangre en la cuchilla, en el cuello y por todo el chaleco y la camisa. Se le habían caído unas gafas de concha y sus ojos azules miraban fijamente al techo. Tenía el pelo más gris y escaso que la última vez que lo había visto y su rostro estaba más delgado, pero lo reconocí al instante. Era el padre de Janet.

—Vámonos de aquí, Rosie —murmuré—, vámonos. El abuelo está durmiendo. Iremos abajo a esperar a mamá.

Como si mis palabras fueran una señal, el señor Treevor parpadeó. Sus ojos nos miraron a las dos, en el umbral.

—¡Os la he pegado! —exclamó y se echó a reír.

SEGUNDA PARTE

EL RECINTO

Capítulo 8

—Lo lamento —dijo Janet mientras cepillaba el pelo de Rosie, pues se le había enredado y había que desenmarañarlo con cuidado—. Se ha presentado por sorpresa.

—No pasa nada —dije.

—Sí, sí que pasa.

Me miró a los ojos y luego siguió peinando aquel brillante cabello.

—He oído el timbre a las tres y media —añadió— y allí estaba. Ha venido desde Cambridge en taxi.

Rosie estaba sentada en un taburete sobre la alfombra frente a la chimenea, con la espalda recta, en vez de tenerla apoyada contra las rodillas de su madre. Si hubiera sido yo, no me habría estado quieta, habría estado jugando con algo o mirando un libro. Pero Rosie parecía hipnotizada por el suave cepillado.

—No se le ha ocurrido llamar. Ha venido con lo puesto. Sin equipaje, sin abrigo. Si hasta se ha olvidado la cartera. He tenido que pagar el taxi con el dinero que guardo para los gastos de la casa —me dijo Janet con una sonrisa, pero yo la conocía demasiado bien como para engañarme—. Aún iba con las pantuflas.

Nos encontrábamos en una sala de estar alargada, revestida con paneles. Estábamos las tres muy juntas, en torno a la chimenea, al calor del fuego. Rosie ya iba con la ropa de dormir. Janet me había dado una ginebra con naranja (con demasiada naranja para mi gusto), que yo sostenía entre las manos, tratando de hacerla durar.

—También se ha dejado los medicamentos. En realidad son laxantes. Le preocupan muchísimo. Por eso he tenido que salir un momento a la farmacia, para comprarlos antes de que cerraran. Y luego me ha abordado la mujer del deán y no he podido escabullirme. —El cepillo vaciló y Janet apoyó las manos sobre los

hombros de Rosie—. Pobre abuelito, que se acabará olvidando hasta de su propio nombre, ¿verdad, tesoro? Ahora dale las buenas noches a la tía Wendy y te llevaremos a la cama.

Cuando subieron, me acerqué a la bandeja de las bebidas y añadí un poco más de ginebra. Las tres habíamos tratado con delicadeza lo que el señor Treevor había hecho arriba. Me pregunté qué le estaría explicando Janet a Rosie al respecto. Si es que quería explicarle algo. ¿Cómo se le cuenta a un niño que el abuelo cogió una botella de salsa de tomate en la cocina, se la llevó a su cuarto y se la echó por encima para que pareciera que se había suicidado con un cuchillo? ¿En qué demonios estaría pensando? Había echado a perder la ropa que llevaba puesta y la alfombra de la habitación. A saber qué efecto le habría causado a Rosie. El único consuelo era que todo el entusiasmo lo había agotado y estaba descansando un rato en su cuarto antes de cenar.

Vaso en mano, me paseé por la sala, observando objetos decorativos, libros y fotografías. Me había vuelto sensible a la pobreza de los demás, como suele suceder cuando uno mismo está en las últimas. Me pareció detectar signos de esa pobreza aquí y allá, en un cojín colocado para tapar una mancha sobre la tapicería de una silla, en un fuego demasiado pequeño para la chimenea o en unas cortinas que necesitaban un forro nuevo. David no debía de ganar mucho.

Había una fotografía de boda en un marco de plata sobre una mesa entre dos ventanas, en la que aparecían los dos frente a la capilla del Jerusalem, David con la estola moviéndose al viento. Yo no tenía fotografías de mi boda, que más bien había sido un acto celebrado a hurtadillas comparado con el suyo. Mi madre pensó que debía casarme de blanco, con el boato ceremonial de costumbre, pero Henry la convenció de que nos regalara el dinero en vez de la luna de miel.

Janet bajó a la sala de estar.

—Me temo que la cena será sencilla. ¿Te parece bien algo de queso con tostadas? Hay pastel de manzana en la despensa.

—Me parece bien —respondí y vi que se estremecía—. ¿Qué ocurre?

—Quería que todo fuera agradable, sobre todo tu primera noche aquí. Hace tanto tiempo que no nos vemos.

—No pasa nada. Es un placer estar aquí. ¿Tu padre bajará a cenar?

—Se ha quedado dormido. —Se acercó a la chimenea y se puso a añadir carbón—. No he querido despertarlo.

Me senté en el sofá.

—Janet…, ¿suele hacer esa clase de cosas?

—¿Como lo de la salsa de tomate?

No dije nada.

—Siempre ha tenido sentido del humor —dijo, y echó una palada de carbón al fuego.

—Pues lo disimulaba muy bien cuando yo iba a vuestra casa.

Janet me miró. Las lágrimas hacían sus ojos grandes como nunca.

—Sí. En fin, la gente cambia.

—Vamos —dije, y di unas palmadas sobre el asiento del sofá—. Ven y cuéntamelo.

—Pero la cena…

—Al diablo la cena.

—Ojalá pudiera —dijo casi gritando—. No sabes cuánto detesto cocinar. Por las mañanas, se me revuelve el estómago con solo ver un huevo frito.

—A mí también me pasa. De todos modos, te ayudaré con la cena. Pero antes ven y siéntate conmigo.

Se secó los ojos con un delicado pañuelito. Era una de las pocas personas que he conocido que nunca se ponían en evidencia cuando lloraban. Janet lo resolvía todo con gracia, hasta el llanto. Hizo un intento desganado de apartar el vaso.

—No debería beber esto. Ya me he tomado uno esta noche.

—Tiene propiedades curativas —dije, mirando cómo tomaba un sorbo—. Dime, ¿cuánto tiempo ha estado así?

—No lo sé. Creo que debió de empezar cuando murió mamá. Ha sido muy gradual.

—¿Has pensado en alojarlo en una residencia?

—No podría hacerlo. No es viejo. Ni siquiera ha cumplido los setenta. Y no es que esté enfermo. Solo está olvidadizo de algunas veces.

—¿Ha ido al médico?

—No le gustan los médicos. Eso que ha hecho con la salsa de

tomate…

—¿Sí?

—Creo que solo intentaba hacerse el simpático. Para jugar con Rosie, para hacerla reír. Pero no ha pensado en el efecto que le iba a causar.

Vaciló un momento y añadió con delicadeza:

—Nunca se le han dado muy bien los niños.

—¿Y qué opina David?

—No he querido molestarlo con este asunto. Ahora mismo está muy ocupado. Puede que le den un nuevo trabajo…

—Pero se habrá dado cuenta, ¿no?

—Hace tiempo que no ve a papá. De todas maneras, la mayor parte del tiempo está bien.

Me sentía como una inquisidora.

—¿Y qué ha dicho Rosie?

—En realidad nada —Janet pasó un dedo por el borde del vaso —. Le he dicho que el abuelo solo había hecho una broma y que era una broma de mayores, que los niños no siempre comprenden. Ha asentido moviendo la cabeza y nada más.

Al final pasamos una velada bastante agradable. Rosie se durmió y también aquel terrible hombre de la habitación de arriba. Janet y yo acabamos preparando montones de tostadas en el fuego de la sala de estar y pusimos perdida de mermelada de fresa la alfombra de la chimenea. Janet me dio pie para hablar de Henry, pero no quise hacerlo, al menos en ese momento. De modo que las dos lo obviamos (cosa que a él le habría repateado) y yo me sentía feliz. Allí estaba yo, fingiendo ser una torre de entereza cuando por dentro era pura gelatina, como siempre me había ocurrido de niña en el colegio. Entre los dos —Janet y el señor Treevor—, me hicieron sentir útil otra vez. Y es que las personas escogemos a nuestras propias familias, sobre todo si las biológicas no son muy satisfactorias.

Capítulo 9

Incluso ahora, que soy tan vieja como John Treevor entonces, sueño con el día en que llegué a Rosington. No con lo que sucedió en la casa, sino con el rato que hablé fuera con Rosie. Lo extraño, lo inquietante, es lo que Rosie dice. O deja de decir.

Cuando la veo en sueños, sé que va a pronunciar su juego de palabras, que se llama Nadie porque Nadie es perfecto. Pero el final del juego es confuso. Eso es lo que me desconcierta, el hecho de que no sé cómo se resolverá el juego. Ser perfecto, pero no ser Nadie. Nadie sino un ser perfecto. Ser un perfecto Nadie. Un no ser perfecto. Ningún ser perfecto. Quizá mi mente se preocupa de esto en sueños porque es menos doloroso que preocuparse de lo que estaba pasando en aquella casa.

Sin embargo, lo del sueño vino mucho después. La primera noche en Rosington dormí muy bien, como no había dormido en años. Yo estaba en una habitación de la segunda planta, aparte del resto. Al despertar supe que era tarde por la luz que se filtraba por una abertura entre las cortinas. El aire del cuarto era glacial. Me quedé en el cálido lecho de sábanas otros veinte minutos.

Al final, una vejiga apremiante me sacó de la cama. El servicio era más cálido que la habitación porque había un depósito de agua caliente. Me quité la ropa allí dentro y me vestí. Bajé y me encontré al padre de Janet sentado en una silla de estilo Windsor a la mesa de la cocina leyendo *The Times*.

Nos miramos con recelo. La noche anterior no había vuelto a bajar y Janet le había subido un poco de sopa. Se puso de pie y sonrió vacilante.

—Hola, señor Treevor.

Parecía perplejo.

—Soy Wendy Appleyard, ¿se acuerda?, la amiga de Janet de la

escuela.

—Sí, sí. Creo que aún queda té en la tetera. ¿Quiere que…? —se ofreció, haciendo amago de mirar la tetera por mí.

—Creo que prepararé otra tetera.

—Mi esposa siempre dice que el café nunca sabe igual si se deja reposar —parecía desconcertado—. Buena idea. Sí, sí.

Noté que me miraba mientras llenaba la tetera, la ponía en el hornillo y encendía el gas. Desde la última vez que lo había visto, había ganado peso: ahora tenía un gran cinturón de grasa. El resto de su cuerpo le daba todavía una apariencia delgada, así como el rostro con aquella nariz picuda y la frente abultada, más prominente debido a que tenía las entradas más pronunciadas. Llevaba el pelo más largo de lo acostumbrado y sin peinar. Vestía un jersey demasiado grande para sus hombros y demasiado justo para su barriga. Me pregunté si pertenecería a David. No hizo ninguna alusión al incidente del día anterior, yo tampoco.

—¿Ha dormido bien? —dijo al fin.

—Sí, gracias.

—¿No la han despertado los ruidos?

—¿Qué ruidos?

—Sí, sí. Suele haberlos en estas casas viejas.

—No, no he oído nada. He dormido muy bien.

Recogió el periódico y dijo:

—Tengo que irme. Se está haciendo muy tarde.

—¿Dónde está Janet?

—Ha ido a llevar a Rosie a la escuela. ¿Le importa quedarse sola? ¿Se las podrá apañar?

Cuando se aseguró de que sería capaz de arreglármelas sola, por lo menos lo bastante como para quedarse tranquilo, salió sin prisa de la cocina. Le oí en el pasillo. Se abrió una puerta, luego se cerró y se oyó un cerrojo. Se había refugiado en el baño de la planta inferior.

Seguía allí cuando ya me había tomado dos tazas de té con una tostada y había empezado a fregar los platos. Sonó una campanilla, una de varias que había alineadas sobre la puerta de la cocina. Supuse que sería la puerta del jardín, de modo que me sequé las manos y bajé a abrir. En la puerta había un clérigo robusto de baja estatura. Se tocó el sombrero.

—Buenos días. ¿Está David?

—Me temo que ha ido a la ciudad para una conferencia. Janet ha salido, pero no creo que tarde en llegar. ¿Quiere que le deje algún recado?

—¿Sabe cuándo volverá?

—Creo que esta noche.

—Entonces le llamaré mañana o quizá pase otra vez. ¿Puede decirle que ha venido Peter Hudson? Muchísimas gracias. Adiós.

Volvió a tocarse el sombrero y se alejó caminando con brío por el sendero en el que había visto jugar a Rosie al tejo, hacia la verja del muro. La escarcha cubría todavía el césped a ambos lados del camino. Al llegar a la verja, se volvió hacia mí y me saludó con la mano.

Fue mi primer encuentro con el canónigo Hudson. En ese momento me pareció un hombre dócil y afable, con uno de esos rostros inolvidables y una voz indefinida que podría haber venido de cualquier parte. Si tenía que tratar con un clérigo, pensé, preferiría que se pareciera a Lawrence Olivier y que hablara como él.

Capítulo 10

David llegó aquella noche de Londres. El ambiente en la casa cambió. Llegó en el momento en que Janet acababa de acostar a Rosie y nos disponíamos a cenar. Yo no deseaba verle. Janet y yo nos encontrábamos en la cocina y el señor Treevor dormitaba en la sala de estar.

Al entrar, David besó a Janet y me dio la mano.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Janet.

—Casi todo era palabrería, pero había gente muy interesante. ¿Algún recado?

—Sobre la mesa del estudio. Puede que Rosie aún esté despierta si vas a darle las buenas noches.

—Antes haré unas llamadas.

—Ah, y ha venido Peter Hudson.

David, que ya salía por la puerta de la cocina, se dio la vuelta hacia nosotras con un gesto más serio.

—¿Y? —preguntó.

—Ha pasado esta mañana… Wendy ha hablado con él. Ha dicho que llamaría o que volvería a pasar mañana.

—Querrá hablar de la biblioteca. Voy a ver si lo encuentro ahora.

Salió de la cocina. Evité mirar a Janet.

—Está preocupado por ese asunto de la biblioteca —se apresuró a explicar Janet como si se disculpara—. Hay una propuesta de unir la biblioteca del Colegio Teológico con la de la catedral. Resulta que casi nadie utiliza la biblioteca de la catedral y sería mucho mejor para todos que se trasladara al Colegio Teológico. Peter Hudson es el nuevo bibliotecario de la catedral, de modo que su opinión es muy importante.

—La unión de dos bibliotecas. Vaya.

Janet hizo una mueca.

—Es algo más que eso. ¿Sabes que el jefe de David se retira? Es un secreto a voces. Puede que se jubile a finales del trimestre de verano.

—¿Y David quiere el trabajo? —le pregunté con una sonrisa y, tratando de hacer una broma, añadí—: Creía que el clero no tenía ambiciones terrenales.

—Más bien es que a David le parece que podría ser útil. El canónigo Osbaston, que es el director, le tiene simpatía. Y el obispo también. Pero para nombrarlo, hace falta el beneplácito del capítulo catedralicio. Se parece un poco a una escuela, ¿sabes? El obispo y los demás son como los miembros del consejo escolar.

—¿Y dónde está el problema?

—Que a algunos canónigos no les hace mucha gracia que David ocupe ese puesto. Entre ellos, Peter Hudson.

Janet empezó a poner la mesa. Los Byfield solían comer en la cocina porque era más cálida y porque el comedor quedaba en el quinto pino, después de subir un vuelo de escaleras, en el otro extremo de la casa.

—Hudson parecía un hombrecillo bonachón —comenté—. Parecía inofensivo.

Janet resopló.

—Mucha gente se confunde con él —sentenció y, de súbito, se sentó y se frotó los ojos—. Por Dios, qué cansada estoy.

Le cogí los cubiertos de las manos y acabé de poner la mesa. Janet jugueteaba con uno de los aros de plata para las servilletas, frotando una mancha oscura sobre el metal.

—En realidad no se trata de la biblioteca —prosiguió despacio —. Ni siquiera del trabajo. Se trata más bien del colegio. Están pensando en cerrarlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque hay pocas solicitudes de acceso y el dinero escasea. El problema se extiende a todo el país. David dice que la Iglesia anglicana necesita entre seiscientas y setecientas ordenaciones al año como mínimo para poder mantener las parroquias activas. Pero hace casi medio siglo que no llegan a las seiscientas al año. Entretanto, todo se hace más caro. El Colegio Teológico es un señor edificio y mantenerlo requiere mucho dinero.

—¿Y por qué David quiere ser el director? ¿No podría hacer otra cosa? ¿No puede tener una parroquia como cualquier otro cura?

—Su vocación es ser profesor e investigador…, puede que hasta administrador —dijo, poniendo recto uno de los cuchillos—. Y… creo además que es uno de esos trabajos en que uno puede destacar. David no lo vería así, claro, pero viene a ser eso.

—Suena más como la empresa Imperial Tobacco que la Iglesia anglicana.

—La Iglesia es una institución, Wendy. Todos trabajan de la misma manera. La Iglesia anglicana no está ahí para hacer dinero, pero no deja de ser una institución.

Estuve tentada de bromear con que Dios era el presidente indefinido de esta, pero pensé que a Janet podría parecerle de mal gusto.

—El sueldo también sería mejor —dijo en un tono apenas más alto que un susurro.

En ese momento, un puñado de sospechas conformó una certeza.

—Vais justos de dinero, ¿verdad?

Janet no dijo nada. Pensé en que David había pagado la cuenta a la señora Hyson y me había comprado el billete de tren. Pensé en el precio del taxi que había tomado el señor Treevor desde Cambridge, en el hecho de tener dos bocas más que alimentar —y en mi caso que dar de beber— y en cómo afectaría al presupuesto de la casa.

Cogí una silla y me senté a su lado.

—Te has portado muy bien conmigo —le agradecí—. Los dos sois verdaderos amigos para lo bueno y para lo malo, pero no me quedaré mucho tiempo más.

Janet levantó la vista para mirarme.

—No quiero que te vayas. Me gusta tenerte aquí. Además, ¿adónde irías? ¿Y qué harías?

—Algo encontraré.

Negó con la cabeza.

—Todavía no. Dios sabe qué sería de ti.

—Otros se las apañan solos —le dije con despreocupación.

—Tú no eres «otros». Eres Wendy. De todas maneras, ¿y Henry qué?

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué pasa con él?

—¿No crees que a lo mejor…?

—Ya te lo dije en la carta. Se ha terminado. Voy a divorciarme. No tiene derecho a quejarse. Solo se casó conmigo por las cuatro perras que tenía —aseguré y, frotándome la piel seca de la mano para tratar de aliviar el dolor, confesé a Janet—: Lo encontré haciendo el amor con otra mujer y era la zorra más fea que he visto en mi vida.

—Oh, Wendy.

Me tomó la mano y me quedé mirando la suya y la mía sobre la pulida mesa de pino.

—Debes quedarte una temporada —decidió Janet.

—Solo si me dejas aportar algo de dinero. Y si me dejas ayudarte en la casa.

—No tienes dinero.

—Tengo alguna que otra joyita.

—No te dejaré venderlas.

—En tal caso tendré que irme.

Nos miramos la una a la otra. Ella se echó a llorar. Yo también. Cuando terminamos de poner la mesa, compartimos un llanto breve y solidario. Después de secarnos los ojos, abrazarnos y despejar el escurridero, ambas sabíamos que me quedaría.

Capítulo 11

El primer sábado de mi visita fue frío pero soleado. David nos llevó a Janet y a mí a la torre oeste de la catedral. Subimos por interminables escaleras en espiral y pasamos por estrechas galerías recubiertas de gruesas capas de polvo de piedra. Al fin empujó una puerta minúscula y, a gatas, salimos a una plataforma de plomo donde la luminosidad era insoportable.

No soplaba el viento. Juro que allí arriba hacía más frío y el sol era más intenso que a ras de suelo. Me apoyé contra uno de los muros almenados como los de un castillo. Me faltaba el aire después de subir tantas escaleras y fumar demasiados cigarrillos.

Me asomé. La torre se alzaba sobre el suelo como un ascensor en una película de miedo. Me pareció que el suelo se alejaba de golpe. Me agarré al parapeto; al apretar la piedra, sentí la aspereza en las manos.

A mis pies se extendían el gran casco incrustado de la catedral y los tejados de pizarra y teja de Rosington. Alrededor del pueblo y hasta donde alcanzaba la vista se divisaban los Fens, un territorio pantanoso, gris e invernal que cubría todo, hasta un punto invisible donde se confundía con el cielo gris e invernal.

Por un instante, sentí un pavor que jamás había sentido. Estaba a la deriva entre el cielo y la tierra, se me había arrebatado mi significación como persona.

Entonces Janet puso una mano sobre mi brazo y dijo:

—Mira, ahí va el canónigo Osbaston de camino al Colegio Teológico —me indicó Janet bajando la voz—. Si las tortugas tuvieran andares de pato, caminarían como él.

En aquella época, Rosington era un pueblo pequeño de unos ocho o nueve mil habitantes. Técnicamente era una ciudad porque tenía catedral, de modo que su sentido de la importancia no era

proporcional a su tamaño. También era una isla en medio del mar negro de los Fens, un lugar aislado, un lugar de refugio. O al menos lo era para mí. Aunque Henry hubiese querido, dudo que me hubiera seguido hasta el pueblo donde se había puesto en ridículo.

David me contó que, en la Edad Media, la isla de Rosington estaba rodeada en buena parte de agua. Aquel destino era un privilegio, casi un palatinado, donde los abades que precedieron a los obispos ejercían una autoridad normalmente reservada al rey. Allí los sajones libraron una de las últimas batallas contra los ejércitos invasores de los normandos.

La ciudad todavía parecía estar sitiada. Y el recinto de la catedral, una ciudad dentro de otra ciudad, se hallaba bajo un doble cerco, porque el municipio en derredor acabó poco a poco con sus derechos y privilegios. El Recinto era un dominio eclesiástico, más antiguo que el municipio secular que lo rodeaba, y se regía por una normativa propia. Un ayudante de sacristán llamado Gotobed mantenía las verjas cerradas; este vivía junto a la Porta con su madre y sus gatos.

Rosington no era como Bradford, Hillgard House, Durban ni como cualquiera de los lugares en los que había vivido. En Rosington el pasado tenía presencia. Si alzabas la vista al techo estando sentada en la cocina de Janet, veías el torpe cañón de la bóveda normanda. El reloj de la catedral tocaba las horas y los cuartos. El ritmo de los oficios diarios regía la vida de los habitantes del Recinto, tal cual había sido a lo largo de más de mil años. Yo nunca había vivido entre personas religiosas, lo cual también me resultaba inquietante. Me sentía como la única persona capaz de distinguir los colores, como si todos los demás vivieran en un mundo monocromático. O quizá fuera al revés. Lo cierto es que yo constituía una minoría de una persona.

Cuando íbamos al colegio, Janet y yo solíamos reírnos de la gente religiosa. Ahora sabía que Janet iba a misa con regularidad, aunque nunca habíamos hablado de ello en las cartas.

El primer domingo por la mañana que pasé en Rosington, me quedé en casa. Janet y Rosie se estaban preparando para a ir a la misa de la mañana, a las diez y media. Las dos estaban muy monas, acicaladas para Dios con sus mejores galas de domingo.

—Si no te importa, yo no iré a la iglesia —le dije a David

durante el desayuno.

Se lo había dejado claro a Janet, pero también quería decírselo a él. No quería que hubiera malentendidos.

David sonrió.

—Tú decides.

—Lo siento, pero es que no soy precisamente una devota. Prefiero preparar las verduras.

—Es un gesto muy amable por tu parte. Pero ¿seguro que no es demasiada molestia?

No sé cómo lo hacía, pero conseguía hacerme sentir como una hija pródiga que se halla muy lejos de casa.

—Supongo que te toca ir a la iglesia —le dije a Janet mientras fregábamos los platos después de comer— como parte de los deberes conyugales.

Ella asintió, pero añadió:

—Además me gusta. En la iglesia nadie te exige nada. Al menos se puede estar tranquilo un rato.

Fui lo bastante estúpida como para no desentrañar el sentido de sus palabras.

—Sí, pero ¿crees en Dios?

No quería que Janet creyera en Dios. Era como si al creer en él, fuera a creer un poco menos en mí.

—No lo sé. —Se inclinó sobre el fregadero y empezó a restregar una bandeja de asar—. Aunque lo que yo piense tampoco importa mucho, ¿no?

Durante los primeros quince días en Rosington, los cinco nos adaptamos a una rutina. Dado lo distintos que éramos cada uno, cabía esperar más roces de los que había. Pero David pasaba la mayor parte del tiempo fuera, ora en el Colegio Teológico, ora en la catedral. Rosie iba a la escuela entre semana; era su segundo trimestre en la escuela primaria de St. Tumwulf, situada en los límites del pueblo. El viejo señor Treevor —entonces lo consideraba un anciano, pero tenía la misma edad que tengo yo ahora— pasaba mucho tiempo en su cuarto acurrucado frente a una estufa eléctrica o bien en la cama. Por lo que pude percibir, sus principales intereses eran la comida, el contenido de *The Times* y la evacuación de sus intestinos.

La casa en sí facilitaba la convivencia. La Obscura Hostería no

era tan grande como intrincada. Casi todas las habitaciones eran pequeñas y había muchas. David dijo que el edificio se había habitado de forma permanente a lo largo de setecientos u ochocientos años. Al parecer, cada generación había aportado su propia excentricidad. Era una casa con muchas escaleras (algunas de las cuales no conducían a ningún lugar concreto) y estaba compuesta de habitaciones pequeñas y sinuosas con suelos en pendiente y gruesas paredes. La cocina se encontraba en un semisótano y, mientras fregabas los platos, veías las piernas de quienes pasaban por High Street, que conducía al límite norte del recinto de la catedral.

Aunque en la Obscura Hostería había espacio de sobra para sus habitantes, no era una casa fácil de llevar. Una asistenta venía tres mañanas por semana para «limpiar a fondo» o, de lo contrario, habría tenido que hacerlo Janet sola. Y había mucho que hacer: estábamos en 1958 y el aparato que más trabajo ahorraba era una lavadora con un rodillo escurridor. La última vez que aquella casa se había limpiado de arriba abajo habría sido a principios del siglo XX, cuando sus ocupantes podían haber dispuesto de dos o tres sirvientes.

En algunos aspectos, creo que Janet habría preferido ser una criada a sueldo. Odiaba aquel trabajo, pero al menos se habría sacado un salario. Una simple transacción comercial tiene un principio y un final y ambas partes implicadas tienen libertad de decisión.

Janet abarcaba lo peor de ambos aspectos. Había una siniestra ironía en el hecho de que, además de tener que llevar aquella absurda residencia antigua, debía fingir ser la señora de la casa, no la esclava de esta. De Janet se esperaba que fuera toda una dama. Cuando los Byfield llegaron a Rosington, se hizo grabar tarjetas de visita. Todavía conservo una: estaba hecha de cartón amarillento con las esquinas dobladas y una letra pequeña y discreta.

Señor y señora Byfield
La Obscura Hostería
El Recinto
Rosington
Teléfono: Rosington 2114

Cuando los Byfield llegaron a la Obscura Hostería, las señoras del Recinto y del pueblo les hicieron visitas y les dejaron sus tarjetas. Janet las visitó a su vez y les dejó la suya. Era el equivalente secular de aquello que David hacía a diario en aquella mole retumbante que se alzaba en medio del Recinto. Un procedimiento ritual que otrora debió de tener un propósito.

Dudo que David se diera cuenta del peso que había cargado sobre los hombros de su esposa. O, cuando menos, dudo que se diera cuenta entonces. No es que no fuera un hombre sensible. Pero su sensibilidad era como una tea. Tenía que estar muy cerca para tener algún efecto. Ahora bien, no solo era una cuestión de si David era o no sensible. Todo el mundo pensaba de un modo distinto. No olvidemos que estoy hablando de cuarenta años atrás y de un lugar como el recinto de la catedral de Rosington.

Hoy creo que David y Janet habitaban una cárcel, pero ninguno de ellos era capaz de ver los barrotes.

Capítulo 12

Cada vez era más evidente que habría que tomar alguna medida respecto al señor Treevor.

Tanto él como yo (dos vampiros emocionales) llegamos la misma tarde de febrero y, más de tres semanas después, seguíamos en la Obscura Hostería. Yo me enorgullecía de hacer tareas en la casa y de cocinar. También vendí mi anillo de compromiso. Nunca me había gustado aquella joya horrorosa. Y resultó valer mucho menos de lo que Henry me había hecho creer, lo cual no debería haberme sorprendido.

El señor Treevor cada vez colaboraba menos en casa. Daba por sentado que estábamos allí para cubrir sus necesidades, como hacer la comida, lavarle la ropa, hacerle la cama, calentar las habitaciones y comprarle a diario un ejemplar de *The Times*, que además, no sé por qué, le gustaba que se le planchara antes de abrirlo.

—Nunca había sido así —me dijo Janet un jueves por la mañana mientras nos tomábamos un café—. Si apenas leía el periódico. Y eso de plancharlo no sé de dónde le viene.

—¿No solían hacer eso en las casas de la aristocracia?

—No puede haber adquirido la manía de ahí.

—A lo mejor lo ha visto en una película.

—La verdad es que resulta un fastidio.

—¿Un fastidio? Es una maldita imposición. Creo que deberías ponerte en huelga.

—Creo que su memoria mejora. Ya es algo, ¿no?

Me pregunté si mejoraría hasta el punto de recordar quién era yo de un día para otro.

—El otro día me contó con detalle cómo ganó un premio en el colegio —prosiguió Janet en el mismo tono orgulloso con el que describía los logros de Rosie en el St. Tumwulf— por recitar poesía

griega. Hasta recordaba el nombre del niño al que ganó.

—Se hace mayor —dije, reaccionando a su preocupación y no a lo que había dicho—. Eso es todo. Algún día nos pasará a nosotras.

Janet se mordió el labio.

—Ayer me preguntó cuándo iba a volver mamá. Por lo visto cree que se ha ido a pasar el fin de semana fuera o algo así.

—¿Cuándo regresará tu padre a Cambridge?

—El sábado —dijo Janet con buen ánimo—. David se ha ofrecido a llevarle.

A primera hora del viernes por la mañana, todos supimos que habría que aplazar su regreso a Cambridge. Oí los gritos incluso desde la última planta. Cuando bajé, todos los demás estaban en la cocina. Hasta Rosie estaba acurrucada en un rincón entre la pared y el aparador, agachada para encogerse lo más que pudiera.

El señor Treevor estaba de pie junto a la mesa. Iba en pijama, pero sin los dientes postizos, con las pantuflas y la bata, y sollozaba. Janet le daba toquecitos en el brazo derecho con un paño de cocina. David, que también iba en pijama, los miraba con el ceño fruncido. Había un charco de agua sobre la mesa y la parte delantera del vestido de Janet estaba empapada. La cocina olía a pelo chamuscado y a tela quemada.

Luego reconstruimos los hechos. El señor Treevor se había despertado temprano y, en un raro acceso de iniciativa, decidió prepararse un té. Bajó a la cocina, encendió el gas y puso la tetera sobre el hornillo. Por desgracia, se olvidó de poner agua en el recipiente. Al cabo de un rato, la tetera empezó a hacer ruidos inusitados, de modo que la levantó del hornillo. Al hacerlo olvidó otras dos cosas: apagar el gas y cubrir el asa de metal con una tela. Debió de soltar el primer grito cuando el metal del asa le quemó los dedos y la palma de la mano.

David me miró.

—Seguro que tenemos un botiquín en alguna parte, ¿no?

—Llama al médico —sugerí—. Deprisa.

—Pero seguro que no ha sido…

—Deprisa. El señor Treevor ha sufrido una fuerte impresión.

Parpadeó, asintió y salió de la cocina.

Empujé una silla hasta el fregadero y, con la ayuda de Janet, acerqué al señor Treevor a este. Abrí el grifo y dejé correr agua fría

sobre la mano y el brazo.

—Janet, ¿por qué no te llevas a Rosie de vuelta a la cama y traes una manta? ¿Tienes hilas?

—Sí, estarán…

—Pues tráelas también. Y luego, ¿qué tal un té?

Una parte de mí disfruta mandando a los demás. Por lo visto a nadie le importaba. Poco a poco, el señor Treevor pasó de sollozar a gimotear, hasta callar por fin. Cuando llegó el médico, los cuatro adultos estábamos sentados alrededor de la tetera tomando té muy dulce.

El médico era el joven Flaxman. Reconocí su nombre por las cartas de Janet: la había ayudado mucho durante su embarazo. Llegaría a conocerle muy bien. Tenía un rostro alargado y pecoso, la piel descamada y el pelo rojo. Examinó al señor Treevor, nos dijo que lo metiéramos en la cama y aseguró que volvería a pasar más tarde.

Por la tarde, Flaxman regresó. Pasó veinte minutos a solas con el señor Treevor y luego bajó a la sala de estar para hablar con nosotras. David todavía estaba en el Colegio Teológico.

—¿Cómo está? —se interesó Janet.

—Bueno, las quemaduras no suponen ningún problema. Se curará. Podría haber sido peor si no hubieran actuado tan deprisa.

—Eso hay que agradecerlo a la señora Appleyard —dijo Janet, sonriéndome.

Flaxman se sentó sin mirarme siquiera. Se puso a escribir una receta.

—¿Le apetece una taza de té? ¿O una copita de jerez? No es demasiado pronto para un jerez, ¿no?

—No, gracias —declinó, y arrancó la receta para dársela a Janet —. Esto ayudará al señor Treevor a dormir, señora Byfield. Dele uno en el momento de acostarse. Si se queja de dolor, dele un par de aspirinas. Dígame, ¿dónde vive?

—Tiene un piso en Cambridge.

—¿Vive solo?

—Hay una casera en la planta baja que cocina para él.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse con ustedes?

Janet cambió ligeramente de postura.

—La verdad es que no lo sé. Mi marido iba a llevarlo mañana a

Cambridge, pero dadas las circunstancias, supongo que…

—Le recomiendo que se quede aquí unos días más. Me gustaría visitarle otra vez durante los próximos días. Creo que su estado requiere una evaluación. ¿Podría facilitarme la dirección de su médico de cabecera?

—Cuando le ha pasado todavía no estaba despierto del todo —explicó Janet, aferrándose a una esperanza—. Últimamente no ha dormido muy bien.

—Las pastillas para dormir lo resolverán. Pero la cuestión es que necesita que alguien le cuide. No digo que haya que hospitalizarlo, pero necesita a personas a su alrededor que lo vigilen.

—¿Irá… irá a peor?

—Es posible. Por eso no podemos quitarle el ojo de encima, señora Byfield…, para ver si va a peor.

—¿Y si es así?

—Hay varias residencias en esta región. Unas son privadas y otras públicas.

—Él no lo soportaría. No podría soportar perder su intimidad.

—Sí, pero su seguridad física es lo que preocupa ante todo. ¿Podría vivir con usted o con algún otro familiar?

—¿De forma permanente?

—Si no quiere que vaya a una residencia, seguramente sería la mejor solución, señora Byfield. Al menos hasta que su estado se deteriore bastante más.

—Pero… pero ¿qué le pasa exactamente?

—En este momento es difícil ser categóricos —dijo, y nos miró fugazmente a las dos—. Pero creo que está atravesando la primera fase de una demencia.

Se hizo un largo silencio. Quería decirle a Janet: «Ya cargas con bastantes responsabilidades», pero por una vez me callé.

Entonces suspiró.

—Tendré que hablar con mi marido.

Capítulo 13

Janet y yo fuimos al piso del señor Treevor aquel sábado. La acompañé en coche a Cambridge, lo cual fue otro mérito por mi parte, tras la primera demostración como especialista en primeros auxilios. En cierto modo, empezaba a liberarme de mis cargas mientras Janet iba acumulando más.

David había dado por sentado que Janet iría en autobús. Al fin y al cabo era más barato que ir en tren.

—¿Y por qué no vamos en coche? —sugerí el viernes por la noche bajo los efectos del considerable trago de la botella de ginebra que guardaba en un armario junto a la cama.

—Janet no tiene carné de conducir —respondió David—. Yo mismo te llevaría, pero por desgracia tengo clase mañana por la mañana y una reunión a primera hora de la tarde, con la comisión de finanzas.

—Ya la llevo yo —propuse.

Entonces David me miró de frente.

—No sabía que condujeras.

—Pues sí. Pero ¿y el seguro?

—Está asegurado a cualquier conductor que tenga mi permiso.

—Pues ya está. Problema resuelto.

—Pero ¿has conducido últimamente, Wendy? No es un coche fácil de conducir. Es…

—Es un Ford Anglia de segunda serie —lo interrumpí—. Tuvimos uno durante una época, en Durban, solo que el nuestro era más moderno y tenía un motor de mil doscientos centímetros cúbicos.

—Vaya —dijo, y sonrió de pronto—. Eres una mujer de talentos ocultos.

Le devolví la sonrisa y pregunté a Janet cuándo quería ir. Me

encontraba a gusto y me faltaba un poco el aire, lo cual no era solo por la ginebra. Era una cuestión biológica. David desconcertaba a muchos hombres en su época, pero no había ni una sola mujer que no sintiera en el fondo cierta fascinación por él, que no se deleitara con su aprobación.

Janet y yo tendríamos seis horas de libertad. La asistenta accedió a quedarse en casa para cuidar del señor Treevor y Rosie. A Rosie le gustaba aquella mujer porque le daba muchas golosinas, cosa que a Janet no le parecía bien, pero tampoco ponía ninguna objeción.

El trayecto de Rosington a Cambridge parece trazado con una regla. El paisaje pantanoso de los Fens nunca podía ser bonito, sin embargo hizo un día bastante cálido para marzo y brillaba el sol. Daba la sensación de que la primavera estaba a la vuelta de la esquina, que no volvería a hacer frío y que todos los problemas tendrían una solución.

El piso del señor Treevor era la planta superior de una casita con terraza de mediados de la época victoriana que estaba situada en una calle sin salida junto a Mill Road, cerca de la estación. No sabía qué nos íbamos a encontrar, pero jamás habría pensado en aquello. La casera, viuda de un bedel de colegio, ocupaba la planta baja. El señor Treevor, la viuda y su hijo compartían la cocina y el baño, que estaba junto a esta, añadido posteriormente.

La mujer había salido. Janet entró con la llave de su padre y subimos a su piso. En mi rostro debía de reflejarse lo que estaba pensando.

—Es un sitio un poco sórdido —dijo Janet.

—No importa.

—Me imagino que no esperabas que viviera en un sitio así. Quería quedarse en Cambridge, ¿sabes?, y al morir mamá, esto es lo único que podía permitirse.

Janet me guio por el rellano hasta la habitación principal, que estaba amueblada como una sala de estar. Olía a tabaco, comida rancia y ropa sin lavar.

—Le sirve el desayuno y la cena —dijo Janet, refiriéndose a la casera— y se supone que también hace la limpieza y le lava la ropa.

Abrió una de las ventanas de guillotina y un aire fresco y frío inundó la habitación.

—Pero me parece que no limpia mucho. Por eso no he querido avisarla de que veníamos.

—Lo siento. Supongo… supongo que no había un sitio mejor.

—Mi padre tampoco estaba en situación de exigir nada —sentenció, y se volvió hacia mí—. Cuando era pequeña había dinero de sobra. Mi madre siempre estaba trabajando y era buena en lo que hacía. Se la disputaban. Y papá cobraba poco. No mucho, unas cien libras al año. No tenían plan de pensiones. Creo que más o menos vivían al día.

—No pasa nada —dije con incomodidad, pues era inglesa y, en aquella época, los ingleses detestaban hablar de dinero, sobre todo con amigos—. Lo entiendo.

Janet era más valiente que yo, siempre lo había sido.

—Cuando mamá enfermó, dejó de traducir y tuvieron que vivir de los ingresos de papá. Así que, entre una cosa y otra, cuando mamá murió quedó muy poco.

Movió la mano para mostrar la habitación y añadió:

—Pero encontré esto, que le permitía ser independiente. Y Cambridge le encanta.

De pronto, al comprenderlo, pregunté:

—Tú y David le estáis ayudando a pagar este piso, ¿verdad?

Janet asintió.

—Solo una pequeña parte.

—Ya es bastante —aprobé—. Pero ya no tendréis que hacerlo.

No obstante, las dos sabíamos que tendría que pagar por otras cosas y de otras maneras.

John Treevor todavía estaba vivo y a solo treinta kilómetros de Rosington. Sin embargo, mientras nos movíamos por su piso recogiendo sus objetos personales, era como si ya hubiera muerto. Su ausencia creaba una impresión de permanencia.

Y, debido a ello, sus pertenencias perdían importancia. Las personas conceden importancia a sus posesiones y, cuando mueren o incluso cuando están ausentes, esa importancia se evapora. Recuerdo que había una capa de mugre en las repisas de las ventanas, polvo en los libros y agujeros en casi todos los calcetines.

—Sería mucho más sencillo si pudiéramos tirarlo todo sin más —dijo Janet al cerrar la última de las tres maletas que habíamos traído—. ¿Y qué vamos a hacer con su correo? No creo que vaya a

escribir cartas.

Mientras yo bajaba la maleta al coche, Janet miró en los cajones del escritorio. Cuando volví a subir, encima de este había una pila de papeles y Janet estaba mirando una fotografía, que inclinaba a un lado y al otro delante de la ventana.

—Mira.

La cogí. Era una fotografía de ella con pocos más años que Rosie, era una instantánea tomada en la playa. Iba en bañador y miraba a la cámara, cogiéndose las rodillas. Se la devolví.

—Es de antes de la guerra. En Bexhill, Hastings o un sitio parecido. Solíamos ir a Sussex a quedarnos con mis abuelos. Para mí era como el paraíso. Un verano papá me enseñó a nadar y solía leerme hasta que me quedaba dormida —me contaba con voz temblorosa—. Había una colección de cuentos de Andrew Lang llamada *El libro amarillo de los amitos de hadas*. Lo había olvidado por completo.

Hurgó en su bolso en busca de un pañuelo y se sonó la nariz.

—¿Por qué ha tenido que pasarle a él? —preguntó con rabia, como si la culpa fuera mía—. ¿Por qué no podía haber envejecido con normalidad o haberse muerto incluso? Esto no es nada. No es ni una cosa ni la otra.

No dije nada porque no había nada que decir.

Janet le dejó una nota a la casera. La llevé a comer y luego paseamos bajo el pálido sol por el Colegio Universitario de St. John y por los Backs, a orillas del río. No fue el mejor de los consuelos, pero fue el único que se me ocurrió.

La decisión ya estaba tomada y David consideraba que no tenía sentido aplazarla. A lo largo de las siguientes semanas vendimos, regalamos o tiramos dos terceras partes de cuanto había en el piso.

El señor Gotobed, el ayudante de sacristán, ayudó a David a llevar el resto de las pertenencias del señor Treevor a la Obscura Hostería. Entre bufidos y gruñidos, ambos subieron algunos muebles —el escritorio, la silla, la vitrina— a la habitación del señor Treevor para que se sintiera como en casa. Janet colocó fotografías sobre la mesa, una de ella y otra de su madre, ambas en marcos de plata recién bruñidos. Aunque su padre ya no fumara trajo el soporte para las pipas y el bote de tabaco, y los puso en el lugar del escritorio donde solía tenerlos.

No sé si aquel cambio fue una buena idea. Una mañana, poco después de terminar la mudanza, el señor Treevor salió del baño cuando yo bajaba de mi cuarto por las escaleras. Me puso una mano en un brazo y miró a su alrededor como si comprobara que nadie fuera a oírle.

—En esta casa están pasando cosas raras —me confió—. Han hecho venir a los albañiles. Están cambiando mi cuarto. Deben de hacerlo de noche, porque nunca les he visto trabajando. Aunque he visto a uno en el pasillo. Un tipo con aspecto de furtivo.

Se dirigió a su cuarto caminando muy despacio por el rellano. Al llegar a la puerta se volvió para mirarme.

—Más vale que estés ojo avizor, Rosie —susurró—. Si no, no sabremos qué se traen entre manos. Toda precaución es poca. Sobre todo con una niña tan guapa como tú.

¿Rosie?

Capítulo 14

Debo reconocer que la catedral venía bien cuando llovía. Podías recorrer casi toda High Street a cubierto. O ir del transepto norte a la entrada sur y evitarte dar la vuelta a la catedral por fuera. En ocasiones, si el coro estaba ensayando o estaban tocando el órgano, me sentaba un rato a escuchar.

Y allí me encontró Peter Hudson.

Aquella mañana llovía a cántaros y se formaban cortinas argentadas de agua fría procedentes del este, que barrían los Fens. Acababa de volver de la Oficina de Trabajo de Market Street. No le había caído bien a la mujer con la que había hablado. ¿Sería el pintalabios? ¿La falda demasiado apretada? ¿El hecho de que hubiera olvidado los guantes? Sospecho que me miró como si yo fuera una mujer de dudosa reputación, peligrosamente sofisticada y potencial ladrona de maridos, cosa que dice mucho tanto de la competitividad como de mí.

En ese momento, en la Oficina de Trabajo solo disponían de dos puestos para los que estaba cualificada. Había una vacante de dependienta para la sección de confitería de los grandes almacenes Woolworth. O, si lo prefería, podía ganar bastante más haciendo turnos en la fábrica de conservas de las afueras. Ninguna de las dos merecían la pena salvo por el dinero, además tampoco es que hubiera mucha oferta.

Empezaba a pensar que quizá debía regresar a Londres. Aunque no quería, porque Janet me necesitaba o, más bien, porque yo la necesitaba a ella. No solo me afectaba la separación de Henry. Era como si todos los errores que había cometido en mi vida me persiguieran. Era la misma sensación de marcharse de un hotel y tener que pagar una cuenta por un importe tres veces superior al que esperabas.

Entré en el Recinto por Boneyard Gate, el acceso por High Street, y me metí por la puerta norte de la catedral a fin de evitar la lluvia. Lo cierto es que no habría tardado mucho más en llegar a la Obscura Hostería de haber tomado el camino a cielo abierto. Pero allí estaba Janet y yo quería estar unos momentos a solas para tomar aliento y decidir qué le contaría.

Entrar en la catedral era como entrar en un acuario, como pasar de un medio a otro. Dentro el aire estaba quieto, el ambiente era fresco y predominaba el gris. Gotobed, el ayudante de sacristán, me saludó con una sonrisa tímida y fugaz y entró a toda prisa en la sacristía. El edificio desprendía un ligero olor a humo, una combinación de incienso y de los gases de las estufas que conformaban el sistema de calefacción. Recuerdo aquellas estufas más que ningún otro elemento de la catedral. Estaban repartidas por todas las naves como pajareras de hierro fundido. Eran estufas circulares y abombadas y tenían la altura de un hombre, aunque mucho más anchas. Sobre cada una colgaba una corona de hierro fundido que habría ido bien a un niño pequeño.

El coro ensayaba detrás de la pantalla que dividía el espacio bajo el octógono, de este a oeste. No veía a los coristas, pero el sonido de sus voces llenaba el crucero e invadía los transeptos y la nave. Gotobed salió de la sacristía, pero esta vez no me miró porque estaba ocupado: con un bastón de mando coronado en plata encaminaba al señor Forbury en una procesión de una sola persona hacia el deanato.

Me senté en una silla, me limpié la lluvia de la cara y traté de pensar, pero me distraje escuchando las voces que ascendían por el octógono sobre el que reposaba el chapitel. Solo conseguí pensar en qué estaría haciendo Henry en aquellos momentos y dónde y con quién. A esas alturas ya debía de haber conocido a otra mujer, a otra dispuesta a dejarse engañar con sus gracias y sus adulaciones.

Entonces vi salir al canónigo Hudson de la sacristía. Se dirigió hacia mí, lo cual me fastidió. Ese era uno de los problemas de Rosington. Me había acostumbrado al anonimato de las ciudades.

—Hola, señora Appleyard, ¿está disfrutando del canto?

—No sé qué tiene, pero es muy relajante.

—Aquí nos sentimos muy orgullosos de nuestra música. Si está aquí en Pascua, debería…

—No creo que esté —dije con dureza, decidiéndolo en ese preciso momento.

—¿Se marcha?

—Tengo que encontrar un trabajo. Aquí no hay nada. O, más bien, nada que me apetezca.

Se sentó a mi lado y cruzó las manos sobre una pierna.

—¿Y qué está buscando exactamente, señora Appleyard?

—La verdad es que no lo sé. Pero mi marido me ha dejado, así que tendré que trabajar para salir adelante. —Deseé no haber pronunciado aquellas palabras. Mi vida privada no era asunto suyo. Janet había dicho a otras personas que mi esposo estaba «fuera». Me miré el reloj y fingí sorprenderme.

—¡Oh! ¡Qué tarde es!

—Es una circunstancia difícil para usted —dijo, desoyendo mi tentativa de desviar la conversación—. ¿Me equivoco al creer que de momento preferiría quedarse en Rosington?

—Bueno, es una posibilidad.

—Ha dicho que no tiene estudios.

—Aparte del certificado escolar.

—¿Y ha trabajado alguna vez?

—Solo en la tienda de mi padre durante unos años antes de casarme. Era joyero.

—¿En qué consistía el trabajo?

Estuve a punto de decirle que no se entrometiera, pero era un hombrecillo tan amable, que no serlo con él habría sido tan gratuito como pisar un gusano.

—Hacía varias cosas —expliqué—. A veces atendía en la tienda, a veces ayudaba a llevar la contabilidad. Y cuando liquidamos el negocio, hice casi todo el inventario.

La música ascendía como un remolino sobre nosotros. Al igual que yo, quería escabullirse.

—Qué interesante —dijo Hudson—. Pues si de verdad está buscando un trabajo aquí, sé de uno a tiempo parcial que podría reunir los requisitos. Es en el mismo Recinto y, hasta cierto punto, podría decidir con libertad a qué horas trabajar. Pero no sé si es usted la persona adecuada. O, de hecho, si es el trabajo adecuado para usted —dijo y sonrió para quitar hierro a sus palabras—. Estoy buscando a alguien para que realice un catálogo de la biblioteca de

la catedral.

Lo miré con perplejidad. Y él, sin dejar de sonreír, me miró a su vez.

—Si no sabría por dónde empezar —objeté—. Le haría falta un bibliotecario o un académico o a alguien parecido, ¿no? No me veo capaz de hacer algo así.

—¿Cómo lo sabe?

—Es evidente.

—Señora Appleyard, lo que es evidente es que nos iría bien a ambos si estuviera dispuesta a ayudarme. De modo que merece la pena averiguarlo, ¿no le parece?

Me encogí de hombros, mostrándome descortés hasta el final.

—¿Por qué no le echa un vistazo a la biblioteca ahora? Será un momento.

Era un hombre persistente y, al final, fue más fácil hacer lo que él quería que negarse a ello. Fue a la sacristía a buscar una llave y me condujo hasta una puerta situada en el extremo oeste de la nave sur del coro. La abrió y pasamos a una larga sala abovedada.

La luz lo invadió todo. En la pared de cara al este, muy por encima de nosotros, había dos ventanas normandas con cristal sencillo. Una alfombra turca desgastada se extendía desde la puerta a todo lo largo de la sala, hacia un par de mesas que había al fondo. A ambos lados de la alfombra había librerías de madera de algo más de dos metros de alto, que dividían la sala en secciones. La temperatura no era mucho más cálida que en la propia catedral, es decir, era fresca incluso para alguien habituado a las corrientes de aire de la Obscura Hostería.

—Originariamente, la sala conformaba dos capillas adyacentes al transepto de la cara sur —me explicó Peter Hudson—. En la década de 1870 las convirtieron en la biblioteca de la catedral. Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero creemos que por lo menos habrá unos nueve o diez mil libros. Quizá más.

Caminamos a lo largo de la sala. Contemplé uno a uno los lomos de los libros alineados, la mayoría en vertical, algunos en horizontal, encuadernados en piel o en tela. El aire olía a polvo y a papel muerto. Yo ya sabía que carecía de la formación y la habilidad necesarias para emprender un trabajo como aquel, pero en ese momento me daba cuenta de la pura exigencia física que

representaba.

Una noche en Hillgard House, Janet y yo nos escapamos del dormitorio, bajamos a hurtadillas las escaleras y salimos al aire libre por una puerta. El cielo estaba raso. Nos encontrábamos en medio del campo y las luces tenían que estar apagadas a causa de la guerra. Nos tumbamos boca arriba sobre la hierba del jardín a contemplar el cielo estival, sintiendo cómo el rocío iba empapando los camisones.

—¿Cuántas estrellas hay? —me preguntó Janet.

Y yo respondí:

—Jamás podrías contarlas.

Aquel día el pavor se apoderó de mí, sentí una suerte de sobrecogimiento. Y en la biblioteca de la catedral, ante todos aquellos libros, sentí el mismo sobrecogimiento, solo que sin pánico. Al igual que el cielo nocturno, la biblioteca era demasiado vasta. Contenía demasiadas cosas. Yo sencillamente no estaba a la altura.

—Lo lamento, pero creo que esto no va a funcionar.

—Sentémonos y hablemos —sugirió Hudson.

Al fondo de la sala había dos mesas grandes y una colección diversa de lo que parecían sillas de comedor en desuso. Tras las mesas había un armario que ocupaba toda la pared. Hudson tiró de una de las sillas y le quitó el polvo con un pañuelo. Me senté.

—Se ve que es una labor ingente y creo que yo sería incapaz de emprenderla. Me imagino que muchos de estos libros son de gran valor. Podría estropearlos.

Le sacó el polvo a otra silla y se sentó soltando un suspiro de alivio. Entrelazó los dedos sobre la mesa y me miró.

—Permítame explicarle en qué consistiría el trabajo antes de tomar una decisión.

—¿Entonces no hay manuscritos medievales? Sería incapaz de leerlos.

—Así es, la catedral posee unos cuantos manuscritos medievales y algunos de los primeros libros que se imprimieron. Pero no se encuentran aquí. Están guardados bajo llave en la Tesorería o se han prestado a la biblioteca de la Universidad de Cambridge o al Museo Británico. No tiene por qué preocuparse.

—Si usted lo dice.

—Verá, el contenido de esta biblioteca es relativamente reciente. Sucedió que en el siglo XIX, el deán Pellew legó a la catedral sus libros, unos mil doscientos volúmenes. Es el grueso de la colección. También nos dejó una suma de dinero a modo de donación. Así que el capítulo posee un fondo aparte para la biblioteca, del que se dispone para comprar nuevos libros y que puede emplearse también para pagar a un ayudante que gestione las tareas de rutina de la biblioteca. Cuando se recibió la donación, se decidió que uno de los canónigos tendría que ejercer de bibliotecario para supervisar la gestión. Mi predecesor inmediato asumió el cargo en 1931. Falleció el año pasado ocupando el cargo todavía, así que no se podría quejar. No obstante, no hizo gran cosa por la biblioteca. Y dudo que le concediera importancia alguna en los últimos diez años de su vida —añadió Hudson con una sonrisa—. En cierto modo, el cargo de bibliotecario de la catedral se ha acabado considerando uno de esos cargos honorarios. Y Dios sabe que en la fundación estos nos sobran. Y luego yo lo asumí.

—Janet ha dicho que existe la posibilidad de que los libros sean traspasados a la biblioteca del Colegio Universitario Teológico.

Hudson asintió.

—El deán y el capítulo han decidido cerrar la biblioteca de la catedral. Todavía no se ha hecho anuncio público de ello, pero todo el mundo lo sabe. La situación legal es bastante complicada: hay que desviar la donación a algo distinto de la catedral en sí. Por otra parte, están los libros, y ahí es donde entra usted. Apenas se les da uso y, francamente, tenerlos aquí supone una pérdida de espacio.

—Nunca habría pensado que pudiera haber falta de espacio en este edificio.

—Se sorprendería. Nuestro deber es dar el mejor uso posible a los recursos de que disponemos. Pero volvamos a los libros. Una posibilidad es donar algunos o todos a otra biblioteca, y si así es, la del Colegio Teológico sería quizá la más adecuada.

Advertí que no mencionó la posibilidad de que el Colegio Teológico cerrara.

—Y otra es venderlos todos. Pero en realidad no podemos tomar ninguna decisión hasta que no sepamos qué tenemos. Y es que nunca se ha realizado un catálogo completo.

Se levantó y sacó de un estante un pesado volumen de unos

centímetros. Quitó el polvo de un soplido y lo dejó sobre la mesa.

—Este volumen recoge la colección original del deán Pellew. Solamente se trata de una lista de títulos y autores, y me sorprendería que los incluyera todos. Luego, con los años, ha habido un par de intentos poco entusiastas de registrar las nuevas adquisiciones según iban entrando. Algunas constan aquí —dio unas palmadas al libro—. Otras se han recogido en el archivador que hay junto a la puerta.

Hudson volvió a sentarse. Sacó una pipa, miró al interior de la cazoleta y volvió a guardársela en el bolsillo. Me pregunté cuánto me pagaría y si sería suficiente para permitirme permanecer en Rosington. Se estaba quedando calvo por la coronilla. Luego me pregunté si él y su mujer se querrían y cómo se comportarían cuando estaban a solas. Esta se llamaba June. Ella una de las pocas señoras del Recinto que no solo me reconocía, sino que me saludaba cuando nos cruzábamos.

—¿Y no podrían pedir a alguien que trabaje en una librería que se encargue de los libros?

—Sí que podríamos. Y seguramente realizarían una valoración de estos. Pero ni siquiera sabemos todavía si queremos venderlos. Y si les pidiéramos que elaboraran un catálogo, tendríamos que pagarles para hacerlo —vaciló un instante y añadió—: Existe otra razón por la que me gustaría catalogar los libros antes de decidir qué hacer con ellos. En la biblioteca hay alguna que otra rareza que me gustaría localizar.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Parece que mi predecesor encontró un ejemplar de *Household Management*, el libro de la señora Beeton acerca de recomendaciones sobre cómo llevar una casa. Quizá mis predecesores mezclaron algunos de sus propios libros con los de la biblioteca.

—Mire, es usted muy amable, pero sigo pensando que no soy la persona más adecuada. Nunca he hecho nada parecido en mi vida.

Me sonrió abiertamente al otro lado de la mesa y afirmó:

—En mi opinión, eso nunca ha sido un buen motivo para no hacer algo.

Hudson era un hombre persistente, diría que hasta artero. Me propuso que probara después de comer con media docena de libros, bajo su supervisión. Si el resultado era satisfactorio para ambos, me ofrecía una semana de prueba, por la cual podría pagarme tres libras con diez chelines. Si ambos quedábamos satisfechos tras ese período, seguiría adelante con el trabajo hasta terminarlo. Lo único que hacía falta, me dijo, era diligencia e inteligencia, y estaba bastante seguro de que yo poseía ambas.

Pasó aquella semana, luego otra y luego una tercera. Era más fácil seguir adelante que tratar de explicar a Hudson por qué no era la persona adecuada para el puesto. Y el dinero ayudaba. Trabajaba de forma metódica por toda la sala, de un estante a otro. Nunca sacaba ningún libro de su sitio salvo cuando reunía volúmenes de una misma colección. Usaba fichas de indexación de
127×74
centímetros para el catálogo. En cada ficha registraba el nombre del autor, el título, la editorial y la fecha. A esto añadía un número que se correspondía con el estante donde podía localizarse el libro y añadía otros datos de interés como el nombre del editor, si lo había, o el de la colección, o si el libro contenía alguno de los *ex libris* del deán Pellew y, por consiguiente, formaba parte de la donación original.

Era un trabajo asombrosamente sucio. El primer día completo, usé varios trapos para el polvo y tuve que lavarme las manos al menos media docena de veces. A sugerencia de Janet, me compré unos cuantos guantes blancos de algodón para quitar el polvo.

Reservé una mesa donde dejaba los libros problemáticos. Uno de ellos fue *El amante de lady Chatterley*, que encontré a mediados de la segunda semana, oculto a la sombra de *Concordance* de Cruden. Pasé las páginas con sentimiento de culpa, pero sin encontrar nada obsceno. De modo que, a fin de leerlo concienzudamente, diciéndome que a Hudson no le importaría un rábano si daba con aquel libro ese día o la semana siguiente, decidí llevármelo a casa.

Las fichas se iban expandiendo centímetro a centímetro en aquella vieja caja de zapatos, hasta que se llenó y el canónigo Hudson me trajo otra. Iba más deprisa a medida que adelantaba el trabajo. La primera vez que quité el polvo y catalogué cincuenta libros en un solo día, fui a la pastelería y compré pastelillos de

chocolate. Janet, Rosie y yo nos los comimos sentadas alrededor de la mesa de la cocina para celebrar el logro. Asimismo, a medida que pasaba el tiempo, realizaba cada vez menos consultas al canónigo Hudson.

Al principio venía una vez al día para ver cómo me iba. Luego empezó a venir una vez cada dos o tres días y hasta más. Y eso también fue una satisfacción.

—Tienes una mente metódica por naturaleza, Wendy —me dijo un día hacia finales de abril—. Y eso no abunda.

Henry se habría reído de mí si me hubiera imaginado en la biblioteca de una catedral. Pero el trabajo fue una cuerda de salvamento en un momento en que podría haberme hundido fácilmente. Pensé en que había llegado a mí gracias a la amabilidad del canónigo Hudson y porque me encontraba en el lugar preciso en el momento adecuado. Años después descubrí que hubo algo más.

Fue a principios de la década de 1970. Coincidí con June Hudson en una boda y le dije cuánto me había ayudado el trabajo en la biblioteca de la catedral y cuán agradecida estaba a su esposo por habérmelo ofrecido.

—Peter te lo agradeció a ti, querida. En un momento dado, pensó que él mismo tendría que catalogar todos aquellos condenados libros. De todas maneras, si alguien merece un agradecimiento es Janet Byfield.

—¿Qué quiere decir?

—La idea fue suya. Habló conmigo y me preguntó si podía sugerir a Peter que lo hicieras tú. Dijo que no te lo había comentado por si acaso el trabajo no salía adelante. Pero yo suponía que después te habría dicho algo.

—No —le dije—. Nunca llegó a decirme nada.

Aquello acrecentó mi deuda con Janet. Desearía saber cómo se pueden pagar las deudas a los muertos.

Capítulo 15

Entonces sobrevino el dilema de la invitación del obispo. Esta se entregó a mano, a través de la abertura en la puerta que daba a High Street, mientras Janet y yo tomábamos té en el jardín. Abrió el sobre con las armas de la sede impresas en el dorso, leyó la nota de la esposa del obispo y la empujó sobre la mesa hacia mí. Invitaba a los Byfield a cenar.

—Eso significa que él nos ha invitado —explicó Janet—. David estará contento.

—¿Cómo es?

—Era el obispo sufragáneo de Knightsbridge antes de venir aquí —respondió, y se ruborizó, como solía cada vez que iba a decir algo malo—. Y hay quien dice que ejercía mejor como sufragáneo en Knightsbridge que como obispo.

—¿Te refieres a que es un esnob?

En esa ocasión no dijo más. Pero tras ver un par o tres de veces al obispo, entendí exactamente a qué se refería. Al igual que mucha gente en aquella época, en su fuero interno pensaba que la Iglesia era una institución cuyos cargos estaban restringidos a los caballeros. Su capellán era un muchacho llamado Gervase Haselbury-Finch que se parecía a Rupert Brooke y tenía un padre con título nobiliario, ventajas que, en lo que respectaba al obispo, suplían su incapacidad organizativa. No pretendo insinuar que hubiera nada incorrecto en la conducta del obispo, al menos nada que mereciera aparecer en los titulares de un tabloide. Estaba casado y tenía tres hijos mayores.

—Al obispo le gusta charlar con David —prosiguió Janet—. Dice cosas del tipo: «Espero grandes cosas de ti, muchacho». Está a favor de mantener activo el Colegio Teológico y cree que David sería un director excelente, de modo que tenemos eso a favor. Y no es moco

de pavo.

—¿En eso se basan para elegir a alguien? —pregunté—. ¿Porque al obispo le gusta su cara?

—Bueno, y por más cosas, evidentemente. Pero eso ayuda.

—No es muy justo, ¿no?

Puso un gesto avinagrado.

—La Iglesia no lo es. No siempre.

—Parece un procedimiento propio de la Edad Media.

—Es exactamente eso. No se puede esperar que funcione como una democracia.

Por la noche hablamos de la invitación a cenar. David ya estaba al corriente porque había visto al obispo en el oficio de la tarde. Los otros invitados eran el director del Jerusalem y su esposa. Resultaba que el obispo también había estudiado en el Colegio Universitario Jerusalem.

—No tengo nada que ponerme —se quejó Janet.

—Claro que sí —la tranquilizó David con una sonrisa—. Ponte lo que llevabas el día que fuimos a casa de los Hudson. Estarás preciosa.

—Siempre me pongo lo mismo.

—Se fijarán en tu cara, no en el vestido.

—Tu madre llevaba un vestido muy bonito el día de tu fiesta de compromiso. —Intervino el señor Treevor—. Puede que todavía lo tenga. ¿Por qué no le preguntas? ¿Quedan más judías?

Luego David se llevó el café a su estudio y el señor Treevor subió a su cuarto. Janet tiró al fregadero una pequeña avalancha de lavavajillas Dreft en polvo y abrió el grifo con tal fuerza que salpicó su delantal y las baldosas.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Será horrible. Me harán sentir más pobre que las ratas. Nunca sé qué decirle al obispo. Espera de mí que sea muy intelectual porque ha leído algunas de las traducciones de mamá, de modo que intenta entablar conversaciones acerca de la redención en las novelas de Dostoievski o de lo irracional que es el existencialismo. Es horrible. Entretanto, las mujeres me miran los zapatos y se preguntan por qué desentonan con mi bolso.

—No vayas —le sugerí.

—Tengo que ir. David se disgustará si no voy. El obispo quiere

que vaya, ¿sabes?, y lo que dice el obispo va a misa. ¿Y tú qué harás?

—Por mí no te preocupes. Yo prefiero quedarme en casa.

Yo no había sido incluida en la invitación: no creo que el obispo supiera que vivía con ellos, o no por aquel entonces, lo cual me venía al pelo. Alguien tenía que cuidar de Rosie y del señor Treevor. De todas maneras, en mi habitación tenía la botella de ginebra y la versión íntegra de *El amante de lady Chatterley*. ¿Qué más podía pedir una chica?

—Supongo que podría ponerme el vestido azul. Pero tiene esa mancha en el hombro.

—Puedo prestarte mi chal si quieres.

Sin embargo, Janet acabó por no ir. El mismo día de la cena tuvo migraña. Solía tenerlas alguna que otra vez cuando éramos niñas, normalmente en situaciones de tensión. Cuando regresé a casa a comer y la encontré echada en el sofá, la hice meterse en la cama y me organicé la tarde para ir a recoger a Rosie de la escuela. David llegó después, con el tiempo justo para darse un baño antes de salir otra vez. Le conté lo sucedido y le dije que seguramente Janet no mejoraría para salir a cenar.

—Subiré a verla —dijo—. Puede que esté mejor.

—No lo está. Y si intentas convencerla de que se encuentra mejor, solo conseguirás que se sienta peor.

—Eso es hablar claro.

Percibí su enfado. Incluso di un paso atrás y noté el borde de la mesa del pasillo contra mi muslo.

—Así hablamos en Yorkshire, David. Francamente, no pretendo ser grosera, pero sé cómo es Janet cuando tiene esas migrañas. Y esta es de las fuertes.

—Voy a verla ahora.

—Pero, por favor, deja que se quede en la cama.

Se me quedó mirando. Había tanta rabia en su gesto que, por un momento, sentí miedo, miedo por mi integridad física. Ahora podría estrangularme, pensé, y nadie lo detendría.

—Voy a ver cómo está —dijo con una voz tensa.

—Ya que subes, podrías darle las buenas noches a Rosie. Antes ha preguntado por ti.

Le di donde más le dolía. Lo vi en su rostro. Subió sin añadir

nada más. Me sentí culpable porque había sido cruel con él y enfadada por haber sentido miedo. Tiendo a atacar cuando estoy a la defensiva. Me dije que David merecía lo que le había dicho de Rosie. Los dos sabíamos que Janet opinaba que debía intentar pasar más tiempo con la niña, a la que adoraba, como adoraba a su mujer. Pero era un hombre ocupado, convencido de la importancia de lo que estaba haciendo y, en lo más profundo, era un absoluto reaccionario. Cuidar niños era cosa de mujeres. Para eso estaban. Y seguramente también daba por supuesto que Dios y el hombre habían decretado los demás deberes conyugales desde tiempos inmemoriales. Ahora pienso que quizá David tenía miedo de los niños. A algunos adultos les pasa.

Al final, Janet no fue a cenar con David y este no le dio las buenas noches a Rosie. Yo subí después, cuando ya se había ido de casa, y encontré a Rosie despierta todavía.

—No deberías tener la luz encendida —le reñí.

Se me quedó mirando sin decir nada. Era una niña que conocía bien el poder del silencio.

—¿Qué estás leyendo?

Rosie inclinó el libro hacia mí. Era un gran volumen ilustrado titulado *Cuentos del Nuevo Testamento*, una elección impecable para la hija de un clérigo. Estaba abierto en una de las láminas a color. El dibujo mostraba al ángel Gabriel hablando con la Virgen María. Al pie de la ilustración se leía: «Salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres».

Levantó la cabeza y me miró con ojos alegres y brillantes.

—Se parece a papá. El ángel se parece a papá.

—Puede que un poquito, sí. Solo que el ángel tiene el pelo rubio y bastante largo —dije, y traté de hacer un comentario gracioso añadiendo—: Y, claro, papá no lleva vestido blanco ni tiene alas.

—A veces lleva una especie de vestido blanco en la iglesia.

—Sí, claro.

—El abuelo ha dicho que ha visto un ángel.

—¿Qué?

—Me lo ha dicho. Ha mirado por su ventana y ahí estaba el ángel, caminando por el jardín.

—Qué interesante. Bueno, ¿quieres que te lea un cuento, uno rápido, y así te preparas para dormir?

Le leí la historia de la multiplicación de los panes y los peces, que elegí porque era breve y porque no aparecía ningún ángel. Hay niños a los que les gusta sentarse contigo o encima de ti mientras les lees un cuento. Rosie prefería sentarse en una silla junto a la ventana. Decía que así podía verme la cara.

Cuando la historia se terminó, la levanté en brazos y le besé la coronilla.

—Tía Wendy.

—¿Qué?

—¿Lucifer era un ángel?

—Es una especie de ángel malo.

—¿Uno malvado que vive en el infierno?

—Tendrás que preguntárselo a papá. Él lo sabrá.

—Sí —dijo Rosie—. Lo sabe todo de Dios y de cosas como esas.

El señor Treevor se había adaptado a su nuevo hogar con una rapidez asombrosa. Mientras no hubiera alteraciones en la rutina que al parecer había establecido, parecía bastante satisfecho. A Janet le preocupaba que repitiera el falso suicidio, pero no hubo más incidentes de ese tipo. Janet le preguntó varias veces por qué lo había hecho. Dos veces le dijo que había sido una broma para hacer reír a Rosie, otra vez ni siquiera se acordaba y la última dijo que lo había hecho para saber cuánto le querían los demás.

Lo cierto es que a Rosie le gustaba su abuelo. Quizá fuera porque era el hombre disponible más a mano en ausencia de su padre. A veces, el señor Treevor iba a darle las buenas noches y, una hora después, Janet se los encontraba dormidos, Rosie en la cama y él en el sillón junto a la ventana. Era entrañable verlos juntos, ya fuera dormidos o despiertos. No hablaban mucho entre ellos y se exigían pocas cosas el uno al otro, pero parecían estar a gusto en la misma habitación.

Al día siguiente, cuando la migraña disminuyó, le conté a Janet lo que había dicho Rosie.

—¿Un ángel? Papá debió de soñarlo.

—La mayoría de gente ve gnomos en el jardín. Un ángel es mucho más distinguido.

—Tal vez fuera el lechero. Suele llevar un abrigo blanco.

—Pero no se acerca a la puerta del jardín.

—Papá confunde un poco algunas cosas, será eso —concluyó

Janet—. El doctor Flaxman dijo que podía pasarle.

En la actualidad se habría podido concretar qué enfermedad padecía y tal vez retrasar el progreso de la demencia con medicamentos. Quizás el señor Treevor tenía un principio de demencia precoz, como Alzheimer o demencia multinfarto. El Alzheimer también puede ser una demencia presenil. No era bebedor, por lo que no podía ser demencia por consumo de alcohol. Otras demencias pueden deberse a una presión en el cerebro como un tumor o a dolencias raras como la enfermedad de Huntington o la de Prick. Pero tanto la de Huntington como la de Prick suelen afectar a personas más jóvenes. Si hubiera sido la de Huntington, se habría manifestado en las pruebas que le hicieron a Rosie de adulta, aunque no fuera portadora. Las otras demencias principales, la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob y la demencia por sida, aparecieron después de 1958.

Janet dijo que lo peor era que no muy a menudo, pero a veces, su padre era consciente de lo que le estaba ocurriendo. No tenía ni un pelo de tonto. Y en ocasiones era capaz de actuar de manera perfectamente racional. Por eso tomamos en serio lo que nos contó del robo.

Sucedió mientras el señor Treevor se encontraba solo en casa. David y yo estábamos en el trabajo y Janet había ido a recoger a Rosie al colegio. Cuando volvieron a casa, se encontraron al señor Treevor en un estado agitado, intentando llamar a la policía.

Según él, estaba dormitando en su habitación cuando oyó a alguien que se movía por la planta baja. Al pensar que era Janet, salió al rellano, desde donde había preguntado cuándo estaría preparado el té. Oyó pasos y la puerta del jardín al cerrarse de golpe. Miró por la ventana y vio a un hombre cruzando el jardín a toda prisa que luego salió por la verja del Recinto.

—Ya ha estado aquí otras veces —dijo el señor Treevor cuando, durante la cena, volvía a contarnos lo sucedido—. Estoy seguro. Me ha robado varias cosas en las últimas semanas. Esos calcetines granate, ¿te acuerdas, Janet?, esos que me hizo tu madre, y el lapicero.

—El lapicero se había caído al lado de la silla —le recordó Janet.

Hizo una seña para desestimar la objeción.

—Ha desaparecido un billete de diez chelines que tenía en la cartera. Eso es lo que se ha llevado hoy.

Janet me lanzó una mirada. Yo había estado presente la mañana anterior, cuando sacó un billete de diez chelines que le dio a Janet, porque le apeteció comprarse una caja de bombones.

—¿Y qué aspecto tenía ese hombre? —preguntó David.

—Solo le he visto un momento por detrás. Era bajo y moreno —dijo, pensativo, mirando a David y añadió—: Era como una sombra. Eso es, David, díselo a la policía. Era como una sombra.

Capítulo 16

A principios de mayo, el tiempo mejoró. Ya no tenía que ponerme el abrigo y dos jerséis para trabajar en la biblioteca. La luz inundaba la gran sala. Las fichas se acumulaban poco a poco en las cajas de zapatos y allá donde mirara había pruebas de mi laboriosidad. También me sentía mejor en otros aspectos. Algunos días casi ni pensaba en Henry.

Un martes por la tarde estaba sentada a la mesa cuando oí la puerta abrirse al otro extremo de la sala. Supuse que sería el canónigo Hudson o incluso el señor Gotobed, el ayudante de sacristán, que tenía la costumbre de aparecer de forma inesperada en la catedral o por el Recinto. Giré la silla en la que estaba sentada y vi a David.

—Espero no interrumpirte. El deán está buscando una maqueta del octógono que podría estar aquí.

Enrosqué la tapa de la pluma estilográfica.

—Yo no la he visto. Pero no tengo ningún inconveniente en que la busques.

Miró alrededor de la biblioteca y sonrió.

—Ahora parece mucho más organizada que la última vez que la vi.

—Debería ser así —dije—. ¿Y dónde crees que podría estar esa maqueta?

—El deán cree que podría estar en uno de los armarios —respondió señalando con la cabeza un largo armario situado detrás de la mesa sobre la que trabajaba.

El mueble era de pino teñido de oscuro y medía algo más de un metro ochenta de alto. El canónigo Hudson me había contado que, antes de convertir la sala en una biblioteca, solía usarse como la sacristía del coro, así que el armario probablemente estaba hecho

para guardar las sotanas y las sobrepellices. Dijo que ahora estaba llena de trastos y que en cuanto Gotobed tuviera una tarde libre, podría organizar el contenido como era debido. Probé a abrir las puertas, pero estaban cerradas.

David sacó una llave y abrió la puerta que le quedaba más cerca. Luego abrió las otras dos: abrió los tres pares de hojas y la luz iluminó el interior del armario. Lo primero que vi fue el esqueleto de un ratón al pie de una de las puertas. Había polvo por todas partes, polvo fino y arenoso. Vi un cubo, un montón de libros de oración, un paragüero, una pila de periódicos, un objeto que parecía un miriñaque de madera sobre el que había una sobrepelliz rasgada, unos candelabros, algunos más altos que yo, un facistol, botellas vacías y un limpiabarros de hierro fundido. Me incliné para coger uno de los periódicos. Era un ejemplar del *Rosington Observer* de 1937.

—Ahí está —exclamó David levantando la sobrepelliz andrajosa del colgador eclesiástico—. Es extraordinario, ¿verdad? Me pregunto quién lo construiría.

—¿Es solo eso?

Me miró como si le hiciera gracia lo que había dicho.

—¿Esperabas algo más real? Esto muestra lo que no ves, el armazón que lo sostiene todo —sacudió la sobrepelliz contra la maqueta para quitarle parte del polvo—. Es muy elegante. Una figura matemática en madera. Si consigo quitarle el polvo, ¿te ves capaz de ayudarme a levantarlo y sacarlo?

Yo misma acabé quitando el polvo. Luego lo levantamos y los sacamos del armario. Plantado sobre la alfombra de la biblioteca, parecía el esqueleto de un animal prehistórico.

—Parece tener ocho patas —dije.

—Cada una se apoya sobre uno de los pilares de abajo. Son vigas que aguantan casi todo el peso. La verdad es que resulta fascinante: miden un metro ochenta de largo y se estrechan hasta casi noventa y un centímetros en la base y hasta unos treinta centímetros en la parte superior, donde convergen con las aristas de la linterna.

Sus largos dedos danzaban sobre la estructura de madera. No entendía qué estaba diciendo. Aunque tampoco me esforcé para entenderlo. Estaba demasiado distraída fijándome en el movimiento de sus dedos y la expresión de su rostro.

—Y luego mira cómo hicieron encajar la linterna para que los lados quedaran sobre las aristas del octógono de piedra de debajo. Reparte el peso en cada arista del octógono de madera, entre dos pares de estas vigas principales que llegan hasta los pilares del octógono de piedra. Las patas, como has dicho tú —explicó y, de pronto, se interrumpió, frunciendo el cejo—. Creo que tendría que haber un chapitel. ¿Dónde crees que estará?

Señalé hacia el armario al objeto que me había parecido un paragüero. Dentro había un paraguas roto. Con una exclamación triunfal, David lo levantó y lo sacó. Le quité el polvo con el trapo y luego él lo alzó para colocarlo sobre la maqueta del octógono. Encajaba. Ambos retrocedimos unos pasos para admirarlo. La maqueta al completo medía más de un metro ochenta de alto. Unos sesenta centímetros de la altura correspondían al esbelto armazón del chapitel, que también era octogonal.

—Está hecho a imagen del octógono de Ely —contaba David—. El nuestro es de entre cinco y diez años posterior y bastante más pequeño. En cierto modo, es como si Ely fuera una obra del aprendiz, porque el nuestro es mucho más ligero…, físicamente ligero, y las vidrieras de la linterna son más grandes. Y nosotros tenemos un chapitel que es la parte completa del diseño.

Parecía un niño con zapatos nuevos. Jamás me había dado cuenta de lo atractivo que puede llegar a ser el entusiasmo, ese entusiasmo contagioso.

—¿Qué piensas hacer con esto? —le pregunté.

—Estamos organizando una exposición. El deán considera que tenemos que hacer más cosas para atraer a los turistas. Sin los ingresos que obtenemos de ellos, será difícil sacar adelante este lugar. ¿Te importa que lo deje en ese rincón? El deán querrá venir a verlo. ¿Te molestaría?

Movimos el octógono donde había sugerido. David lanzó una mirada a la mesa sobre la que trabajaba, que estaba justo debajo de una de las ventanas.

—¿Cómo va el trabajo?

—Casi voy por la mitad, o eso creo. Tuve que tomarme una semana libre en Pascua.

—¿Alguna sorpresa?

—El amante de *lady* Chatterley.

Me miró, echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¿Qué has hecho con el libro?

—Se lo he dado al canónigo Hudson. —Preferí no mencionar que antes lo había leído yo—. Parece una versión íntegra de 1928, así que podría tener cierto valor.

—Pero tendríamos que venderlo de forma anónima —dijo y señaló las fichas—. Me gustaría echar un vistazo alguna vez, si es posible.

Mi entusiasmo se disipó. De hecho, hasta ese momento no me había dado cuenta de lo entusiasmada que estaba, solo era consciente de que me lo estaba pasando bien. Pero la diversión se había desvanecido. De pronto me pareció improbable que estuviera interesado en la librería *per se*. Tal vez su interés solo se centraba en su campaña para el Colegio Teológico.

—Seguro que al canónigo Hudson no le importará —afirmé.

—Más vale que te deje seguir trabajando.

Al llegar a la puerta se detuvo.

—Por cierto, tengo que darte las gracias.

—Siempre va bien tener una excusa para hacer un alto en el trabajo.

—Me refiero a lo que estás haciendo en casa. No sé cómo Janet se las habría arreglado sin ti. Sobre todo con su padre.

Sentí que me ruborizaba. Me costaba soportar a aquel nuevo David, considerado, entusiasta y, lo peor de todo, agradecido.

—Claro que no sé cuánto tiempo va a estar con nosotros —dijo, y el antiguo David reapareció—. Tal como están las cosas, no podrá quedarse eternamente —afirmó y, con una sonrisa, su personalidad volvió a cambiar—. Que Dios te bendiga —dijo en el tono que usan los curas, y salió de la biblioteca.

Creo que la coincidencia es a menudo la justificación que damos a determinados acontecimientos para conferirles una falsa importancia. Sin embargo, me resulta curioso que aquella misma tarde, a los pocos minutos de salir David, tuviera mi primer encuentro con Francis Youlgreave.

Estaba catalogando tres volúmenes de *Works of Richard Hooker* de Keble. En la guarda del primer volumen, junto a la plana donde aparecía el *ex libris* del deán y del capítulo, estaba el nombre de F. St. J. Youlgreave. Supuestamente, el libro había pertenecido a

Youlgreave, que debió de regalarlo a la biblioteca después.

En el segundo volumen encontré una tira de papel que sobresalía. La saqué. La parte superior, que había estado expuesta al aire, era marrón y estaba reseca, pero buena parte del resto se había conservado entre sus páginas. Parecía un marcador improvisado, un trozo de papel arrancado de una hoja. Dos de los extremos más largos estaban rasgados. Un lado estaba en blanco. En el otro había varias líneas escritas con una tinta marrón desvaída.

… Un muchacho espabilado de unos doce años. Ha dicho que iba a visitar a su hermana y a su madre viuda, que se alojan en Swan Alley, junto a Bridge Street. Se llama Simon Martlesham y trabaja en el palacio arzobispal limpiando botas y haciendo recados para el mayordomo. Es curioso el desagradable olor a grasa rancia que desprende la gente de su clase, incluso los más jóvenes. Pero cuando le he dado una moneda de seis peniques por ayudarme al volver a casa, me lo ha agradecido con mucha educación. Podría ser útil para…

¿Para qué?

Anoté dónde había encontrado la tira de papel y la dejé a un lado para mostrársela al canónigo Hudson. No me gustó el comentario sobre la grasa rancia. Me pregunté qué les habría contado el muchacho a su hermana y a su madre al llegar a su casa de Swan Alley. Anoté el nombre de Youlgreave en la ficha de *Works of Richard Hooker*.

Volví a ponerme con la pila de libros que tenía en la mesa y trabajé otra media hora. Estaba a punto de salir a fumarme un cigarrillo y tomarme una taza de té cuando la puerta se abrió y entró Janet. Estaba pálida y jadeaba.

—¡Ayúdame! —exclamó—. Nunca adivinarías qué ha hecho David. Ha invitado a cenar al canónigo Osbaston.

Capítulo 17

El canónigo Osbaston, director del Colegio Teológico, era el hombre cuyo cargo David anhelaba.

Le gustaba el vino de Borgoña, de modo que el sábado por la mañana David se gastó un dineral en Chase and Cromwell, la tienda de vinos de High Street. También manifestó un interés poco habitual en la comida que Janet serviría. David pretendía lisonjear al viejo, pero creo que no se daba cuenta. Era asombroso lo obtuso que podía llegar a ser, sobre todo cuando había de por medio algo que le importaba de verdad.

En honor a la visita del canónigo Osbaston, íbamos a cenar en el comedor. Pasé buena parte de la mañana sacando lustre a la mesa y limpiando la cubertería de plata. «Lo que nos haría falta en casa —pensé— es un limpiabotas espabilado que se encargue de estos trabajillos».

Durante el almuerzo, Janet se mostró más callada que de costumbre. No estaba irritable, pero tenía la atención puesta en otra parte y en su frente se marcaban arrugas verticales de preocupación. Supuse que se debía a la cena de esa noche. Después de almorzar, David fue al Colegio Teológico para jugar al tenis. Hacía un buen día, así que me ofrecí a salir a dar un paseo con Rosie para que Janet pudiera trabajar en la cocina a sus anchas. Rosie accedió a venir a condición de ir al río para dar de comer a los patos. Siempre había sido una niña negociadora, una niña que ponía condiciones.

Paseamos por River Hill hasta Bishopbridge. De allí fuimos hasta el camino de sirga y, mientras paseábamos, vimos un grupo de patos: dos parejas con sus respectivas familias. Desmenuzamos pan seco y les dimos de comer.

—¿Los patitos estarán más buenos que los patos para comer? —

me preguntó Rosie.

—Pues no lo había pensado nunca.

La idea de comerme uno de aquellos pequeños seres blanditos que recordaban muñequitos de peluche me pareció absurda.

—Tienen tan poca carne como los grandes —respondí.

—Nos gusta más la carne de cordero que la de oveja y la de ternera más que la de vaca —argumentó Rosie—. Por eso te lo preguntaba.

Lo que dijo tenía perfecto sentido. Estaba segura de que si un caníbal hubiera tenido que decidirse entre yo y Rosie, habría optado por ella. Distraje la atención de los patos para cambiar de tema. Entonces vi el Swan.

El *pub* estaba en un edificio de piedra con forma de «L» que se desmoronaba y un tejado ondulante que necesitaba una reparación urgente. De un hastial colgaba un cartel estropeado. Tiré de Rosie para apartarnos del río. Frente al *pub* había un patio con malas hierbas aquí y allá, limitado en parte por la L. En uno de los bancos que había junto a la puerta principal, un anciano tomaba el sol mientras fumaba en pipa, con una taza de té esmaltada.

—Hola —saludé—. Hace una tarde preciosa.

Tras un silencio, asintió sin decir nada.

—¿Sabe usted si por aquí hay alguna calle llamada Swan Alley?

—Sí —dijo con un acento cerrado de la región de los Fens—, aunque también puede decirse que no.

«Por Dios —me dije—, otro viejo idiota que se cree gracioso no, por favor».

—¿Y dónde está? —le pregunté.

Tomó un sorbo de té y respondió:

—Detrás de usted.

Vi un solar usado como aparcamiento, separado del camino de sirga por un taller mecánico, construido en buena parte de hierro ondulado y oxidado.

Me di la vuelta.

—De modo que ya no existe.

—Exactamente. Era un lugar terrible. Familias enteras hacinadas en una misma habitación con un único grifo de agua fría en medio del patio para todos. —Movió la cabeza recreándose en el horror que relataba—. Mi vieja madre no me dejaba ir allí por miedo a la

fiebre tifoidea. Había ratas tan grandes como gatos —dijo, y me escrutó con la mirada para ver cómo reaccionaba a aquel último comentario.

—Qué maravilla. Seguro que batieron un récord.

—¿Por qué?

—Por tener ratas tan grandes. Supongo que a alguien se le ocurriría coger algunas para disecarlas. ¿Hay algún museo donde las expongan?

—No.

—¡Qué lástima!

Se puso a encenderse la pipa, un procedimiento laborioso con el que me dio a entender que la conversación había concluido. Me sentí culpable por fastidiarle la gracia, aunque tampoco mucho. Rosie y yo seguimos paseando por un sendero hasta Bridge Street.

—¿Y las ratas pequeñas? ¿Serían más buenas que las grandes? —me preguntó Rosie, aunque no lo bastante alto como para que el viejo pudiera haberla oído.

Cruzamos Bridge Street y pasamos las verjas de hierro forjado que daban paso al extremo más bajo de

Canon's

Meadow. El suelo ascendía gradualmente hacia la catedral y, a la izquierda, hacia un montículo de tierra cubierto de árboles, donde otrora se alzaba el castillo de Rosington. Seguimos por el sendero de grava hasta una puerta que conducía al extremo sur del Recinto. El canónigo Hudson estaba de pie bajo unos castaños al otro lado hablando con el obispo.

Traté de pasar sin que nos vieran, pero el obispo reconoció a Rosie. Era un hombre alto y delgado con un rostro rubicundo sin arrugas, de cabello rubio encanecido. Llevaba una sotana púrpura que me recordó un precioso vestido que había visto una vez en un escaparate de Bond Street.

—Hola, Rosie-Posie. ¿Cómo estás hoy?

La niña levantó la cabeza y le sonrió abiertamente.

—Muy bien, gracias, señor.

Hudson me presentó a su Ilustrísima, que me felicitó brevemente por mi labor en la biblioteca y luego se dirigió a Rosie.

—¿Cuántos años tienes, tesoro?

—Cuatro, señor. Pronto tendré cinco. No la semana que viene, la

siguiente.

—¡Cinco ya! ¡Madre mía! Qué mayor. ¿Y qué quieres que te regalen?

—Me gustaría que me regalaran un ángel.

—¿Un qué?

—Un ángel.

El obispo le dio unas palmaditas en la brillante cabecita.

—¡Pero hija mía! —exclamó, mirando primero a Hudson y luego a mí y, con una sonrisa, murmuró—: Llegan arrastrando nubes de gloria, ¿eh? —dijo y volvió a inclinarse hacia Rosie—. Tienes que decirle a tu papá y a tu mamá que un día te traigan a mi casa. Puedes jugar en el jardín. Es muy bonito y grande y hay un columpio y un estanque con pececitos rojos. Cuando vengas, te los enseñaré. Y la tía Wendy puede venir también. Estoy seguro de que también le gustará conocer a mis pececitos.

Etcétera, etcétera. Por lo visto el obispo tenía una habilidad natural e inagotable para la fantasía. En una competición, podría haber desbancado a J.
M. Barry.
Si a la edad de Rosie alguien me hubiera dicho que parecía la reina de las hadas, me habría encogido de vergüenza. Pero ella lo aceptaba como si hacerlo fuera su deber.

—Me alegro de verte —me dijo Hudson mientras proseguía la efusividad episcopal—. Querría haberme pasado ayer. ¿Todo va bien?

—Sí, gracias.

—David me ha dicho que ha encontrado una maqueta del octógono en el armario de la pared. Algo más para la exposición del deán.

—La verdad es que fue bastante emocionante. Estuvo bien para hacer algo distinto de catalogar libros. Jamás habría sabido qué era si él no hubiera estado allí —dije, y recordé aquello que quería comentarle—. Por cierto, me encontré una tira de papel con algo escrito. Estaba en un libro que perteneció a alguien llamado Youlgreave.

—Ah, sí. Sería Francis Youlgreave. Fue el canónigo bibliotecario hace unos cincuenta años. ¿Qué encontraste exactamente?

—Parecía parte de un diario. Decía algo sobre haberle dado una

moneda de seis peniques a un muchacho por haberle ayudado.

—El canónigo Youlgreave era un tipo algo raro. Tuvo que dimitir del cargo después de un ataque de nervios. Si encuentras algo más de él, quisiera verlo. ¿Te acordarás?

No era tanto lo que había dicho como el modo en que lo había dicho. Hudson parecía tan afable e inofensivo que siempre me impresionaba su otra faceta. Su voz había sonado tajante, imperiosa. Acababa de darme una orden.

—Descuide —le dije—. Bueno, no vamos a distraernos más. Vamos, Rosie, que llegaremos tarde para la merienda.

Aparté a Rosie de la compañía de admiración mutua, me despedí y me dirigí hacia la catedral y la Obscura Hostería. Al llegar a casa, abrí la verja de la tapia para que Rosie entrara en casa corriendo delante de mí. Al entrar, David y ella me esperaban en el pasillo.

David aún iba con la ropa blanca de jugar a tenis y había dejado la raqueta sobre un arcón lustrado junto a la puerta. Advertí que debía de haber golpeado el jarrón de flores colocado sobre el arcón, porque había unas cuantas gotas de agua sobre la madera oscura de roble. Estúpido, pensé. Si no secábamos pronto el agua, quedarían marcas.

—Hombre, Wendy —me saludó con una voz despreocupada hasta el punto de ser ridícula, una mezcla de vocales alargadas y consonantes mudas—. He pensado en bajar a darle la merienda a Rosie.

Mi rostro debió de reflejar sorpresa, pero conseguí sonreír.

—De acuerdo. Qué bien.

Se dirigió hacia las escaleras de la cocina tirando de la niña.

—Ah, por cierto —me dijo, interrumpiendo a Rosie, que le estaba hablando del obispo y los peces—. Janet me ha dicho que quiere hablar contigo si tienes un momento. Creo que está en nuestra habitación.

Era insólito que David fuera a darle la merienda a Rosie. Sin quitarme el sombrero, me apresuré a subir las escaleras y llamé a la puerta del dormitorio de Janet. La oí decir algo. Giré el pomo y entré. Estaba sentada en el sillón de la ventana, que daba a la catedral.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, acercándome a ella.

Se volvió para mirarme. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que le

corrían por las mejillas.

—Wendy —me dijo—. No sé qué voy a hacer.

—¿Qué ha pasado?

Janet movió la cabeza.

Fui hasta ella, puse mis manos sobre sus brazos y la atraje hacia mí. Apoyó la cabeza contra mi hombro y se echó a sollozar. Entre sollozo y sollozo murmuró algo.

—No te oigo. ¿Qué has dicho?

Levantó el rostro empapado en lágrimas.

—No lo soporto —dijo dando un hipo—. No quiero otro.

—¿Otro qué?

Janet se apartó y se sonó la nariz.

—Otro niño. Creo que estoy embarazada.

Capítulo 18

El vino producía un extraño efecto en el canónigo Osbaston, como el agua en una planta mustia. Después de dos copas de jerez y la primera de borgoña, pasó a un estado superior y más activo de la existencia. Como humilde conocedora de los efectos del alcohol, le observé con interés.

Osbaston tenía un cuerpo grande y rígido, un cuello largo y escuálido y una cabeza calva y pequeña. Mi primera impresión fue que parecía una tortuga y no solo por su aspecto. También por su forma de moverse. Incitaba a sugerirle que podía pasar el invierno dentro de una caja de cartón en el garaje.

Cuando llegamos a las chuletas de ternera, todos estábamos ya bastante alegres. Solo éramos cuatro en la mesa. John Treevor podía ensombrecer cualquier reunión social, pero por fortuna lo habíamos convencido de que estaría mejor arriba, con la cena servida en una bandeja. David se mostraba encantador, y es que no estaba en una posición de competencia con Osbaston, sino más bien al contrario. Yo me había fortalecido con un trago de ginebra antes de la cena, por lo que estaba lista para relajarme y disfrutar. Como lo estaba Janet una vez que el plato fuerte estuvo en la mesa. Con la segunda copa de borgoña, Osbaston contó un viejo chiste relacionado con chicas del coro que resultó ser bastante gracioso.

—Es un placer ver a unas señoras tan jóvenes y encantadoras en el Recinto —dijo con voz resonante a David desde el otro extremo de la mesa—. Eso es lo que le falta al Colegio Teológico, ¿sabes?, un toque femenino. La señora Elstree hace lo que puede, estoy seguro, no quiero dar a entender que no es así. Pero no es lo mismo. Ten en cuenta que hay espacio de sobra para una familia en las dependencias del director —dijo, inclinando la cabeza.

Puesto en palabras habría venido a significar: «Inclinar la cabeza

equivale a guiñar un ojo». Entonces volvió su cabecilla hacia Janet.

—Por cierto, ¿cómo está la pequeñuela de Rosie?

—Espero que durmiendo… Pero bien, está muy bien.

—Un nombre precioso para una niña preciosa —dijo y tragó más vino—. Su nombre me recuerda a esa historia sobre el bueno de Winnington-Ingram cuando era obispo de Londres. ¿La conocen?

—Yo creo que no —respondió David.

—Se la oí contar a un capellán. El obispo tenía mucha fe en los baños fríos, así como en el valor moral de estos. Un día estaba dando una charla en el barrio obrero del East End y le contaba a su público lo espléndido que era darse un baño al día. La mayoría de los presentes carecía de agua corriente en su casa, pero dudo que el viejo cayera en la cuenta. «Y cuando salgo de la bañera», les dijo, «me siento como una rosita». A esto, una voz al fondo de la sala soltó: «¿Y cómo se siente una rosita?».

Nos reímos de buena gana. David hizo llevar la conversación al anterior ocupante de la casa del director, un hombre casado con hijos.

—Sí, una de las hijas se ocupaba de mantener la biblioteca en orden. ¿Cómo se llamaba? Sibyl, creo —Osbaston inclinó la cabeza hacia mí—. Lo mismo que está haciendo usted ahora en la biblioteca de la catedral, señora Appleyard. ¿Cree que las mujeres están especialmente dotadas para la biblioteconomía? Podría definirse como una forma especializada de labores del hogar aplicada a los libros. Requiere eficiencia y una mente metódica, espléndidas virtudes femeninas. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí, desde luego —respondí—. Según mi experiencia, los hombres tienden a ser tanto ineficientes como desordenados.

Sus ojillos marrones destellaron a la luz de la vela.

—Tiene toda la razón, señora Appleyard, toda la razón.

David se levantó para coger la segunda botella de borgoña de un aparador. Janet me miró con inquietud. Levanté mi copa delante de ella y apuré el vino que quedaba.

Osbaston se inclinó hacia mí.

—Cuando termine con la biblioteca de la catedral, señora Appleyard, quizás esté interesada en ordenar la nuestra.

—¿Usted también ha tenido una mala experiencia con los bibliotecarios?

—Creo que le parecería que estamos mejor organizados que la biblioteca de la catedral —dijo, y volvió a dirigirse a David—. La última vez que estuve en la biblioteca de la catedral, abrí un ejemplar de *Liturgy and Worship* de Lowther Clarke para comprobar una referencia y la mitad del libro estaba roído. —Se rio con un ruido sordo procedente de sus entrañas—. Supongo que sería cosa de los ratones. Supongo que lo encontrarían duro de roer, aunque sin duda edificante. No, señora Appleyard, nuestra biblioteca le parecería bastante menos sobrecogedora.

—Si se unieran ambas bibliotecas —dijo David—, la ayuda de Wendy sería especialmente útil.

—¿Esa decisión no depende del canónigo Hudson? —preguntó Janet.

Osbaston asintió y contestó:

—De él y de otros. No podemos vender la piel del oso antes de cazarlo, ¿verdad?

—Me figuro que aún no se sabe nada al respecto, ¿verdad? —preguntó David, señalando con la botella de vino la copa de Osbaston.

—Que yo sepa no. Creo que por el momento Peter Hudson se va a centrar en la exposición, otra brillante idea del deán.

Mientras David llenaba la copa de Osbaston, este dirigió la atención hacia nosotras.

—Me temo que Trollope tenía toda la razón. Los recintos de las catedrales son caldo de cultivo para la excentricidad. Exceptuando a los presentes. Esperemos que el deán no se exponga a sí mismo. Ja, ja.

Janet sonrió por cortesía y yo dije:

—Tengo entendido que algunos canónigos bibliotecarios han sido un poco excéntricos. Francis Youlgreave, por ejemplo.

—Ah, él —dijo, e hizo una seña a David para dirigir la botella hacia mí—. Estaba como una cabra. Claro que escribía poemas, lo cual lo explicaría todo. ¿Ha leído algo de él?

—Creo que no.

—Hay uno muy conocido, «El juicio ajeno». Veamos, ¿cómo era? —explicó y bajó el tono de voz—. «Las tinieblas todo lo cubrieron y las murmuraciones corrompieron el juicio ajeno, el de la viuda, el del niño». Algo en esa línea.

—¿De qué trata?

—Nadie lo sabe con certeza. Mi predecesor aseguraba que estaba basado en una historia que Youlgreave encontró en los archivos de la catedral. Algo relacionado con una hereje que murió en la hoguera. Yo nunca he visto ese texto —afirmó y tomó otro sorbo de vino—. Una lástima que no se dedicara solamente a la poesía. Entonces no le habría pasado nada.

—¿A qué se refiere? —preguntó Janet—. ¿Qué le ocurrió?

—Se volvió chiflado, querida, y tuvo que renunciar al cargo. Por desgracia no se pudo mantener en secreto. Pero debieron de haberlo visto venir. Habría bastado con que lo hubieran convencido de que pidiera la excedencia. El problema estaba en que el deán era un poco timorato, le temía hasta a su propia sombra. Y creo que les unía algún lazo familiar. La cuestión es que permitió que Youlgreave permaneciera en el puesto más tiempo del que debió haber permanecido. Hubo quejas, claro está, pero es difícil librarse de un canónigo, ¿sabe? Al final, el pobre hombre perdió todo contacto con la realidad y tuvo que irse sin más. Creo que, para la época, causó un gran escándalo.

—Pero ¿qué hizo? —me interesé.

—Dio un sermón a favor de ordenar sacerdotes a las mujeres —respondió, y el estruendo de otra carcajada ascendió de sus entrañas —. Habrase visto.

Tras la cena, David llevó a Osbaston al salón y le sirvió una copa de *brandy*, mientras Janet y yo retirábamos la mesa y preparábamos café.

—Parece que todo está saliendo bien —dijo Janet mientras apilaba los platos en el fregadero.

—Si Osbaston sigue bebiendo, seguramente habrá que llevarle a casa —dije—. ¿Quién lo habría dicho? —pregunté, y me fijé en que Janet se apoyaba en el fregadero—. ¿Estás bien?

Me lanzó una mirada y respondió:

—Solo estoy cansada.

La hice sentarse en la mesa de la cocina. Tanto estar de pie no podía sentarle bien y lo había estado desde las seis y media. Le sugerí que se acostara, pero no quiso ni oír hablar de ello.

—Sería de muy mala educación.

—Sería tener sentido común.

Negó con la cabeza.

—Estoy bien. Me encontraré mejor después de descansar un poco.

Desistí. Siempre había sido imposible disuadir a Janet de hacer algo que consideraba un deber. Seguro que la mujer a la que habían quemado en la hoguera padecía de una mentalidad similar.

Tomé la bandeja y fui al salón. Osbaston y David interrumpieron de súbito su conversación al vernos entrar. Parecían conspiradores. Me pregunté si estarían intrigando contra el Colegio Teológico. David, el eterno caballero, se puso en pie como un resorte para quitarme la bandeja de las manos.

—Le estaba diciendo a David —dijo Osbaston moviendo el *brandy* en la copa— que puede que mi casera se acuerde del canónigo Youlgreave.

—¿En serio?

Me miró de un modo especulativo que de pronto reconocí. Sentí que me habían echado un jarro de agua fría en la cara. La vida que Henry y yo llevábamos hacía que muchos hombres me miraran con los mismos ojos de Osbaston.

—No es tan sorprendente —prosiguió, fijándose las gafas sobre la nariz—. Nunca he osado preguntar a la señora Elstree qué edad tiene, pero no puede tener menos de setenta. Youlgreave debió de morir hace quince años.

—Cuesta creer que aún esté viva gente que le conoció. En cierto modo es como un personaje histórico.

Osbaston dejó emerger otro de aquellos estruendos de su interior.

—Tiene que conocerla. ¿Por qué no vienen a tomar el té mañana? La señora Elstree hace un excelente…

Se oyó un estrépito procedente de arriba. Janet fue la primera en salir al pasillo y los demás la seguimos.

El señor Treevor estaba de pie al final de la escalera. Iba descalzo y su pelo graso sobresalía de punta sobre su cabeza. La chaqueta del pijama estaba desabotonada, dejando al descubierto una maraña de pelo gris, y los pantalones le caían sobre las caderas.

—Papá, ¿qué ha pasado? —gritó Janet—. ¿Estás bien?

—He oído un ruido, unos pasos, como la otra vez —dijo el señor Treevor con un fino gemido—. He ido a ver si Rosie estaba bien,

pero no encontraba mis gafas. Debo…, debo de haber tirado algo al suelo. Janie, ¿dónde están mis gafas?

Como si hubiera esperado el momento oportuno, Rosie se puso a llorar.

Capítulo 19

Al final hablé con David sobre Janet. No le gustó nada, a mí tampoco. Y en más de un sentido empezaba a sentirme como una intrusa en su matrimonio.

Fue al día siguiente, después del desayuno. Era domingo y, casualmente, el quinto aniversario de mi boda con Henry. Nadie más lo recordaba y yo hice lo posible por olvidarlo.

David regresó de misa tras oficiar una comunión temprana, rebosante de la dicha de este mundo y del de más allá. Mientras él se tomaba un par de tazas de café, dos huevos pasados por agua y unas tostadas, Janet mordisqueaba una rebanada de pan con mantequilla. Después de fregar los platos, lo abordé en el estudio, donde estaba leyendo un libro y tomando notas.

—Janet no se encuentra bien —le dije—. Necesita un descanso.

—¿Qué le pasa?

—Quedó agotada ayer con la preparación de la cena. Y ya estaba cansada antes. Aparte de su estado.

Sus ojos volvían al libro sobre el escritorio.

—Está embarazada, David. Y durante los tres primeros meses, las mujeres están especialmente delicadas. Si trabaja demasiado, corre el riesgo de perder al niño.

Aquel comentario captó su atención.

—No lo había pensado. De hecho…

Su voz se apagó al decir las últimas palabras y, en mi fuero interno, aposté a que había estado a punto de decir: «De hecho, se me había olvidado que estaba embarazada». Me miró y preguntó:

—¿Qué recomiendas?

—Creo que debería volver a la cama. En este momento se está arreglando para ir a misa. Dile que crees que debería descansar. Es lo que necesita. Yo puedo preparar la comida. Hay muchas sobras.

—¿Crees que se encontrará bien esta tarde para ir a tomar el té a casa del canónigo Osbaston?

—No está enferma, David. Solo está cansada y creo sinceramente que necesita tomarse el día libre. Si quieres, Rosie y yo podemos ir.

Por una parte, todo resultó bien. Janet pasó casi todo el día en cama y los demás nos las arreglamos. Si lo pienso ahora, creo que Rosie no debería haber venido. Normalmente disfrutaba estando con su padre, pero cuando nos dirigíamos al Colegio Teológico para tomar el té con el canónigo Osbaston, prefirió cogerme a mí de la mano. Nada de esto parecía tener importancia entonces y puede incluso que ahora esté haciendo demasiadas interpretaciones. Ese es el problema de intentar recordar: acabas retorciendo el pasado hasta darle formas irreconocibles. Sencillamente no sé qué sucedió la noche anterior. Si es que algo sucedió.

Lo que sí sé es que la tarde estaba espléndida. No es una imaginación mía la sensación del sol sobre mis brazos paseando por el Recinto hasta la Porta. Sombras negras como la tinta danzaban sobre la acera. Pasamos por delante de Gotobed, que estaba plantando pensamientos en una jardinera. Fingió que no nos había visto. Era un hombre grande que encorvaba los hombros tratando de hacerse pequeño. Tenía un rostro delicado, grandes orejas y nariz y barbilla pequeñas. Me recordaba un ratón y acaso él se sentía también como tal. Cuando estaba a solas conmigo, me hablaba, pero creo que le tenía miedo a David. Y sin duda alguna, le aterrorizaba el sacristán mayor, de nombre Mepal. Era un hombre de tez morena y raras veces hablaba. Ahora bien, creo que todo el mundo temía un poco a Mepal, incluso el deán.

Delante de la Porta estaba Minster Street, que pasaba a lo largo de un pequeño terreno ajardinado antes de bajar a Back Hill en dirección a la estación y el río. Al otro lado del terreno se erguía el Colegio Teológico, un gran edificio de ladrillo rodeado por arbustos ralos que parecían alambre de espino retorcido.

David nos condujo por el camino que llevaba a la casa y luego alrededor del césped de la parte posterior, donde cuatro hombres rubicundos estaban jugando a tenis sobre hierba. Algo más allá, otros cuatro jugaban al críquet. Eran las dependencias del director, un ala independiente del edificio principal.

El canónigo Osbaston dormitaba en una butaca frente a unas puertas acristaladas abiertas. La sala que había detrás de él era larga, de techos altos y estaba densamente poblada por grandes muebles de madera. Debió de oír nuestros pasos en la grava, porque parpadeó hasta abrir bien los ojos y se levantó de la silla con un esfuerzo.

—Debo de haberme quedado dormido. Quería haber puesto la tetera al fuego antes de que llegarais. ¿Janet no ha venido?

—No se encuentra muy bien —se excusó David.

—Espero que no sea nada serio. Con lo agradable que está la tarde —observó y me lanzó una mirada lasciva—. ¿Querría echarme una mano con el té, señora Appleyard? Me temo que anoche olvidé por…, ah…, por el calor del momento, que la señora Elstree tiene los domingos libres. Creo que aprovecha el día para visitar a su hermana viuda.

—Quizá Rosie también pueda ayudar —sugerí—. El trabajo compartido siempre es más llevadero.

Al final entramos los cuatro en la cocina. Me sentí como si hubiera despertado a una Bella Durmiente. Me habría gustado encontrar una manera de que el canónigo volviera a quedarse dormido. Descubrimos que la señora Elstree lo había dejado todo preparado en la cocina. Diez minutos después estábamos sentados en tumbonas sobre la hierba.

Tomamos té lapsang souchong y casi nos acabamos un bizcocho Victoria. Al calor del sol se estaba a gusto y yo sentía un agradable cansancio. Osbaston le dio papel y lápiz a Rosie y, cuando se hubo acabado su tarta, se sentó a dibujar en la hierba, a la sombra de un haya.

Los jóvenes jugaban al críquet y al tenis, de modo que mantuve mi mente ocupada contemplándolos jugar. De vez en cuando, alguno de ellos se acercaba para cruzar cuatro palabras con Osbaston o David. Más de uno me miró de una forma que me gustó. No me gustan los clérigos de edad avanzada, pero tras la monotonía que siguió a la ruptura de mi matrimonio, daba gusto sentirse admirada otra vez, incluso por estudiantes de Teología.

David y Osbaston estaban hablando del plan de estudios del año próximo, de algo así como de las ventajas y los inconvenientes de aumentar las horas de griego en el Nuevo Testamento en

detrimento de la Teología Pastoral. Era una de esas conversaciones perezosas en que abundan las frases a medias y que suelen darse cuando los interlocutores se conocen muy bien, tanto que cada uno de ellos sabe qué está a punto de decir el otro. Miré a David con los ojos entrecerrados.

Antes de darme cuenta, me sumergí en una ensoñación en la cual estaba casada con él y Rosie era nuestra hija. Esto bastó para incorporarme de una sacudida. Detesto que la mente te juegue estas malas pasadas cuando estás relajada. Entré en la casa para retocarme el maquillaje. Cuando salí, los partidos de tenis y de críquet se habían acabado y era hora de marcharse. Los hombres ya estaban pensando en el oficio de la tarde.

—Debe usted venir otro día a conocer a la señora Elstree, señora Appleyard —me invitó Osbaston—. Entretanto, he encontrado algo que tal vez pueda interesarle.

Cruzó sin prisa la puerta acristalada y entró en su salón, para salir instantes después con un ejemplar en cartoné encuadernado en tela azul.

—Me pareció recordar que hace unos días había topado con algo del amigo Youlgreave y estaba en lo cierto. Lo he buscado esta mañana después del desayuno. Se lo puedo prestar si quiere. Dentro he dejado un marcador.

Tomé el libro y lo abrí de manera automática por la portada. *Anales de la Sociedad de Anticuarios de Rosington 1904*.

—Creo que esto podría haberle sugerido la idea de escribir el poema sobre el juicio —conjeturó Osbaston—. ¿Se acuerda?: la historia de la hereje quemada en la hoguera. Lléveselo, querida, y estúdielo cuando le venga bien. —Se me acercó un poco más—. Podríamos hablar del libro cuando venga a ver a la señora Elstree.

—Gracias —agradecí con una sonrisa.

Miré a mi alrededor en busca de una distracción y vi a Rosie.

—Qué dibujo más bonito. ¿Puedo verlo?

Me lo dio con clara renuencia. David y Osbaston se aproximaron y, juntos, miramos la hoja de papel. Era un dibujo infantil exento de perspectiva y proporciones. Las figuras dibujadas a lápiz eran como insectos clavados, con accesorios añadidos. Pero se distinguía la idea que había querido plasmar. Un personaje con un vestido blanco y un par de alas estaba a punto de clavar una espada con la

forma de un pedazo de pastel a una persona pequeña de cabellos largos que se agachaba a sus pies.

—A ver si lo adivino —dijo el canónigo Osbaston—. ¿Podría ser el sacrificio de Isaac? —Frunció el ceño y colocó un grueso índice sobre el hombre de la espada—. Sin embargo, en ese caso tendría que ser Abraham a pesar de las alas. Porque está claro que no puede ser el Ángel del Señor.

Capítulo 20

Osbaston había señalado con el marcador una de tantas cartas impresas al final de los *Anales*. La leí después de la cena, mientras David trabajaba en el estudio. Janet trataba de cotejar la cuenta de la carnicería con la cantidad de carne que nos habían enviado en realidad y dijo que le echaría un vistazo después.

CORRESPONDENCIA RECIBIDA DEL EDITOR
Del reverendo canónigo F. St. J. Youlgreave

Estimado señor:

Le escribo para informarles a usted y a los otros miembros de la Sociedad de un interesante hallazgo realizado a título de bibliotecario de la catedral. He tenido ocasión de examinar la cubierta de un ejemplar de los sermones del doctor Giles Briscow, el deán de Rosington en el reino de la reina Isabel, que se hallaba en un estado muy deteriorado, con vistas a una posible recuperación de este. He descubierto que incluía notas en la guarda al final del libro. Están escritas en letra de estilo Secretary, que atribuyo a la primera mitad del siglo XVII. La lengua empleada es el latín y, al parecer, se ha copiado de una obra de mayor antigüedad, acaso de una crónica monacal acerca de la historia de la abadía de Rosington.

Los datos que aparecen en la guarda delantera del libro me han sugerido que en otra época el volumen obró en poder de Julius Farnworthy, que fue obispo, como es sabido, de 1619 a 1628, y cuya tumba se encuentra en la nave lateral del coro del extremo sur. Es posible, e incluso probable, que el obispo Farnworthy, o un coetáneo suyo de Rosington, fuera el responsable del memorándum inscrito en la guarda al final del libro.

Por el momento he encomendado el libro a una amistad con conocimientos de paleografía, que además está en

posición de examinar convenientemente la colección Farnworthy en la biblioteca del Museo Británico. No obstante, antes me he guardado de copiar el memorándum al completo. Cuando obtenga los resultados del análisis paleográfico y haya tenido ocasión de completar investigaciones adicionales, espero poder presentar a la Sociedad un documento sobre la cuestión. Mi intención es evaluar la autenticidad y la procedencia de este curioso hallazgo, así como añadir un esbozo de los antecedentes de los acontecimientos que este describe en la medida en que sea posible. Entretanto, permítanme abrir el apetito a mis compañeros de la Sociedad con mi versión del texto en inglés.

«El tercer año del reinado del rey Enrique, la peste arrasó esta parte del país. Mercaderes y peregrinos por igual no osaban franquear el Gran Paso Elevado por temor a infectarse. Las casas quedaban vacías, los campos eran abandonados y los animales perecían de hambre por falta de alimento.

»Los hombres decían sin ambages que el diablo rondaba por aquellos lares.

»En la aldea de Mudgley, el sacerdote de la parroquia falleció con mucha agonía. Su gobernanta se puso en pie junto a la cruz y dijo a cuantos vivos quedaban que el Diablo se había llevado el alma del párroco, pero que al mismo tiempo un ángel había protegido la de ella. Y pronunció esta blasfemia: que el ángel le había dicho que había sido elegida entre todas las mujeres para ser la primera sacerdote de su sexo. Y el ángel la ordenó sacerdote, diciéndole: "¿Acaso no soy yo más importante que cualquier obispo?".

»Entonces la mujer condujo al pueblo al interior de la iglesia y celebró una misa. Cuando el abad, Robert de Walberswick, vino en conocimiento de esto, envió a hombres a la aldea para que la trajeran a Rosington, donde fue juzgada ante Dios y los hombres por blasfemia. Pero el Diablo no se apartaba de ella. No quiso confesar sus pecados ni arrepentirse del mal causado y, por ende, la quemaron en la plaza del mercado. Se llamaba Isabella de Roth».

Robert de Walberswick fue abad de 1392 a 1407. Con el tercer año del reinado del rey Enrique debe de referirse a Enrique IV y, por consiguiente, este episodio debe de datar de 1402. No queda claro si la aldea mencionada es Mudgley Burnham o Abbots Mudgley. La versión latina no muestra indicios de la influencia del Renacimiento y contiene

numerosas abreviaturas y expresiones típicamente medievales. En este momento, cuando menos, solo podemos hacer conjeturas en cuanto a los motivos que impulsaron al autor desconocido de este memorándum a copiar este pasaje. El paradero del original es, asimismo, un misterio.

Si me permiten concluir la presente con un comentario personal, repararán ustedes en que se menciona Roth. Solo puedo pensar que es una alusión al pueblo de Roth, ubicado en el condado de Middlesex. Por extraño que parezca, se trata de una localidad que conozco bien, puesto que mi familia ha vivido en ella durante más de cuarenta años.

Estimado señor, estoy…

F. Youlgreave

También encontré el poema de Youlgreave titulado «El juicio ajeno» en una antología de poesía victoriana en la estantería del comedor. De no haber leído la carta, creo que el poema no habría tenido para mí sentido alguno. Pero si lo interpretabas como la historia de Isabella, todo encajaba. Bueno, quizá no todo, porque una parte era casi deliberadamente difícil de entender. Pero se veía que el poema podía ser una descripción impresionista del martirio padecido por una mujer a causa de sus creencias en un marco vagamente medieval.

Volví a leer el poema y la carta cuando ya estaba en cama con un trago más bien generoso. La ginebra me dio una ligera resaca después y seguramente me provocó la pesadilla que me despertó empapada en sudor de madrugada. Soñé que estaba en la plaza del mercado de Rosington. Alguien quemaba basura cerca de la cruz y el gentío me gritaba. Justo antes de despertar me asomé a una papelera sujeta a una farola y dentro había una muñeca sin brazos que me miraba fijamente.

—Desde el punto de vista teológico, la idea es del todo insostenible, como Youlgreave ya debía de saber —dijo David—. El concepto de mujeres sacerdote sencillamente no tiene pies ni cabeza.

—¿Por qué? —pregunté.

No es que me importara mucho. Solo deseaba que David siguiera hablando, ya que además estaba especialmente atractivo cuando se apasionaba por algo.

Alzó la vista hacia el reloj de la catedral.

—No quiero discutirlo ahora. No hay tiempo y es un tema muy complejo.

—Vamos, hombre. Eso no es una respuesta.

Se detuvo en la puerta que daba al claustro. Habíamos ido por el lado este de la catedral, cada uno de camino a su trabajo. Era otro día hermoso. Una tenue nube quedó suspendida tras la veleta dorada que coronaba el chapitel del octógono. Cada detalle de la mampostería estaba impecable.

Una golondrina apareció sobrevolando uno de los pináculos, en la base del chapitel, se ladeó bruscamente y bajó en picado a lo largo de la nave hacia el extremo oeste. De pronto David sonrió y pensé (no por primera vez) que las personas guapas tenían algo cruel en sí mismas. Su hermosura las diferencia de los demás. Se les trata de manera distinta desde el principio.

—En mi opinión, una mujer no puede ser sacerdote como no puede ser padre —dijo.

—Pero ser sacerdote es un trabajo. Si una mujer puede ocupar el trono, ¿por qué no va a poder ocupar un púlpito?

—Porque Dios decidió encarnarse en una institución patriarcal. Escogió a hombres para ser apóstoles. Del mismo modo que escogió a la Virgen María para encarnar la mayor vocación humana habida y por haber.

—Ya no vivimos en la Palestina del siglo I.

—No creo que Dios escogiera el tiempo y el lugar de forma casual. Sería absurdo que un cristiano lo creyera así. En el Evangelio no hay nada que sostenga la idea de que haya mujeres sacerdote, a raíz de lo cual solo podemos concluir que Dios lo quiso de esta manera. Si fuera una mera cuestión de tradición, esto se cambiaría, por supuesto. Pero no lo es. Es una institución divina.

—Si tú lo dices… Pero a veces la Iglesia puede reconocer que se ha equivocado, ¿no? De hecho, ha cambiado de parecer otras veces. Por ejemplo, ya no se quema a la gente por el mero hecho de que no estén de acuerdo contigo.

—No es comparable.

No se puede discutir con fanáticos, pensé. Si David quería vivir en un universo de cuentos de hadas regido por leyes de cuentos de hadas, era cosa suya.

—Tengo cosas que hacer —dije—. Más vale que me vaya. Gracias por la lección de teología.

Por un momento tuve la impresión de que estaba decepcionado cual perro al que le han quitado el hueso. Quizá me había visto como una posible conversa, como la hija pródiga a punto de cambiar de parecer. Nos despedimos y siguió hacia la Porta y el Colegio Teológico.

Entré en el claustro y caminé sin premura en dirección a la sala capitular, un espacio amplio y austero con una arcada normanda que recorría cada pared bajo las ventanas. En aquella época, el capítulo se reunía en un entorno más cómodo y usaban la sala para conciertos y reuniones más concurridas sobre todo. Iban a usarla para la exposición. Hudson estaba allí hablando con el deán y me saludó con la mano cuando crucé la puerta.

Antes de ponerme a trabajar, saqué un par de historias de Rosington y una del condado. Había referencias a los dos Mudgley, el de Abbots y el de Burnham, y a epidemias de peste en los siglos XIV y XV. Pero no encontré nada sobre Isabella Roth, mujeres sacerdote ni visitaciones.

Luego catalogué media docena de libros. Pero tenía la atención puesta en Francis Youlgreave e Isabella y el muchacho llamado Simon, al que Youlgreave consideraba «útil». Al final decidí que me tomaría la pausa del café temprano, pero omitiría el café.

Así que fui a la biblioteca pública, situada en un antiguo barracón militar en una calle adyacente a la plaza del mercado. Janet me había llevado a hacerme socia de la biblioteca hacía unas semanas, pero nunca había hecho uso del servicio. El bibliotecario era un hombre fornido con cara de perro sabueso y pelo espeso y desgreñado del color de la lana de acero. Le pregunté si tenían algo de Francis Youlgreave.

—¿De él o sobre él?

—Ambas cosas.

—Tenemos un libro de poemas.

—Bien. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Dando un resuello, me miró y dijo:

—Me temo que está prestado.

Me sentí como un niño al que se le niega un dulce.

—¿Puedo reservarlo?

El libro se titulaba *Las lenguas de los ángeles*.

—¿Hay alguna biografía? —pregunté al darle la ficha de reserva y seis peniques.

Leyó mi nombre en la ficha.

—No que yo sepa, señora Appleyard. Pero sale en el *Diccionario biográfico nacional* y también aparece algo de él en un libro que tenemos que se llama *Personajes ilustres de Rosington*. En el capítulo nueve, creo. Lo encontrará en el apartado de referencias bajo el nombre de «Historia local».

Estaba impresionada y se lo hice saber.

—Para ser franco, nunca había oído hablar de él hasta la semana pasada, pero casualmente alguien vino preguntando por él.

—¿Podría tratarse del canónigo Hudson?

—No, no era él. No lo conocía.

Otro misterio trivial, que no me intrigó tanto como me irritó. Me sorprendió darme cuenta de que no me gustaba la idea de que hubiera otra persona interesada en Francis Youlgreave. Quería que solo fuera mío. Quizá fuera para mí un sustituto de Henry, aunque con la tranquilidad de que estaba muerto y, por tanto, capaz de resistirse a los encantos de viudas con más dinero que moral.

Di las gracias al bibliotecario, entré en el pequeño departamento de referencias y desenterré los restos de la vida de Youlgreave. Sin embargo, al igual que la maqueta del octógono que habíamos hallado en la biblioteca, los restos de Youlgreave no sugerían gran cosa sobre el artículo completo.

Francis Youlgreave nació en 1863 como hijo menor de un *baronet*. Publicó *Últimos poemas* en 1884, siendo estudiante en el Colegio Universitario de St. John (Oxford). Tras volver de la universidad, decidió ingresar en la Iglesia. Eran hechos que podían consultarse en el *Diccionario biográfico nacional*. Lo cierto es que fue uno de los primeros ordenandos del Colegio Teológico de Rosington y luego fue coadjutor en diversas parroquias de la franja occidental de Londres.

En 1891, estando en Londres todavía, Francis (al final acabé llamándolo así, por cierto, como si fuera un conocido) fue el primer vicario de una nueva iglesia, la de St. Michael, en Beauclerk Place, al oeste de Tottenham Court Road. En 1896 publicó su segundo volumen de poemas y luego *Las cuatro últimas cosas*. Cuatro años

después fue nombrado canónigo de Rosington. Osbaston llevaba razón en cuanto a la relación familiar: el deán de finales del siglo XIX era primo de la madre de Francis.

Su último libro, *Las lenguas de los ángeles*, se publicó en 1903. Al año siguiente, la mala salud le obligó a dimitir del cargo. Se instaló en casa de su hermano, un lugar llamado Roth Park, en Middlesex, donde falleció el 30 de julio de 1905. En la actualidad era conocido sobre todo por el poema titulado «El juicio ajeno», elogiado según decían por W.
B. Yeats.

A la hora del almuerzo en la Obscura Hostería solíamos ser solo tres. Rosie estaba en la escuela y David comía en el Colegio Teológico. Janet encontró un momento para leer la carta de Youlgreave en los *Anales de la Sociedad de Anticuarios de Rosington*. Comiendo cordero frío y ensalada, le hablé de mi intento fallido de averiguar algo más sobre Isabella. Entretanto, el señor Treevor masticaba metódicamente una enorme cantidad de carne.

—¿Por qué haces eso? —me preguntó Janet.

—Se trata de una historia tan curiosa… Y no puedo evitar sentir pena por esa mujer.

—Si es que existió.

—Diría que sí. ¿Para qué iba a inventarse algo así Francis?

Janet me miró desde el otro extremo de la mesa y respondió:

—No sé. ¿Así que crees que Isabella inspiró el poema?

—Sin duda. ¿Lo has leído?

—Aún no. Lo miraré después de comer.

—El poema tiene tres partes —levanté la mano y conté cada una con un dedo—. Primero, los soldados van a buscarla a la iglesia. Luego se describe la escena del juicio. Y la última parte alude al momento en que es quemada en la hoguera.

—¿Cuándo fue escrito? —preguntó Janet.

—Es uno de los poemas que forman parte de *Las cuatro últimas cosas*, que se publicó en 1896. Así que…

Me interrumpí al darme cuenta de lo que implicaba aquello.

—¿Y cuándo escribió la carta a la Sociedad de Anticuarios?

—En 1904. Fue nombrado canónigo de Rosington en 1901.

Janet me sonrió.

—Entonces —dijo—, ¿no es algo difícil que el hallazgo que dijo

haber hecho en la biblioteca de la catedral inspirara un poema publicado cinco años antes?

—¿Queda cordero? —preguntó el señor Treevor, mirando los restos de carne.

Por un momento, sentí un abatimiento ridículo. Luego me animé.

—Ya lo tengo: en ese momento Francis aún estaba en el Colegio Teológico. Debía de ser en torno a la década de 1880. Así que podría haberse encontrado el libro entonces. Puede que los estudiantes tuvieran permiso para usar la biblioteca de la catedral. Y después, volvió a encontrarlo al regresar a Rosington. ¿Tiene sentido?, ¿no? Seguro que lo buscaría.

Por un momento, Janet se concentró en trinchar la carne.

—¿Qué más da?

—Es muy interesante. Sobre todo teniendo en cuenta su sermón, ese sobre mujeres sacerdotes por culpa del que lo echaron. Tiene que haber una relación.

—¿Más? —sugirió el señor Treevor.

Janet volvió a trinchar la carne y olvidamos a Francis Youlgreave, dejándolo en el mismo vacío del que había surgido. Hablamos de las dependencias del director del Colegio Teológico y de si sería mejor lugar que la Obscura Hostería para albergar a una familia.

Me alegré de haber cambiado de tema. No quería pensar mucho en por qué Francis me interesaba tanto: ni quería que Janet ahondara demasiado en mis razones. Qué le iba a hacer, si me moría de aburrimiento. Necesitaba un estímulo. Pero otro interés que me movía es ahora de una evidencia patética. Lo cierto es que entonces no lo era tanto: en aquella época me engañaba a mí misma, así como a todos los demás.

Quería encontrar un modo de impresionar a David Byfield. Quería que se fijara en mí. ¿Qué mejor que conseguirlo con un descubrimiento erudito? Me muero de vergüenza al recordarlo. No diría que estaba enamorada de David. No era así exactamente. Lo que sentía por David tenía mucho que ver con mi necesidad de vengarme de Henry. Pero no era solo eso. Lo que hay que tener en cuenta es (y acaso ahí resida el verdadero misterio) que, a pesar de ser arrogante y condescendiente con las mujercillas a su alrededor,

era realmente *sexy*.

Al vivir en la misma casa que él, no podía esquivarlo. En una ocasión lo vi desnudo. Pese a lo grande que era la Obscura Hostería, solo había un baño. Una mañana bajé en bata, abrí la puerta y ahí estaba: de pie en el baño, el agua le chorreaba por todo aquel cuerpo blanco y se disponía a coger una toalla echada sobre el lavabo. Al abrirse la puerta, se quedó quieto, salvo por la cabeza, que se volvió hacia la puerta. En ese instante parecía la estatua de un atleta, un joven dios petrificado en el tiempo.

—Lo siento mucho —me apresuré a decir.

Cerré la puerta y subí corriendo a mi habitación. Si alguien tuvo la culpa fue él, porque siempre echábamos el cerrojo en el baño. Pero en parte sentí que la culpa era mía, como si hubiera estado husmeando como un mirón. Veinte minutos después, coincidimos en el desayuno y ambos hicimos como si no hubiera pasado nada. Me pregunto si, con el paso de los años, a David le quedaría grabado en la memoria como a mí.

Capítulo 21

La exposición del deán empezaba a tomar forma en la sala capitular. Janet me dijo que la idea había suscitado una oposición considerable y olía a negocio. Nunca llegué a saber si la oposición se basaba en una cuestión religiosa o social. En el Recinto, a menudo era difícil distinguir dónde terminaba la una y dónde empezaba la otra.

El deán tenía de su parte la lógica económica. Había carcoma en el tejado del transepto norte. Las vidrieras de la capilla de la Virgen necesitaban una nueva plomería y se corría el riesgo de que los pináculos del ala oeste se desplomaran sobre Minster Street. Según David, los ingresos habituales apenas cubrían los gastos de mantenimiento y no eran suficientes para financiar reparaciones mayores o emergencias. Abrir una sala capitular para una exposición podía ser un primer paso para la creación de un museo permanente. La verdadera cuestión era si los turistas iban a estar dispuestos a pagar por lo que se ofrecía.

—Si funciona, el deán está pensando en abrir una cafetería —nos anunció David una noche—. Supongo que tiene cierto sentido. ¿Por qué los salones de té del pueblo tienen que beneficiarse de los visitantes que atrae la catedral?

—Pero ¿dónde lo pondrían? —preguntó Janet.

—Si cierran la biblioteca, habrá espacio de sobra.

—Pero está dentro de la catedral.

David se encogió de hombros y explicó:

—Trasladarían la exposición a la biblioteca y usarían la sala capitular u otro espacio similar del Recinto para ubicar la cafetería.

La colección consistía en piezas de mampostería medieval: fragmentos de columnas, efigies, algunas de las vestiduras más solemnes conservadas en los arcones donde se guardaban las capas

magnas; fragmentos de vidrieras y, cómo no, la maqueta de la estructura en madera del octógono que David había encontrado en el armario de la biblioteca. El canónigo Osbaston me pidió que estuviera a la expectativa por si aparecían volúmenes ricamente encuadernados o ilustrados en la biblioteca de la catedral, sobre todo si tenían alguna relación con Rosington. Traté de hacer reír a David sugiriendo que podían exponer el ejemplar de *Lady Chatterley* que había encontrado, pero mantuvo un gesto impertérrito y dijo que en su opinión sería inapropiado.

Todo se hizo a bajo precio. El deán no tenía intención de gastar dinero en nuevas vitrinas, ni en ampliar la exposición hasta que no estuviera claro que iba a generar beneficios. También habían decidido que no contratarían a nadie. Decidieron que recurrirían a todas las señoras del Recinto para hacer turnos en la exposición. Se organizaría una inauguración solemne en junio con el obispo. El *Rosington Observer* había prometido enviar a un fotógrafo.

—Siento que te hayan cargado con esto también —lamentó Janet la víspera del día que me pidieron participar en los turnos—. Creo que David no debería habértelo pedido.

—No me importa hacerlo. De todas maneras, puede que nunca tenga que hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que para entonces ya no esté aquí. Este trabajo no va a durar eternamente.

Janet me miró y vi miedo en sus ojos.

—Espero que no te vayas. Al menos, que no te vayas todavía.

—Aún queda mucho —dije, sabiendo que jamás sería capaz de negarme a ayudar a Janet si me lo pedía, si me pedía que me quedara—. Además, puede que el proceso de catalogar dure más de lo que creía. Nunca sabes qué vas a encontrar.

O a quién. Al salir de la biblioteca la tarde siguiente, me encontré al canónigo Osbaston merodeando por el claustro.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Vaya por Dios! Olvidaba que podía encontrarla por aquí, señora Appleyard. Vengo de echar un ojo a la exposición.

Resollando levemente, sostuvo la puerta abierta del Recinto.

—¿Se dirige a la Obscura Hostería?

—Sí.

Acomodó su paso al mío.

—Si le parece, podemos ir juntos. Yo voy a High Street para comprar tabaco.

Caminamos un rato sin mediar palabra.

De pronto, soltó:

—Youlgreave estaba loco, señora Appleyard. No cabe ninguna duda. ¿No le parece que hace bastante calor para esta época del año?

—Hace un tiempo magnífico, ¿no lo cree?

—Esperemos que dure el buen tiempo. Hemos organizado para el domingo un mercadillo de beneficencia para la Sociedad de Misioneros de Sudamérica.

Cruzamos el Recinto soleado con lentitud y poca soltura. Nos detuvimos para que Osbaston se limpiara la cara con un pañuelo grande. En honor al buen tiempo, llevaba una amplia chaqueta de lino y un panamá con el ala rota.

—Cuando dice que Youlgreave estaba «loco» —dije después de un rato—, ¿a qué se refiere exactamente?

—Tengo entendido que, cuando llegó a Rosington, se consideraba a Youlgreave un excéntrico —respondió el canónigo Osbaston acercándose a mí—. Y fue empeorando poco a poco. Pero empeoraba de una manera que dificultaba insistirle en que recibiera el tratamiento médico adecuado. Cuando llegué aquí en 1933, aún había mucha gente que lo había conocido en vida y todo esto era *vox populi*.

—Pero ¿qué hacía?

—Me temo que tenía un tipo de inestabilidad mental especialmente angustiante —Osbaston miró mi rostro como si fuera una fotografía pornográfica—. Al parecer, su vida privada no era intachable. Y, añadido a esto, le perjudicó aquel último sermón. Causó bastante revuelo…, se escribieron varios reportajes en los periódicos. Tuvieron que hacer venir al obispo y creo que también se consultó a Lambeth Palace. Por suerte, la familia del pobre hombre se volcó para ayudar. Nadie quería escándalos —aseguró moviendo la cabecilla sobre aquel cuerpo enorme—. Así que tenemos mucho que agradecerles, señora Appleyard. Y no debemos juzgarlo con demasiada dureza, ¿no le parece? Creo que siempre fue muy enfermizo, ya desde niño.

En ese momento estábamos frente a la verja de la tapia que daba al jardín de la Obscura Hostería.

—Tengo que irme, señor Osbaston.

El canónigo se mojó los labios de la misma forma en que lo había hecho tantas veces aquel sábado por la noche durante la cena antes de llevarse el borgoña a la boca.

—Había pensado en ir al Crossed Keys a tomar un té. No sé si le apetecerá acompañarme…

—Es usted muy amable, pero tengo que irme. Janet me está esperando.

Levantó el panamá y se despidió.

—Otra vez será, señora Appleyard. Ha sido un placer verla otra vez —dijo y se marchó andando tranquilamente.

Janet estaba de rodillas arrancando los hierbajos de un arriate junto a la puerta de casa.

—¿Y esa sonrisa a qué viene? —me preguntó.

Capítulo 22

Me alegro de verla otra vez, señora Byfield —dijo la señora Elstree —. Lástima que haga mal tiempo.

—Bien mirado, tampoco está tan mal —respondió Janet—. Por cierto, le presento a mi amiga, la señora Appleyard. Fuimos juntas a la escuela. Wendy, esta es la señora Elstree.

Le di la mano al ama de llaves del canónigo Osbaston, una mujer alta y sosa que parecía haber salido de una fotografía de color sepia. Se me quedó mirando la base del cuello. Me pregunté si tendría el cuello sucio o si se me había abierto un botón y enseñaba el sujetador. Pero sonrió con amabilidad y luego volvió su atención a Janet.

—¿Les apetece un té? —sugirió—. Tengo que asegurarme de que se han acordado de todo. A algunos miembros del personal hay que irles detrás.

Las tres nos abrimos paso entre la multitud para dirigirnos al gran termo de té controlado por la cocinera del Colegio Teológico. Llovía a cántaros, de modo que el mercadillo de beneficencia se había organizado en el refectorio. Como acababan de abrir las puertas, no había cola para el té. La mayoría de los asistentes eran mujeres de mediana edad vestidas con sombreros e impermeables y armadas con paraguas. Ninguna de ellas iba a permitir que nada se interpusiera entre ellas y una buena ganga.

Janet insistió en pagar el té. La señora Elstree examinó el cuenco con azúcar, puso la mano sobre la superficie lateral del termo y comprobó el nivel de leche en la jarra.

—Me alegra decir que no hay nada por lo que preocuparse —me susurró al oído.

Tenía acento de la región de los Fens, si bien los años de contacto con las vocales clericales lo habían suavizado.

—Ya saben que conmigo no se puede hacer el tonto —sonrió y dijo luego a Janet, bajando más la voz—: Una dama encantadora, señora Byfield. Tiene usted una familia muy agradable en Rosington —luego, en un tono más normal, añadió—: Tengo entendido que trabaja en la biblioteca de la catedral, señora Appleyard.

—De momento sí —respondí—. Lo cual me recuerda que el canónigo Osbaston me dijo que quizás usted podría contarme algo del canónigo Youlgreave. La semana pasada encontré en la biblioteca un texto escrito por él.

—Era un hombre extraño, no le quepa la menor duda —aseguró.

Lo dijo mirándome a los ojos; los suyos tenían las pupilas grandes y negras.

—Aunque yo tampoco le conocía bien, claro —añadió.

—¿Dónde vivía?

—En Bleeders Hall, donde ahora viven los Hudson. Yo trabajaba en la casa del deán, justo al lado. Claro que en aquella época se hacían las cosas con más estilo. El deán tenía un mayordomo y coche propio.

—No me diga. ¿Y cómo vivía el canónigo Youlgreave?

—No sabría decirle. Nunca se me invitó a visitarle. Claro que el señor Youlgreave no necesitaba unas dependencias como las del deán. Pero se hizo redecorar la casa…, de eso me acuerdo. Mientras tanto vivió en la Obscura Hostería.

Janet apareció con el té.

—¿Quién vivía en nuestra casa?

—Francis Youlgreave —respondí—. Pero la señora Elstree dice que fue una breve temporada. Por lo visto vivía en la casa de los Hudson.

—Me temo que era un hombre que no gustaba a la gente —dijo la señora Elstree—. Y ya se sabe que al final se volvió loco. No extrañó a nadie. Se veía venir.

—¿Oyó usted el famoso sermón sobre ordenar sacerdotes a las mujeres?

Negó con la cabeza y, para compensar la decepción, añadió:

—Dicen que trataba con demasiada familiaridad a los sirvientes. Y tenía ideas muy extrañas. ¿Sabe que se suicidó?

—No, no lo sabía —contesté, viéndola echarse azúcar en el té—. Pensaba que había estado enfermo un tiempo y que luego había

muerto.

—Eso no es lo que oímos contar nosotros. Y siendo además un clérigo. Pero no sucedió aquí. Fue después de que se deshicieran de él —tomó un sorbo de té y se dirigió a Janet—. A lo que me refiero, señora Byfield, es que resulta inevitable que haya siempre alguna que otra manzana podrida en la cesta.

—Supongo que no conocería a un muchacho llamado Simon Martlesham de aquella época. Trabajaba en la casa del obispo.

—¿Simon Martlesham? Desde luego que sí —afirmó, pero luego vaciló y volvió a remover el té aunque ya no era necesario—. Creo que solía hacer recados al señor Youlgreave. Pero se marchó de Rosington hace muchos años. Ahora vive en Watford. Mi hermano se encontró con él en el Swan.

—Sí, el *pub* que hay junto al río.

La señora Elstree asintió.

—Su familia solía vivir por allí con su madre y una hermana. Por entonces estaba en casa del obispo, claro, los criados vivían en… Pero no recuerdo que tuviera padre. Supongo que Simon pasaba por aquí y quiso visitar su antiguo hogar. Aunque tampoco es que haya mucho que visitar.

La gente pasaba entre nosotras. Alguien me dio un golpe en el codo y parte del té se vertió sobre el platillo y la manga de mi impermeable. Hablamos de otras cosas. Más tarde Janet compró un muñequito negro de trapo vestido con un mono para el cumpleaños de Rosie y yo encontré una alegría del hogar para la repisa de la ventana.

Después, de vuelta a casa cogidas del brazo bajo el paraguas, Janet comentó:

—Así que sigues interesada en Francis Youlgreave.

—Me sirve para matar el tiempo.

Temía que Janet percibiera mi ingratitud, el aburrimiento que me causaba Rosington, mis feos pensamientos sobre David. Proseguí hablando apresuradamente.

—Me imagino que la señora Elstree puede llegar a ser terrorífica, pero ha sido muy amable con nosotras.

—La señora Elstree hace lo que puede para ser amable conmigo —dijo Janet—. Porque si David consigue el trabajo de Osbaston, espera que mantengamos sus servicios.

—¿Y los mantendréis?

—Si puedo, no. Creo que está demasiado acostumbrada a llevar esa casa. El señor Osbaston permite que se encargue de todo. Pero tiene razón en cuanto al trabajo que conlleva. —Me miró de reojo y añadió—: De hecho, creo que no sería muy divertido ser la mujer del director.

Dicho esto, apretamos el paso bajo la lluvia en silencio. David estaría en el estudio trabajando en su libro y, en teoría, vigilando al señor Treevor y a Rosie. Una vez dentro del Recinto, un coche pasó y me salpicó de agua los zapatos y las medias.

—¿No huele raro? —me preguntó Janet mientras nos quitábamos los impermeables en el recibidor.

—Solo huele a humedad —respondí, oliendo el aire—. Y quizás a la panceta de esta mañana.

—No, es un olor solapado con esos. Algo desagradable. Al menos, eso me parece.

Fue la primera vez que uno de nosotros detectó el olor. Claro que Janet podría haberlo imaginado o haber percibido un olor distinto del anterior. No hay otra explicación.

David salió del estudio.

—Hola. ¿Qué tal ha ido?

—Pues como siempre —respondió Janet—. Pero más húmedo. ¿Dónde está Rosie?

—Arriba con tu padre. Creo que iban a jugar a las cartas —dijo, y luego su tono de voz descendió—. Ah… Wendy.

Sorprendida, aparté la vista de mi reflejo en el espejo. Me había parecido que tenía la nariz roja. ¿Se estaba convirtiendo en lo que mi madre solía llamar «una nariz de beodo»? Tuve la impresión de que David me miraba con ojos acusadores.

—Esta mañana he recibido una carta —anunció—. De Henry.

Lo miré fijamente. Sentí náuseas. Lo que había dicho había sido tan inesperado como un golpe en el estómago. Pero David y Henry eran amigos. Lo cual significaba que no necesariamente importaba que no se hubieran visto en años, que apenas se escribieran y que tuvieran una perspectiva completamente distinta de la vida. Me pregunté si habrían estado conspirando contra mí.

—Me ha preguntado si estabas aquí —prosiguió David.

No dije nada.

—Tendré que contestarle para decirle que sí, naturalmente.

—De acuerdo.

—Quiere verte. Dice que…

—Yo no quiero verle —dije en voz muy alta—. Díselo. Voy a cambiarme. Estoy empapada.

Corrí al primer piso, oí las risillas procedentes de la habitación de Rosie y seguí hasta el segundo piso para ir a mi habitación. Al entrar me soné la nariz y evité mirar mi reflejo en el espejo del tocador. Lo que necesitaba, me dije, era un buen trago antes de meterme en la cama.

Dos días después, un lunes, encontré un ejemplar de un libro infantil de la época eduardiana en la biblioteca. El autor era G. A. Henty y se titulaba *His Flag Country's*. Aunque el lomo estaba desvaído, los colores de la sobrecubierta eran vividos como si el libro fuera nuevo. El dibujo representaba a un niño inglés con un abrigo rojo. Estaba reuniendo con un sable a un grupo de zulúes espantados. Abrí el libro y, en la guarda, reconocí una letra familiar.

«Para Simon Martlesham por su decimotercer aniversario con los mejores deseos de F. Youlgreave. 17 de julio de 1904».

Capítulo 23

El quinto cumpleaños de Rosie cayó en miércoles, 14 de mayo. Todos nosotros salvo el señor Treevor nos levantamos algo más pronto de lo habitual para poder darle los regalos antes de irse al colegio.

Al bajar las escaleras, por un momento me pareció que algo olía mal, como la carne en incipiente estado de descomposición. Recordé el comentario de Janet sobre el olor que había notado el sábado anterior al volver del mercadillo. Pero al detenerme en el pasillo de abajo y olisquear el aire, no noté nada fuera de lo normal. Solo olía a humedad, a piedra vieja y a verduras del día anterior.

Rosie estaba muy entusiasmada. Corría de acá para allá por la cocina, como una golondrina por el octógono. Sobre la mesa había un montoncito de tarjetas y regalos.

—¿Puedo abrirlos? —pidió—. ¿Puedo? Por favor.

—Antes tómate el desayuno —ordenó Janet.

—Pero quiero abrirlos ahora. Es mi cumpleaños.

—Sí, tesoro, pero tienes que tomarte el desayuno aunque sea tu cumpleaños.

—Después.

—Ahora. Por favor, mamaíta.

Se miraron la una a la otra. Janet fue la primera en apartar la vista, a punto de ceder.

Cogí la tarjeta y el paquete que había dejado en la mesa.

—Bueno, pues entonces no necesitarás este.

Rosie volvió la cabeza hacia mí con una mirada curiosa a la vez que calculadora.

—Porque este es para una niña que obedece a su mamá.

Le sonreí, esperando no haberme entrometido. Rosie era asunto de Janet, no mío. Momentos después, Rosie se sentó en su lugar y

observó cómo su madre le echaba copos de maíz en el cuenco. Si hubiera sido un general, habría considerado aquel movimiento una retirada táctica.

Rosie tardó cinco minutos en comerse los cereales y una tostada y beberse un vaso de leche. Luego se puso manos a la obra en el montón que tenía ante sí. Primero abrió los sobres, miró las tarjetas de felicitación y las fue dejando una sobre otra. E hizo otro montón con los sobres abiertos. Pero dejó los dos giros postales y el bono del Estado en un montón aparte, con un tenedor encima.

Luego abrió los regalos. Permitió que David los abriera con las tijeras. El paquete que había llegado por correo contenía una rebeca granate.

—Qué regalo más bonito te ha enviado la abuelita Byfield —dijo Janet con desgana.

Rosie no hizo ningún comentario.

Quedaban cuatro paquetes, los de los adultos de la casa. Primero abrió el del señor Treevor. El viejo había querido regalar a Rosie una manzana que había tomado del frutero sobre el aparador. La noche anterior le había dicho a Janet que a Rosie le sentaría bien una manzana y que además disfrutaría comiéndola. Dijo que de pequeño siempre había deseado una manzana y nadie se la había regalado por su cumpleaños. Janet dijo que era un regalo precioso y muy considerado. Pero al envolver la manzana, incluyó el muñequito de trapo que había comprado en el mercadillo.

El regalo de David fue *Los amitos de Shakespeare* de Lamb, una edición ilustrada con lenguaje adaptado. Janet le había comprado un vestido nuevo, muy elegante, de pana azul marino con caballos de color rosa pálido y adornado con encaje rosa. Tenía las mangas abombadas y cuello Peter Pan. Rosie estaba encantada. Antes de irse al colegio subió con el vestido a la habitación de sus padres para ponérselo y poder mirarse en el espejo grande.

Antes, sin embargo, abrió mi regalo. Le había pedido a Janet que me dijera qué quería Rosie. Resultó que quería un ángel. Janet y yo decidimos que una muñeca sería lo más aceptable. En la tienda de High Street había encontrado una bastante cara con largos cabellos rubios y ojos azules que se abrían y cerraban según la muñeca estuviera en posición vertical u horizontal. Las piernas y los brazos estaban ensamblados al tronco y la cabeza giraba por el

cuello. Si apretabas el pecho croaba: «Mamá».

La muñeca vestía un vestido rosa, ropa interior, calcetines y zapatos. No era precisamente el atuendo de un ser celestial, de modo que con dos pañuelos viejos le había hecho una túnica blanca y bordé una A de «ángel» en algodón azul sobre el corazón o, más bien, donde habría ido el corazón en el caso de que los ángeles tuvieran uno. Vestimos a la muñeca con la toga y guardamos la ropita rosa en una caja de puros vacía.

—Puede ser el ajuar de la muñeca —dijo Janet.

—O el disfraz para cuando se mezcla entre los humanos —sugerí a mi vez.

Cuando Rosie abrió la caja y vio al ángel tumbado, de entrada no dijo nada. Luego, muy despacio y con mucha delicadeza, tomó el ángel y lo acunó en sus brazos.

—¿Te gusta? —le preguntó Janet—. Dale las gracias a la tía Wendy.

Con la muñeca en brazos, Rosie se acercó y, de pie junto a mi silla, esperó a que yo la besara en la mejilla.

—Feliz cumpleaños —la felicité—. Me alegro de que te haya gustado.

Janet le explicó que tenía un ajuar, que yo había hecho la túnica y que la muñeca decía «mamá».

Rosie asintió y preguntó:

—Pero ¿dónde están las alas?

—No todos los ángeles tienen alas —dije.

—Sí, sí que tienen —replicó Rosie.

—Pregúntale a tu padre, cariño —sugirió Janet—. Él sabe de estas cosas. Y estoy segura de que le encantará ver tu ángel.

De hecho, en ese momento David repartía su atención entre *The Times* y una tostada con mermelada. Pero se dejó distraer lo justo para conceder que los ángeles no siempre tenían alas, lo cual disipó las dudas de Rosie por el momento.

—Tía Wendy —me dijo cuando ella y Janet salían para la escuela—. El ángel es mi regalo preferido.

El día del cumpleaños de Rosie no llegué a casa a la hora acostumbrada. Quise que merendara el pastel de cumpleaños con Janet y David. Era su cumpleaños y se merecía disfrutar de sus

padres a solas. Por tanto, a la hora del almuerzo le dije a Janet que quería hacer unas compras y que llegaría algo más tarde de lo habitual.

Aquella tarde encontré otro libro que había pertenecido a Francis Youlgreave, una edición de 1889 del *Religio Medici* de *sir* Thomas Browne. Estaba elaborando una lista aparte con las obras que le habían pertenecido y tenía la sensación de que cuanto encontraba me decía algo más de él. El libro estaba encuadernado en una piel ya ajada que me dejaba trozos de piel muerta en los dedos y el lomo tenía una grieta. Hojeé el libro y las páginas susurraron como hojas en otoño. Encontré un pasaje señalado al margen con una nota vacilante en tinta marrón.

Es más, somos cuanto aborrecemos, antropófagos y caníbales, devoradores, no solamente de hombres, sino de nosotros mismos, y no como alegoría, sino como posible verdad: pues toda esa masa de carne que nos pertenece llegó a nosotros por la boca; ese cuerpo que contemplamos ha estado sobre nuestras bandejas; en suma, nos hemos devorado a nosotros mismos.

Tardé en comprender lo que quería decir el autor y, al hacerlo, me estremecí. Pensé en la imagen de una serpiente con la cola en la boca.

—No es nada agradable, Francis —dije en voz alta—. ¿Por qué lo marcaste?

Las palabras quedaron en el aire inmóvil de la biblioteca de la catedral, sin respuesta. Jesús, pensé para mí, estoy hablando sola, esto es ridículo.

Me levanté y consulté el antiguo catálogo que contenía el gran volumen de

43×35

centímetros, donde aparecía la lista de libros que el deán Pellew había legado originalmente y una serie de títulos añadidos después. La última entrada tenía fecha de 1899. En ninguna parte se mencionaba el *Religio Medici*. Consulté el armario junto a la puerta, que contenía los últimos registros, mas resultaba igual de incompleto. El más antiguo era un comentario en alemán sobre el Pentateuco. La entrada databa de noviembre de 1904 y estaba escrito en una letra impecable, a diferencia de los garabatos de Francis.

Ahora sabía por el *Diccionario de biografía nacional* que Francis había llegado a Rosington en 1900 y se había marchado en 1904. Puede que hubiera dejado algún libro en la biblioteca, pero no había encontrado ningún indicio de él entre los diversos catálogos. De pronto se me ocurrió que la entrada de noviembre de 1904 pudiera referirse al momento en que alguien más aplicado hubiera empezado a cuidar la colección, lo cual comportaba que quizás hubieran obligado a Francis a dimitir a finales de verano o principios de otoño de aquel año. Al mismo tiempo, esto facilitaría mi labor si alguna vez pretendía localizar su último sermón en un registro público.

Hasta ese momento no se me había pasado por la cabeza aquella idea. ¿Y por qué no? Osbaston había dicho que los periódicos se habían hecho eco del sermón. De seguro que el *Rosington Observer* había publicado la noticia.

Miré el reloj. Tenía previsto pasar tres cuartos de hora haciendo tiempo por las tiendas antes de volver a la Obscura Hostería. Sin embargo, las cosas que quería comprar podían esperar.

El *Rosington Observer* tenía una oficina en Market Street. Era un periódico semanal que publicaba todo acerca de mercados y encuentros y anunciaba subastas, nacimientos, muertes y enlaces. Cubría los funerales con detalle obsesivo. La principal política editorial era mencionar todos los nombres de la gente del lugar que fuera posible e incluir la palabra «Rosington» al menos una vez en la primera frase de todos los artículos.

En la sala que daba a la calle había dos mujeres sentadas tras un mostrador largo y lustroso. Estaban hablando de una tal Edna, mientras una de ellas escribía a máquina con dos dedos y la otra hacía punto. Les pregunté si conservaban números antiguos del periódico y la que hacía punto me acompañó a una sala del fondo, contra cuyas paredes había alineadas profundas estanterías de acero. Bajo una ventana había una mesa con una única silla. Los periódicos estaban apilados por orden cronológico.

—Están sucios —me advirtió la mujer—. La dejo a sus anchas. Cerramos a las cinco.

Llevaba conmigo los guantes de algodón, de manera que el polvo y la tinta no representaron una molestia. Fui hasta los estantes que incluían números a partir de 1904. Entonces empecé a

sospechar.

En primer lugar, no había polvo sobre aquella pila en concreto. En cambio, sí lo había en las que quedaban a derecha e izquierda y, de hecho, en todas las pilas de aquella hilera de estanterías. La pila recogía todo 1903 hasta la primera mitad de 1906, por lo que cabía esperar que los números de 1904 se hallaran en algún lugar intermedio. Pero no era así. Estaban encima del todo.

Los llevé hasta la mesa y empecé a buscar de noviembre hacia atrás. Encontré una mención a Francis Youlgreave casi enseguida, en un artículo de la quinta página.

El reverendo J. Heckstall ofrecerá una serie de cuatro conferencias sobre el sentido del Adviento, que empezarán el próximo martes a las siete y media de la tarde en la casa de beneficencia. Todo el mundo está invitado a asistir. Anteriormente se había anunciado que el canónigo Youlgreave daría estas conferencias. Habrá una recolecta para ayudar a la Sociedad Eclesiástica del Imperio.

Busqué información en orden cronológicamente inverso. En octubre, el periódico decía a sus lectores que el canónigo Youlgreave había dimitido de su cargo y abandonaba Rosington por motivos de salud y que el deán y el capítulo creían que probablemente no nombrarían a su sucesor en la canonjía hasta el año siguiente.

En los ejemplares de septiembre esperaba hallar detalles acerca del sermón causante de la dimisión y sus consecuencias. Sin embargo, descubrí algo que en cierto modo era peor de lo que podía esperar. Alguien había arrancado partes de dos números. Alguien había usado una navaja para cortar un total de cinco artículos, dos de los cuales seguramente eran cartas del director. Y habían apretado tanto que la cuchilla había cortado dos o tres páginas de debajo.

Llevé los dos periódicos al mostrador de la entrada. La mujer que hacía calceta y la mecanógrafa dejaron de hablar y me miraron.

—No se pueden sacar de la sala —dijo la que hacía calceta—. Son las normas.

Extendí los periódicos sobre el mostrador.

—Miren. Alguien ha recortado trozos.

—A la gente le da todo igual, ¿verdad? —se quejó la

mecanógrafa—. Mira, por ejemplo, a esos vándalos roqueros.

La de la calceta se echó un caramelo de menta en la boca.

—Y claro, el que lo ha hecho no podía tomarse la molestia de copiarlo, fuera lo que fuera.

—¿Ha pasado alguien por aquí últimamente?

—Podrían haberlo arrancado hace años.

Lo dudaba, porque los cortes hechos en el papel amarillento parecían demasiado limpios.

—Puede, pero ¿ha venido alguien por aquí recientemente…, digamos que en las últimas semanas?

—Ha venido la señora Vosper —dijo la mecanógrafa—, que quería averiguar la fecha de la boda de sus suegros. Y el pasante vino el viernes, ¿no?

—¿Pasante de qué abogado? —pregunté.

—No lo sé.

—Parecía pasante —explicó la otra—. Un hombre muy bajito. Iba con una chaqueta negra y pantalones de raya diplomática.

—¿Y a qué vino?

—No se lo preguntamos. Estábamos demasiado ocupadas. Había entrado un par de personas para poner anuncios y otra que se estaba quejando de algo que el director había escrito, aunque lo cierto es que no sé para qué quería hablar con nosotras.

—De todas maneras —dijo la mecanógrafa, recuperando el control de la conversación al subir el tono de voz—, ¿por qué quiere saberlo?

—Porque esto es extraño.

—La gente hace cosas extrañas todos los días —dijo la que hacía punto—. No se creería algunas de las historias que oímos. No sería capaz de sorprendernos aunque lo intentara.

—Supongo que no.

—Casi son las cinco. Vamos a cerrar en nada —dijo la mecanógrafa.

Así que al final fui a comprar. Compré algodón para Janet, una tableta de chocolate para Rosie y una botella de ginebra para mí. En la tienda de vinos, el señor Cromwell me miró con curiosidad y, por un instante, pensé que iba a decirme algo. La próxima vez que quisiera ginebra, la compraría en Cambridge.

Y durante todo ese rato me costó concentrarme porque no

dejaba de pensar en quién habría recortado los artículos del *Rosington Observer*, por qué y si tenía algo que ver con Francis Youlgreave.

Debían de ser casi las seis de la tarde cuando llegué a la Obscura Hostería. Janet salió corriendo al pasillo en cuanto entré. Al ver que era yo, un gesto de decepción se apoderó de su rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunté al instante—. ¿Dónde está Rosie? ¿Qué ha pasado?

—Está bien. Está en la cocina. Es papá. No le habrás visto, ¿no?

—No.

—Estaba en el jardín con Rosie mientras yo preparaba el té. Cuando los he llamado para que entraran, solo estaba Rosie. Ha dicho que el abuelo había salido. Y de eso hace ya dos horas. David le está buscando.

El señor Treevor raras veces salía de casa o del jardín y, cuando lo hacía, uno de nosotros siempre le acompañaba. No había salido solo desde que se había instalado en la Obscura Hostería.

—No puede haber ido muy lejos. ¿Ya has llamado a la policía?

—Aún no. David ha pensado que debíamos esperar un poco.

Bajamos a la cocina. Rosie estaba hablando con su muñeca nueva y no levantó la vista cuando entramos. Los restos del pastel de cumpleaños seguían en la mesa. Mi bolsa hizo ruido cuando la dejé sobre el aparador. Me pregunté si David había esperado a llamar a la policía por miedo a montar un escándalo.

—Rosie —dijo Janet—, ¿estás segura de que el abuelo no ha dicho adónde iba?

Alzó la vista y negó con la cabeza.

—No, no ha dicho adónde.

Enfatizó ligeramente la última palabra. Con esto se me ocurrió preguntarle:

—Pero ¿ha dicho para qué salía?

—Ha dicho que quería ir a buscar unas alas —respondió Rosie mientras acariciaba el pelo de la muñeca—. Para Ángel. Ha dicho que los ángeles deben tener alas.

En ese momento oímos la llave en la puerta trasera, la puerta que daba a High Street y a la plaza del mercado. Y luego oímos al señor Treevor decir:

—Me muero de hambre. ¿Todavía no es la hora de la merienda?

Capítulo 24

David tenía una faceta sinuosa. Lo ocurrido con la llamada telefónica lo demostraba. Janet estaba en un comité presidido por la señora Forbury, la esposa del deán, que se reunía a la hora del té los jueves por la tarde en el deanato. La catedral, me contó Janet, necesitaba un toque femenino, como lo llamaba la señora Forbury. De modo que solíamos referirnos a los miembros del comité como las «chicas del toque». Hablaban de los turnos para cuidar las flores y supervisaban la limpieza y el mantenimiento de varias telas, desde el paño del altar a las gorgueras de los niños del coro. Incluso había un subcomité encargado de la compleja cuestión de la manufactura, el mantenimiento y la disposición de los reclinatorios. Según Janet, era el lugar donde el círculo con más poder entre las «chicas del toque» decidían todas las cuestiones importantes.

Por eso los jueves por la tarde yo salía temprano del trabajo. Mientras Janet se iba con las «chicas del toque», yo le daba la merienda a Rosie y al señor Treevor. Entre las cuatro y las cinco y media, normalmente yo era el único adulto responsable en la Obscura Hostería.

David lo sabía.

El teléfono sonó mientras estaba fregando los platos. Rosie estaba jugando con Ángel en la cocina de la mesa y el señor Treevor había subido a su habitación para echar una cabezadita. La aventura del día anterior lo había dejado exhausto. David lo había encontrado en High Street. El señor Treevor dijo que quería ver patos para darles de comer. En High Street no había patos y, de todas maneras, tampoco tenía nada que darles.

Subí al estudio, donde estaba el teléfono. Era la sala personal de David, oscura, austera y repleta de libros, y me hizo sentir como una intrusa. Descolgué el auricular y recité el número de casa.

—Wendy —dijo Henry—, soy yo.

Sentí que me empezaba a sudarme la frente y la palma de la mano que sostenía el teléfono.

—Wendy, no cuelgues, por favor. ¿Estás ahí?

Tenía la vista puesta en el crucifijo de la pared sobre la chimenea. El rostro de latón de Jesús estaba contorsionado. El pobre hombre parecía estar sufriendo de veras.

—¿Wendy?

—No tengo nada que decirte.

—Perdóname. Fui estúpido. Te echo de menos. Te quiero.

—¡Vete a la mierda!

Colgué el teléfono. Me quedé junto a la mesa, fulminando el teléfono con la mirada. Temblaba y las lágrimas me nublaban la vista. Pasado un rato, el teléfono volvió a sonar. Lo dejé sonar. Sonó 36 veces. Me sentí como una goma elástica y, cada vez que sonaba, me tensaba más. David debía de haberlo preparado. David y Henry eran amigos, seguro que aquel sentía que era su deber pastoral hacer cuanto estuviera en sus manos para ayudar a recomponer un matrimonio roto. Cuando al fin dejó de sonar, fue como si alguien hubiera apagado un martillo neumático. Di media vuelta para salir. Rosie estaba en la puerta con Ángel en brazos. Con el ceño fruncido, le pregunté:

—¿Qué haces aquí?

—El teléfono no paraba de sonar.

—Ya.

—¿Y por qué no has descolgado?

—Porque… porque estaba ocupada.

Rosie apretó el pecho a la muñeca, que gritó:

—Mamá.

El monstruito negro se puso a sonar otra vez.

—¿Ahora vas a contestar?

Me di la vuelta y cogí el auricular.

—¿Wendy? —preguntó la voz de Henry—. ¿Podemos hablar? Por favor.

¿De qué había que hablar —quería decirle—, de divorcio? ¿Del trasero gelatinoso de Henry bamboleándose sobre la viuda peluda? ¿De la manera en que había desaparecido todo mi dinero? Pero no podía decir nada de esto porque Rosie seguía en la puerta.

—Tengo que verte —prosiguió Henry—. Cuando tú quieras. ¿Podríamos quedar para comer? Tengo algunas de tus cosas. Algunas joyas.

—Me sorprende que no las hayas vendido —le reproché—. ¿O es que no te ha hecho falta venderlas?

—Si estás pensando en aquella mujer, no he vuelto a verla desde aquel día en la playa. Te lo prometo.

Me aparté de la puerta porque no quería que Rosie me viera llorar.

—Podríamos vernos en Cambridge —sugirió—. ¿Te resultaría más fácil así? Por favor, Wendy.

—En Londres.

—De acuerdo. ¿Te va bien el lunes? Podríamos encontrarnos en el Café Royal. ¿A qué hora te iría bien?

—A las doce y media. Y si no estás allí cuando llegue, no pienso esperarte. Ya he esperado bastante.

Colgué. Rosie y yo bajamos a la cocina y terminé de fregar los platos. Luego subí a mi cuarto y me tomé un trago antes de la hora acostumbrada. Me sentía como si no tuviera nada que perder. Qué más daba si hacía el ridículo. Ya lo había hecho de manera tan integral que cualquier otra estupidez ya ni contaría.

Así que después de limpiar el vaso y cepillarme los dientes, volví al estudio y llamé a información telefónica. Fue muy fácil, encontraron el número en un santiamén. Me apoyé en el borde de la mesa y oí el teléfono sonar en una casa desconocida de una localidad desconocida.

—¿Diga? —respondió una voz femenina, aguda y con cierto resuello—. ¿Quién es?

—Hola —saludé—. ¿Podría hablar con el señor Simon Martlesham?

—No, no vive aquí. Verá, nosotros le alquilamos la casa.

—¿Podría facilitarme algún número de teléfono o alguna dirección donde pueda encontrarle?

—La verdad es que no. Pero tenemos una especie de amigo en común y tengo algo que devolverle.

—Aguarde.

Hubo un momento de silencio y luego el crepitar de un papel.

—¿Está lista? —preguntó.

—Más lista que nunca.
No le hizo gracia, pero me dio un número de teléfono.

Capítulo 25

El sábado por la mañana llegó una tarjeta postal de la biblioteca. El libro que había reservado el lunes anterior ya estaba disponible. En cuanto acabé de almorzar, fui a recogerlo. Era otro día cálido y estaba el mismo bibliotecario. Resollaba más que la última vez y su pelo desgreñado necesitaba un buen cepillado. Estaba sentado a la mesa junto a la puerta y sus manos revoloteaban sobre bandejas y bandejas de fichas. La biblioteca estaba casi vacía por ser la hora de comer. Levantó la vista y los pliegues y arrugas de aquel rostro de sabueso se reconfiguraron en una sonrisa.

—He venido a recoger el libro —dije, y puse la tarjeta sobre la mesa—. No esperaba que fuera a llegar tan pronto.

—Nuestro objetivo es tener contentos a los usuarios, señora Appleyard —dijo con tristeza—. Pocas cosas más podemos hacer en este valle de lágrimas, ¿verdad?

—A mí se me ocurren una o dos más.

Tomó un librito verde de tapa dura de un estante situado detrás de él y lo selló. Leí la fecha de devolución al revés y calculé que el último usuario se habría llevado el libro a mediados de la semana anterior.

—¿Y quién lo tenía? —pregunté—. ¿El señor que usted decía? ¿El que le preguntó por Francis Youlgreave?

—¿Qué pasa con Francis Youlgreave? ¿Por qué todo el mundo está tan interesado?

—Yo puedo decirle por qué me interesa. Estoy trabajando en la biblioteca de la catedral y he encontrado libros que habían sido suyos. Así que solo siento curiosidad.

—¿Solo curiosidad?

Tenía una forma de hablar que parecía que lo estuviera evaluando todo, como un científico en un laboratorio repleto de

instrumentos.

—Y ya le dije la otra vez —añadió— que no sé quién era el usuario.

—¿Pero no aparece el nombre en la ficha?

—Claro que sí, pero no llegué a verla. Una compañera mía selló el libro. Era un día de mucho trabajo y no se acordaba del nombre. Y se devolvió en otro momento de mucho trabajo también. Me dijo que podría haber sido un tal Brown. O un Smith. Un nombre común.

Se había molestado en preguntarlo, lo cual indicaba que también le había picado la curiosidad.

—Así que no sabemos si era la misma persona.

—Lo más probable es que sí. El hombre con el que yo hablé era de mediana edad, bajo y moreno. Creo que llevaba gafas y era calvo.

—¿Y una chaqueta negra y pantalones de raya diplomática? ¿Puede que le recordara a un pasante?

—Algo así, diría. Aunque no conozco a ningún pasante.

Le di las gracias y metí el libro en el bolso.

—Por cierto —dijo—, ¿tiene usted algo que ver con Henry Appleyard?

Sentí como si el sabueso me hubiera abofeteado.

—Sí, ¿de qué lo conoce?

El bibliotecario movió en el aire unos dedos con manchas de color naranja.

—Solíamos cruzarnos de vez en cuando.

¿En la agencia de apuestas? ¿En el *pub*?

Estaba esperando a que le respondiera. También le picaba la curiosidad con eso.

—Hace tiempo que no le he visto —le dije—. En fin, gracias por el libro. Adiós.

Volví a casa bajo el sol, hice un alto para comprar medias muy buenas y caras y un pintalabios nuevo. De camino al Recinto pasé por el mercado. Había puestos alrededor de la cruz y restos de cartones y verduras podridas desperdigadas sobre los adoquines. Una papelera sujeta a una farola me recordó el sueño que había tenido; sin embargo, en su interior no había una muñeca, solo un zapato femenino sin tacón y papeles de periódico para envolver

pescado con patatas. Me pregunté si Isabella Roth habría muerto realmente allí hacía quinientos años y, de ser cierto, si habría quedado algún vestigio de su agonía aparte de la carta de Francis a los *Anales de la Sociedad de Anticuarios de Rosington*. El dolor era algo importante, pensé, debería destacarse y recordarse. ¿Habrían sufrido Henry y su viuda peluda?

Del mercado a la Obscura Hostería, en High Street, había pocos metros. Entré. La casa estaba fresca y en silencio. No había nadie. Subí a quitarme el sombrero y los guantes. Vi a David, Janet y Rosie sentados a la sombra veteada del manzano. Formaban una familia ideal que se bastaba con su belleza. No era frecuente verlos sentados juntos.

Me eché sobre la cama y resistí la tentación de tomarme un traguito de ginebra como recompensa por no importarme no formar parte de una familia ideal. En lugar de beber, consulté *Las lenguas de los ángeles*. Las páginas olían a tabaco fuerte y extranjero, a cigarrillos franceses o turcos. Al intentar leer un poema llamado «Los hijos de Heracles», no conseguí concentrarme, de manera que guardé el libro en el armario junto a la cama y bajé a reunirme con los demás.

David estaba en una tumbona con un libro sobre las piernas, con la camisa abierta por el cuello y las mangas arremangadas. Parecía un Lawrence Olivier de muy buen humor. Janet estaba sentada sobre una manta, cepillando el cabello de Rosie. Esta, que llevaba su vestido nuevo porque aquella tarde iría a una fiesta, estaba cepillando a su vez el pelo de Ángel siguiendo el ritmo exacto del cepillo de su madre. Me sentí como una intrusa, al igual que la noche anterior cuando había entrado en el despacho de David.

—Qué bien que estés aquí —dijo Janet—. ¿Crees que estas cintas hacen juego?

David se levantó.

—Ven, siéntate aquí. Yo me sentaré en el césped.

—No te muevas, por favor. Y las cintas quedan muy bien.

Me senté sobre la manta junto a Janet y encendí un cigarrillo.

—Gervase Haselbury-Finch acaba de llamar por teléfono a David —anunció Janet—. Siéntate, tesoro. ¿Sabes?, el capellán del obispo.

—En cierto modo te afecta —observó David— y, de todas maneras, no hay ninguna razón para que no lo sepas. Parece que el

obispo está decidido a desviar la donación de la biblioteca de la catedral al Colegio Teológico. Ya ha informado al respecto por carta al deán y al capítulo.

—Qué bien —dije, pues no se me ocurría nada mejor qué decir.

—Estate quieta, tesoro —le dijo Rosie a Ángel.

—Gervase fue al mismo colegio que David —me explicó Janet sin dejar de cepillar a su hija.

Tiré la ceniza del cigarrillo sobre una hoja del suelo.

—El mundo es un pañuelo —apunté.

—Él no tiene influencia en lo que deciden el obispo y el capítulo —prosiguió David, inclinándose hacia mí—, pero están obligados a prestar atención a su opinión. La cuestión es que el obispo no sugeriría trasladar la donación a menos que pretendiera mantener abierto el Colegio Teológico.

—Yo pensaba que ya sabías que estaba a favor de hacerlo.

—Sí…, él mismo me lo dijo. Pero esto indica que ya está dispuesto a hacer algo al respecto. Esto es un paso adelante, créeme.

La media hora retumbó en el reloj de la catedral.

—Tenemos que irnos. Es hora de lavarte los dientes, tesoro.

—Es hora de lavarte los dientes, tesoro —repitió Rosie a Ángel.

—¡Mamá! —respondió Ángel.

Entraron en casa. David me contó que era tan posible mantener el Colegio Teológico abierto como incrementar el número de estudiantes. Era cuestión de atraer a un tipo determinado de ordenandos y él tenía algunas ideas sobre cómo hacerlo. Alojarlos no supondría ningún problema, porque podríamos convertir los desvanes en estudios.

—Volveremos a eso de las cinco —avisó Janet desde el interior e hizo una mueca—. Me han enredado para ayudar con los juegos.

David me habló sobre un programa de conferencias con ponentes invitados que tenía en mente, sobre cambios en la estructura de los cursos a fin de que reflejaran las nuevas tendencias en Teología y sobre las mejoras en las actividades sociales y deportivas del colegio. Gesticulaba con unas manos largas y gráciles.

—Al fin y al cabo no es un convento —dijo—, por lo que no hay motivos para que no se diviertan un poco.

—Desde luego —concedí—. A todos nos hace falta divertirnos.

Mientras David hablaba, yo asentía en silencio y, de vez cuando, hacía algún comentario o, aprovechando las pausas, hacía preguntas que venían al caso. Estaba absolutamente embebida contemplando la línea de su mandíbula, el color de sus ojos y sus uñas cuidadas, pulidas y hermosas. También me pregunté si hablaría alguna vez con Janet de aquella manera cuando estaban solos, porque cuando yo estaba presente no hablaban mucho.

—Por cierto —dijo, inclinándose más para ofrecerme un cigarrillo—, Henry me dijo que tenía pensado llamar.

—Sí —respondí, irguiéndome al tiempo que rechazaba el cigarrillo moviendo la cabeza—. Llamó el jueves.

—Me lo dijo Janet. Espero que no te moleste que le dijera cuándo podría encontrarte en casa.

—Me molestara o no, sin duda ya es demasiado tarde para preguntármelo —le eché en cara—. He quedado con él el lunes.

—Me alegro —asintió.

—No sé cómo me siento —dije con repentina insensatez—. Todo es un maldito lío.

—Wendy, tú sabes que…

En aquel interesante momento, la puerta de casa se abrió. Nos volvimos como si nos hubieran pillado in fraganti.

—Está ahí fuera —anunció el señor Treevor con un hilo de voz tembloroso.

—¿Quién? —preguntó David, poniéndose en pie.

—El ladrón. Estaba de pie delante de Chase and Cromwell, mirando a la ventana de mi habitación.

—¿El hombre al que vio? —pregunté—. ¿El hombre que parecía una sombra?

—Sí. Os lo he dicho. Está ahí. Nos está mirando. Está aguardando el momento oportuno para volver a actuar.

—No lo creo probable —descartó David.

El señor Treevor insistió con un mohín:

—Está al acecho para hacerlo. Le he visto.

—¿Por qué no vamos a mirar? —sugerí.

El viejo arrugó la cara.

—No me dejéis solo.

—Usted puede venir con nosotros.

David suspiró.

—Esto es ridículo —musitó.

—Puede, pero no le hará daño a nadie, ¿no?

—¿Qué estáis murmurando? —La voz del señor Treevor subió hasta ser un chillido—. Todo el mundo está siempre murmurando.

—Estamos hablando de salir —le aclaré—. Vamos por aquí.

Entramos en el Recinto, pasamos por Sacristan's Gate y luego salimos a High Street. Era sábado por la tarde, así que la acera estaba abarrotada de compradores. Pero no vi a ningún hombrecillo de negro frente a Chase and Cromwell ni en ninguna parte. El señor Treevor daba breves sacudidas con la cabeza, como si picoteara el aire con la nariz.

—Ya no está, ¿verdad? —le preguntó David.

—Pero estaba —gritó el señor Treevor—. Le he visto. Le he visto, le he visto.

—De acuerdo —le dije, dándole palmaditas en el brazo con el que se había agarrado al mío—. Vámonos a casa.

Al entrar en el Recinto, donde no había tanto bullicio, se calmó casi de inmediato. Caminamos los tres del brazo con el señor Treevor en medio, como si fuera nuestro prisionero. El canónigo Hudson apareció en dirección contraria. Nos saludó con la mano y nos paramos a hablar con él cerca de la verja de la Obscura Hostería.

—Pensaba llamarte esta noche —le dije después de coincidir en que hacía un tiempo inusual para aquella época del año y comentar qué buen aspecto tenía el señor Treevor—. ¿Te importa que me tome el lunes libre? Tengo que ir a Londres.

—Por supuesto. ¿Por trabajo o por placer?

—Por trabajo —respondí, evitando la mirada de David.

Se oyó un estrépito detrás de nosotros. Me di la vuelta y vi a Gotobed, que venía por el norte con un cubo y una pala. Normalmente pasaba por el Recinto con porte majestuoso, como si encabezara una procesión invisible, pero iba con prisas.

—¿Está bien? —le gritó Hudson.

Gotobed giró en su dirección.

—Yo estoy bien, señor. La que no está bien es esta.

—¿Qué quiere decir?

—Más vale que eche un vistazo.

Con un ademán pidió a Hudson que se hiciera a un lado, nos dio la espalda al resto y sostuvo en alto el cubo.

Hudson arrugó la nariz y dijo:

—Le doy la razón de que no es una visión agradable. Pero hay muchas palomas en el Recinto y a veces se mueren.

—Esta estaba debajo del banco del soportal norte, señor.

—Tiene pinta de haber estado allí mucho tiempo.

—Estaba debajo de una pata del banco. No la habría visto si no se me hubieran caído las llaves. No puede haber ido a parar ahí por accidente.

—Quizás un visitante la metió ahí debajo para…

—Hicieron algo más que meterla ahí debajo, señor —lo interrumpió Gotobed.

Sus manos temblaban, aunque parecía haber perdido su timidez habitual.

—Fíjese bien. Mire —añadió.

Hudson miró el interior del cubo.

—Cierto —dijo despacio—. Ya veo lo que quiere decir.

—Déjeme ver —pidió el señor Treevor, liberándose de nuestros brazos.

Cruzó el sendero para ponerse al lado de Hudson. David y yo, cogidos por sorpresa, le seguimos. Miré el interior del cubo.

—No mire, señora Appleyard —me advirtió Gotobed moviendo la nariz—. No es nada agradable.

Era una paloma flacucha en estado de descomposición con las plumas raídas. Una de las patas era un muñón. Por un momento pensé que habría muerto por causas naturales.

El señor Treevor hizo atrás la cabeza y se apartó.

—¡Puaj! —exclamó—. ¿No es hora de irnos a casa? No habría que llegar tarde para el té.

El cubo osciló en la mano de Gotobed y la paloma rodó poco a poco sobre sí misma. Empezaba a despedir mal olor. Entonces me percaté de por qué estaba tan delgada. Tenía heridas en los lados, rajas que dejaban al descubierto carne, hueso y cartílago. Alguien había arrancado sus alas del cuerpo.

Capítulo 26

El lunes por la mañana me sentía como una necia, aunque una parte de mí estaba animada, como si fuera a una fiesta. Cuando el tren partió de Cambridge, salí al pasillo para ir al baño. Me senté y me quité el anillo de casada, lo cual no resultó fácil, y lo metí en el bolso. La piel de debajo era ligeramente más pálida que el resto del dedo. En lo que a mí respectaba, la señora había pasado a ser señorita, una transformación mágica, como la de un sapo que se convierte en príncipe o al revés. Tal vez así se sintieran las serpientes cuando mudaban la piel muerta: más frías y, de pronto, más vulnerables, pero también más ligeras que el aire.

Comprobé mi maquillaje en el espejo del baño por tercera vez desde que había salido de la Obscura Hostería y regresé al compartimento. Había dos hombres, uno de mi edad y otro mayor, y ambos me echaron una mirada cuando entré. El más joven era guapo. Me miró con discreción cuando crucé las piernas y me alegré de llevar medias nuevas.

Las lenguas de los ángeles era uno de los libros que llevaba conmigo en el bolso. Lo saqué y volví a echar un vistazo a los poemas. Pensé que creía saber de dónde había sacado el título Francis Youlgreave, ya que había consultado el diccionario de citas de David. Casi tenía la certeza de que lo había sacado del capítulo decimotercero de la Primera Carta a los Corintios. «Si, hablando de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe».

Sin embargo, el contenido nada tenía que ver con la caridad, al menos a primera vista. Los poemas estaban divididos en siete capítulos. Cada uno llevaba el nombre de un arcángel. Uriel, Rafael, Raguel, Miguel, Sariel, Gabriel y Remiel. Lo extraño era que los poemas en sí no trataban de ángeles, ni de arcos ni de nada

parecido. Hablaban sobre todo de niños o animales y, en ocasiones, de ambos. Ya los había leído todos al menos tres veces, pero seguía sin entender de qué trataban en realidad.

No obstante, había algo de ellos que aprobaba. Francis no había recurrido a las tonterías de J.
M. Barry.
Más bien al contrario. Los niños de «Hijos de Heracles» eran cortados en pedazos por su padre porque el hechizo de una diosa le hizo creer que eran sus enemigos. Otro poema trataba sobre un niño espartano que corría mientras un zorro le roía las partes bajas y salvaba a su país a costa de su propia vida. Al final el zorro echaba a correr riéndose. Un tercero hablaba de un gato en la corte de Egipto: era un gato más viejo y misterioso que la Esfinge, que contemplaba sin pestañear cómo los hijos del faraón morían por la peste.

El poema más largo se titulaba «La colina de los Corazones Rotos». Hablaba de una cacería en un bosque pseudomedieval, donde los personajes no dejaban de decir «os lo ruego» y «por nuestra señora» y los bellacos merodeaban por las praderas, ocultos entre los robledales. La presa era un venado, el más noble del país, y el rey, sus cazadores y sus perros lo perseguían durante todo el día sin descanso. Al final, empezaba a oscurecer y el rey ordenaba a sus hombres que hicieran correr al venado hacia una empinada colina próxima a la cabaña de caza del rey, pues había llegado el momento de matarlo.

El hijo del rey, presente en su primera cacería, rogó a su padre que perdonara la vida al venado que tanto les había hecho correr, pero el rey no quiso. La partida de caza persiguió al animal colina arriba y, una vez en la cumbre, su gran corazón reventó y murió de agotamiento antes de que los perros se le echaran al cuello. El joven príncipe lloró.

El rey ordenó a los cazadores que llevaran a los perros de vuelta. Entonces tomó a su hijo de la mano y lo condujo hasta el venado. Desenfundó su puñal, abrió el pecho del cérvido y lo hundió en su corazón. El rey metió la mano en el corazón roto y lo arrancó, ensangrentado. El príncipe lo observaba. El rey embadurnó con sangre el rostro del niño y le besó la frente.

Pues la sangre del corazón hace fuerte el corazón —dijo él—. Así

lo ha ordenado Dios. Él muere para que vosotros podáis cazar, hijo mío, y a través de su fuerza ser libres.

¿Y qué tenía que ver todo esto con los ángeles? Quizá Francis creía que había descifrado el código de estos y había averiguado de qué hablaban entre ellos cuando no estaban de servicio. Y su tema de conversación preferido resultaba ser las anécdotas perversas acerca de niños y animales.

O quizá fuera al revés y el mensaje era abiertamente cristiano. Heracles, el zorro, el gato del faraón y el rey cazador eran, todos ellos, personajes dominantes que se mantenían al margen de los demás o que hacían lo que se les antojaba. No obstante, ¿les servía de algo a ellos mismos o a otros si lo hacían sin caridad?, se preguntaba Francis.

Nada de esto tenía sentido, pero con Francis ya estaba acostumbrada. Se sentía cercana a él por esa misma razón. Al menos iría a pasar el día a Londres. Volví a cruzar las piernas, alcé la vista al joven y lo pillé mirándome.

El tren redujo la velocidad al adentrarse en la estación de Liverpool Street. Metí el libro en el bolso y contemplé las vistas por la ventana del vagón: zonas bombardeadas, la parte posterior de casas sucias y nuevos bloques de edificios. La última vez que había visto aquel paisaje tenía una resaca de caballo y estaba más triste de lo que podía recordar. Desde entonces mi vida había mejorado. Londres era una ciudad inmensa, repleta de posibilidades. Noté un cosquilleo de excitación en mi interior, como si la serpiente se deshiciera de otra piel.

Tomé el metro hacia Chancery Lane. El ruido, el gentío y el constante movimiento en parte me asustaban y en parte me espoleaban. Así como el hecho de que nadie supiera quién era. Me sentí como quien sale al mundo tras meses de reclusión en un monasterio, por ejemplo, un hospital, una cárcel. Rosington había sido para mí las tres cosas.

Al salir de la estación de metro, tuve que pedir señas para llegar a Fetter Passage. Y no solo una vez, sino tres. Era un lugar de esos que la gente creía saber dónde estaba, pero al indicarte la dirección se equivocaban. Acabé por encontrarlo: era un pasaje curvado como un bumerán, al norte de Holborn, en el laberinto de calles entre Hatton Garden y

Gray's
Inn Road. A un lado había almacenes y oficinas; al otro, una hilera de casas adosadas de estilo Victoriano, aunque incompleta porque una bomba había destrozado un extremo. La mayor parte de las casas tenían tiendas en las fachadas. La más próxima a la parte bombardeada era una cafetería, el Blue Dahlia Café: el muro lateral estaba apuntalado con vigas de madera que asomaban entre un mar de maleza. Esperé fuera y miré a través de la ventana.

El local estaba medio lleno. Los clientes —hombres y mujeres— parecían respetables. Pensé que serían oficinistas tomando el tentempié de media mañana. ¿Sería uno de ellos Simon Martlesham? Entré.

Capas de humo danzaban sinuosamente en el aire. Al fondo había un arco del que colgaban largas y coloridas cintas de nailon que temblaban al pasar la corriente de aire. Una radio sonaba a poco volumen. Pocas personas hablaban. Una mujer de semblante triste estaba lavando los platos en el fregadero tras la barra y un hombre preparaba bocadillos. Ninguno de los dos me hizo caso.

Esperé en la barra. Al fin, la mujer se secó las manos y se acercó a mí arrastrando los pies. Tenía la piel cetrina y el pelo negro y lacio.

—Me llamo Appleyard. He quedado aquí con el señor Martlesham, pero he llegado algo pronto. ¿Le conoce?

La mujer asintió sin decir nada.

—¿Todavía no ha llegado?

—Quédese ahí y espere. ¿Quiere algo?

Pedí un café. Me hizo una seña para que fuera a sentarme a una mesa vacía y dijo algo en italiano —o eso me pareció— al hombre de los bocadillos. Luego, chasqueando el suelo de linóleo con las zapatillas, se deslizó entre las tiras de colores para pasar al otro lado. Un hombrecillo con un impermeable leía el periódico en la mesa de al lado. Levantó la vista para mirarme con los ojos entrecerrados por el humo de su cigarrillo, pero los apartó en cuanto se cruzaron con los míos.

Mientras esperaba, eché un vistazo a *His Flag*
Country's
, el otro libro que llevaba en el bolso. Al rato leí que hacía poco el joven Harry Verdecer había ido a parar a un orfanato, aunque su tío

rico pretendía enviarlo a Ciudad del Cabo, donde podría prosperar trabajando en un banco con el que este tenía relaciones. Esta lectura era adecuada, porque el hombre de la mesa de al lado se estaba quedando calvo y el claro de piel brillante en la coronilla tenía la forma del mapa de África. Harry, tremendamente enfadado porque él quería alistarse en el ejército y ser un héroe como su padre y su abuelo lo habían sido, tuvo que ponerse a trabajar en el banco y cumplir con sus obligaciones en el mismo por su hermana pequeña, Maud.

En ese momento, la mujer me trajo café. El hombre sentado en la mesa de al lado se agitó, sacudiéndose ceniza del pantalón.

Las cintas volvieron a revolotear y entonces dejé de estar sola. Un hombre se acercó cojeando a mi mesa, arrastrando la pierna izquierda. El brazo izquierdo le colgaba al lado del cuerpo con un *Daily Telegraph* bajo la axila. Llevaba un traje de estambre y un bastón. Tenía los ojos puestos en el libro, no en mí.

—¿Señorita Appleyard? —preguntó, y supuse que habría estado buscando un anillo de casada.

—Hola, señor Martlesham. De hecho, «señora».

Nos dimos la mano. Me pregunté por qué me había empeñado en reivindicar el «señora» que tan fácil resultaba desechar con el anillo.

Martlesham apoyó el bastón contra la mesa y se sentó con dificultad en la silla. Si en julio de 1904 había cumplido los trece años, debía de tener sesenta y siete. Tenía rasgos limpios y proporcionados, lo que hacía suponer que había sido guapo. Y más lo habría sido si no hubiera tenido el lado izquierdo del rostro más bajo que el derecho. Pero el traje estaba cepillado y planchado, se había cortado el pelo recientemente y tenía el cuello de la camisa impecable. En la corbata llevaba un alfiler de oro que consistía en la cabeza de un caballo con incrustaciones de esmalte. Y olía a crema de afeitar, no a grasa rancia.

Cuando se hubo acomodado, miró a la camarera, que volvió a cruzar el mural de las cintas.

—Los tiene bien enseñados —le dije.

—¿Cómo dice?

—La camarera, ¿ha ido a buscarle algo?

—Café. Disculpe. ¿Le apetecería algo más?

—No, gracias. ¿Vive ahora por aquí?

—En cierto modo.

Se pasó la mano por el pelo canoso y señaló con la cabeza el libro.

—¿Ese es el libro al que se refería?

—Sí.

Martlesham me había parecido receloso al llamarlo el jueves anterior, pero la sorpresa le había impedido hacer demasiadas preguntas. Yo no sabía muy bien cómo se lo tomaría, pues no a todo el mundo le gusta que le recuerden su infancia y, entre ellos, me cuento yo. Pero había dicho que, si no me importaba, le gustaría quedarse con el libro. Sugerí una hora para vernos, dije que iba a estar en Liverpool Street y él había propuesto el Blue Dahlia Café. Supuse que estaría cerca de donde él trabajaba o vivía, aunque también podía ser que lo hubiera sugerido por consideración hacia mí.

—No me importa confesarle que su llamada me sorprendió.

Tenía un acento curioso, recortado como un seto de alheñas de una zona residencial, pero el derrame cerebral le había afectado a la voz, que arrastraba al hablar, le había cambiado la forma del rostro y le había paralizado la pierna y el brazo derechos.

—Con todo —añadió—, es un gesto por su parte que haya venido hasta aquí.

—No importa. Tenía que venir a la ciudad de todos modos.

—Aun así.

—Lo cierto es que sentía curiosidad.

—¿Por qué?

—Como le dije por teléfono, estoy catalogando los libros de la biblioteca de la catedral.

Asintió con impaciencia.

—Y ahí encontró el libro.

—Sí. En general no es precisamente un trabajo apasionante. Así que cualquier cosa que se salga de lo habitual lo hace más interesante, ¿sabe?

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Cómo no —respondí, empujando el libro sobre la mesa—. Al fin y al cabo, su nombre está escrito en él.

Abrió el libro y leyó lo que Francis había escrito en la guarda. Di

una chupada al cigarrillo. No tenía claro a quién pertenecía el libro. No le había preguntado al canónigo Hudson si podía dárselo a Simon Martlesham. Eso habría supuesto mostrarle la inscripción y estaba segura de que habría desaprobado mi intento de encontrar cualquier cosa que tuviera que ver con Francis.

La camarera sirvió el café a Martlesham y un plato con dos galletas normales y dos de jengibre. Dejó el plato entre los dos y se marchó. Se obviaron el uno al otro como dos seres invisibles.

Martlesham levantó la vista enfrente de mí. Cuando vi lágrimas en sus ojos, quedé asombrada. No tenía motivos para estar triste. Quizás el derrame había afectado a sus conductos lacrimales.

—Lo que no entiendo es cómo me localizó —dijo—. Se me olvidó preguntárselo. Es decir, llamó sin más.

—La señora Elstree me dijo que usted solía vivir en Watford. Así que llamé al teléfono de información y una señora que era su inquilina me facilitó su número de Londres.

—¿Quién es la señora Elstree?

—No conozco su nombre de soltera, pero le conocía cuando era niño, cuando ella trabajaba en el deanato. Y me dijo que su hermano se lo encontró hace un año o dos, cuando fue usted a Rosington.

—Ah, sí. Seguramente se refiere a Alf Butler. Fue la primera y la última vez que regresé a Rosington. Pasaba por allí y pensé en echar una mirada al viejo pueblo. Alf estaba en el Swan y me reconoció enseguida —explicó, acariciando la empuñadura del bastón con la mano derecha—. Entonces yo tenía otro aspecto.

—¿Le conocía de pequeño?

—Los padres de Alf tenían una tiendecita en Bridge Street. Así que la señora de la que me habla debe de ser Enid —adivinó, sonriéndome con la boca torcida—. La recuerdo bien. Siempre fue melancólica y catastrofista.

Le devolví la sonrisa.

—Ahora es el ama de llaves del canónigo Osbaston, el director del Colegio Teológico.

—Un momento —dijo frunciendo la frente—. ¿Cómo es que habló con ella de mí?

—En realidad no es que hablara de usted. Le pregunté sobre el canónigo Youlgreave, porque fue quien le regaló a usted el libro.

Hizo un movimiento brusco. El bastón apoyado sobre la mesa empezó a deslizarse hacia un lado. El café de las tazas se movió sin derramarse.

—¿Qué interés tiene en el canónigo Youlgreave, señora Appleyard?

Cogí el bastón antes de que cayera al suelo. Una gota de café se había derramado sobre la puntera de uno de los zapatos de Martlesham. Parecía una estrella gris sobre un espejo curvo y negro.

—En otra época fue el bibliotecario de la catedral —le conté—. Algunos de los libros que he encontrado habían sido suyos. Me pareció una persona muy interesante.

Martlesham miró a través de la ventana.

—Comparado con el resto, lo era, sin duda —afirmó y se volvió hacia mí—. ¿Vive usted en el Recinto, señora Appleyard?

—Me alojo en la Obscura Hostería.

—La recuerdo. Cuando era niño creo que pertenecía al chantre. Aunque el canónigo Youlgreave vivió allí durante unos meses, lo recuerdo bien. ¿Así que su esposo es clérigo?

—No.

—Ah, ¿no?

Me apresuré a añadir:

—Supongo que el Recinto habrá cambiado mucho desde que usted lo vio por última vez.

—Lo dudo, pero no sabría qué aspecto tiene ahora. Hace años que no he ido —dijo, lanzándome una mirada, y prosiguió más deprisa que antes—. Para serle franco, nunca me gustó el ambiente que se respiraba allí. Cuando era pequeño, la gente del pueblo y los que vivían en el Recinto no se podían ver. O eras de un bando o del otro. Lo cual enrarecía la situación de la gente como yo, de los sirvientes.

—Eso es una de las cosas que han cambiado —aseguré, pensando en Janet encarcelada en su propia cocina—. No creo que haya muchos sirvientes en el Recinto hoy en día.

—Yo tuve suerte.

—¿Por trabajar en el palacio arzobispal?

Negó con la cabeza.

—Ese era el peor lugar de todos. El mayordomo del obispo bien podría haberle dado a Stalin unas lecciones. No, digo que tuve

suerte porque no tuve que trabajar allí mucho tiempo. No mucho más de un año. Lo cual se lo debo al canónigo Youlgreave. Pero dudo que nadie se acuerde ya —dijo con la voz más grave— de cómo era en realidad. Al fin y al cabo, deben de haber pasado más de cincuenta años.

—Hay quien sí lo recuerda.

—De él, del hombre, nadie se acuerda. Si recuerdan algo, recordarán lo que ocurrió. Aunque era mucho más que eso. Se hacen llamar cristianos, pero les gusta el escándalo como a cualquiera.

—¿Era mucho más que qué? ¿Se refiere a los poemas?

—Sí, pero solo en parte. Yo nunca he sido aficionado a la poesía. No, me refería a que hizo mucho bien sin llamar la atención. Sé que la gente creía que era un hombre extraño. De acuerdo, era un poco raro. Pero, en resumidas cuentas, de no ser por él, yo no estaría aquí.

—¿Qué sucedió?

—Podría decirse que quedó prendado de mí. La primera vez que coincidimos fue un día que se cayó en el Recinto: había resbalado sobre una placa de hielo y yo le ayudé a llegar a casa. Luego me prestó libros. Ya sabe, me animaba a pensar que en la vida había algo más que limpiar las botas de los demás.

Sacó una cajetilla de plata y hurgó dentro con una sola mano para coger un cigarrillo.

—En aquella época había mucha gente pobre —prosiguió—. Pobre de solemnidad. Ahora cuesta imaginarlo, ¿verdad? Ya nadie pasa hambre. Nadie se muere por no poder pagarse un médico.

—Es el progreso —dije.

Asintió con la cabeza, aunque estaba con la mente en otra parte, en algo que veía en su recuerdo.

—A muchos de los que vivían en el Recinto no les importaba un bledo lo que pasara a la vuelta de la esquina. Solo se escarbaban los bolsillos si la pobreza estaba en otra parte, como en la India, por ejemplo, o en el barrio obrero del East End de Londres. Pero a pocos metros del Recinto no querían verla.

—¿Como en Swan Alley?

—Quizá pensaban que la pobreza podía contagiarse como la peste. O quizá les habría hecho darse cuenta de que la culpa era

suya.

Por unos instantes, cambió de acento: las vocales se alargaron y resurgió el acento nasal de los Fens, el acento de su infancia.

—Pero el señor Youlgreave no era así —insistió.

Por fin se llevó el cigarrillo a la boca. Encendí el mechero bajo su nariz.

Tras pasar un momento, le pregunté:

—¿Llegó a oír su último sermón? ¿Ese que causó tanto revuelo?

—¿Qué sermón?

—Por lo visto decía que no había motivos para que las mujeres no fueran ordenadas sacerdotes.

Martlesham negó con la cabeza.

—Por entonces yo estaba en Canadá. Ya había perdido el contacto con él. Aunque le oí dar un sermón sobre Swan Alley. Dijo que era una mancha en la tierra de Dios. Eso tampoco les gustó. Era un buen hombre.

¿Un buen hombre? Un epitafio muy distinto de todos los que había oído sobre Francis Youlgreave.

—¿A qué se refería al decir escándalo? Ha dicho que es lo que la gente recordaría.

—¿El escándalo? Es el quid de la cuestión. ¿Qué escándalo? Si me pregunta, le diré que era puro humo y no fuego. Él no encajaba, ¿sabe? Y le hicieron sufrir por ello.

¿Por qué no encajaba? ¿Acaso no era su padre un *baronet*, y su madre, prima del deán? Cincuenta años después, yo tampoco encajaba allí. Pero al menos sabía por qué. Mi pintalabios era demasiado intenso y había perdido a mi esposo. Pero algo más me turbaba. Algo en ese momento, allí, en el Blue Dahlia Café.

—El señor Youlgreave cubrió los costes para que yo emigrara —prosiguió Martlesham—. Tenía un amigo en el comité de una organización llamada Sociedad Eclesiástica del Imperio. Si les caías en gracia, si tenías buenas referencias, aportaban la mitad del dinero, siempre y cuando otra persona añadiera el resto.

Puso la mano derecha sobre el libro, el cigarrillo todavía humeaba entre sus dedos.

—Por eso me alegro de que me haya traído esto. Lo recibo un poco tarde, pero en cierto modo hace que todo sea mejor.

—¿De modo que no llegó a recibirlo en su momento?

Negó con la cabeza.

—¿Sabe dónde estaba el día que cumplí trece años? En medio del Atlántico a bordo del *Hesperides*. Seguramente lo compró y se olvidó de dármelo antes de partir. Pero ¿cómo llegó a la biblioteca?

—Allí había varios libros suyos. Se marchó de Rosington enfermo, así que a lo mejor simplemente los dejó allí. No son nada fuera de lo común. Nadie organizaba la biblioteca desde hacía años y he encontrado toda clase de cosas.

El amante de lady Chatterley, por ejemplo, la versión completa, pero decepcionante hasta el aburrimiento. Mientras, mi inquietud crecía. Miré alrededor. ¿Qué tenía de familiar el Blue Dahlia Café? Ahora había unos cuantos clientes menos. Quizá fuera la pausa previa al almuerzo. Crucé miradas un instante con la camarera, que luego apartó la vista. El hombre con la calva en forma de África pasó otra página del *Daily Express*. Me miré el reloj. Iba a llegar tarde al encuentro con Henry si me descuidaba. Aunque tampoco es que me importara. Ya podía esperar o quedarse cuanto quisiera.

—El señor Youlgreave quería que hiciera algo por mi mismo pie —estaba diciendo Martlesham en ese momento—. En las colonias, todo el mundo valía como cualquiera. A nadie le importaba quiénes eran tus padres. La Sociedad Eclesiástica del Imperio se encargaba de enseñarte un oficio. —Se miró las manos—. Yo me hice carpintero. Y además lo hacía bastante bien. Monté un modesto negocio en Toronto. Entonces estalló la guerra, me refiero a la Gran Guerra, y ahí acabó todo.

—¿Se alistó?

—Era difícil no hacerlo. Así que me vi obligado a regresar a Inglaterra. Pero al menos ya tenía un oficio, que probablemente fue lo que me salvó la vida. La mayoría de los compañeros con los que me alisté murió en las trincheras. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en Salisbury Plain enseñando a héroes como ellos a serrar puntales para construir refugios subterráneos.

—Debió de alegrarle poder ver otra vez a su familia.

—¿Qué familia?

—Creía que… La señora Elstree mencionó a su madre y a su hermana.

Apagó el cigarrillo.

—Mi madre falleció antes de marcharme a Canadá. Y Nancy

estaba en Toronto. El señor Youlgreave también se encargó de ella.

—¿Fue con usted?

—Sí. La sociedad tenía un orfelinato. La adoptaron en cuanto llegamos. Fue lo mejor que podía haberle pasado.

—La separación debió de ser dolorosa para usted. Era el último vínculo con su familia.

Se encogió de hombros.

—Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ya no me acuerdo. No regresé a Rosington. No tenía sentido. No tenía nada por lo que volver. Me quedé aquí.

—¿Por qué?

—Conocí a una chica en un baile que se celebró en Winchester.

Mientras hablaba, no me miraba a mí, sino que miraba a través de mí.

—Era el día del Armisticio. Vera… —Tragó saliva y sus ojos volvieron a mirarme—. Murió el año pasado.

—Lo lamento.

—En fin. Así que dejé la casa de Watford y volví a la ciudad. Mi piso está sobre el café. Esa es la historia de mi vida, por si sirve de algo —concluyó con una sonrisa, revelando de pronto un atisbo del encanto que debió de tener de joven—. No sé por qué una mujer joven y guapa como usted se molesta en escucharme, pero gracias. Y me alegro de que me haya traído el libro.

—No ha sido ninguna molestia. —Miré el reloj abiertamente—. La verdad es que tengo que irme. Tengo una cita.

—Espero no hacerle llegar tarde —dijo, y empujó la silla hacia atrás—. No se preocupe por el café, señora Appleyard. Es lo menos que puedo hacer.

—Gracias. Es usted muy amable. No se levante, no hace falta.

Nos dimos la mano y casi salí corriendo. Eran las doce y media e iba a llegar muy tarde. Aunque no corría por eso.

Corría porque de pronto noté que el Blue Dahlia Café me causaba una gran inquietud.

Era el olor a tabaco turco u otro muy parecido. Alguien lo había estado fumando en el café. Puede que fuera el propio Martlesham. Al fin y al cabo, tenía algo de dandi, desde el alfiler de corbata a los zapatos lustrosos, desde el inmaculado cuello de la camisa a la cigarrera de plata. Era incluso posible que el propio Francis

Youlgreave fumara aquellos cigarrillos a principios de siglo, de la marca Sullivan Powells quizá o kyprinos de Chipre.

Los cigarrillos que impregnaban el café eran del mismo olor que el ejemplar del libro *Las lenguas de los ángeles* que llevaba en el bolso.

Capítulo 27

Una gitana vendía lavanda en Piccadilly Circus.

—Tome una ramita, señor —dijo a un hombre que había delante de mí—. Le dará suerte.

Este dio un paso a un lado para esquivarla, pero ella no desistió.

—Solo un poquito —pidió con voz quejumbrosa—, y que Dios le bendiga, que le va a traer mucha suerte.

El hombre apartó el brazo de su manga y corrió hacia las escaleras del metro.

—Que te pudras en el infierno —le gritó.

Luego me vio a mí; el enfado se desvaneció de su rostro y recuperó la voz quejumbrosa.

—¿Un poquitín de lavanda, nena? Te traerá suerte. Aparte de una cara bonita las señoritas jóvenes necesitan buena suerte.

No quería que me echara una maldición. Sentía que ya tenía suficiente mala suerte que gestionar. La entrevista con Martlesham no había aportado nada. Había empeorado las cosas. Y además tenía que tratar con Henry.

Saqué el monedero y le di una moneda de seis peniques a la gitana. Una mano fiera como la pata de una mona me quitó de la mía la moneda y me soltó en la palma la lavanda. Aquella mano húmeda dejó una mancha de suciedad en mi pálido guante de piel.

Enfilé a todo correr por Regent Street. Era casi la una menos diez. Sin soltar la lavanda, entré a toda prisa por la puerta giratoria del Café Royal.

Si Henry me había estado aguardando, esperaba encontrarle en la barra. Pero estaba ante mí en el vestíbulo, con un aspecto casi tan pulcro como el de Simon Martlesham, vestido con un traje azul oscuro de fina raya diplomática. Llevaba un clavel blanco en el ojal y del bolsillo del pecho un pañuelo de seda asomaba. Por un

instante lo vi con los ojos de un vecino de Rosington. A la señora Forbury y sus «chicas del toque» les habría parecido un poco canalla.

—Wendy —se abalanzó sobre mí para abrazarme—, estás guapísima.

Sin soltarme, quiso darme un beso, pero yo aparté la cabeza a un lado y solo consiguió besarme la oreja. Desprendía un olor familiar, pero era de esos olores que forman parte del pasado, que te pertenecieron en otra época, cuando eras otra persona.

—Tenemos que celebrarlo —estaba diciendo Henry—. Tomemos unas copas. ¿Para qué llevas esa lavanda?

Miré la ramita. La había estado agarrando con una fuerza tal que la mancha se había extendido. Seguramente había echado a perder el guante.

—Se la acabo de comprar a una gitana.

—Pero si tú no eres supersticiosa —observó Henry, que siempre había sido rápido—. ¿Es la influencia de vivir en Rosington?

Negué con la cabeza y propuse beber algo.

Entramos en el bar. Envolví la lavanda en un pañuelo y lo metí en el bolso. Cuando llegó el camarero, Henry pidió dos *dry martinis*.

—Como el día que nos conocimos —susurró.

—No seas sentimental. No te pega.

Sin embargo, me alegraba que hubiera pedido *dry martinis*. Necesitaba un trago.

—Podemos comer aquí si quieres —sugirió—. O, si lo prefieres, podemos ir a otra parte. Había pensado en el Savoy.

—¿De dónde te viene todo este dinero? —le pregunté—. ¿De tu viuda peluda?

—Ya te lo dije por teléfono. No he vuelto a verla desde… desde el último día que te vi.

Por suerte llegaron las bebidas.

—Salud —brindó Henry, y bebimos.

Durante los siguientes minutos, ninguno de los dos supo qué decir. Fumamos cigarrillos, nos terminamos las copas y pedimos otra ronda. Henry preguntó por los Byfield, le dije que estaban muy bien y que David y Janet le mandaban recuerdos.

—¿Cómo está Rosie?

—Muy bien.

—¿Su cumpleaños no cae por estas fechas?

—Fue el miércoles.

—Debe de tener… hummm…

—Cinco años.

—Quizá debería enviarle un regalo.

La conversación volvió a decaer.

—Deberíamos hablar del divorcio —dije al fin.

—Lo que te dije al teléfono iba en serio. Te quiero. —Se irguió y cuadró los hombros—. Fui un maldito estúpido. ¿Podemos volver a empezar?

—No tiene sentido hacerlo. Volvería a pasar lo mismo. Volverías a hacerlo con otra pobre viuda gorda con un buen saldo en el banco.

—No volvería a pasar. Porque…

—¿Y, por cierto, dónde has estado? Tu abogado me dijo que simplemente habías desaparecido.

—Fue un viaje de negocios y andaba mal de dinero —Henry se miró las manos—. Le dejé una carta para ti. ¿La recibiste?

—Le pedí a mi abogado que la tirara a la papelera.

Fue la única cosa útil que Fielder había hecho por mí. Su factura por pagar seguía en mi cuarto de la Obscura Hostería. La suma resultaba demasiado elevada para los resultados obtenidos.

—Estoy ahorrando para divorciarme de ti —le anuncié.

—¿Hay otro hombre?

Lo miré fijamente. Tenía un hoyuelo en la barbilla que le daba el aspecto de un niño demasiado crecido y que siempre me había gustado mucho. Me pregunté cómo reaccionaría si le decía: «Sí, hay otro hombre, David».

—Eso ya no es cosa tuya.

—Te debo dinero.

—Le debes dinero a mucha gente.

—¿Te acuerdas de los abogados Grady y Goldman?

—Difícil olvidarlos.

Henry asintió con la cabeza y añadió:

—Cuando Grady se arruinó, yo me quedé con el treinta por ciento de las acciones de Grady-Goldman.

Aloysius Grady vivía y hablaba como un hombre rico. Había

pedido a Henry que creara una cartera de propiedades en Europa y la gestionara por él. Henry había trabajado mucho en ella. Incluso había dejado a Grady mucho dinero para que se lo prestara a su hija, que estudiaba en Reino Unido, y había presentado acciones de la empresa como garantía para el crédito. Cuando se arruinaron, nuestro dinero se esfumó y las acciones cayeron en picado.

—Pasó justo después de… de que te fueras —prosiguió Henry—. Recibí un telegrama de Louis Goldman. Una filial de Unilever quiso comprar la empresa y las acciones se pusieron por las nubes. Él era el otro accionista mayoritario y pensó que podríamos hacerlas subir más si trabajábamos juntos.

—¡Venga ya, Henry!

—¿Qué?

—Eso suena a otro de tus cuentos chinos.

—No lo es, te lo prometo. Por eso tuve que irme del país. Louis me compró el billete. En esa carta te lo explicaba todo.

Traté de recordar el sitio donde estaba Grady-Goldman. Era un local grande rodeado de alambre de espino y diversos barracones con tejados de hierro ondulado. Había un vigilante que preparaba el té. Recordaba el Rover de Grady entrando en el local en medio de una polvareda y el humo del tabaco que me rascaba la garganta en un despacho pequeño y sofocante. Me acordaba también del propio Grady, un hombre grande con cuatro pelos rojos en la cabeza y que siempre intentaba pellizcarme el culo.

—¿Y qué es lo que hicieron? ¿Por qué Unilever quería comprarlos?

—Máquinas-herramienta —respondió Henry—. Por eso Grady-Goldman me pareció una buena apuesta de entrada. Al sur del Sáhara pocos construyen esas máquinas. Louis había sacado a flote la empresa otra vez. No tenían beneficios porque Grady había dejado muchas deudas, pero disponían de trabajadores preparados y de la maquinaria y tenían clientes.

—Si intentas decirme que tu visión para los negocios te ha hecho rico, sencillamente no te voy a creer.

—Yo no tuve visión para los negocios. La tuvo Louis. Pero yo tuve suerte —dijo y vaciló—. Para ser exactos, cuarenta y siete mil libras de buena suerte.

—Dios santo —dije, y pensé en la ramita de lavanda que había

metido en el bolso, que al parecer había funcionado de forma retroactiva y con la persona equivocada—. ¿Y qué vas a hacer con el dinero?

—Voy a darte una parte.

No dije nada.

—Últimamente he pensado en muchas cosas —siguió diciendo Henry en un tono ufano.

—Me alegro por ti. Es una gran responsabilidad, ¿no?, disponer de todo ese dinero para gastar.

—Precisamente. He cambiado de planes. He llegado a la conclusión de que apostar de forma profesional no me conviene. He pensado en volver a ser maestro.

Me reí.

—No es una idea tan estúpida. Era maestro cuando me conociste. Y me gustaba bastante.

—Henry —le dije—, ¿ya no te acuerdas de lo que pasó en la Escuela del Coro? Podría decirse que te echaron a patadas. Nadie va a darte trabajo sin tener buenas referencias.

Parecía pagado de sí mismo.

—Ya he pensado en eso, aunque, para ser sincero, no tuve que pensar mucho. Alguien lo pensó por mí.

—¿Alguien como Louis Goldman? ¿Podrías dejar de hacerte el interesante?

—¿Recuerdas que di clases en otra escuela antes de ir a Rosington? Veedon Hall. Los Cuthbertson quieren venderla. Un amigo que sigue trabajando allí me escribió un día, después de muchos años, preguntándome si conocía a alguien que pudiera estar interesado en asociarse con él. El negocio está despertando el interés de muchos y ya sabes que el viejo Cuthbertson siempre sintió debilidad por mí. Y el precio es una ganga. Solo serían treinta mil.

—Entonces no hay nada que te impida seguir adelante.

—No quiero hacerlo solo. Quiero hacerlo contigo.

Yo negué con la cabeza.

—No sería como irse a vivir al quinto pino —aseguró, extendiendo hacia mí una mano, movimiento que fingí no haber visto—. No queda lejos de Basingstoke. Estarías a un tiro de piedra de Londres.

—Es demasiado tarde.

—No debería habértelo soltado así. Perdóname. Mira, ¿por qué no te lo piensas unos días? Unas semanas, si quieres. Habla con Janet. Vamos a comer algo.

Después de aquello me cambió el humor. No sé si fue el alcohol o lo que Henry había dicho, pero me sentía mucho más feliz. Quizá la lavanda estaba surtiendo efecto. Tomamos un taxi hasta el Savoy y almorzamos en la sala llamada Grill Room. Henry quería champán.

—El que quieras menos Veuve Clicquot —advertí—. Ya estoy harta de tanta viuda.

Así que pidió una botella de Roederer.

—Hablando de viudas —dijo—. Eso me recuerda…

Se puso a contar una historia larga y enrevesada sobre la viuda de Grady y sus intentos de atrapar a un ejecutivo de Unilever o, al no conseguirlo, a su hija. Acabó haciéndome reír. Luego le hablé de la Obscura Hostería y de mi trabajo. Cambiamos impresiones sobre los vecinos del Recinto.

—No tienes por qué seguir trabajando en eso si no quieres —me dijo mientras nos tomábamos el café.

—Ahora tengo que ganarme la vida —le dije con la mayor ligereza que pude.

Se sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa, entre los dos y dijo:

—Tú decides.

—¿Qué es?

—Un cheque por diez mil libras.

—¿Me estás untando? ¿Es eso?

—No seas tonta, Wendy. Es tuyo. Quiero que lo aceptes.

—¿Un acuerdo de divorcio? —pregunté en un tono de voz ascendente—. ¿Eso es todo?

Henry apretó los labios.

—Al menos no tendrás que dedicarte a un trabajo sin futuro si no quieres y no tendrás que vivir en Rosington.

—Voy a terminar ese trabajo.

—No tienes por qué hacerlo. Puedes dejarlo y ya está.

—No sería justo para Hudson.

—Wendy, no le debes nada. Has hecho una parte del trabajo y te

ha pagado por hacerlo, pero no tienes por qué seguir trabajando si no quieres.

—Ya lo sé, pero me gustaría acabarlo.

Miré cómo Henry se ponía dos cigarrillos en la boca, los encendió y me dio uno. Parecía algo tan natural. Tampoco me había preguntado nada: había dado por sentado que, como él se iba a fumar un cigarrillo, yo también lo haría.

—De hecho, hay otro motivo —anuncié.

—Ya me lo imaginaba. Hay otro hombre, ¿verdad que sí?

—Eso no es cosa tuya. Ya no lo es —le dije, y me reí en su cara, que estaba roja por la furia y el champán—. De acuerdo, sí, hay un hombre. Se llama Francis Youlgreave.

Se pasó una mano por el pelo y un mechón le quedó plantado, justo como solía pasar cuando se desconcertaba.

—¿Youlgreave? ¿Y quién es?

—Puede que te cruzaras alguna vez con él en Rosington.

—Canalla —murmuró Henry.

—Lleva muerto cincuenta y dos años. Fue uno de los canónigos de finales del siglo XIX, así como un poeta menor. Causó un pequeño escándalo y lo obligaron a marcharse.

El rostro de Henry se iluminó.

—Entonces, Francis y yo tenemos algo en común. Aparte de ti, me refiero.

—Hay muchas cosas sobre él pendientes de resolver. Por ejemplo, parece que nadie sabe de seguro si murió por causas naturales o si se suicidó.

—¿En Rosington?

—No…, murió después de que le obligaran a dimitir del cargo. La historia que se cuenta es que le obligaron a irse porque pronunció un sermón a favor de ordenar sacerdotes a las mujeres.

Henry enarcó las cejas.

—Si hoy en día a alguien se le ocurriera hacerlo en Rosington, también lo emplumarían.

—Pero había algo más. Ahora precisamente estoy empezando a encontrar pistas sobre él. Pero lo extraño, lo que me preocupa, es que está pasando algo, algo que no entiendo.

—¿Qué quieres decir?

—Hay alguien más interesado en Francis Youlgreave, alguien

más interesado en averiguar cosas de él.

—Bueno, ¿y qué problema hay?

—Ninguno. Pero creo que lo están haciendo a escondidas.

—No parece que estés muy segura.

Suspiré. No, no estaba segura. Nadie conocía al hombrecillo que parecía un pasante, pero eso no significaba que pretendiera ocultar su identidad. Podía haber una explicación perfectamente inocente para su interés en Francis. Y aparte de él, ¿qué más me inquietaba? ¿Que el señor Treevor viera una y otra vez a un hombre que merodeaba por la Obscura Hostería? Los testigos con demencia senil no son de fiar. ¿O la paloma con las alas arrancadas? Quizá lo había hecho un bromista con mal gusto o simplemente un colegial con profundo interés por la biología. No tenía por qué despertar sospechas ni tener relación con Francis. ¿Y el olor a tabaco turco que impregnaba las páginas de mi ejemplar de *Las lenguas de los ángeles*? Una coincidencia.

—No es nada —dije—. En fin, de todas maneras, gracias por el almuerzo. Ahora me tengo que ir.

—No te vayas todavía. No hay prisa.

—Quiero hacer unas compras antes de tomar el tren.

—¿Por dónde?

—Había pensado en ir por Piccadilly, pasar por Bond Street y luego por Oxford Street. Y luego puedo tomar el metro o un autobús en Liverpool Street.

—Parece un largo recorrido. ¿Puedo ir contigo? Para cargar con las compras y defenderte de los asaltantes.

—No, Henry. De todos modos, te aburrirías.

—Me gustaría comprarte un regalo.

—No quiero nada, gracias. Dudo que compre nada. No lo entenderías…, solo quiero mirar. Comprar en Rosington es como comprar en 1953.

—¿Sabes qué? Voy a comprarte unos guantes —concluyó, cogiendo los que había sobre la mesa—. Mira estos. Están sucios. Tú necesitas algo mejor.

—De acuerdo —accedí con una sonrisa.

Si el dinero no era un inconveniente, lo mejor era disfrutarlo al máximo.

—En ese caso puedes comprarme un par en Regent Glove

Company, pero no resultarán baratos.

—Ya lo suponía.

Henry pagó la cuenta y paseamos hasta Strand Street. Quiso tomar un taxi, pero tuve un acceso de remordimientos y no le dejé.

—Escucha, Henry. Estás cogiendo taxis para ir a todas partes, acabas de invitarme a comer en el Savoy, vas a comprarme el par de guantes más caros que he tenido nunca… Si sigues así, te pulirás el dinero en cuatro días. ¿Y para qué nos hace falta un taxi? No hay nada malo en coger el autobús.

—Creo que Rosington te ha provocado delirios de humildad —ironizó, pero me tomó del brazo y nos dirigimos a la parada—. Cuando acabes de comprar, tomemos una copa antes de subir al tren. O cenemos. O vayamos a ver un espectáculo, ¿qué te parece?

—Déjalo ya, Henry. Tampoco tendría tiempo.

—Podemos beber algo rápido en Liverpool Street si quieres.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

Me detuve con tal brusquedad que un hombre que venía por detrás chocó contra Henry y protestó.

—Henry, no ha cambiado nada. Lo nuestro se ha terminado. Te prometí que comería contigo, pero nada más —le aclaré y, pensando en la viuda peluda, me endurecí—. No voy a tomarme otra copa contigo.

Me miró fijamente con gesto dolido a la vez que enfadado.

—Pero, Wendy…

—Lo siento, pero nada de lo que digas me hará cambiar de parecer.

Tiré de mi brazo para soltarme y caminamos hasta la parada en silencio.

Un minuto después había cambiado de parecer. El autobús llegó casi al momento. Era de dos pisos y subí al de arriba. Quería mirar por la ventana a las calles de Londres, fingir que era una turista y que no tenía necesidad de hablar con mi esposo.

Henry me siguió hasta arriba. Estaba más cerca de lo que yo habría querido. Su proximidad me oprimía. Me ponía nerviosa y me gustaba de una manera que no quería. Me di la vuelta con la intención de fulminarlo con la mirada. Al volverme, algo me llamó la atención.

Los pasajeros seguían llenando el autobús. Tuve el tiempo justo de ver a un hombrecillo moreno con impermeable desplazándose para sentarse en un asiento del piso inferior. No llevaba sombrero y era calvo.

Desde mi posición estratégica junto a las escaleras, vi con toda claridad que la calva tenía la forma del mapa de África.

Capítulo 28

Los rayos del atardecer cubrían el lado oeste del chapitel de la catedral con una capa espesa como la miel. Venía de la estación y, de vez en cuando, bajaba la vista a los guantes nuevos de fina gamuza negra forrados de seda. Casi era un crimen llevarlos puestos.

Por una parte, había sido un error verme con Henry, lo sabía: había sido como rascarse una costra hasta que la sangre volviera a brotar. En el tren, no había dejado de pensar en él bamboleándose sobre su viuda peluda. Henry con su trasero desnudo, gelatinoso, como el de un niño regordete, y la viuda sacudiendo las piernas en el aire con aquellos envidiables zapatos de tacón azul marino. Así aparecían en la fotografía, captados para la eternidad en blanco y negro, en mi mesita de noche.

Subí paseando la colina en dirección a la Porta. No estaba borracha ni tenía resaca, si bien se debía más a la suerte que a mi buen criterio. Pero tampoco estaba exactamente sobria. Era algo más que el alcohol. Las emociones también embriagan, incluso la tristeza.

Parte de esa tristeza, ligada a Henry de un modo inexplicable, era saberme otra vez en Rosington. Por eso caminaba despacio. Me sentía como a los trece años, cuando trataba de dilatar el momento de volver a Hillgard House al principio del trimestre.

El señor Gotobed fue la primera persona a quien vi al entrar en el Recinto. Estaba sentado en un banco a la puerta de su casa, leyendo la página deportiva del *Rosington Observer* y acariciando a un gato grande de color rojo anaranjado. Todavía iba en sotana, que normalmente solo llevaba cuando ejercía de sacristán y dirigía al clero en la catedral. Al oír mis pasos, miró por encima del periódico.

—Señora Appleyard —saludó, y se encorvó ligeramente, apartando al gato—. Hace una tarde preciosa.

—¿Verdad que sí?

El gato se frotó contra mi pierna, así que me agaché a acariciarlo.

—Es un animalito muy lindo. ¿Es suyo? —le pregunté.

—De mi madre. ¿Le molesta?

—En absoluto.

El gato ronroneaba como un avión a lo lejos.

—¿Cómo se llama?

—*Percy* —respondió Gotobed, que se estaba sonrojando—. Mi madre dice que debería pronunciarse *Perrrrrrcy*.

Le miré sin comprenderle. El sonrojo se acentuó. Entonces caí en que Gotobed había hecho un chiste.

—¡Ah, ya! *Perrrrrcy*. Porque ronronea mucho. Qué gracioso.

—Mi madre tiene noventa y tres años —me confió—, pero todavía conserva el buen humor y está muy despierta. Por cierto, le conté lo de la paloma. ¿Se acuerda?

—No es fácil olvidarlo.

—Lo lamento…, quizá no debería haberlo mencionado.

—No. Me interesa. ¿Qué dijo su madre?

—Ha dicho que a lo mejor anda suelto un chiflado en el Recinto. Como la última vez.

—¿La última vez?

—Hace cincuenta o sesenta años. Alguien empezó a hacer este tipo de atrocidades a los animales.

—¿Qué sucedió exactamente?

Juntó las palmas de las manos delante de él y movió la nariz. Parecía tan desdichado que lo habría acariciado a él en vez de a *Percy*.

—No pasa nada —dije—. No se preocupe por escandalizarme. Estoy curada de espantos.

Me miró con una sonrisa vacilante.

—Si está segura… Bueno, pues una mañana encontraron una rata sin piernas frente a Bleeders Hall. Y un gato descabezado en el soportal norte. Mi madre no estaba segura, pero dice que le suena que también encontraron un pájaro sin alas.

—¿Y llegaron a descubrir quién había sido?

—Resultó ser uno de los canónigos. El pobre se había vuelto loco —explicó Gotobed, que me miraba abiertamente con unos ojos lúcidos e inteligentes—. Es difícil que haya gente que se acuerde todavía, porque pasó hace mucho tiempo. Aunque si alguien se acuerda es que tiene ganas de jugar con nosotros, ¿no cree? Como si fingiera ser un fantasma.

—¿Usted cree en fantasmas, señor Gotobed?

—Yo no, señora Appleyard —dijo, dándose con las palmas en los muslos, golpe que causó un ruido seco que resonó contra el muro de la Porta—. Yo solo creo en lo que puedo ver y tocar.

Hice un cálculo rápido. Si la señora Gotobed tenía noventa y tres años, debía de tener unos cuarenta cuando Francis se marchó de Rosington.

—¿Su madre vivía en el Recinto en esa época?

—No sabría decirle. Debió de casarse con papá por entonces, pero lo contaba como si todo el mundo lo supiera.

—Debe de recordar muchas cosas de esa época.

—Recuerda más cosas de cuando era niña que del día anterior. Ya sabe cómo son los mayores —dijo Gotobed con la sonrisa de un padre orgulloso—. Claro que a veces se confunde y se cree que soy papá.

—¿Me permitiría hablar con ella? —me apresuré a añadir—. Me interesan los viejos tiempos porque estoy trabajando en la biblioteca de la catedral y por la exposición del deán.

—Se lo preguntaré. La verdad es que hoy en día tampoco recibe muchas visitas.

Le dije que no importaba y le di las buenas tardes.

El reloj de la catedral dio las ocho y media. Las golondrinas y los vencejos hacían sus acrobacias vespertinas alrededor del octógono. Caminaba despacio, consciente de que estaba cansada. En Londres me había costado mucho concentrarme en las tiendas. Supongo que el alcohol no ayudó. El encuentro con Henry también me había agotado, así como el encuentro con Simon Martlesham y el asunto del hombrecillo en el autobús.

Y seguramente por el cansancio tenía la sensación de que alguien me observaba. La sensación se acentuó al acercarme a la entrada del claustro. Casi parecía que Francis me estuviera persiguiendo, en vez de yo a él, lo cual era absurdo. La existencia

de fantasmas era tan poco verosímil como la existencia de dioses y la idea de que alguno de ellos —si es que existían— pudiera estar interesado en los vivos era igual de ridícula. Recordé la lavanda que llevaba en el bolso y me pregunté por qué habría sido tan tonta de comprarla.

Era preferible concentrarme en las cuestiones relativas al presente. ¿Qué tramaba Simon Martlesham? ¿Era el hombrecillo calvo la persona que había tomado prestado el libro de la biblioteca y que había cortado y robado los artículos de los números de 1904 del *Rosington Observer*? ¿Era él también el hombre que el señor Treevor había visto dentro y fuera de la Obscura Hostería, el hombrecillo moreno que parecía un fantasma?

En ese momento, la catedral se erguía entre mí y el sol. El camino que rodeaba el extremo este quedaba a la sombra. Apreté el paso. Estaba a unos trece metros de la verja que daba al jardín de la Obscura Hostería cuando oí las alas.

Primero pensé que una golondrina se había abatido para cazar insectos cerca del suelo y que había pasado junto a mi oído. Pero era un aleteo demasiado lento e intenso para ser una golondrina y juro que percibí que el aire se movía. Por otra parte, me hallaba en un estado de ánimo sugestionable y ya se sabía que la acústica del Recinto era casi tan extraña como la de la propia catedral. El Recinto estaba compuesto por un sistema de cañones de piedra con una serie de efectos sonoros muy peculiares. David decía que en la entrada norte había una parte donde se oía un susurro con la misma claridad que el tañido de una campana en
Sacristan's
Gate.

Todo esto me pasó por la mente en menos de un segundo. Miré hacia arriba esperando ver pasar zumbando un ave. Pero no vi nada. Una jugarreta de la mente, me dije, estaba cansada.

Abrí la verja de la Obscura Hostería. El sol daba sobre las ventanas superiores de la casa, que relucían como losas de latón pulido. El jardín se hallaba a la sombra. Reparé, como aquel primer día tres meses atrás, en cuán limpio y cuidado estaba. Los Byfield no podían permitirse un jardinero, de modo que todo era el resultado del esfuerzo de Janet. ¿Cómo se las arreglaba? Sobre todo en ese momento, que estaba embarazada. ¿Y por qué se molestaba?

Siempre había sido pulcra tanto para con sus cosas como para consigo misma. En el cuarto año de Hillgard House, su taquilla de la sala común se nos había mostrado a las demás como ejemplo.

Tomé la resolución de que en adelante como mínimo cortaría el césped. Me dirigía hacia la casa por el sendero. Me había perdido la cena, pero no me importaba. Aunque hacía horas desde el almuerzo en el Savoy, no tenía hambre.

Como de costumbre, la puerta estaba sin cerrar. Entré en el recibidor. La casa estaba en silencio. Entonces noté un olor innegablemente molesto. Quizá fueran los desagües o una rata muerta bajo las tablas del suelo, pero en el recibidor no había tablas, solamente losas. David tendría que hablar con el empleado del capítulo.

Por un instante me invadió el miedo a que la historia se repitiera: pensé que no tardaría en oír un grito infantil procedente de arriba. Las puertas de la sala de estar, el comedor y el estudio estaban abiertas. Dejé el sombrero en la mesa de la entrada y bajé a la cocina para enseñarle a Janet mis nuevos guantes de ante.

Estaba sentada a la mesa con los libros de cuentas de los proveedores delante de ella. Estaban cerrados y Janet fumaba un cigarrillo. Estaba muy pálida.

—Hola. ¿Cómo te ha ido?

—Me alegro de que ya se haya acabado.

Se dispuso a levantarse, diciendo:

—Pondré la tetera al fuego.

—No te molestes. —Me senté a su lado—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy cansada. Me he sentado a descansar un poco.

—Tendrías que estar en la cama.

—Me recuperaré en un santiamén.

—¿Dónde está David?

—Tiene una reunión en el Colegio Teológico —respondió, empujando hacia mí cigarrillos y cerillas—. Pero, cuéntame, ¿cómo está Henry?

—Me ha comprado unos guantes muy bonitos.

Janet los acarició.

—Son preciosos. No te preguntaré cuánto han costado.

—Y también me ha dado esto.

Saqué el sobre del bolso y se lo di a Janet. Lo abrió y vi cómo

abría los ojos.

—Pero Wendy, ¿es una broma?

—Creo que no.

Le conté lo de Louis Goldman y lo de la estancia de Henry en Sudáfrica.

—En fin, si lo ingreso, lo sabré.

—¿Cómo que «si»?

Me concentré en encenderme un cigarrillo y le expliqué:

—Quiere comprar con otro socio una escuela privada de educación primaria, Veedon Hall, la misma en la que solía dar clases antes de venir aquí. Me pidió que volviéramos, que empezáramos de nuevo.

—¿Y lo harás?

—No lo sé —respondí echando el humo—. Una parte de mí piensa que no tiene sentido, pero no te puedes librar del pasado. Ni siquiera estoy segura de que quiera.

Janet no dijo nada.

—Tú crees que debería volver con él, ¿verdad?

—No lo sé —dijo y, de pronto, su rostro empezó a arrugarse como un papel—. Ya no sé qué pensar de nada.

—Todo irá bien. No te preocupes.

Se sorbió los mocos y una lágrima cayó sobre la mesa, malogrando por poco el cheque de Henry.

—Seguramente se debe a mi embarazo. Es como si todas mis emociones pertenecieran de pronto a otra persona.

Me apoyé sobre la mesa y la rodeé con el brazo. Sus hombros temblaban.

—Perdona —dijo—. Perdona. No es propio de mí, pero creo que me lo he estado guardando hasta que has llegado. No quiero molestar a David con esto por el momento. Es que está tan ocupado.

—No es culpa tuya. Échasela al niño. A mi madre le dio por comer hierba cuando estaba embarazada de mí.

Se quedó abrazada a mí unos momentos y luego se calmó. ¿Cómo podía David permitir que estuviera en aquel estado?

—Últimamente has trabajado demasiado —le dije con dureza.

—No te enfades.

—No estoy enfadada contigo. Estoy enfadada conmigo.

—No seas tonta. —Se apartó para mirarme—. ¿Qué pasa? Te

pasa algo, ¿verdad? ¿Ha sido por ver a Henry?

—Creía que se había acabado. Que lo peor había pasado —confesé, y apagué el cigarrillo deseando que el cenicero fuera la cara de aquella viuda peluda—, pero de vuelta en el tren no dejaba de pensar en… en esa mujer. Al menos David no te…

—En lugar de una mujer, David tiene a Dios —ironizó con una sonrisa para que viera que lo decía en broma.

—Me gustaría matar a aquella desgraciada —protesté—. Y torturar a Henry durante mucho tiempo.

—Claro que sí.

—Debo de estar volviéndome tarumba. Hace un momento, viniendo por el Recinto he tenido una sensación de lo más extraña. He oído un aleteo. Ha sido como si un ave bajara en picado detrás de mí. Pero no una golondrina ni nada parecido. Algo mucho más grande.

—Es la acústica. Y que estás cansada.

—Eso he pensado —dije, y la miré—. Y, para ser sincera, he bebido demasiado en Londres. No creo que eso ayude mucho.

—No te preocupes. Estás pasando por un momento difícil.

—Siempre estoy en un momento difícil.

—Tienes que irte pronto a la cama. Nos hace falta a las dos.

Las dos estuvimos calladas unos momentos. Era la primera vez que comentaba lo de la bebida, aunque ya debía de saberlo. Pero Janet nunca intentó cambiarme. Siempre me aceptó como era. Me dejaba pensar que yo era la más fuerte de las dos.

Al poco, se miró el reloj.

—Tengo que subir a ver cómo está Rosie. Le he dicho que subiría diez minutos después de meterla en la cama y ya ha pasado un buen rato.

—Ya voy yo —dije, poniéndome en pie, pues ansiaba demostrar que no era un absoluto fracaso—. Le he comprado un par de postales y, si está despierta, se las daré ahora. Además, tengo que subir mis cosas igualmente.

Subí sin prisa; de camino, volví a notar en el pasillo aquel hedor leve que aumentaba innegablemente en intensidad. El sol ya se había ocultado del todo tras la catedral y toda la casa se hallaba en penumbra. En el siguiente rellano, oí a Rosie riéndose, lo cual era inusual, pues no era una niña que riera mucho, en parte porque era

demasiado consciente de mantener la dignidad. Crucé el rellano hasta llegar a la puerta abierta de su cuarto. Las cortinas todavía estaban descorridas y a través de la ventana se veía el octógono y el chapitel, una silueta negra contra un cielo que oscurecía. Rosie volvió a soltar una risilla.

—Hola, Rosie, te he…

Una luz suave y gris inundaba la habitación. Era muy evidente que había dos cabezas sobre la almohada.

—Señor Treevor —dije.

Este se incorporó sobre la cama. Rosie seguía riéndose, resoplando de alboroto. El señor Treevor llevaba puesto el pijama granate a rayas. Su pelo parecía un arbusto de alambres y no llevaba la dentadura postiza. El rostro hundido le hacía los ojos enormes.

—¿Qué hace usted aquí?

—Tenía frío —respondió, avanzando el labio inferior—. Rosie me calienta.

—Yo le hago cosquillas al abuelo —anunció Rosie— y el abuelo me hace cosquillas a mí.

—Se está calentito y a gusto —dijo el señor Treevor.

—En tal caso, quizá sea mejor que se vaya a su cama —le sugerí —. Creo que es hora de que Rosie se vaya a dormir.

Empezó a salir de entre las sábanas a duras penas. Al final tuve que ayudarle. Salió de la habitación y cruzó el rellano tambaleándose. Él y Rosie no se habían dado las buenas noches. Su puerta se cerró con un leve clic. Decidí que le daría las postales a la mañana siguiente.

—¿Estás bien? —pregunté a Rosie mientras volvía a arroparla.

Ella asintió y apoyó la cabeza en la almohada. Volvió el rostro hacia mí. El alboroto se había desvanecido.

—¿Dónde está mamá?

—Abajo. Enseguida sube a verte.

—Pero ¿por qué no está aquí ahora?

—Ahora sube. Está…

—Pero quiero que venga.

—¿Por qué? ¿Por algo en particular?

—Antes siempre subía a verme.

—¿Antes de qué, cariño?

—Antes de que vinieras tú.

—Y ahora también vendrá. Al pasar por aquí os he oído a ti y al abuelo, y…

—Tú apartas a mamá de mí —interrumpió—. Por tu culpa no viene a verme. Tú haces que se quede abajo.

—Vamos, no digas tonterías, Rosie, sabes que eso no es verdad.

Se metió el pulgar en la boca, como si tapándola no fueran a salir más palabras de ella. Bajo la luz que se desvanecía, su rostro había adquirido el color de la manteca, como el de las estatuas de los monumentos de mármol que había en la catedral, e igual de duro. Le acaricié el pelo. Apartó la cabeza de mí hasta desplazar mi mano.

—Mamá —murmuró tan bajo que fingí no haberla oído—. Quiero que venga mamá.

¿Acaso Rosie no comprendía que yo intentaba ayudar a su madre? ¿Realmente creía que había apartado a su madre de ella? El problema con los niños, pensé, es que ven las cosas de manera distinta a como las ven los adultos y es muy fácil que las entiendan justo al revés.

Murmuró algo más, en un volumen más bajo todavía, y esta vez no oí lo que había dicho. No estaba segura, pero bien podía haber sido «Te odio».

—Mamá no tardará en subir. No te preocupes por nada, y duerme.

Le acaricié un hombro y salí de la habitación. Cuanto menos dijera, mejor. Le contaría a Janet que Rosie había insistido en verla, pensé mientras subía por las escaleras hacia mi cuarto. Aunque tal vez lo mejor sería no comentar nada acerca del señor Treevor y las cosquillas. Janet podría preocuparse por que Rosie pudiera asustarse. Se preocuparía más por su padre, pues lo ocurrido era un claro indicio de que estaba empeorando.

Era 1958. Entonces éramos más inocentes. Y los adultos también pueden entender las cosas al revés.

Capítulo 29

A la mañana siguiente reanudé mi trabajo. La visita a Londres parecía haberme infundido energía. Catalogué más libros que nunca. Y esto, a pesar de recibir tres visitas. La primera fue la del canónigo Hudson, que quería que comprobara si había errores en el folleto de la exposición.

La siguiente visita fue la del señor Gotobed, que se quedó en la puerta, toqueteando la insignia de la catedral que llevaba colgada en una cadena al cuello, como parte del uniforme de sacristán.

—He comentado a mi madre lo que me pidió, señora Appleyard.

Soltó las palabras como si quemaran.

—Dice que estará encantada de verla y si le gustaría pasar a tomar una taza de té mañana por la tarde. Aunque dice que espera que no le importe que no se levante ni se arregle. Claro que si no tiene tiempo…

—Su madre es muy amable. Por favor, dígale que será un placer ir a verla.

El señor Gotobed se sonrojó.

—Me temo que mi madre está un poco sorda, así que tendrá que hablarle bastante alto.

—De acuerdo. Dígale que tengo muchas ganas de verla.

Por último, al final del día, mientras recogía para irme, apareció el canónigo Osbaston. Bajo el brazo llevaba un gran paquete plano envuelto en papel marrón y atado con un cordel.

—Buenas tardes, señora Appleyard. Espero no haber interrumpido su labor en un momento crucial.

—En absoluto.

Cruzó la biblioteca con la resolución de un tanque.

—La señora Elstree sabía que iba a pasar por aquí y me ha encargado un recado.

Se quedó sin aliento y empezó a bufar. Le ofrecí una silla y se dejó caer en ella, soltando el paquete sobre la mesa. Sacó un pañuelo y se secó la calva de su cabecilla.

—Ay, por Dios, señora Appleyard, sigue haciendo un calor impropio de esta época.

—Una de las ventajas de trabajar en este lugar es que la temperatura nunca llega a superar mucho los niveles de congelación.

Se rio con alegría, como un colegial de un cuento de Billy Bunter.

—Muy graciosa, señora Appleyard. ¿Y cómo avanzan sus investigaciones sobre el canónigo Youlgreave?

—Muy despacio —dije sin arriesgarme.

Acercó su silla un poco más a la mía y se inclinó sobre mí.

—La verdad es que resulta muy extraño, pero otra persona ha estado preguntando por él.

—¿A usted?

Negó con la cabeza.

—A la señora Elstree. Por lo visto, un día que salía del Colegio Teológico, la abordó un hombre. Era por la mañana y salía a hacer la compra. Dijo que estaba escribiendo un libro sobre él. Según la señora Elstree, parecía un hombre muy respetable, aunque no respondía precisamente a su idea de un escritor.

—Qué extraño. ¿Le ha contado algo más de él?

—No mucho más. Lo mandó a paseo.

El canónigo Osbaston se aseguró las gafas sobre la nariz para verme mejor y añadió:

—Quizá sea una especie de periodista. Pero ¿para qué iba a estar interesado un periodista en el canónigo Youlgreave?

—No tengo ni idea —contesté, diciendo la verdad.

—Claro que en su caso es muy distinto. En cierto modo, usted está siguiendo sus pasos. Y por eso estoy aquí —anunció con una sonrisa.

«Si las tortugas tuvieran dientes, serían como los del canónigo Osbaston», pensé.

—La señora Elstree andaba por los desvanes el otro día. Puede que convirtamos algunos en estudios. En fin, la cuestión es que halló algo que pensó que podría interesarle. Como sabía que pasaría

por delante de la biblioteca, me preguntó si podía entregárselo.

Acercó el paquete un poco más hacia mí. Estaba claro que quería que lo abriera en ese momento. Tardamos en abrirlo porque el canónigo Osbaston consideró que deshacer nudos era una tarea masculina, lo cual supuso sacar la navaja, cortar el cordel, cerrar la navaja, enrollar el cordel en un ovillo descuidado y desenvolver el papel marrón, proceso que resulta menos tedioso de describir que de observar. El resultado del esfuerzo fue una fotografía enmarcada de unos cuarenta por treinta centímetros. El marco era oscuro y pesado, el barniz había perdido brillo, y la fotografía presentaba manchas de humedad. Mostraba a unas veinte personas sobre el césped frente a un edificio, que reconocí al instante: el Colegio Teológico. Era el mismo jardín donde se jugaba a críquet, delante de las puertas cristaleras de las dependencias del director. En el extremo derecho se veían unas ramas, que debían de ser las del haya bajo la cual Rosie había estado dibujando el ángel con espada.

Algunos de los que aparecían en la fotografía llevaban disfraces. Entre los que no iban disfrazados, había tres hombres vestidos de clérigos.

El canónigo Osbaston se inclinó más todavía. Su aliento era agrio y olía a jengibre. Con un dedo largo y huesudo dio unos toquecitos sobre uno de los sacerdotes.

—Según la señora Elstree, este es el canónigo Youlgreave.

De modo que al fin vi a Francis, aunque no con toda la claridad que habría querido. Era el más bajo de los hombres de la foto y aparecía algo doblado hacia la cámara, como si hubiera visto algo interesante en la base del trípode. Llevaba un sombrero y, el poco pelo que se le veía, era de color oscuro. Tenía la nariz larga y los ojos eran dos huecos oscuros e inexpresivos.

El canónigo Osbaston se inclinó un poco más para observar mejor la fotografía. Al hacerlo puso la mano derecha sobre mi rodilla izquierda como si se apoyara.

—¿Se ha fijado en qué atuendos tan curiosos, señora Appleyard? Puede que estuvieran interpretando una obra de teatro.

—Disculpe —le dije—. La mano.

Bajó la vista y miró su mano sobre mi rodilla y, como si no se hubiera dado cuenta, exclamó:

—¡Santo cielo! Lo lamento mucho.

Apartó la mano con evidente apuro y me miró con otra de sus sonrisas testudíneas.

—Creo que el sacerdote del centro es el canónigo Murtagh-Smith, uno de mis predecesores.

Me levanté, fui hasta el otro lado de la mesa y me estiré.

—Tengo agujetas —expliqué.

—Qué pena. Supongo que lo mejor es hacer ejercicio con regularidad. En cuanto al tercer sacerdote, nos tiene perplejos, tanto a la señora Elstree como a mí. En aquella época teníamos a nuestro propio capellán, de modo que podría ser él o quizás uno de nuestros profesores.

Apoyando una mano sobre el respaldo y la otra contra la mesa, se empujó para ponerse de pie.

—No quisiera interrumpir más su trabajo, señora Appleyard.

—Dele las gracias a la señora Elstree de mi parte. Y dígale que sé que a la señora Byfield también le interesará la fotografía.

—Cómo no —dijo el canónigo Osbaston con una mirada que daba a entender que había entendido mi indirecta.

Los dos sabíamos muy bien que la señora Elstree había sacado la fotografía del desván para Janet y no para mí, pues ella podría ser la esposa del próximo director.

Cruzó la biblioteca arrastrando los pies, se volvió para despedirse con la mano y salió. Volví a mirar la fotografía. Aparecían varios niños, entre los cuales se distinguían dos niñas pequeñas con vestidos blancos. Una de ellas estaba de pie junto a Francis, cuyo brazo derecho la tapaba en parte del objetivo de la cámara. Entonces me acordé de la lupa que tenía en la bandeja de las plumas y los lápices. Bajo el cristal de aumento veía a todos los fotografiados un poco mejor. Si pudiera meterme en la fotografía, pensé, lo entendería todo. Al final, descubrí que las dos niñitas tenían unas protuberancias blancas unidas a los hombros. Instantes después me di cuenta de qué eran. Alas.

Las niñas iban disfrazadas de ángeles.

Capítulo 30

—Eres una chica grande —observó la señora Gotobed—. Eso está bien.

—¡Madre! —exclamó el señor Gotobed mientras dejaba la bandeja con el té sobre una mesa de latón entre mi silla y la suya—. A veces no es consciente de lo que dice —me susurró.

—Como yo —prosiguió la señora Gotobed—. El padre de Wilfred solía decirme que tenía porte de reina.

—Qué encanto.

Nadie me había dicho jamás que tenía porte de reina, pero me habría gustado.

La señora Gotobed asintió. Estaba sentada en un sillón orejero con los pies levantados, casi encima del fuego a carbón que ardía en la chimenea. Tenía las piernas tapadas con una manta de ganchillo y llevaba puesto un abrigo de *tweed*, o eso parecía. Tenía un rostro largo y huesudo y una piel pálida y polvorienta con aspecto de papel de seda.

—¿Quiere leche, señora Appleyard? ¿Azúcar?

Bajo la mirada de *Percy*, tumbado en la parte de la cornisa de la ventana donde daba el sol, el señor Gotobed se afanaba de acá para allá por aquella habitación demasiado pequeña para tantos muebles. Llevaba un delantal encima de un traje oscuro de un material rígido y brillante que hacía pensar que, si el que lo vestía se evaporara de repente, aquel se aguantaría recto. El juego de té era de fina porcelana moteada con rositas de color rosa. Las servilletas estaban perfectamente lavadas y planchadas, tan antiguas que los pliegues eran permanentes, y las cucharillas eran de plata con la imagen de un apóstol en el extremo del mango. Había dos tipos de bocadillos y dos tipos de pastel.

—Se ha tomado demasiadas molestias —le dije mientras

aceptaba un bocadillo de paté de pescado.

—No es ninguna molestia —respondió la señora Gotobed—. A Wilfred le gusta hacerlo. Yo siempre digo que será un buen marido para una buena esposa.

—¡Madre!

Primero disfrutamos de la comida y el té. La casa de los Gotobed estaba junto a la Porta. A través de la ventana donde estaba *Percy* se veía la plaza ajardinada del Colegio Teológico. La lluvia caía de manera constante de un cielo del color de la pizarra que cubría el tejado del colegio. Mientras miraba, dos figuras familiares aparecieron por el sendero: una de ellas iba protegido por un paraguas que sostenía la otra.

—Ahí va el obispo —observé.

La señora Gotobed levantó la vista.

—Y el señor Haselbury-Finch. El deán y el canónigo Hudson han entrado antes.

—Mi madre está al corriente de todo —aseguró el señor Gotobed orgulloso—. Tanto dentro como fuera del Recinto.

En el lado opuesto al de la ventana de *Percy* había otra que daba a los castaños, al acceso a

Canons' Meadow

y a la calle que conducía al claustro y la puerta sur.

—Así que vive en la Obscura Hostería con el señor y la señora Byfield.

—Sí.

—Son una pareja muy bien parecida. Y esa chiquilla que tienen es una preciosidad. El otro día la vi a usted con ella hablando con su Ilustrísima y el canónigo Hudson.

—La señora Appleyard trabaja en la biblioteca de la catedral para el canónigo Hudson —añadió el señor Gotobed en voz alta, como si hablara en mayúsculas.

—Ya lo sé, cariño. No soy tonta.

—No, madre. Pruebe un trozo de este pastel de fruta, señora Appleyard. Lo ha hecho una de las señoras de la Asociación de Madres.

—Solo un pedacito —accedí—. Tengo que reservarme para la cena.

El señor Gotobed cortó tres pedazos bastante grandes y los

repartió. El silencio volvió a imponerse. Estaba claro que en aquella casa no se hablaba cuando se comía.

—No está mal —valoró la señora Gotobed, limpiándose los dedos en la servilleta—, aunque no es tan bueno como los pasteles que yo solía preparar. Ahora no ponen tanta fruta…

—La señora Appleyard —anunció el señor Gotobed— está muy interesada en los viejos tiempos.

—No hace falta que grites, Wilfred.

—Porque trabaja en la biblioteca y está ayudando a organizar la exposición. ¿Se acuerda de la exposición, madre? La que está preparando el deán en el Colegio Teológico.

Su madre tomó aire por la nariz.

—Lo próximo que harán será vender tazas de té en la capilla de la Virgen. No sé qué habría dicho de esto tu padre.

—El deán y el capítulo tienen que llegar a fin de mes como todo el mundo.

—Lo que hacen no está bien —protestó la señora Gotobed—. Es el principio de algo peor, ¡ya verás!

Miró al techo como si buscara consuelo.

—Se diría que no recuerdan a Jesús echando del Templo a los prestamistas, hombres educados y todo.

—No es lo mismo, madre.

—¿Por qué no?

—Imagino que habrá visto muchos cambios en el transcurso de los años, señora Gotobed —dije.

—¿Cambios? —repitió, y soltó un resoplido.

Sin embargo, a los pocos segundos me di cuenta de que no se había atragantado, sino que se estaba riendo. Pasado un momento se limpió las lágrimas de los ojos con un índice mugriento.

—En sitios como este, todo cambia y todo permanece igual.

—Madre, eso que dice no tiene mucho sentido. ¿Se refiere a que…?

—La señora Appleyard sabe a qué me refiero.

—¿Se refiere a la paloma que encontró su hijo?

—Ah, eso. Sí, supongo. Y a otras cosas.

—El señor Gotobed dijo que ya había pasado una vez, hace cincuenta años.

—Aunque creo que no eran palomas —dijo, tomó un sorbo de té

y posó la vista sobre el carbón incandescente—. Recuerdo un gato al que le habían arrancado la cabeza. Lo hallaron en el soportal norte. Y una rata también… la encontraron en
Canons' Meadow.
Y creo que también apareció una urraca sin las patas. Pero palomas creo que no.

—¿Y descubrieron al responsable? —pregunté—. ¿Algún canónigo que no estuviera bien de la cabeza quizá?

—No, no —respondió la señora Gotobed, tendiendo la taza a su hijo—. Más.

Este tomó la taza.

—Pero, madre, usted me dijo que… —objetó.

—Te has vuelto a confundir, Wilfred.

Se volvió hacia mí y aseguró:

—En ocasiones dice que yo me confundo, señora Appleyard, pero la mitad de las veces el confundido es él.

—Estoy seguro de que usted me dijo que había sido uno de los canónigos.

—Te dije que pensaban que había sido uno de los canónigos, Wilfred, que es muy distinto. Circularon todo tipo de rumores, me acuerdo bien, las malas lenguas dijeron de todo.

—¿Se trata del canónigo Youlgreave?

—Sí, así se llama. ¿Cómo lo sabe?

—Es solo una suposición. Como fue bibliotecario de la catedral, he encontrado algunas referencias de él.

—Para decirlo en pocas palabras no gustaba a nadie. Quiso cambiar las cosas y a nadie le gusta la gente así.

—¿Y cómo quiso cambiarlas?

—Antes había en Rosington sitios terribles. A orillas del río. Intentó mejorarlos, hacer algo para ayudar.

—Sitios como Swan Alley.

—¿Cómo conoce Swan Alley? —saltó.

—Alguien me comentó que era un lugar de viviendas insalubres.

—Las tierras de toda aquella zona eran propiedad del deán y el capítulo. Las alquilaban, claro, pero seguían siendo suyas. Así que no les gustó que el canónigo Youlgreave les señalara con el dedo. ¿Cómo iban a consentirlo? Es propio de la naturaleza humana, ¿no? No hay que olvidar que el canónigo tenía ideas raras. Al final se

libraron de él. No me extrañaría que la tomaran con él. Aquel hombre no estaba bien. —Movió la cabeza con tristeza—. Pero era un caballero encantador.

El señor Gotobed parecía perplejo.

—Así que al final no fue él.

—¿Qué?

—Que él no mutilaba pájaros ni otros animales.

—¿Cómo va a ser él? Si lleva cincuenta años muerto.

—Ahora no, madre. Entonces.

—Yo diría que alguien le está imitando —dijo, mirando abstraída el interior de su taza, para mirarme a mí a continuación —. Como le decía, señora Appleyard, nada cambia, al menos aquí. Eso mismo le dije al doctor Flaxman el otro día.

—Sin embargo, ¿quién querría imitar semejantes acciones? —pregunté—. Pero, sobre todo, ¿quién podría conocerlas?

—Mucha gente —respondió con brusquedad—. Le sorprendería. Cincuenta años no son tantos.

—A su edad, no, madre —intervino el señor Gotobed, sonriendo nervioso y sacudiéndose las migas del delantal—. Y luego la reina le enviará un telegrama y su foto aparecerá en el *Observer*. Eso sí que estaría bien.

Como quien aparta una mosca, la anciana agitó la mano en el aire para desechar la interrupción.

—Cincuenta años no son tantos en Rosington —dijo, y señaló con la mano a la ventana con vistas al Recinto—. Sobre todo ahí fuera.

—Habrá sido algún chaval —conjeturó el señor Gotobed— haciendo el tonto con una navaja. Seguro que no pretendía hacer daño.

La señora Gotobed arrugó la nariz, sorbió el té y volvió a arrugar la nariz.

—El té ha estado demasiado tiempo en infusión, Wilfred. No es muy agradable que digamos para nuestra visita, ¿no? ¿Puedes preparar otro?

El señor Gotobed se puso en pie de un salto, disculpándose; recogió las tazas, se le cayeron las cucharillas en la alfombra y aseguró que poner otra tetera no supondría ninguna molestia. Tomó la bandeja y entonces se dio cuenta de que le costaría abrir la

puerta. Me levanté para hacerlo por él. Salió de la sala poco a poco, manteniéndose lo más apartado de mí que pudo.

—Cierre la puerta —me pidió la señora Gotobed—. Hay corriente.

Al volver hacia mi silla, me detuve junto a la repisa de la chimenea. Había una foto de un niño vestido con túnica y gorguera de corista.

—¿Este es Wilfred, señora Gotobed?

Asintió con la cabeza.

—Lloró mucho cuando le cambió la voz. Siempre fue un niño bobo, aunque de buen corazón, eso sí.

Me senté. Nos habíamos quedado solas y la anciana parecía más joven, como si la edad fuera parte de un disfraz que llevaba cuando su hijo estaba presente.

—¿Ha vivido en esta casa mucho tiempo?

—Esa es una de las cosas buenas de vivir en un sitio así: que no cambia. En los últimos cien años siempre ha habido algún Gotobed en el Recinto, así que no quisieron cambiar nada cuando murió su padre. Mucho mejor. No sé qué habría hecho Wilfred si no. No sé dónde habría vivido.

A su comentario siguió un silencio breve e incómodo. *Percy* se despertó y miró, primero a la señora Gotobed, y luego a mí. Las brasas se asentaron en la chimenea y la lluvia repiqueteaba contra el cristal de la ventana que daba al Recinto.

—Si no fue el canónigo Youlgreave quien mutilaba animales —insistí—, ¿quién lo hacía? ¿Se llegó a descubrir?

Me lanzó una mirada con un gesto malicioso e indiferente.

—No con certeza.

—Pero ¿tenían una idea?

—Había un muchacho…

—¿Recuerda su nombre?

—Simon. ¿Era Simon? —Bajó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos—. No se preocupe si me quedo dormida —murmuró—. Y no se vaya. Wilfred va a traer el té y con eso me despejaré.

—¿Simon qué más?

—Simon —repitió—. Un muchacho guapo. Se marchó.

Entonces la puerta se abrió y el señor Gotobed entró en la sala de espaldas con la bandeja en las manos. Durante el resto de la

visita, los tres participamos en breves pero intensos arranques de conversación, con alguna que otra pausa cada vez que la señora Gotobed se quedaba dormida un momento.

La anciana sentía curiosidad por el señor Treevor. Había oído que vivía en la Obscura Hostería.

—El otro día me pareció ver a un hombre que podría haber sido él —dijo—. Un señor mayor con la cabeza grande que se tambaleaba un poco al andar. Entró en
Canons' Meadow.
Iba solo.

—El señor Treevor no sale demasiado —dije—. Al menos él solo.

No obstante, el día del cumpleaños de Rosie había salido. Había dicho que había ido a dar de comer a unos patos.

—Eso es propio de mi madre —susurró el señor Gotobed al acompañarme a la puerta de la casa—. Le gusta saberlo todo de todos.

De vuelta a casa por el Recinto, me di cuenta de que la señora Gotobed me había preguntado pocas cosas sobre mí y ninguna acerca de cómo había ido a parar a la Obscura Hostería ni de dónde estaba mi esposo. Ya debía de saber que a Henry lo habían despedido de la Escuela del Coro. Debió de deducirlo por mi apellido. Si no me había hecho preguntas, seguramente era porque ya sabía las respuestas.

En la Obscura Hostería me encontré con Janet, Rosie y el señor Treevor en la cocina. Rosie y el señor Treevor comían tostadas con queso. La muñeca de Rosie estaba en una silla junto a ella.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó Janet.

Rosie apretó el pecho a la muñeca, que exclamó «mamá».

—Ángel quiere más —interpretó Rosie.

—Ahora mismo, cariño —dijo Janet de manera mecánica.

—Ha sido interesante —dije, y me senté a la mesa—. Y se ha mostrado muy protectora con Wilfred.

—¿Wilfred?

—Para ti, el señor Gotobed. La señora Gotobed parecía una gallina con su pollito. Y creo que me estaba tanteando.

Janet soltó una risilla.

—¿Como posible señora Gotobed?

Era la primera vez que la oía reír en días.

—Creo que a la actual señora Gotobed no le gustaría una mujer en mi situación.

Lo dije con frivolidad, pero no engañé a Janet. Su gesto risueño se disipó.

—¿Has averiguado algo de Francis Youlgreave?

—La verdad es que no. Salvo que la señora Gotobed le apoya. Dijo de él que era un verdadero caballero. En su opinión, no caía bien entre los vecinos del Recinto porque levantó demasiada polvareda sobre la barriada pobre del río. Según parece, el deán y el capítulo eran los propietarios de la finca.

No dije nada de Simon. David le había contado a Janet lo de la paloma que el señor Gotobed había encontrado, pero yo aún no la había informado de que, hacía cincuenta años, hubo otro aficionado a mutilar animales en el Recinto. En ese momento, los Byfield tenían otras cosas en mente; además, me pareció que ni a Janet le habría hecho gracia, ni a David le habría gustado. Y durante el año que viví en Rosington, siempre tuve la impresión de que David buscaba motivos para desaprobar mi conducta.

—Así que el canónigo Youlgreave sigue siendo un misterio —concluyó Janet, cortando una rebanada de pan en dos, mitad para Rosie, mitad para Ángel.

—¿Y yo qué? —exigió el señor Treevor.

—Enseguida, papá.

Algo en su voz hizo que me alarmara.

—¿Y tú? ¿Qué tal has estado?

Janet se apartó el pelo de la frente.

—Bien, la verdad es que bien. Un poco cansada.

Nuestros ojos se cruzaron. Estaba cansada, así que debía descansar. Mas ¿cómo iba a descansar con aquel par en casa?

—Cuando haga buen tiempo, cortaré el césped.

Janet empezó a hablar, pero la interrumpió un portazo en el recibidor. Se irguió enseguida y, de pronto, el cansancio desapareció.

—David llega pronto —dijo—. Qué bien, ¿verdad, tesoro?

Rosie asintió.

—Tienes migas en la barbilla —añadió Janet—. Límpiatelas con la servilleta y ponte derecha.

Rosie obedeció.

Normalmente, al volver del Colegio Teológico, David bajaba a la cocina a saludar, aunque solo fuera un momento.

Janet sacó unas tostadas de la parrilla, añadió una capa de queso rallado y lo untó.

—Voy a subir un momento a ver si quiere una taza de té.

—Ya vigilo las tostadas —me ofrecí.

Presté atención a los pasos lentos de Janet subiendo la escalera que daba al recibidor. Luego di al señor Treevor una segunda tostada con queso.

—Gracias, mamá —me dijo, y la tomó con las dos manos.

Casi se la había terminado cuando Janet regresó. Por su rostro supe que algo iba mal.

—Janet…

—Esta tarde se ha reunido el consejo de administración —dijo con desánimo.

Se apoyó en la mesa.

—Al final han decidido cerrar el Colegio Teológico.

Capítulo 31

El jueves por la mañana seguía enfadada cuando llegó el paquete. Me encontraba en el salón quitando el polvo. El cartero llamó a la puerta de atrás y abrió David. Me entregó el paquete, algo que entendí como un gesto de reconciliación. Reconocí la letra al instante y sospecho que él también.

—Wendy, te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Por anoche. Sé que estaba disgustado, pero no tendría que haberla tomado contigo.

—Ni con Janet ni con Rosie —le recordé, poniendo el dedo en la llaga.

No estaba de humor para disculpas. Además, si David iba a situarse en un pedestal como clérigo, más razón tenía para actuar como un hombre cristiano y civilizado.

—Sí —dije sin más—. Tienes razón.

Eso sí, las aletas de Olivier se hincharon un instante y me di cuenta de que estaba cruzando otra vez al lado equivocado de una línea invisible. Aunque tampoco me importaba.

—La cuestión es —prosiguió— que fue una reacción imperdonable.

De pronto, ya no disfrutaba atacándole.

—No pasa nada. De todas maneras, no es por mí por quien debes preocuparte, sino por Janet.

Asintió con un breve y cortante golpe de cabeza y salió. Yo sabía que no servía de nada azuzarle, pero si él estaba enfadado conmigo, yo también lo estaba con él. No había tenido sentido gritarle a Janet la noche anterior, ni abandonar la cocina hecho una furia durante la cena, dando un portazo al salir.

Si David no hubiera sido sacerdote, si no hubiera reprimido sus

emociones con tanto empeño, su reacción habría sido menos chocante. Cuando salió, Janet se echó a llorar sobre un paño de cocina, Rosie se puso a jugar con Ángel en un rincón junto al aparador y el señor Treevor se terminó en silencio la comida intacta que se habían dejado los demás en el plato.

Me senté en el sofá, dándole vueltas al paquete de Henry una y otra vez. El lunes, Henry había dicho que quería comprar un regalo de cumpleaños a Rosie y, al final, no había habido tiempo aquella tarde. Me había dado un cheque para que lo hiciera de su parte, pero me había negado.

Era extraño ver mi nombre escrito con su letra, era tan desconcertante como recibir un sobre enviado por uno mismo. Desaté el cordel y desenvolví el paquete. Dentro había tres libros y una carta. *Noddy en el país de los juguetes y Bien hecho, Noddy*, de Enid Blyton. Había escrito el nombre de Rosie en su interior, pero en cierto modo iban dirigidos a mí. El tercer libro era un volumen fino y verde casi idéntico al libro de la biblioteca que guardaba en la mesita de noche. Era un ejemplar de *Las lenguas de los ángeles* de Francis Youlgreave.

Abrí la carta, que estaba escrita con papel de carta del
Brown's
Hotel. Al parecer seguía haciendo lo posible por agotar cuanto antes las cuarenta y siete mil libras.

Mi querida Wendy:

Espero que a Rosie le gusten los libros de Noddy. Parece un papanatas detestable, pero yo no soy quién para juzgarle.

En fin, pasemos a Youlgreave. He estado investigando un poco. Hay una colección de Farnworthy incluida en el catálogo de la biblioteca del Museo Británico que trata sobre todo de teología. No incluye los sermones del doctor Giles Briscow, aunque la biblioteca tiene un ejemplar de finales del siglo XVII. Así que seguramente no es el que tenía Youlgreave, si es que el de Youlgreave existió alguna vez.

Ahora pasemos a la buena noticia. El martes fui al Blue Dahlia Café y me encontré con tu hombrecillo perverso, que en ese momento se iba. Le seguí hasta Holborn. Tiene un despacho encima de un estanco. Harold Munro, exdetective y sargento de la policía metropolitana: investigaciones privadas y confidenciales. Eso ponía

en su anuncio en el escaparate del estanco. Y sé que es él, porque entró a comprar cigarrillos estando yo allí y el estanquero lo llamó señor Munro.

Munro pidió al estanquero que le atendiera todos los recados el día siguiente (el martes) porque iba a estar fuera de la oficina. El estanquero le preguntó adónde iba y le dijo que esperaba que fuera un lugar bonito. Munro le dijo que iba a un lugar llamado Roth, Támesis arriba, cerca de Shepperton.

Oí pasos en el recibidor y alcé la vista. Era el señor Treevor, que salía de la cocina para bajar al baño.

—Señor Treevor —le llamé.

Se detuvo con la mano sobre la puerta del baño.

—¿Sí?

—¿Se acuerda del hombre que vio observando la casa desde High Street?

—Le he visto otras veces —dijo el señor Treevor—. Estoy segurísimo de que es un fantasma.

—¿Era calvo?

—Podría ser —respondió y giró el pomo de la puerta—. Sí, creo que sí.

—¿Y se acuerda de la forma de su calva? Debió de verla desde arriba, si estaba en High Street.

—No era una forma agradable. No era un hombre agradable.

—¿Era triangular? ¿Parecida al mapa de África?

—Supongo —dijo el señor Treevor atentamente. Entró en el baño y echó el cerrojo.

Seguí leyendo la carta de Henry.

> Así que a la mañana siguiente fui a Waterloo y cogí un tren a Shepperton (Roth no tiene estación). De hecho, en Roth no hay gran cosa aparte de una iglesia, una parada de autobús y un *pub*. Es una de esas aldeas absorbidas por las zonas residenciales y, aparte de un pantano colosal y uno o dos campos que las constructoras pasaron por alto, solo se ven casas.
>
> Sin embargo, hay una especie de plaza ajardinada junto a la parada de autobús y el *pub*. Es algo así como el centro del lugar, así que supuse que si Munro estaba

en Roth, tarde o temprano pasaría por allí. Estuve cerca de una hora tomándome un café en una cafetería pequeña y espantosa, decorada con telas de florecillas y medallones de latón, pero no hubo suerte. Cuando fue hora de abrir, fui al *pub*. Por fortuna, nuestro Harold había tenido la misma idea. Estaba hablando con un vejete en un rincón aparte, así que me metí en el bar, me pedí algo de beber y busqué un sitio donde pudiera oír algo de la conversación.

Si es exmiembro de la policía metropolitana, debieron de echarlo por ineficiente. Me senté en el bar fingiendo que leía el periódico. Desde allí oí parte de la conversación. Por lo visto Munro preguntaba sobre la familia Youlgreave. Mencionaron a una tal *lady* Youlgreave que vive en guion Manor House (al final de la calle). Por desgracia entró gente que se puso a hablar muy alto a mi lado y no oí nada más.

Pero oí el nombre de Francis Youlgreave varias veces. El vejete no dejaba de hablar de un sitio llamado Carter's
Meadow. Creo que Youlgreave disgustó a un vecino por hacerle algo salvaje a un gato de por allí.

Munro no tardó en marcharse. La última vez que le vi, se dirigía a toda prisa a la estación.

No quise seguirle, porque pensé que sería demasiado evidente que estaba interesado en él. Así que visité la iglesia, que era antigua y pequeña. Francis Youlgreave está enterrado allí: hay una lápida conmemorativa en el presbiterio. Todo muy discreto: solo recoge el emblema de la familia, su nombre y las fechas de nacimiento y defunción.

La otra cosa, única e interesante, son los poemas. Había una caja con libros de segunda mano cerca de la entrada, a tres peniques cada uno; los beneficios se destinan al fondo de restauración de la iglesia. Uno era de poemas de Francis Youlgreave, que pensé que podría gustarte. Eché un vistazo al libro en el tren de vuelta, pero no le encontré ni pies ni cabeza. Estaba como un

cencerro, como solía decir tu madre.

El jueves intentaré averiguar algo sobre Martlesham y te llamaré por la noche. Con suerte, recibirás la presente antes de que te llame.

Todo cuanto te dije el lunes iba en serio. Sé que he sido un maldito estúpido, pero no lo echemos todo por la borda. Si no has cobrado todavía el cheque, por favor, hazlo.

Con todo mi cariño,

Henry

No sé por qué, pero con aquella carta me entraron ganas de llorar. Supongo que esta subrayaba cuánto nos habíamos alejado Henry y yo desde que nos casamos y, sobre todo, desde que lo sorprendiera con su viuda peluda en la playa.

Subí a mi cuarto con el paquete. Tenía que encontrar papel para envolver el regalo de Rosie. La casa estaba en silencio. Janet había llevado a Rosie a la escuela, David estaba en su estudio y el señor Treevor en su dormitorio. Subí el segundo tramo de escaleras que conducía a mi rellano. Al poner los libros sobre la mesita de noche, reparé en la ramita de lavanda que había dejado encima del cheque de Henry, junto a la botella de ginebra. No me sentía afortunada, solo desdichada.

Encendí un cigarrillo. No tenía prisa por ir al trabajo. Observé la fotografía que me había dejado el canónigo Osbaston. Estaba de pie sobre un antiguo lavamanos, en un rincón del cuarto, detrás de la puerta. El problema era que nada tenía sentido, ni entonces ni ahora. ¿Qué tramaban Martlesham y Munro? Si querían averiguar algo sobre Francis, ¿por qué no lo hacían abiertamente?

Quizá tuviera delante una explicación lógica que no era capaz de ver porque estaba demasiado ocupada complicándome la vida y contemplando cómo Janet y David se complicaban la suya. ¿Dónde encajaba la paloma mutilada? ¿Y el hombrecillo que había visto el señor Treevor, el que parecía una sombra, que podía ser o no Harold Munro (o al menos coincidir con él), el investigador privado con la calva como el mapa de África?

Cogí la fotografía y la llevé hasta la ventana para verla mejor. Según la señora Elstree, allí estaba Francis Youlgreave. ¿Era un

héroe o un villano? ¿Un loco o un santo? Si hubiera podido acceder al mundo monocromático y borroso de la fotografía y hablar cinco minutos con él, al menos obtendría respuestas a muchas preguntas. Y quizá también obtendría respuestas a preguntas del presente.

Apagué el cigarrillo y me preparé para ir a la biblioteca. Al bajar me encontré a David en el recibidor. Llevaba el sombrero y el impermeable y estaba inclinado sobre el arcón de roble. Estaba metiendo el paraguas en el espacio que había entre el arcón y la pared.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Has perdido algo?

—Es ese olor.

Hundió con fuerza el paraguas hasta el suelo.

—Puede que haya algo metido ahí dentro. Noto algo —dijo.

—¿Por qué no sacamos el arcón?

—No creo que sea nada agradable. Será una rata muerta o algo así. Además, el arcón pesa mucho para ti.

—No, no creo —respondí—. ¿Y para ti?

Las aletas de la nariz se le hincharon, pero reprimió la furia y asintió con la cabeza.

A ambos lados del arcón había asas. Lo levantamos para apartarlo unos centímetros de la pared, lo cual resultó bastante fácil para ambos, aunque hubiera sido difícil hacerlo para una sola persona sin arrastrar el arcón sobre las losas.

Metido en el ángulo que formaba el suelo con la pared había un amasijo de plumas y huesos. De pronto notamos un olor más fuerte.

—¿Qué demonios…? —dijo David.

Le toqué el brazo.

—Hay que sacarlo de aquí antes de que Janet lo vea.

Sacarlo no, sacarlas.

Como si estuviera esperando el momento oportuno, la puerta de la cocina se cerró de un portazo y oímos los pasos de Janet subiendo por las escaleras que daban al recibidor.

Capítulo 32

—Tendrá que irse —dijo David—. Es evidente, Janet.

Janet se mordió el labio inferior y arguyó:

—No sabemos si ha sido él.

—¿Quién puede haber sido? —preguntó y soltó un suspiro bastante teatral—. ¿Rosie?

—Es un síntoma grave de enfermedad mental. Necesita estar bajo control médico adecuado.

—Pero él no soportaría que lo metiéramos en una residencia.

Oímos una corriente de agua repentina y el cerrojo del baño al descorrerse. Apareció el señor Treevor, caminando de espaldas, como si se alejara de una presencia real, miró el interior del baño y cerró la puerta con cuidado. Entonces se dio la vuelta hacia nosotros.

El arcón todavía estaba apartado de la pared, en medio de David y Janet, que estaban uno frente al otro. Yo estaba en el suelo a cuatro patas, aguzando el oído mientras recogía aquella inmundicia con la escoba y la pala de la chimenea. El olor había empeorado, así que respiraba por la boca. Trataba de no mirar de cerca las alas por si había gusanos.

El señor Treevor llevaba *The Times*. Le dio unos golpecitos con aire de importancia y dijo:

—Buenos días. Me temo que no puedo quedarme a charlar. Debo revisar mis inversiones.

—Papá… —empezó a decir Janet.

El señor Treevor se detuvo con un pie en el primer escalón.

—¿Sí, cariño?

—Nada.

Nos sonrió a los tres y dijo:

—Bueno, tengo que irme.

Oímos sus pasos subiendo por las escaleras y esperamos a oír cómo cerraba la puerta de su habitación. Dejé caer las alas sobre una hoja de papel de periódico —una parte de *The Times* del día anterior— y las envolví. Podría envolverlas con papel marrón, cerrarlas con papel de estraza, atar el paquete con un cordel, ponerle un sello y enviarlo por correo. ¿A Henry tal vez? ¿A su viuda peluda? Sacudí la cabeza para apartar aquella locura de mí. Quizá la locura era contagiosa y aquella casa estaba infectada con sus gérmenes.

David se miró el reloj.

—Ya hablaremos esta noche —anunció a Janet—, pero me temo que no puede quedarse aquí.

—Podría haberlo hecho cualquiera —estalló Janet—. Durante el día nunca cerramos la puerta con llave. Alguien podría haber entrado sin problemas.

—¿Y para qué iba a entrar alguien? —le espetó David cogiendo el maletín—. Me tengo que ir. El canónigo Osbaston me está esperando.

Este y David habían quedado para buscar soluciones a fin de hacer cambiar la decisión de cerrar el Colegio Teológico. El cambio de parecer del consejo de administración requeriría miles de libras para invertir en el cierre, frente al bajo coste del programa de modernización del colegio, pero había una serie de consideraciones que no se habían tenido en cuenta. David nos había sermoneado a Janet y a mí sobre estas la noche anterior a la noticia. Por una parte, estaba la cuestión de si el consejo de administración tenía derecho a cerrar el colegio y asignar su legado a mayores necesidades que la diócesis pudiera tener. De ser así, ¿acaso no debían pedir una segunda opinión a otro perito más objetivo? Por otra parte, uno de los miembros de la administración había estado ausente. Y cabía la posibilidad de recaudar fondos adicionales de fuentes externas a la diócesis. Por último, David estaba muy decepcionado con el obispo. En vez de apoyar de buena gana al Colegio Teológico, como había hecho creer que haría, se había abstenido a la hora de votar, pero si se volvía a votar, tal vez podrían convencerle de cambiar de opinión.

—El verdadero problema son el deán y Hudson —nos había contado David, no una sino varias veces—. Y no ese informe…,

solamente lo están utilizando como excusa. Pero no se dan cuenta de lo que están destruyendo. Una vez que se cierre el colegio, nunca podrán volver a abrirlo.

A través de la puerta de cristal, le observé mientras se alejaba a grandes pasos por el sendero del jardín hacia la verja que daba al Recinto, la lluvia golpeaba su paraguas. Lo que no había mencionado la noche anterior a la noticia —y que Janet y yo sabíamos— era que su carrera era un barco que había chocado contra una roca. El puesto de director habría sido perfecto para él y, según Janet, lo habría ascendido en muchos otros aspectos.

Puesto que dicha posibilidad se había desvanecido, ¿qué iba a hacer David? No podía quedarse allí como un canónigo menor eternamente. A menos que se convenciera a un amable obispo de sacar un sabroso conejo de la chistera, David tendría que conformarse con ser un capellán en una escuela o un colegio universitario en el mejor de los casos y, en el peor, sacerdote de un párroco en el quinto pino.

Eché el paquete a la basura. Antes de salir hacia la biblioteca de la catedral me tomé una taza de café con Janet, pues era la única forma de persuadirla para que se quedara sentada unos diez minutos.

—Siento mucho que David sea tan grosero —se excusó—. Está tan disgustado que no sabe lo que hace.

—No es de extrañar.

—Pero no es justo que la tome con todo el mundo.

—No sé si yo me comportaría mejor de estar en su lugar. Perder un trabajo que…

—No es el trabajo. Es Peter Hudson.

—¿Cómo?

Janet frunció el ceño.

—Es la única persona en el Recinto a la que David admira de verdad. Dice que tiene un cerebro privilegiado.

—Dichoso él.

—David lo respeta. Le gustaría caerle bien a Peter.

—Y es un golpe duro que precisamente sea él quien quiera cerrar el Colegio Teológico.

Janet asintió con la cabeza.

—Creo que esperaba que Peter cambiara de opinión en el último

momento, aunque tampoco había muchas posibilidades de que fuera a hacerlo.

—Los hombres pueden llegar a ser tan infantiles —sentencié mientras llevaba las tazas y los platillos al fregadero.

—Lo curioso es que, de hecho, creo que a Peter le cae bien David. Una vez June dijo una cosa… Wendy, no friegues, tienes que irte al trabajo.

Janet casi se enfadaba siempre que intentaba echarle una mano, así que salí de la cocina con espuma de jabón hasta los codos.

En la biblioteca me puse a revisar las pruebas de imprenta de los folletos para la exposición de la sala capitular, tarea que no me llevó mucho tiempo. A pesar de escribir poesía, Francis no se ganó un lugar en la lista de honor del deán. Cuando hube terminado, llevé las pruebas corregidas a la sala capitular, donde se encontraban el canónigo Hudson y el señor Gotobed dando instrucciones a los obreros de la catedral mientras desplazaban las urnas para la exposición por la gran sala. El señor Gotobed me sonrió sincera pero tímidamente al verme entrar.

—Gracias por el té de ayer —le dije—. También fue un placer conocer a su madre.

Hudson me miró. Me disponía a entregarle las pruebas cuando reparé en que había otra persona en la sala. El señor Treevor estaba encaramado como un mirlo en una de las hornacinas que había bajo las ventanas. Estaba muy cerca de la maqueta del octógono, que contemplaba con ojos grandes y fascinados.

—Gracias por ocuparse de esto —agradeció Hudson echando un vistazo a las correcciones—. ¿Ha encontrado muchas erratas?

—No. ¿Se encuentra bien el señor Treevor?

—No molesta —respondió Hudson, levantando la vista—. Ha entrado hace solo un ratito.

—Es que normalmente no le dejamos salir solo.

—En ese caso, si la señora Byfield está en la Obscura Hostería, quizá podría llevarle a casa. No quisiera que se preocupara.

Fui hasta el señor Treevor, le puse una mano sobre el brazo, le sonreí y le dije que era hora de irnos. En la arcada que daba al claustro se detuvo para saludar con la mano a los hombres de la sala capitular, que a su vez le saludaron.

Fuera seguía lloviendo. Abrí el paraguas y, mano a mano,

cruzamos andando el Recinto.

—Le he visto entrar en la sala capitular —me confió el señor Treevor.

—¿A quién?

—Al hombrecillo moreno. Le he visto en el jardín, ¿sabe?, así que le he seguido. Ha entrado en la sala capitular, pero seguramente habrá salido cuando yo no miraba, porque al irnos ya no estaba.

—¿Le ve muchas veces?

El señor Treevor consideró la pregunta. Tenía una gota en la punta de la nariz y no era de agua de lluvia. Vi cómo temblaba y deseé que cayera.

—Sí, suele andar por aquí. ¿Cree que podría ser mi hermano?

—No sabía que tuviera un hermano.

—Ni yo, pero creo que podría tenerlo. Puede que no me lo dijeran. Y tendría sentido, ¿no?

En la Obscura Hostería, Janet estaba fregando el suelo. No se había percatado de que su padre había salido.

—No tendrías que fregar el suelo —le dije—. Déjaselo a la asistenta.

—Iba a hacerlo —me dijo—, pero esta mañana papá ha tirado gachas de avena por el suelo y Rosie las ha pisado.

—Entonces deberías habérmelo dicho.

—No puedo pedirte que lo hagas todo. No es justo.

—¿Por qué no? Tampoco vas a estar eternamente embarazada. En fin, tengo que irme enseguida. Te veré a la hora de comer.

—Esta tarde tengo reunión con las «chicas del toque».

El señor Treevor entró en la cocina. Se subió una manga de la camisa y consultó ostensiblemente su reloj de muñeca.

—Veo que es la hora del almuerzo. Ya me he lavado las manos.

Janet se miró su reloj.

—¿Te olvidaste de darle cuerda al reloj anoche, papá? Solo son las diez y cuarto.

—Pero tengo hambre.

—De acuerdo. No te preocupes. Puedes comer pan untado con manteca si quieres.

El señor Treevor volvió a consultar el reloj.

—Pues estaba seguro de que era la una.

—¿Qué tienes ahí en la muñeca? —preguntó Janet, acercándose a él—. ¿Te has vuelto a cortar?

El señor Treevor extendió el brazo y esperó con la cabeza gacha a que su hija lo examinara. Janet apartó el reloj hacia arriba. La correa ocultaba en parte un arañazo curvo de unos cinco centímetros, lo bastante profundo como para que hubiera brotado la sangre, que ya se había secado y que había manchado la parte interior del puño de la camisa. Con la otra mano, el señor Treevor daba cuerda al reloj. Las manecillas marcaban las diez y diecisiete.

—¿Cómo te has hecho esto? —quiso saber Janet.

—Debí de engancharme con un clavo durante el paseo.

Janet y yo nos miramos. El señor Treevor se sentó a la mesa de la cocina y preguntó cuántas rebanadas de pan con manteca podía comerse. Yo regresé al trabajo. Durante las dos horas siguientes, me dediqué a catalogar libros en la biblioteca. Ese día tampoco hubo sorpresas, a menos que se considere tal un volumen encuadernado de *Punch* de 1923. Estaba aburrida, aunque ese aburrimiento suponía una suerte de alivio. Prefería aburrirme que preocuparme por Janet y el señor Treevor y su hermano espectral y por lo que pudiera estar tramando Simon Martlesham.

A la una menos cuarto cerré la biblioteca con llave y volví a la Obscura Hostería para almorzar. Para comer había pan con sopa de primero y queso y fruta de segundo. El señor Treevor comió en silencio como si le fuera la vida en ello. Janet y yo hicimos intentos esporádicos de entablar una conversación, pero ambas teníamos la cabeza en otras cosas y, al final, desistimos.

Después de comer, fregué los platos mientras Janet se echaba a descansar una media hora. Le llevé una taza de té, pero estaba tan profundamente dormida que salí de puntillas para no despertarla.

Me tomé el té sola en el comedor. Cogí el ejemplar que Henry me había enviado de *Las lenguas de los ángeles*. Se me ocurrió que acaso podría seguir el rastro del antiguo dueño del libro, pues podría haber conocido al autor. O tal vez hubiera notas marginales. O quizás el libro había pertenecido al propio Francis.

Sin embargo, Francis no había leído aquel libro. Nadie lo había leído: las páginas estaban todavía sin cortar. Fui al escritorio de Janet a buscar un abrecartas y empecé a cortar páginas, leyendo fragmentos de versos a cada página que pasaba. Allí encontré a mis

viejos amigos: Uriel, Rafael, Raguel y compañía. Y a los hijos de Heracles, despedazados por un padre hechizado en sueños; al gato que contemplaba la muerte de los hijos del faraón y la matanza del venado en la colina de los Corazones Rotos.

Volví al principio del libro y advertí algo que no había visto antes. Había un epígrafe y adiviné al instante de dónde había salido: supe exactamente de qué libro lo había obtenido Francis.

Es más, somos cuanto aborrecemos, antropófagos y caníbales, devoradores, no solamente de hombres, sino de nosotros mismos, y no como alegoría, sino como posible verdad: pues toda esa masa de carne que nos pertenece llegó a nosotros por la boca; ese cuerpo que contemplamos ha estado sobre nuestras bandejas; en suma, nos hemos devorado a nosotros mismos.

Había encontrado ese mismo pasaje subrayado en el *Religio Medici* que había pertenecido a Francis. Era un descubrimiento extrañamente íntimo, como si hubiera abierto su mente con el cortapapeles de Janet y ahora estaba viendo algo que tal vez solo él había visto antes.

Pasé la página y miré el índice. Por un instante vertiginoso, pensé que me precipitaba al vacío. O más bien que todo se precipitaba ante mí. Fue la misma sensación que había tenido aquella tarde, al poco de llegar a Rosington, en que David nos había llevado a Janet y a mí a la torre oeste de la catedral. En esta ocasión Janet no estaba allí para cogerme de la manga y murmurar que si las tortugas caminaran, lo harían como el canónigo Osbaston. Cerré los ojos y volví a abrirlos.

Nada había cambiado. No lo había imaginado. El índice no era como tenía que haber sido. Al igual que la otra vez, presentaba la lista de poemas de la colección bajo el correspondiente subtítulo angelical. Pero, a diferencia del ejemplar que había tomado prestado de la biblioteca de Rosington, en este no había siete subtítulos con los nombres de los arcángeles. En este había ocho. El subtítulo de más se añadía al final bajo el nombre de «Hijo de la mañana» —que sonaba como un pseudónimo apropiado para un ángel— y solo contenía un poema, «Oficio de difuntos».

Ahora pienso que lo más extraño de todo fue lo vehemente de mi reacción.

El poema me impactó antes de haberlo leído, antes de saber por

qué era impactante. No tenía sentido, como no lo tenía haber percibido un olor desagradable en el recibidor antes de que el señor Treevor hubiera podido meter las alas de la paloma detrás del arcón.

Hay cosas que sigo sin comprender.

Volví a pasar la hoja de la portada. Al fin vi lo que tendría que haber visto en cuanto abrí el paquete de Henry. Había esperado que el libro se llamara *Las lenguas de los ángeles*. Al fin y al cabo, parecía *Las lenguas de los ángeles* y Henry había dicho que era *Las lenguas de los ángeles*. Y buena parte del contenido era idéntico en todos los sentidos al de *Las lenguas de los ángeles*.

Sin embargo, este libro se titulaba *La voz de los ángeles*.

Volví a mirar la portada. En vez de estar publicado por Gasset & Lode, *La voz de los ángeles* había sido «impreso personalmente por el autor». Todo lo demás era igual, que yo supiera: la fecha, el tipo de letra y hasta el papel.

Pasé las páginas hasta el final del libro. La nueva parte constaba de su propio epígrafe, tomado al parecer de la cuarta parte de las *Jerarquías celestiales* de Dioniso el Aeropagita, quien quiera que fuera.

Ellos, ante todo, son merecedores por excelencia de llamarse Ángeles, pues son los primeros en recibir la Luz Divina y, a través de ellos, se nos transmiten las revelaciones que están por encima de nosotros.

El poema era extenso y muy críptico, incluso para lo habitual en Francis, y estaba escrito en el lenguaje exasperadamente arcaico que tanto le gustaba. Lo leí por encima. Por lo que pude ver, era un diálogo entre el poeta y un ángel que pasaba. El ángel le decía a Francis por qué había abandonado su principado para descender entre los hijos y las hijas de los hombres. Al parecer, los ángeles poseían el don de la vida eterna, y querían compartirlo con algunos seres humanos elegidos para ello. De hecho, según el ángel, él y sus amigos lo tenían todo con su don.

El poema no me gustó: me hacía sentir incómoda y, sin duda, no lo había entendido en absoluto. En conjunto me pareció una versión más de las paparruchadas cristianas de siempre sobre la muerte entendida como una entrada a la vida eterna. ¿Qué tenía de

maravilloso la vida para querer prolongarla eternamente?

Cerré el libro de golpe y lo lancé sobre la mesa junto al sofá. Se deslizó sobre la madera lustrada y casi cayó al suelo. ¿Por qué Francis se había molestado en imprimir una edición aparte de *Las lenguas de los ángeles*? ¿Había algo en «Oficio de difuntos» que pretendía ocultar al resto del mundo? Y si era así, ¿qué era? ¿O acaso

Gasset & Lode

sencillamente se habían negado a incluir el poema en la edición para el público general porque era pésimo?

Por fin había parado de llover y un sol pálido se empeñaba en abrirse paso entre las nubes. Decidí dar un paseo antes de volver al trabajo. Necesitaba despejar mi mente. Me puse el sombrero y el impermeable y salí al Recinto. Al otro lado del Colegio Teológico había una granja. Si la tierra no estaba demasiado enfangada, saldría de la ciudad para pasear una media hora entre campos, acequias y setos verdes que descendían hacia los Fens.

No obstante, no llegué a salir del Recinto. Acababa de llegar a la Porta cuando oí el tintineo de una campanilla asombrosamente similar a la que se usaba en la Obscura Hostería para avisar de que la comida estaba servida. Luego se oyó un estrépito mecánico. Miré en dirección a la casita de los Gotobed. Una de las ventanas de la primera planta estaba abierta. Una mano se agitaba en la habitación tras la ventana.

Me acerqué a la casa y miré arriba.

—Hola, señora Gotobed. ¿Cómo está?

La mano volvió a aparecer y me hizo señas para que me acercara. No veía su rostro, pero me llegó el sonido de su voz.

—La puerta está abierta. Suba.

Recogí la campanilla que había caído sobre el sendero de losa, entré y subí a su pequeña sala de estar. Había varios cambios desde la última vez. En primer lugar, la señora Gotobed se hallaba sentada junto a la ventana que daba al Recinto y *Percy* estaba sobre la repisa, entre su silla y el cristal. En segundo lugar, la sala no estaba arreglada para recibir a una visita. Sobre una bandeja a su lado estaban las sobras de la comida, la silla con orinal no estaba cubierta y ella tenía pinta de no haberse molestado en cepillarse el pelo desde el día anterior.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le pregunté.

—¿Le ha visto? —me dijo arrastrando la voz en un susurro.

—¿Al señor Gotobed? No, últimamente no o, al menos, esta…

—No, a él no. A ese hombre que intentaba entrar.

—¿Qué hombre?

—Había un tipo con un abrigo negro que quería entrar en casa. —Su voz era trémula y parecía más vieja que la última vez—. Nunca lo había visto. Aunque no he podido verle bien desde aquí arriba, y menos con el sombrero que llevaba.

—¿Qué ha pasado?

—Ha llamado a la puerta. Yo estaba dormida, estaba echando una cabezadita después de comer y, no le he oído a la primera. Luego me he asomado para ver quién era y ahí estaba. Ha intentado a abrir el picaporte. Estaba a punto de entrar…, para matarme mientras dormía, no me extrañaría. Y le he gritado desde aquí: «¿Qué se cree que está haciendo?». Y ha levantado la cabeza para mirarme y se ha escabullido. Por la Porta. Y sabe Dios a dónde habrá ido. Si hubiera sido un par de años más joven, podría haber ido a la otra ventana para ver hacia dónde se dirigía.

—No se preocupe —la tranquilicé y me acerqué.

Le tomé una mano entre las mías. Tenía la piel fría como la de un muerto.

—¿Quiere que vaya a buscar al señor Gotobed o que llame a la policía?

Negó moviendo la cabeza con brusquedad.

—No se vaya.

—No me iré. ¿Recuerda algo más de ese hombre?

Sus dedos se agarraron a los míos.

—Abrigo negro y sombrero negro. Creo que era un tipo bajito, pero no puedo asegurarlo porque le he visto desde arriba —dijo, y respiró hondo—. Habrase visto desfachatez. Y a plena luz del día, en medio del Recinto. Esto no habría pasado cuando yo era pequeña, se lo aseguro. Ha sido un mal día, señora Appleyard, no me importa decírselo. Hoy ya estaba alterada, pero no me esperaba algo así.

—¿Quiere que le prepare una taza de té?

—Más tarde.

—Estoy segura de que ahora que lo ha espantado no volverá.

—¿Cómo voy a estar segura?

No había modo de estarlo. Cuando se tiene miedo, se tiene miedo y el sentido común no sirve de nada.

—¿Cree que puede haber sido un vagabundo?

—Puede haber sido un cura, ya que solo he visto el sombrero y el abrigo negro, como le he dicho. —De pronto hizo una pausa y me miró fijamente—. Aunque diría que llevaba los zapatos muy limpios. Si era un vagabundo, debía de ser uno muy particular.

Otra posibilidad era que la señora Gotobed hubiera malinterpretado la escena. Quizá se trataba de un vendedor a domicilio llamando con intenciones de lo más inocentes. Y quizá se había asustado tanto como ella al verle.

—Vaya día, ¿eh? —exclamó la señora Gotobed—. Primero el pobre *Percy* y ahora esto.

Las dos miramos el gato, que seguía despatarrado a sus anchas en la repisa. No nos había hecho caso a ninguna de las dos desde que yo había entrado.

—Esta noche ha entrado corriendo como alma que lleva el diablo —me contó la señora Gotobed—. Siempre tenemos un poco abierta la ventana de la cocina para que entre y salga cuando quiera. Y Wilfred me ha dicho que ha entrado tan disparado que hasta ha roto un florero. Ha entrado aquí como un rayo y se me ha subido al regazo. No lo hace muy a menudo, a menos que quiera algo. Los gatos no son tontos.

Apoyó la mano sobre el lomo de *Percy*, que volvió la cabeza para mirar por la ventana, haciendo caso omiso de su ama. Entonces me fijé en que tenía la oreja izquierda cubierta de sangre.

—¿Qué le ha pasado?

—Se habrá peleado con algún gato. El otro casi le arranca una oreja.

Rasqué al felino suavemente bajo la barbilla con una mano y, con la otra, aparté el pelo apelmazado en torno a la base de la oreja. Era como si le hubieran cortado con una sola uña por la parte donde la oreja se unía a la cabeza. ¿Una uña felina o una navaja? Al menos la sangre se había secado y, si la herida no estaba infectada, se curaría con facilidad. *Percy* apartó la cabeza de mí y me escrutó con sus ojos ambarinos.

—Pobre gatito —masculló la señora Gotobed—. Cuando era

pequeño era como un renacuajo. Era como un bebé —me contó, retorciendo las manos sobre el regazo—. Entonces, usted y el señor Appleyard no tuvieron hijos, ¿verdad?

—No.

—Todavía no —corrigió—. No lo retrase mucho. Yo no tuve a Wilfred hasta los cuarenta y luego ya fue demasiado tarde para tener más.

Su mandíbula subía y bajaba una y otra vez al hablar, como si se masticara la lengua.

—Yo nunca he tenido tiempo para dedicarme a los niños —me decía—, pero no es lo mismo cuando son tuyos. Es diferente. Y nunca dejas de sentirte madre. En ocasiones miro a Wilfred y tengo la sensación de que vuelve a ser un niño.

—Seguro que es un buen hijo.

—Sí, pero eso no quita que a veces sea un poco bobo. No sé cómo se las arreglará cuando yo no esté, la verdad. Permite que sus sentimientos rijan su cabeza, ese es su problema. Si encontrara una buena mujer, moriría tranquila.

Me pregunté si sospechaba que yo pudiera estar jugando con los sentimientos de su hijo y trataba de prevenirme. Guardamos silencio unos momentos. Acaricié a *Percy*, que me recompensó con un ronroneo.

—Creo que este corte —aventuré— podrían haberlo hecho con una navaja.

La señora Gotobed arrugó la nariz.

—No me extrañaría. Están por todas partes, ¿sabe?

—¿Quién?

—Gente loca que debería estar encerrada.

—¿Le recuerda a lo que sucedió la otra vez?

—¿A lo de la paloma que Wilfred encontró?

Asentí sin decir nada.

—Lo que me gustaría saber es adónde fueron a parar las alas.

—Y no solo la paloma, ¿no? ¿Qué me dice de lo que pasó hace cincuenta años?

—Lo mismo, pero fue otra persona.

—Dijo que aquella vez lo hacía un niño. Un niño llamado Simon.

—¿Eso dije?

—No podría ser él, ¿no?

La señora Gotobed negó con la cabeza.

—Se marchó hace muchos años.

—Pero podría haber vuelto.

—¿Para qué iba a volver? No tenía nada por lo que volver.

—No lo sé. ¿Se apellidaba Martlesham, por cierto?

—Podría ser. No me acuerdo. ¿Por qué?

—En la biblioteca de la catedral encontré un texto en el que se mencionaba que él conoció al canónigo Youlgreave. ¿No recuerda a un muchacho llamado Martlesham?

—Ah, sí.

—¿Quién era?

—Solía limpiar botas y demás en el palacio arzobispal.

—¿Dónde vivía usted entonces?

—Junto al río.

—¿En Swan Alley?

Dio un suspiro largo que sonó como el crujir de un papel de periódico.

—No…, en Bridge Street. Encima de una tienda.

—No muy lejos de allí… ¿Conocía a la familia Martlesham?

—Todo el mundo conocía a los Martlesham. —Se mojó los labios —. La madre no era mucho más que eso. Se hacía llamar «señora», pero en esa época no estaba más casada que yo.

—A ver si lo he entendido bien. Simon era el mayor y vivía en el palacio arzobispal. ¿Y tenía una hermana?

—Simon siempre quiso ser alguien en la vida. Tenía delirios de grandeza. Nancy debía de ser cinco o seis años menor que él. Era una niña muy graciosa, tenía el pelo negro y liso y siempre observaba a la gente, pero no hablaba mucho. Tampoco la oí reírse nunca, aunque la verdad es que no había nada de que reírse en Swan Alley.

—¿Qué les sucedió?

—La madre murió al dar a luz. No sé quién era el padre. Fue en la época en que Simon se trastornó un poco. Pero el canónigo Youlgreave le ayudó.

Aguardé. *Percy* dio unos toquecitos con la pata a una mosca que se posó en la repisa. El sol se había abierto paso entre las nubes. Había un charco grande cerca de los castaños y dos colegiales en pantalón corto intentaban salpicarse el uno al otro.

—Se enteró de que la madre había muerto y ayudó a Simon a emigrar. También le costeó lo necesario para que aprendiera un oficio. Y encontró a alguien que adoptara a Nancy.

—Así que Nancy también emigró.

—Es posible. —Unos párpados recorridos por venas azules se cerraron sobre sus ojos—. No lo recuerdo.

La puerta principal se abrió. Me volví sin levantarme de la silla temiendo y deseando a la vez que hubiera regresado el hombrecillo de negro. Pero la señora Gotobed no se inmutó. Por la escalera subieron unos pasos resueltos y pesados. Y el señor Gotobed entró en la sala. Al verme, soltó un gritillo de sorpresa.

—No pasa nada —dije—. Su madre estaba un poco alterada, pero ya está mejor.

—Eso no se hace —dijo la señora Gotobed—, asustar a la gente de esa manera.

Capítulo 33

A medida que avanzaba la tarde, mi enfado con Henry fue en aumento. Cierto que no habíamos concertado una hora para su llamada, pero di por supuesto que llamaría, al igual que la semana anterior, mientras Janet estaba en la reunión con las «chicas del toque», mas no lo hizo.

Preparé tostadas con alubias para Rosie y el señor Treevor. Con un estrépito, solté los platos sobre la mesa —aunque no se dieron cuenta— y tuve una rabieta de poca importancia al no encontrar el cuchillo de las verduras. De esto tampoco se dieron cuenta. Era una estupidez, pero quería hablar con Henry. Quizás él sería capaz de darle más sentido a *La voz de los ángeles* y a lo que me había contado la señora Gotobed.

Después de fregar los platos y preparar las verduras para la cena de los mayores, tomé el libro y volví a leer «Oficio de difuntos». Algunos pasajes truculentos me recordaron a «Los hijos de Heracles» y «La colina de los Corazones Rotos»: hojas afiladas que cortaban la carne y huesos que se partían en dos. Había un fragmento especialmente asqueroso sobre un corazón sangrante. Mientras trataba de averiguar qué quería el ángel que hiciera el poeta con aquello, el señor Treevor entró tambaleándose en la cocina.

—¿Soy yo Francis Youlgreave? —preguntó.

—No —respondí—. Usted es John Treevor.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

—Es que me ha parecido oír a alguien decir que yo era Francis Youlgreave. Pero si dices que no lo soy, debo de ser John.

—¿Quién le ha dicho que es Francis Youlgreave? —le pregunté.

—Una persona a la que he visto esta mañana al salir.

—¿En la sala capitular?

—Sí. Era el hombrecillo que había cerca del pito ese.

—¿Del qué?

—Ya sabes, esa cosa que parece una pilila cuando crece. —Se me quedó mirando y, de pronto, su rostro adoptó un gesto horrorizado—. Madre mía. No debería haber dicho eso, ¿verdad?

—No pasa nada. No se preocupe. Lo que no debe olvidar es que usted es John Treevor.

—Sí —dijo el señor Treevor—, ya lo sé.

Regresó arriba y me dejó en la cocina, recordando la escena en la sala capitular con la maqueta del octógono, que no se parecía a ningún pito que hubiera visto nunca. Aparte del señor Treevor, los otros hombres que habían estado presentes eran el señor Gotobed, el canónigo Hudson y dos obreros de la catedral. El señor Gotobed y los obreros eran todos algo grandes y corpulentos. El canónigo Hudson era bajo, aunque no necesariamente moreno. Desistí de darle sentido en el mismo instante en que la puerta del jardín se abría y Janet anunciaba su llegada.

—Ha sido extraordinario —comentó bajando a la cocina—. No te imaginas de quién han estado hablando hoy las «chicas del toque».

—¿De Henry?

—De Francis Youlgreave.

Llenó la tetera en el grifo del fregadero y, subiendo el volumen para que la oyera por encima del agua corriente, añadió:

—Según la señora Forbury, solían llamarle el canónigo Rojo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque creció en Rosington. Su padre era el vicario de St. Mary.

—No lo llegaría a conocer personalmente, ¿no? No tendrá más de cincuenta años.

Janet negó con la cabeza.

—Recuerda los comentarios que hacía la gente cuando era pequeña. ¿Sabes que solía fumar opio?

—Te ha tomado el pelo.

—No, no. Ella así lo cree y las demás «chicas del toque» también.

—El canónigo Rojo…, ¿así que era comunista?

Janet se encogió de hombros.

—O tendría alguna que otra idea comunista. Dudo que por entonces fueran muy radicales. Y luego hubo aquello de las casas de la barriada del río. Youlgreave se labró mala fama por hablar hasta la saciedad de ello en las reuniones del capítulo. Y lo peor, mucho peor en esa época, es que trataba con excesiva familiaridad a sus criados. La señora Forbury ha dicho que invitaba a niños de clase obrera a su casa y les imbuía de ideas inapropiadas.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Se ha mostrado demasiado evasiva para contar nada, pero ha mencionado sus experimentos con animales. Alguien aseguró que había descuartizado un gato y eso llevó al pueblo a hablar de brujería. El deán recibió quejas, lo cual lo puso en una situación incómoda porque Youlgreave era primo suyo o algo así. Sin embargo, tuvo que hacer algo porque había intervenido la policía. Creo que no oficialmente, pero alguien se lo comentó en privado al jefe de policía.

—La verdad es que cargaron las tintas —observé—. Así que era drogadicto, revolucionario y, como afición añadida, practicaba la brujería.

—Y además era hereje o lo más parecido a un hereje. Cuando dio aquel sermón sobre ordenar sacerdotes a las mujeres, se lo puso en bandeja a todos. La señora Forbury ha dicho que era tan evidente que estaba chiflado que su situación era insostenible.

—Eso es un ejemplo de cómo funciona la lógica en Rosington —le dije—. Podían tolerar que se drogara y que hiciera brujería, pero no podían permitirle una herejía.

—Nació en la época equivocada.

—Y en el lugar equivocado. Que no se te olvide el lugar.

De repente me sentí abatida. Sospechaba que, independientemente de que Francis fuera culpable, no cargaba a solas con la culpa. Me imaginé a las «chicas del toque» relamiéndose alrededor de una mesa en el deanato. ¿Cómo se calibraba la culpa? ¿Cómo se medía una culpa con respecto a otra?

—¿No mencionarían el nombre de ningún niño? ¿De uno llamado Simon Martlesham?

—Creo que no. Pero ¿era un niño? La señora Forbury ha dicho algo de una niña.

Entonces Rosie bajó y nos pusimos a hablar de otras cosas. Entre

ellas, del señor Treevor. No le dije nada del comentario del pito y la pilila, porque solo habría añadido una preocupación más. Le inquietaba que esa mañana su padre hubiera vuelto a salir solo. Sugerí que empezáramos a cerrar las puertas con llave, incluso cuando alguno de nosotros estuviera dentro de casa, para que el señor Treevor no pudiera escabullirse sin que nos percatáramos.

En esa conversación subyacía otra que no manteníamos. El descubrimiento de las alas aquella mañana había sido la gota que había colmado el vaso. Aunque yo no pensaba decírselo a nadie, y menos a Janet, por una vez estaba de acuerdo con David. El señor Treevor tenía que marcharse a una residencia por su bien y por el de los demás.

Yo sabía que allí sería un infeliz, pero si se quedaba en casa tampoco sería especialmente dichoso, y al menos haría a otras dos personas unos infelices. Y a medida que la demencia se agravaba, aumentaba el riesgo de que hiciera algo mucho peor de lo que ya había hecho. En mi fuero interno, sopesaba la posibilidad de que ya hubiese cometido algo peor que matar a una paloma y cortarle las alas.

—Y cuando llegue el niño será mucho más difícil —me estaba diciendo Janet—. Tendré que pasar unos días en el hospital, no veo otra posibilidad.

—Yo vendré a hacerme cargo si quieres.

Los ojos de Janet reflejaron un instante de alarma. Estaba mirando por detrás de mí. Me di la vuelta. Rosie se hallaba en la sala, sentada en el suelo con Ángel en el regazo, en la esquina donde estaba el aparador. Me miró a los ojos y supe que nos había oído hablar del niño y que además había entendido qué significaba. Rosie era cualquier cosa menos tonta. Janet y David habían resuelto no decirle nada hasta después de las doce semanas de embarazo.

—Oh —exclamó Janet—. No te había visto ahí abajo, cariño. Preferiría que no te sentaras en el suelo. Te vas a ensuciar el vestido del colegio.

—De acuerdo.

Rosie se puso de pie y se paseó alrededor de la mesa con el pulgar en la boca.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre.

—A mi cuarto.

Al llegar a la puerta, Rosie echó a correr. Subió las escaleras golpeteando con los pies.

—¡Señor! —exclamó Janet—. Lo que me faltaba.

La noche fue de mal en peor. David llegó a casa, pero se limitó a gruñir cuatro palabras antes de subir a esconderse en el estudio. Rosie tuvo una rabieta que culminó con la niña tendida, rígida y roja, en el suelo, gritando todo cuanto pudo a voz en cuello. El señor Treevor se fue a su cama y se tapó la cabeza con las mantas. David salió del estudio y gritó desde arriba: «¿No puedes controlarla, Janet? Estoy intentando trabajar». Y mientras, yo trataba de preparar un flan de huevo y panceta con pocos huevos y apenas panceta.

Subí a tomar un trago vigorizante de ginebra. No había tocado la botella desde el viaje que había hecho el lunes a Londres, pero aquello eran circunstancias especiales. En el primer rellano, oí voces en el cuarto de Rosie y me detuve a aprestar el oído.

—¿De veras que vamos a tener un bebé? —Estaba preguntando Rosie con una voz infantil y cantarina.

—Sí, cariño —le respondió Janet—. Qué bien, ¿verdad?

—¿Será un niño o una niña?

—Tendremos que esperar a que llegue. Pero no podemos estar seguros de que vaya a venir…, por eso papá y yo no te lo hemos dicho antes. ¿Qué te gustaría, un hermanito o una hermanita?

—Rosie no quiere un bebé —dijo con la misma voz bobalicona —. Y Ángel tampoco. Nunca, nunca, nunca.

Las cosas mejoraron levemente a la hora de cenar, en parte gracias a la ginebra. El señor Treevor salió de la cama, atraído por la idea de comer. Hasta David se animó un poco tras tomarse un par de copas de jerez antes de la cena. Mientras, Janet seguía estando igual. Era la única persona de la casa a la que no se le consentía deprimirse, ni tener rabietas, ni comportarse de forma extraña, ni animarse con unos tragos vigorizantes de ginebra.

Después de cenar subió a arropar a Rosie y a controlar al señor Treevor. Fregué los platos, preparé el café y lo subí al salón. David estaba leyendo *La voz de los ángeles*. Serví el café. Alzó la vista cuando le pasé la taza.

—Gracias. ¿Es tuyo?

—Sí. Me lo envió Henry. Lo encontró en una caja de libros de

segunda mano.

—Vaya sarta de majaderías, ¿no? —me dijo con una sonrisa, evidenciando que la vehemencia de sus palabras no iba dirigida a mí—. Sabía que Youlgreave era excéntrico, pero no sabía que fuera un poeta tan mediocre.

—Creo que fue un hombre muy desdichado —apunté.

—Seguramente. Aunque, ¿crees que eso le disculpa?

Una parte de mí estaba molesta con David por criticar a Francis, pero otra parte de mí había abdicado a traición de sus responsabilidades y babeaba solo porque me había sonreído. Me senté y encendí un cigarrillo. Siempre había tratado los libros como objetos particularmente frágiles.

—¿Por qué estás invirtiendo tanto tiempo en investigar a Youlgreave?

—Me interesa —le respondí, echando el humo por la nariz cual dragón ofendido—. Fue una persona interesante.

David volvió a sonreírme. Abrió la boca para hablar, pero Janet entró en ese momento. Me terminé el café y me retiré, alegando que tenía algo que hacer arriba. No estaba segura de si dejar a David y a Janet a solas iba a derivar en una riña o en una reconciliación, pero sabía que tenía que dejarles para que lo averiguaran.

En la primera planta, el cuarto de Rosie estaba a oscuras y en silencio. La puerta del señor Treevor estaba cerrada. Subí a mi dormitorio. Lo primero que hice fue abrir el armario que había junto a la cama y sacar la botella de ginebra. El interior del mueble olía a lavanda. La luz brillaba en el vaso verde como una sonrisa en el rostro de un amigo al que te alegras de ver. Me serví dos buenos dedos y me senté en la cama a tomármela a sorbos lentos que bajaban como fuego líquido por mi garganta, hasta el estómago. ¿Quién quería niños cuando tenías London Dry Gin?

«Maldito Henry».

Volví a sacar la fotografía de Henry y su viuda peluda para mirarla una vez más, cosa que me había jurado no volver a hacer. Miré aquellas piernas moviéndose en el aire y el trasero trémulo entre ellas y pensé que necesitaría otro trago de ginebra en un rato. A fin de retrasar ese momento, guardé la fotografía y miré a mi alrededor en busca de cualquier distracción.

Mis ojos se toparon con la otra fotografía, la de los clérigos y los niños delante del Colegio Teológico. La retiré del lavabo y la sostuve a la luz de la lámpara junto a la cama. El marco era de madera y, por detrás, la fotografía aparecía cubierta por una fina lámina de contrachapado clavada con tachuelas. Levanté algunas con una lima de uñas y arranqué la lámina. Empujé el cristal por abajo y saqué el cartón, el paspartú y la fotografía de una sola vez. Tiré de estos, pues estaban pegados al cartón. Detrás de la fotografía había algo escrito. Había atravesado el cristal.

En el momento de tomarse la fotografía era pleno verano. «Fiesta de cuadros vivos en el jardín del director: primer premio Oberon, Titania, y hadas acompañantes. 6 de agosto de 1904».

Después de todo, no eran ángeles.

Debajo, escrito con la misma tinta marrón desvaída, aparecía el nombre de los fotografiados. «El reverendo canónigo Murtagh-Smith, el director y reverendo J.
R. Heckstall,
el vicedirector, el canónigo Youlgreave…».

Sin embargo, lo que me llamó la atención fue el nombre que figuraba junto al suyo.

«N. Martlesham».

Di un respingo que me hizo tirar el vaso. Unas gotas de ginebra cayeron sobre el marco. Así que aquella niña que aparecía de pie, literalmente a la sombra de Francis, era Nancy. El verdadero misterio no era Simon, ni Francis. ¿Qué hacía una niña de Swan Alley con unas alas que sobresalían de sus hombros en la fiesta al aire libre del Colegio Teológico?

Había algo más, algo que cobraba una inquietante importancia a medida que se iba apoderando de mí. Tomé la lupa. En ese momento, abajo sonó el teléfono.

Salí al rellano y me apoyé en el pasamanos. David entró en el estudio para cogerlo. Dejó de sonar e, instantes después, David salió y me llamó en voz baja. Cuando bajé al recibidor, la puerta del salón estaba discretamente cerrada, con él y Janet al otro lado.

—¡Wendy, cariño! —exclamó la voz incorpórea de Henry.

—Sí, un personaje de *Peter Pan*.

Era una antigua broma de la época en que estábamos

prometidos, pero ya no tenía gracia. Se había convertido en una suerte de recurso emocional, algo que uno de los dos utilizaba cuando el otro estaba decaído, un modo de decir que todo iba bien y que nada había cambiado. No sé qué me hizo pronunciar aquellas palabras aquel día, pero si hubiera podido retirarlas, lo habría hecho. Porque daban a entender a Henry una idea equivocada.

—¿Cómo estás, cielo? —me preguntó atropelladamente—. ¿Has recibido el paquete?

—Ha llegado esta mañana —le comuniqué—. Oye, necesito verte. ¿Te parece que vaya a Londres mañana?

—¡Magnífico! Aunque prefiero que no vengas. Alquilaré un coche e iré yo.

—No me entiendas mal. Tengo que hacer varias cosas.

—¿Relacionadas con el amigo Francis?

—Sí. El libro que me enviaste es muy interesante. No tiene nada que ver con el que saqué de la biblioteca. El título es distinto y recoge un poema que no aparece en ninguna otra parte. Iré en el mismo tren…, ¿puedes recogerme en Liverpool Street?

—Claro que sí. Pero ¿qué…?

—Lo más importante es hablar con Simon Martlesham. Así que hay que ir al Blue Dahlia Café. Pero antes me gustaría…

—Espera. ¿Por qué quieres ver a Martlesham otra vez?

—Porque me dijo que el día que cumplió los trece años estaba en el *Hesperides* en medio del Atlántico.

—¿Y qué pasa con eso?

—Me contó que su hermana Nancy iba con él en ese viaje y sabemos que su cumpleaños fue en julio de 1904 gracias a esa novela infantil que Francis pretendía regalarle.

—¿Y?

—Acabo de encontrar una fotografía en la que aparece Nancy en el jardín del Colegio Teológico. Tiene fecha del 6 de agosto. Así que, ¿por qué mintió Simon? ¿Y qué le sucedió a Nancy?

Capítulo 34

Me arrepentí de haber ido a Londres aquel viernes.

Los gritos empezaron después de las seis de la mañana. Yo estaba en ese inquietante estado entre el despertar y el sueño y lo primero que pensé fue que lo estaba soñando. Me encontraba con Simon Martlesham a bordo del *Hesperides* y había icebergs por delante y él, todos los demás decíamos que nos íbamos a hundir. Y yo no dejaba de decir que era julio y, por tanto, no podía haber icebergs.

Me desperté sobresaltada. Había pasado una mala noche. Supuse que porque estaba demasiado agitada y me devoraba la curiosidad, aparte del encuentro previsto con Henry En parte tenía ganas de verle, pero en parte me mostraba reacia.

A los pocos segundos me di cuenta de que los gritos no provenían del sueño. Salí de la cama con torpeza y me vestí la bata como pude. En ese momento ya entendí las palabras y hasta sabía quién gritaba. Abrí la puerta y salí al rellano.

—¡Viejo asqueroso! —gritaba la voz de David—. Vuelve a tu habitación y no salgas.

Luego me llegó un gemido parecido al del viento al pasar por la chimenea. ¿El señor Treevor?

A continuación se oyeron unos pies descalzos corriendo sobre el linóleo y a Janet que decía:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

Me detuve en el arranque de la escalera. Janet no habría querido que yo estuviera allí, no en ese momento.

—Pero ¿qué ha hecho? —insistió.

—Vete a saber —le espetó David—. Estaba en la cama con Rosie. Abrazado a ella.

—Seguramente solo se sentía solo o tenía frío. Ya sabes lo

mucho que le gusta…

—No hay más que hablar. Se tiene que ir.

El gemido subió de tono.

—David, yo…

—Es lo mejor para él y para todos los habitantes de esta casa. Si se va a una residencia, a la larga será mejor para todos.

—¿Qué está pasando? —gimió el señor Treevor.

—Cállese y váyase a su habitación —rugió David.

La puerta se cerró de un portazo.

—No puedes hacer esto —le reprochó Janet.

—¿Que no puedo? ¿Y por qué?

Me deslicé a mi habitación y cerré la puerta con mucho cuidado. Me metí en la cama, encendí un cigarrillo y me dije que Janet quería a David. Si era su amiga de verdad, no podía inmiscuirme por bienintencionada que fuera mi intervención. Dos personas bastan en un matrimonio. La viuda peluda me había enseñado la lección.

No sé qué vio David. Jamás osé preguntárselo. La posibilidad de que hubiera habido algún contacto sexual entre el señor Treevor y Rosie no se me pasó por la cabeza hasta muchos años después. Solo creía que hacía el tonto y que sus acciones revelaban que día a día estaba entrando en una segunda infancia. Pero si eso hubiera sucedido ahora, cuarenta años después, no habría vacilado en darle una interpretación sexual. Otra cuestión es que me equivocara o no. Sencillamente ignoro qué estaba pasando en la habitación de Rosie.

Solo sé que oí gritar a David, y el hecho de descubrir cosas que antes no sabíamos te puede jugar una mala pasada, como puede jugártela cualquier imagen.

Así que fingí no haber oído nada. Fue una reacción propia de un cobarde, de una invitada educada y hasta de una amiga leal. Yo era las tres cosas, aunque normalmente no las era a la vez. Me quedé en la cama hasta que sonó el despertador. Cuando bajé a la cocina, solo estaban Janet y Rosie.

—¿Has dormido bien? —me preguntó Janet.

—Como un tronco, gracias. ¿Y tú?

—No he dormido mal —respondió Janet, tocándose la barriga—. Tenía el estómago un poco revuelto. No como ayer. Aunque no sé si eso es bueno o no.

—¿David aún no ha bajado?

—Se ha levantado temprano. Tenía trabajo que hacer en el colegio. Hoy ha quedado con el arquitecto diocesano.

—Es un momento crítico —dije.

—Espero que de todo esto salga algo bueno. David ya ha tanteado el terreno.

Desayunamos con normalidad, Janet subió una bandeja al señor Treevor. Me preguntó si quería unos sándwiches para llevarme a Londres y me dio recuerdos para Henry. Procuró evitar decir nada que pudiera interpretarse como un deseo de que nos reconciliáramos. Y yo evité mencionar los gritos de la noche anterior. Nuestra amistad se basaba tanto en las cosas que nos decíamos como en las cosas que nos callábamos.

—La verdad es que no me urge ir a Londres —dije mientras fregaba los platos—. Quizá debería ir la semana que viene. No hace mal día y podría echarte una mano en el jardín.

—El jardín puede esperar. Ve a Londres y disfruta. Por cierto, ¿se lo has dicho al canónigo Hudson?

—No, aún no. Le llamaré después del desayuno. Pero, de verdad, en vez de ir puedo cortar el césped.

Janet levantó la cabeza para mirar a través de la ventana del sótano donde estaba la cocina. Si te inclinabas bastante hacia delante, podías ver un rectángulo de cielo sobre los tejados de las casas de enfrente, en la calle High Street.

—De todas maneras, creo que va a llover. No tiene sentido que te quedes, de verdad.

—Entonces déjame llevar a Rosie al colegio antes de irme. Tengo tiempo de sobra.

Accedió, alegando que estaba algo cansada. Ahora me pregunto si Janet me conocería mejor de lo que yo a mí misma y ese día me permitió acompañar a Rosie a la escuela para aplacar mi conciencia.

Al volver llamé a Simon Martlesham y concerté un encuentro con él en el Blue Dahlia Café a las dos y media.

Su voz cortada no dejó traslucir signo alguno de sorpresa. Reprimía sus emociones del mismo modo que lo hacía con sus palabras. Cuando me preguntó para qué quería verle, le dije que había descubierto algo relacionado con su hermana, algo que le interesaría. Y acto seguido colgué. Sé que estaba siendo

melodramática, pero tenía la sensación de que Simon Martlesham me había estado tomando el pelo y ya me tocaba hacerlo a mí.

Tomé prestado de Janet un maletín para llevar la fotografía y los dos libros, *Las lenguas de los ángeles* y *La voz de los ángeles*. De camino a Londres en el tren volví a leer los poemas. Sin embargo, cuanto más los leía, menos los entendía. En un momento dado llegué a la conclusión de que «Oficio de difuntos» era un título que encerraba un juego de palabras que aludía a la propia ceremonia fúnebre y, a la par, a las labores que realizaban los muertos por los vivos. Ahora bien, si además de estar desequilibrado, Francis consumía opio, era muy posible que el poema no fuera más que una majadería.

El viaje en tren pasó deprisa. Viajar a Londres ya empezaba a parecerme una costumbre con la que además disfrutaba. Independientemente de lo que decidiera hacer con Henry, había resuelto que vivir fuera de Rosington era una posibilidad.

Henry me estaba esperando en el acceso al andén, lo cual me sorprendió, porque la puntualidad no era una de sus virtudes. Me tomó del brazo e insistió en cargar con el maletín.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó—. ¿Te apetece un café?

—Me gustaría ir a la Sociedad Eclesiástica del Imperio, si no te importa.

—¿Cómo dices?

Nos detuvimos para dejar pasar a un mozo que empujaba una carretilla.

—¿Qué demonios es eso? —insistió.

—La institución que envió a Simon Martlesham a Toronto con cierta ayuda de Francis Youlgreave. Y según él, su hermana fue a uno de los orfelinatos de esa institución.

—¿No podemos llamar por teléfono?

Ya había buscado la Sociedad Eclesiástica del Imperio en el *Clerical Directory*
Corckford's
, una guía detallada sobre el clero anglicano en Reino Unido. Había encontrado una dirección en Westmintser, pero ningún número de teléfono.

—Creo que sería mejor hacer una visita en persona —le respondí con una sonrisa—. He pensado que te gustaría ser un familiar que

está intentando localizar a unos tíos con los que perdió el contacto hace mucho tiempo.

—¿Y tú quién serás? —me preguntó, sonriéndome a su vez.

—Yo seré tu mujercita, por supuesto. Una esposa que consiente a regañadientes los caprichos de su esposo.

—Eso me gusta.

Volvimos a mirarnos a los ojos, pero esa vez ninguno de los dos sonrió.

Cogimos un taxi en la estación. De camino le conté a Henry cuanto sabía acerca de la emigración de Simon y Nancy Martlesham.

Al acercarnos a Blackfriars, Henry dijo:

—Ayer por la tarde fui a Senate House.

—¿Senate House?

—Es la biblioteca de la Universidad de Londres, en Bloomsbury. Fui a ver si encontraba información sobre Isabella Roth, pero no hubo suerte.

—No me extraña. Será otro producto de la imaginación de Francis.

—Pero encontré algo que sí podría ser relevante en *Precursores ingleses del protestantismo en la Baja Edad Media* —me informó, mirándome con petulancia, para añadir—: Murtagh-Smith y Babcock, Londres, 1898. Quizá debería dejar las clases y dedicarme a la investigación académica.

—¿Cómo has dicho que se llamaba el primer autor?

Su sonrisa se desvaneció.

—Murtagh-Smith. ¿Te suena?

—Fue director del Colegio Teológico en la época de Youlgreave. En fin, ¿y qué decía?

—Me temo que poca cosa útil. Pero al parecer, a finales del siglo XIV, el movimiento Lollard trató de reformar la Iglesia. Tenían muchas ideas revolucionarias: pensaban que el pueblo debía leer la Biblia en su propia lengua y que la guerra iba en contra del espíritu cristiano. Ah, y tampoco les gustaba el papa. Pensaban que todos los cristianos tenían derecho a decidir en qué creían leyendo la Biblia y meditando sobre sus dictados. Según Murtagh-Smith y su amigo, la revuelta campesina estuvo relacionada en parte con los Lollard. Al gobierno no le hizo ninguna gracia, lógicamente, así que

en 1401 aprobaron la primera ley inglesa que permitía quemar a los herejes.

—Bueno, hasta aquí todo encaja. Pero ¿los Lollard estaban a favor de ordenar sacerdotes a las mujeres?

—Lo dudo. Lo que está claro es que no aprobaban el celibato clerical —dijo con una sonrisa burlona—. Decían que daba lugar a deseos contra natura. Pero lo interesante es esto. Murtagh-Smith dice que varias personas fueron quemadas en la hoguera por predicar las herejías de Lollard en Rosington.

—¿Cuándo?

—En 1402.

—Es la misma fecha. ¿Y seguro que no dice nada de mujeres sacerdote?

Negó con la cabeza.

—Tal vez fuera otra ocurrencia de Francis. Una simple tergiversación de la historia. Al fin y al cabo, en eso consiste la licencia poética, ¿no? —De pronto cambió de tema—. ¿Crees que es una buena idea ir a esa sociedad? ¿Qué intentas demostrar?

—Que Simon Martlesham mintió.

—Podría haberse equivocado. En fin, ¿qué sentido tiene buscar bajo las piedras? Ya no va a ayudar a nadie, ¿no?

No le respondí. Miré por la ventana. Estábamos pasando por el Victoria Embankment y el Big Ben se alzaba por delante. ¿Cómo podía explicarle a Henry que, cuando todo iba mal en mi vida, Francis me había proporcionado algo por lo que seguir adelante, algo que había despertado mi curiosidad? Más que eso incluso: sentía hacia Francis lo mismo que había sentido hacia Janet todos aquellos años en Hillgard House. Francis era débil y yo quería protegerlo.

—Lo siento —dijo el nuevo y reformado Henry—. No quiero meterme donde no me llaman. No me concierne.

La Sociedad Eclesiástica del Imperio ocupaba una casucha en una calle adyacente a Horseferry Road. En lo que otrora fuera el jardín había dos papeleras y una bicicleta. Llamé al timbre y al poco abrió una señora con aspecto de intelectual, muy delgada, de nariz y barbilla afiladas y unas mejillas que sobresalían como si estuvieran rellenas de caramelos ilícitos.

Henry levantó su sombrero.

—Buenos días. Disculpe que la molestemos, pero tal vez podría ayudarnos.

De forma inesperada, Henry y yo volvíamos a formar el equipo que solíamos ser con sus clientes. No tuve que hacer gran cosa, porque Henry llevó la voz cantante y yo hice el papel de esposa malhumorada a la que le parecía estúpido perder tanto tiempo buscando a una oveja negra de la familia. Así que despertó el doble de lástima en aquella señora con aspecto de intelectual.

Era la única empleada fija en la sociedad y se llamaba Hermione Findhorn. Su despacho ocupaba la sala principal de la planta baja. No debía de alcanzar los cuatro metros cuadrados: apenas si cabían dos personas, no digamos tres. Esto se debía a que el despacho —y, por lo que pude ver, la casa entera— estaba abarrotada de cuadros y muebles excesivamente grandes.

—Lo lamento muchísimo, señor Appleyard —se disculpó la señorita Findhorn con una voz que parecía surgir de su nariz—. El problema es que nos bombardearon. Teníamos una casa mucho más grande en Horseferry Road. Pudimos salvar bastantes cosas, como puede ver —explicó señalando la casa con una mano de piel agrietada y uñas roídas—. Pero, ay, guardábamos los historiales en los desvanes y no pudimos recuperar ninguno.

Henry perseveró. La señorita Findhorn dijo que era perfectamente posible que la sociedad se hubiera ocupado del pasaje a Toronto de dos niños huérfanos en 1904. En aquella época formaban a jóvenes en oficios que luego pudieran servirles. De hecho, habían dirigido un orfelinato en Toronto que, por desgracia, se había cerrado en la década de 1920. Pero habían conservado los álbumes de recortes que la sociedad mantenía en aquella época para dejar constancia de sus logros. La señorita Findhorn sacó un volumen encuadernado en piel que recogía el año 1904. Entre ella y Henry empezaron a pasar las páginas. Por la pose de Henry, sabía que no había encontrado nada interesante y que estábamos perdiendo el tiempo. Entonces este resopló y señaló con el dedo un recorte. Estiré el cuello para ver qué había visto. Un nombre me llamó la atención enseguida.

«Sir Charles Youlgreave Bt».

—En Rosington había un señor con ese nombre —comentó Henry

con indiferencia—. Creo que era el canónigo Youlgreave. Quizá tengan algo que ver.

—Podría ser —dijo la señorita Findhorn, orientando las gafas de forma que pudiera leer la nota de prensa—. *Sir* Charles estaba en nuestro comité de dirección. Por lo general, los miembros del comité ocupaban el puesto tres años y creo que en esa época se preocupaban personalmente de los jóvenes a los que ayudaban. Quizás el canónigo Youlgreave propuso a su tío y su tía como posibles candidatos.

—Es muy posible —asintió Henry.

Nos despedimos y cogimos otro taxi en Horseferry Road. Henry sugirió que almorzáramos en el Ritz, pero no se lo permití y acabamos yendo a un restaurante cerca de la Strand Street, un lugar oscuro de techos bajos, dividido en reservados de madera para comer con intimidad si uno quería. Llegamos antes de la una, de modo que encontramos una mesa tranquila sin ninguna dificultad.

—¿Sigues despilfarrando el dinero en el
Brown's
Hotel? —le pregunté.

—Me marcho hoy mismo —respondió, ofreciéndome un cigarrillo—. Buscaré un hotelito íntimo con una dueña que me mime —aseguró, inclinándose con el encendedor—. Hoy llevas el anillo de boda.

Era parte de mi camuflaje social en Rosington.

—Hacía falta para ser creíbles ante la señorita Findhorn. Se suponía que éramos marido y mujer.

—Y lo seguimos siendo. ¿Has cobrado ya el cheque?

—No.

—¿Y por qué no?

—No sé si quiero hacerlo.

—Pero son diez mil libras. ¿Dónde está?

—En un armario junto a mi cama.

«Con una ramita de lavanda encima para que huela mejor».

—Escúchame, Wendy. Es más seguro que lo cobres. Así no podré gastármelo. Y es lo justo.

Le sonreí y dije:

—Ya veré.

—Has cambiado.

—¿Y por qué crees que será?

De pronto, estábamos a punto de enzarzarnos en una discusión que ninguno de los dos deseaba tener. Él también debió de notarlo porque cambió de tema preguntándome por Janet y David. Al poco le estaba hablando de las esperanzas truncadas de David en cuanto al Colegio Teológico y de la extraña conducta del señor Treevor.

Más tarde le mostré los dos libros, *Las lenguas y La voz*, así como la fotografía. Henry leyó el poema «Oficio de difuntos» mientras se zampaba una ración de budín de carne y riñones.

—En cierto modo es como si la Cristiandad hubiera enloquecido —sentenció al tiempo que se recostaba y se limpiaba los labios con la servilleta—. Te comes el cuerpo y la sangre y, a cambio, obtienes la vida eterna —interpretó y bajó la vista al libro—. O el secreto de la juventud o algo así. Es difícil saber a qué se refiere exactamente. —Pasó una página—. ¿Y qué es todo esto del ángel sentado a su lado que le dice lo que tiene que escribir? Hace que parezca que tenía un ángel para sí. Debía de estar como una cabra.

—No lo sé. Desde luego, un poco excéntrico sí que era…

—Es otra forma de decirlo.

—Pero no puedes negar que hizo mucho bien. Lo que pasa es que tenía ideas demasiado avanzadas a su época.

—Y a la nuestra —apostilló Henry—. Ya me imagino qué piensa David sobre ordenar sacerdotes a las mujeres.

—Lo que me preocupa es la niña —dije, señalando la figura menuda que estaba junto a Francis—. ¿Qué fue de ella? ¿Por qué Martlesham me mintió?

—Seguro que hay una explicación de lo más inocente. En fin, también podría haberse equivocado.

—¿Con algo así? ¿Diciendo que su hermana pequeña fue con él a Canadá?

—Pasó hace cincuenta años, Wendy. Y desde entonces ha tenido un derrame cerebral, no te olvides.

Henry pidió más cerveza y, de común acuerdo, hablamos de otras cosas, sobre todo de los planes que tenía para Veedon Hall. Ambos eludimos hablar sobre qué papel desempeñaba yo en estos, si es que desempeñaba alguno. A las dos y diez regresamos a la Strand Street y cogimos un taxi para el Blue Dahlia Café.

Al detenerse el coche enfrente, Henry me tocó el brazo y

exclamó:

—¡Mira!

Miré hacia donde apuntaba su dedo. Por Fetter Passage cruzaban varias personas, pero no reconocí a ninguna.

—Justo al fondo —concretó Henry señalando—. A la vuelta de la esquina.

—¿Qué?

—Estoy seguro de haber visto a Munro.

Una vez en la acera, tras pagar el taxi, Henry preguntó:

—¿Qué opinas? ¿Crees que Martlesham ha contratado a Munro para que nos siga después de vernos con él?

Negué con la cabeza.

—Es probable que ya nos haya estado siguiendo.

—Pero ¿cómo?

—Si Martlesham le ha dicho que yo venía a verle esta tarde, Munro solo tenía que ir hasta Liverpool Street y estar atento a los trenes procedentes de Rosington.

Fetter Passage era muy tranquilo comparado con el bullicio de Holborn. Pero ¿nos observaba alguien, ya fuera Munro o uno de los suyos? Miré a las ventanas sobre la cafetería, mientras me preguntaba cuáles serían las del piso de Martlesham.

—Si es así —dijo Henry—, sabrá que hemos ido a la Sociedad Eclesiástica del Imperio.

—¿Y si ha entrado en el restaurante? Si estaba en el reservado de al lado podría haber oído algo.

—Ahora ya no podemos hacer nada.

Examinó la hilera de casas y sentenció:

—Parece un lugar de mala muerte.

—Pero no es peor que Swan Alley.

Abrí la puerta de la cafetería. Las cintas de colores se balancearon como algas bajo el arco del fondo. Habíamos llegado a una hora muerta entre el almuerzo y el té, por lo que había pocos clientes. La mujer de gesto triste cortaba pan tras la barra. No levantó la cabeza cuando nos acercamos.

—He venido a ver al señor Martlesham —le anuncié.

—Ahora le digo al jefe que está aquí.

Sin mirarme a los ojos, dejó el cuchillo y cruzó el arco arrastrando los pies. Momentos después, separó las cintas otra vez y

nos hizo una seña para que acudiéramos.

Tras el arco había una sala pequeña donde servían la comida. Enfrente de nosotros, una puerta abierta daba a una cocina. Nos señaló otra puerta a nuestra izquierda.

—Llame —ordenó.

Llamé a la puerta y oí al señor Martlesham invitándonos a pasar.

La sala estaba equipada como un despacho con antiguos muebles del Ministerio de la Guerra, o eso me pareció. Martlesham estaba sentado tras una mesa de cara a nosotros. A sus espaldas había una ventana con vistas a un jardín soleado con bicicletas y papeleras. No se levantó, pero miró a Henry, que se encontraba detrás de mí.

—¿Quién es este?

—Mi esposo, Henry Appleyard. Henry, te presento al señor Martlesham.

Henry sonrió y le tendió la mano sobre la mesa. Martlesham le dio la suya con la mayor brevedad posible.

—Disculpen que no me levante. Por favor, tomen asiento.

Ocupé una silla dura delante de la mesa. Tenía la sensación de que me estaba entrevistando.

—¿Es usted el dueño del café? —quise saber.

—La hilera entera es mía —dijo como si le aburriera.

Oí a Henry tomar aire a mi lado.

—Debe de suponerle mucho trabajo —dije, no por creer que fuera algo inteligente que decir, sino porque fue lo primero que se me ocurrió.

—La verdad es que no. Otra persona se encarga de los pormenores. En realidad es una inversión a largo plazo.

—¿Está pensando en ampliar el negocio? —preguntó Henry.

—Sí. Todos los arrendatarios tienen contratos cortos, a excepción de un par, al final de la hilera. Estoy esperando a que mueran o se muden —nos confesó con una sonrisa torcida—. Y seguramente ellos también lo están esperando de mí.

Una mota de ceniza le manchó la superficie inmaculada de la manga derecha de la camisa. Apagó el cigarrillo y la sacudió con cuidado. En el bolsillo del pecho de la chaqueta tenía un pañuelo recién planchado y se había hecho la manicura. Me pregunté quién se fijaba en su apariencia estando Vera muerta. Quizá Fetter

Passage había sido su plan de jubilación, el lugar donde envejecer junto a ella. Entonces se me ocurrió que tal vez hubiera contratado a Munro a raíz de la muerte de Vera. Tal vez quería averiguar si le quedaba algún familiar. La soledad no es fácil de llevar. Yo bien que lo sabía.

—¿Para qué quería verme?

—Para hablar de Nancy —respondí—. Me preguntaba si ella recordaría algo sobre el canónigo Youlgreave.

Se encogió de hombros.

—Podría ser. Pero antes tendría que encontrarla.

—¿Usted no tiene su dirección?

Martlesham negó con la cabeza.

—Como le dije, la adoptaron en cuanto llegamos a Toronto. La pareja que la acogió pensaba trasladarse a Estados Unidos y la responsable del orfelinato dijo que lo mejor para ella era no mantener ningún contacto con su vida anterior.

—Debió de ser terrible para ustedes dos.

Unos párpados pesados cayeron sobre sus ojos oscuros.

—Mejor eso que Swan Alley, señora Appleyard, se lo aseguro. Fue a parar a una buena casa, con buena gente. Y yo tenía trabajo, un lugar donde vivir, expectativas. De todas maneras, tampoco es que nos dieran tiempo para reflexionar al respecto. Después de que el *Hesperides* atracara, la vi quizá solo un par de veces en las seis semanas siguientes. Y se acabó.

—Es una pena —dije.

—¿Por qué?

—Porque si tuviera sus señas, tal vez ella podría explicar esto.

Levanté el maletín de Janet, lo puse sobre la mesa y saqué la fotografía. La dejé delante de él, sobre su impecable cartapacio verde.

—Aunque tal vez usted mismo pueda explicárnoslo.

Se puso unas gafas despacio. Durante unos segundos que parecieron minutos, examinó la fotografía. Su expresión no mudó. Henry hurgó en su bolsillo e, instantes después, se encendía un cigarrillo. Como si el destello de la cerilla hubiera sido una señal, Martlesham levantó la cabeza para mirarme.

—¿Y bien?

—¿Lo reconoce?

—¿El lugar? No, no lo reconozco.

—Es el Colegio Teológico de Rosington, concretamente el jardín trasero.

—Es muy posible. Pero yo nunca estuve allí. ¿No era ese edificio de ladrillo cerca de la Porta?

—¿Reconoce a alguien?

—Al canónigo Youlgreave, por supuesto. Y a este hombre de aquí, el clérigo más viejo, ¿no era otro canónigo? Algunas de las señoras me resultan familiares, pero no sabría decir quiénes son, al menos ahora.

—¿Y los niños?

Por primera vez vi en su gesto un atisbo de ira.

—¿Por qué me pregunta todo esto?

—Mire a la niña que está junto al canónigo Youlgreave —le dije.

Miró la fotografía y luego volvió a mirarme a mí. No dijo nada.

—¿Es su hermana?

—Podría serlo.

Respondía como si le estuviera sacando las palabras con sacacorchos.

—Pero es difícil saberlo —añadió.

—Va disfrazada, señor Martlesham. Parece que lleva un par de alas. ¿Eso le dice algo?

—Quizás estaban haciendo una obra de teatro. El canónigo Youlgreave era aficionado a las actividades artísticas, ¿sabe? Al ser poeta… Puede que esto no fuera una obra de teatro, que fuera un baile o algo parecido y necesitaran a una niña pequeña.

—Según lo que pone en el dorso, es en efecto su hermana.

Me miró como si le hubiera hecho daño. Entonces, con la mano buena y con torpeza dio la vuelta a la fotografía y leyó la lista de nombres que había escritos.

—De modo que usted sabía desde el principio que era Nancy, señora Appleyard.

Me fulminó con la mirada y, de pronto, me alegré de que Henry estuviera en la sala.

—¿Y por qué me ha acosado con tantas preguntas?

—Por la fecha que aparece arriba.

Martlesham la miró y yo proseguí:

—Su cumpleaños fue el dieciocho de julio. Según me dijo, usted

y su hermana estaban en medio del Atlántico a bordo del *Hesperides* ese día. Por tanto, ¿qué hace su hermana con unas alas en el jardín del Colegio Teológico dos semanas después?

Martlesham se quitó las gafas, las dobló y las guardó en el estuche. Entonces me miró directamente.

—Debí de confundir la fecha.

—Eso podemos comprobarlo fácilmente —dijo Henry de súbito —, porque la prensa debió de hacerse eco del día en que zarpó el barco.

Martlesham hizo oídos sordos al comentario de Henry.

—O se confundió el que escribió los nombres detrás. Puede ser así de simple. O se equivocaron con la fecha.

—Creo que eso es harto improbable, señor Martlesham. A usted mismo le ha parecido que era Nancy y hay mucha gente de Rosington a quien podemos preguntar, personas que la recordarán como era entonces. Por ponerle un ejemplo, la señora Elstree. E imagino que, si hace falta, podemos comprobar la fecha en que se celebró esta fiesta en el jardín del director.

Martlesham suspiró, tomó la cigarrera y, en voz baja, casi como si hablara para sí, dijo:

—¿Podría pedirles que se fueran?

—Y su investigador privado podría seguirnos y averiguar cuál es nuestro próximo movimiento.

—¿De qué me habla?

—Harold Munro, exsargento y detective de la policía metropolitana.

—Nunca he oído hablar de él.

—¿Quién si no se molestaría en contratarle?

—¿Y cómo voy a saberlo yo?

Con el cigarrillo dio unos golpecitos sobre la cigarrera y acto seguido se lo metió en la boca.

—De todas maneras —añadió—, ¿qué ha estado haciendo?

—Ha realizado varias visitas a Rosington en las últimas semanas. Ha robado recortes sobre Francis Youlgreave de los archivos del *Rosington Observer*. Sacó un libro de Youlgreave de la biblioteca pública. Interrogó a una serie de personas, entre ellas la señora Elstree, y dio un susto de muerte a una anciana. Se le ha visto merodeando por la Obscura Hostería y hasta es posible que haya

entrado en la casa. El lunes, después de entrevistarme con usted, me siguió, y tiene un despacho en Holborn. Mi marido le ha visto hace diez minutos en la otra punta del Fetter Passage.

—Qué misterioso, señora Appleyard. Parece un asunto propio de la policía, sobre todo si cree que ese hombre entró en la Obscura Hostería.

Cogí la fotografía y la metí de nuevo en el maletín. Al hacerlo, Martlesham había dado un respingo y, por un instante, pensé que no iba a querer devolvérmela.

—¿Qué pensaría usted, señor Martlesham, si estuviera en nuestro lugar? —quiso saber Henry.

—Pensaría que ha llegado el momento de dejar de meter las narices en asuntos ajenos.

—Usted no tiene hijos, ¿verdad?

Martlesham negó con la cabeza.

—Y su esposa ha fallecido hace poco, por lo que me dijo Wendy —prosiguió Henry—. Sería de lo más lógico que quisiera localizar a algún familiar.

—Pero no es mi caso —dijo Martlesham—. ¿Qué sentido tendría?

—Yo diría que la respuesta es más que evidente —dijo Henry con delicadeza—. No es muy divertido que digamos estar solo.

Martlesham jugueteó con el encendedor. Luego me miró y soltó un suspiro.

—Lo ha entendido todo mal. Supongo que no hay ninguna razón para que no se lo cuente. No quiero localizar a Nancy, por lo mismo que no quise localizarla cuando regresé a Inglaterra en 1917. Sencillamente no quiero avergonzarla. Eso es todo.

—¿Avergonzarla? —pregunté—. No le comprendo.

Torció la boca y se explicó:

—Lo último que me dijo fue: «Te odio. Me has vendido».

—¿En el orfelinato?

—Nunca hubo un orfelinato, señora Appleyard. Y tampoco emigró a Canadá. Se quedó aquí. Por esa razón aparece en la fotografía.

Al fin se encendió el cigarrillo y echó el humo con furia. El humo pasó por encima de la mesa, arrastrado por la corriente de la ventana.

Al llegarme el aroma supe que era tabaco de Virginia. No tabaco turco.

Capítulo 35

—¿Le has creído? —me preguntó Henry.

—No lo sé —dije, acariciando la copa fría y sedosa que tenía delante—. Estoy segura de que una parte era verdad. La cuestión es cuánta verdad hay en la historia.

Henry tenía buen ojo para encontrar *pubs* pequeños y acogedores. Había encontrado uno en la estación de Liverpool Street, un local con espejos grabados, objetos de latón bruñido, mobiliario de madera pulida y ventanas con vidrieras de colores. El bar de la planta baja estaba atestado de oficinistas tomándose una copa rápida antes de volver a casa. Henry y yo estábamos en el bar de arriba, mucho más tranquilos. Nos sentamos en una mesa junto a una ventana, donde poder hablar sin que nadie nos oyera. Aunque tampoco había rastro de Harold Munro.

—Creo que a ese hombre le gusta jugar por naturaleza —opinó Henry—. Nadie nace en Swan Alley para acabar cincuenta años después siendo el dueño de una parte de Holborn, salvo si estás dispuesto a correr riesgos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Henry se encogió de hombros.

—Solo digo que podría habérnosla jugado. Que ha reconocido una parte de la historia como estrategia para encubrir otra. Me refiero a que en realidad no ha sido capaz de justificar la fecha de la fotografía. Le has puesto una trampa y ha caído de lleno. Y si lo miras bien, pocas cosas de las que nos ha contado pueden demostrarse. Cualquier posible testigo que pudiera dar fe de la historia está muerto.

—Excepto su hermana quizá.

Henry levantó una ceja, un gesto que le había visto practicar en el espejo.

—¿Crees que sigue viva después de lo que nos ha contado Martlesham?

Martlesham había empezado a relatar la historia a trancas y barrancas. Como si se hallara en un estrado, había ido soltando información de mala gana, sin proporcionarla *motu proprio*, dificultando al máximo la labor del abogado que lo interrogaba. La madre de los Martlesham había muerto al dar a luz. En ese momento no había un hombre en la casa.

—Recuerdo que el embarazo los ahuyentaba —nos había dicho Simon—. Y tenía un aspecto cada vez más enfermizo.

Aunque no llegó a decirlo, era evidente que hacía años que no veían al señor Martlesham por casa. Simon sospechaba que sus padres nunca llegaron a casarse y que, además, su hermana no era hija del mismo padre.

Simon había conocido a Francis el invierno anterior a la muerte de su madre. La relación parecía inocente y hasta encomiable. Francis prestaba libros a Simon y lo animaba a ir a clases nocturnas de literatura inglesa y aritmética. Solía invitar tanto a Simon como a Nancy a merendar a la Obscura Hostería, donde vivía en aquella época. Dos sirvientas mayores atendían a Francis: un ama de llaves que también ejercía de cocinera y una criada que no veía con buenos ojos a los hermanos Martlesham.

—Para Nancy y para mí eran como fugaces visitas al paraíso. Sentarse en una silla cómoda en una casa limpia, tomar el té de la tarde con bocadillos y con todo el pastel que quisieras. Youlgreave me regaló una navaja y me permitió grabar mis iniciales en un nogal del jardín para demostrarle lo bien que sabía escribir las letras. Solía sentar a Nancy en sus rodillas y leernos cuentos. ¿Sigue ahí ese nogal?

—Ya no —respondí—. Ahora solo hay un manzano.

Al morir su madre —«La oí gritar», había señalado Martlesham con naturalidad—, el único pariente vivo que les quedó en Rosington fue una tía, la hermana mayor de su madre, que trabajaba en una mercería de High Street.

—La tía Em había salido de Swan Alley y había llegado muy lejos —contó Martlesham—. Y nosotros solo éramos una carga para ella. Y tenía un novio que quería casarse con ella, un hombre muy respetable que poseía una casa y todo. Así nuestra tía no quería que

le hiciéramos la pascua. Era una mujer dura. Aunque tampoco puedo echarle la culpa.

Y en esa parte de la historia entraba Francis. Ayudó a costear el funeral de su madre. Una tarde llamó a la tía Em para hacerle una propuesta. Estaba dispuesto a enviar a Simon a Canadá, donde podría aprender un oficio y empezar de nuevo. Y para Nancy tenía una idea mucho más seductora. Conocía a un matrimonio que vivía cerca de la casa de su hermano en Middlesex que no podían tener hijos. Querían adoptar una niña y educarla como una señorita. Nancy sería la niña perfecta para ello. Era espabilada, inteligente y muy guapa. Y tenía los ojos del mismo color que la señora. Viviría en una casa con un gran jardín y tendría un poni y una habitación para ella sola.

—La tía Em quedó encantada con esa idea, cómo no, y luego dijo que yo ya era bastante mayor como para decidir por mi cuenta. Nancy dijo que quería quedarse conmigo, pero yo no podía ofrecerle nada. O, por lo menos, durante los primeros años, antes de establecerme.

—Ha dicho que le acusó de haberla vendido —le recordé—. ¿Qué ha querido decir con eso?

Su rostro se oscureció. Supuse que no había querido decirnos aquello, que aquellas palabras se le habían escapado. Al momento advertí que no estaba enfadado, sino avergonzado.

—Antes de irme de Rosington, el señor Youlgreave me dio cincuenta libras —vaciló un instante para escoger las palabras— para ayudarme a instalarme en Canadá. Pero Nancy no era más que una niña y no entendió bien aquello.

En la sala de arriba del *pub*, Henry dijo:

—Solo contamos con lo que dice Martlesham, no tenemos pruebas de que Nancy fuera adoptada. Ni de todo lo demás que nos ha contado. Podría existir otro motivo por el que no intentó hablar con su hermana a su regreso a Inglaterra. Quizá sabía que no tenía sentido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si él sabía que estaba muerta?

—Eso es horrible.

—Yo diría que todo apunta a esa conclusión.

Henry encendió dos cigarrillos y me pasó uno.

—Francis Youlgreave tiene un lado muy extraño, eso resulta obvio por los poemas. Y Martlesham se ha alterado cuando le has preguntado por lo de los animales.

Estuvo a punto de montar en cólera. Dijo que mi observación era propia de cuanto odiaba de Rosington. La gente del pueblo había dicho que el canónigo Youlgreave estaba loco y que se dedicaba a despedazar animales por puro sadismo. Pero él, Simon Martlesham, sabía que no era así, como lo sabían muchas otras personas, entre ellas los sirvientes del canónigo Youlgreave. El señor Youlgreave tenía interés por la fisiología animal. Alguna que otra vez, Simon Martlesham le había ayudado a diseccionar animales pequeños. En una ocasión, Simon halló un gatito ahogado en el río y lo recogió para llevárselo a Youlgreave, que había recompensado al chico con medio soberano por tomarse la molestia. Pero a otras personas de mentes retorcidas les faltó tiempo para interpretar como algo siniestro un interés científico absolutamente legítimo.

«Y se hacen llamar cristianos —había dicho Martlesham, igual que en la primera ocasión que nos vimos, repitiendo lo mismo que Janet dijera horas antes sin saberlo—. No eran más cristianos de lo que esta mesa lo es. Y a juzgar por lo que dice usted, parece que las cosas no han cambiado».

—¿Crees que se siente culpable? —pregunté a Henry, pensando en si habría tiempo para tomar otra copa—. Ha sufrido un derrame cerebral, ha perdido a su mujer y no tiene hijos. Supón que es la primera vez en su vida que ha tenido tiempo para reflexionar sobre lo que hizo a su hermana. Creo que quiere averiguar si sigue viva.

—¿Porque quiere verla otra vez?

—No necesariamente. Puede que quiera asegurarse de que Francis le dijo la verdad, que fue adoptada y creció como una señorita. Se siente culpable. Sencillamente no sabe qué fue de ella.

Henry se quitó una hebra de tabaco de entre los labios.

—Supongo que eso explicaría muchas cosas: las visitas del investigador privado a Roth y a Rosington, así como el interés que ha mostrado por nosotros. Esto no tiene que ver solo con Youlgreave.

—Si… si Nancy murió en 1904, ¿crees que *La voz de los ángeles* revela algo acerca de la manera en que pudo morir?

—Por favor, Wendy —exclamó Henry, mirándome—. ¿No

estarás insinuando que Youlgreave se tomó esas paparruchas literalmente?

Me encogí de hombros y aparté a un lado el vaso vacío.

—Es hora de irme.

El hecho de saber que había escandalizado a Henry me proporcionaba una pizca de placer. Normalmente sucedía al revés. Me acompañó a la estación, pero no le dejé que lo hiciera hasta el tren. Al llegar a la barrera de acceso me detuve para despedirme. De pronto, Henry se hizo hacia delante y me rodeó la cintura con sus brazos. Lo hizo con torpeza, lo cual era impropio de él. Intentó besarme los labios, pero volví la cara a un lado y me besó el lóbulo derecho. Aparté sus brazos de mí y di un paso atrás.

—Wendy, escúchame. ¿Cuándo puedo volver a verte?

—No lo sé. Tengo previsto regresar a Londres tarde o temprano.

—¿No podemos concretar un día? Si sirviera de algo, yo podría ir a Rosington.

Si Henry se dejaba ver por Rosington, las «chicas del toque» tendrían algo de que chismorrear y él correría el riesgo de que la gente le volviera la cara en cada esquina.

—No creo que sea una buena idea.

—Creía que el anillo significaba…

—Pues has creído mal.

—Wendy, por favor…

Sintiéndome furiosa de repente, di media vuelta y lo dejé allí. Perforé el billete en la barrera de acceso y caminé por el andén, junto a todo lo largo del tren. Sabía que Henry seguía allí mirándome, pero no me volví para decirle adiós.

¿Cómo se atrevía a pensar que solo con chasquear los dedos correría a sus brazos? Maldito Henry, pensé mientras me metía en un compartimento abarrotado de viajeros que volvían a los barrios de las afueras tras un día de trabajo; maldito Francis y malditos todos.

Entre Cambridge y Rosington me entregué a imaginar una conversación con Henry. Le decía que su amigo David me gustaba mucho más que él, que David era mucho más guapo y tenía un cuerpo mucho más bonito. El culo de David no temblaba, le decía a Henry, y su piel no era tan fofa ni parecía necesitar un planchado. Yo sabía que nunca le diría nada de aquello, es más, me sentí fatal

por pensarlo siquiera.

Al llegar a Rosington, subí la colina apretando el paso y entré en el Recinto por la Porta. No vi al señor Gotobed por ningún lado, ni a nadie conocido, lo cual me alegró. No tenía ganas de entablar ninguna conversación.

Abrí la verja que daba al jardín de la Obscura Hostería. Sobre el césped estaba el triciclo de Rosie. Janet se enfadaba cuando se quedaban cosas en el jardín por la noche, así que lo recogí y lo guardé en el cobertizo que estaba situado en un rincón, junto a la madreselva.

La puerta de la casa que daba al jardín no estaba cerrada con llave. Pasé al recibidor.

—¡Enfermera! —exclamó la voz de un hombre desde el rellano del piso de arriba—. ¿Es usted?

El doctor Flaxman asomó la cabeza sobre el pasamanos. Al ver que era yo frunció el ceño.

—Suba —me gritó—. Suba a ayudarme.

Capítulo 36

No solo murió el niño. El aborto de Janet fue el momento decisivo de toda la historia. Hasta entonces nunca había pensado mucho en abortos. Era algo que les ocurría a las reinas de los libros de historia, cuyos esposos estaban desesperados por un heredero. O a personajes de novelas. O a mujeres discretas y apocadas a las que no conocía muy bien porque no salían mucho.

Un aborto era una desgracia para todos los afectados, reflexioné las pocas veces que me lo podía haber planteado, pero no era el fin del mundo.

No conocí la historia entera hasta un par de días después. El viernes por la mañana, después de irme a Londres, Janet había terminado los quehaceres de casa antes de salir a cortar el césped. Los dolores empezaron a media tarde. Y fueron en aumento hacia el atardecer. David aún no había vuelto de trabajar, Rosie y el señor Treevor exigían comida y atención y yo no estaba allí para ayudarla con tanto trabajo. Janet tenía intención de sentarse a descansar un momento, pero cada vez que se disponía a hacerlo le pedían algo.

—De todas maneras, pensé que eran unas punzadas sin importancia —me explicó llorando el sábado por la mañana cuando fui a verla al hospital—. Eran como las de la regla…, las soportas hasta que tarde o temprano deja de dolerte. Pero esta vez no paraban. Y fueron a más.

Cuando Janet fue al baño se dio cuenta de que era verdaderamente grave. Ni siquiera entonces quiso llamar a David. Llamó a la consulta y tuvo la suerte de encontrar al doctor Flaxman, pues estaba a punto de irse a casa. Fue el único golpe de suerte que Janet tuvo ese día.

—La culpa es mía —se recriminó Janet en el hospital—. Yo lo he matado.

—Mira —dije con torpeza—, eso es una tontería. La culpa no ha sido tuya. Además, en cierto modo no era un niño todavía. Ni siquiera sabes si era un varón.

—Claro que era un niño —me reprochó—. Y sé que era un varón, siempre lo he sabido. Iba a llamarse Michael. Michael.

Por un momento sostuvimos las miradas. Parecía que quisiera estrangularme. Entonces se echó a llorar otra vez y extendió los brazos pidiendo consuelo.

Más tarde me contó lo que le había dicho el doctor Flaxman al visitarla por la mañana.

—Me ha dicho que trate de superarlo y que vuelva a quedarme embarazada. ¿Qué sabrá él? Lo ha dicho como si me hubiera sacado una muela y fuera a crecer otra en su lugar.

Por mucho que le dijera que no fuera tonta, por mucho que le dijera que el aborto no había sido culpa de nadie y por mucho que ella dijera que estaba de acuerdo, una parte de Janet siguió pensando que era culpa suya, una parte a la que yo no llegaba y a la que, al final, nadie fue capaz de llegar.

Entretanto, yo incluso disfruté. Tenía la agradable sensación de que otras personas creían que estaba a la altura de las circunstancias. Trataba de consolar a Janet. Cuidaba de Rosie y del señor Treevor, que tenían necesidades casi idénticas. A mi manera, me encargaba de la Obscura Hostería. Y escuchaba a David cuando este necesitaba hablar con alguien.

—Esta tarde he recibido una nota del obispo —me contó ese mismo sábado por la noche— en la que preguntaba por Janet y demás. Pero también decía que a finales de verano habrá un puesto conjunto vacante. Y me preguntaba si estaría interesado.

—¿Dónde?

—En Tattisham, con Ditchford. A unos cincuenta kilómetros de aquí. Cerca de Wisbech.

—Así que está en lo profundo de los Fens.

David asintió y dijo:

—No se puede ir a un lugar más remoto. Además, supondría un esfuerzo económico… El estipendio no tiene nada de especial y habría que mantener el coche. No sé cómo se las arreglaría Janet. No tendría a nadie con quien hablar.

Y David tampoco, pensé, pues era una de esas personas que,

dondequiera que vivieran, nunca dejaban la universidad.

—Aun así, quizá le gustaría el cambio —siguió contando—. Sería una buena ocasión para empezar de cero. ¿Cómo crees que está Rosie? Esto debe de haberle causado cierto desasosiego.

—Creo que está bien —dije con la seguridad de una persona que no tiene hijos—. Pero aún es muy pequeña, claro, y a esa edad los niños están en sus cosas.

—¿Sabe lo del niño?

—Le he contado que su mamá había tenido que ir al hospital y que al final no tendría el niño.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Con mucha calma.

Y así era. Al comunicarle a Rosie la novedad, me miró con una sonrisa y dijo: «Bien». Pensé que a David podría haberle disgustado esa respuesta. Ahora ya soy vieja, los tiempos han cambiado y veo las cosas de otra manera. Me resulta algo ridículo que Janet y yo, dos mujeres adultas, hubiéramos dedicado tanto tiempo y esfuerzo en preocuparnos por los sentimientos de David. Lo tratábamos como si su corazón estuviera hecho de cáscaras de huevo.

Janet regresó a casa el domingo por la mañana con la orden de guardar reposo durante varios días. Se hallaba muy débil y abatida. Flaxman nos dijo que lo mejor que podía hacer era tratar de animarla y David y yo nos conchabamos para conseguirlo. Creo que es lo peor que pudimos hacer. Cada vez que David o Flaxman decían «No te preocupes, Janet, te recuperarás pronto y podrás quedarte embarazada otra vez y tener otro niño», le estaban diciendo que no podía llorar por el que había perdido. Y lo cierto es que nadie más lloraba por ese niño. Nos mostrábamos constantemente alegres. Así que Janet tuvo que llorar la pérdida dentro de sí. Y las penas reprimidas se vuelven amargas.

Aquel domingo por la tarde Janet me dijo:

—Estoy preocupada por David.

—¿Por lo de Tattisham con Ditchford?

Negó con la cabeza.

—Porque estoy enferma y no podré…, en fin, tendrá que arreglárselas solo durante unos días.

—Seguro que se las apaña.

Habría resultado incómodo que una de las dos hubiera usado la

palabra «sexo».

—Aunque en el caso de los hombres supongo que es distinto.

—Cada cual a lo suyo —dije, preguntándome si Henry se las estaría arreglando por su cuenta y por qué no me había llamado.

Yo traté de llamarle al
Brown's
Hotel el sábado, pero ya había pagado la cuenta y se había marchado. No había dejado una dirección de contacto. A lo mejor ya se había hartado de mí.

El domingo fue de mal en peor. El señor Treevor se fue pronto a dormir, Janet cenó en la cama y David y yo en la cocina. Luego David subió a recoger la bandeja de Janet. Instantes después le seguí yo con el café de Janet, pues se lo había dejado. Encontré a David haciendo señas al señor Treevor, que lloriqueaba, para que cruzara el rellano. El viejo no llevaba la dentadura y el rostro se le hundía en sí mismo.

—¿Qué sucede?

—Estaba otra vez en el cuarto de Rosie —respondió David, lanzándome una mirada como si la culpa fuera mía—. No lo pienso aguantar.

De súbito, el señor Treevor se dejó caer de rodillas y se abrazó a las piernas de David.

—No me echéis —aulló—. Por favor, no me metáis en una residencia.

Intenté ayudarle a levantarse, pero se agarró más a David.

—Vamos, señor Treevor —le insté—. ¿Por qué no se va a la cama y le traigo una bolsa de agua caliente y una taza de cacao?

—¡No me echéis!

Reparé en Rosie, que contemplaba la escena desde la puerta de su habitación. Janet aparecería en cuestión de segundos.

Pálido, David se inclinó, cogió al señor Treevor por las muñecas y lo soltó de sus piernas. Tiró del viejo para levantarlo. Le brillaban tanto los ojos, que me pareció que no era David quien miraba a través de ellos, sino otra persona.

—Vuelva a su habitación —le dijo en voz baja y apretó las frágiles muñecas del señor Treevor hasta que este chilló—. Ya nos ha creado bastantes problemas.

De un empujón, lo apartó de sí. El padre de Janet se habría

caído si yo no hubiera extendido el brazo para sostenerlo. Miraba a David como si hubiera visto a su yerno por primera vez y, en cierto modo, así era.

—Ojalá estuviera muerto —dijo el señor Treevor—. Por favor, matadme. No quiero seguir viviendo.

—Claro que sí —dije con indiferencia al tiempo que lo tomaba por el brazo y tiraba de él para llevarlo a su cuarto—. Todos le queremos mucho, señor Treevor, pero ahora estamos un poco alterados porque Janet no está bien. Pero todo parecerá mucho mejor por la mañana.

De pronto dejó de oponer resistencia. Lo conduje a su dormitorio. Se dejó meter en la cama. Luego lo arropé.

—Buenas noches —me despedí—. No vuelva a salir de la cama y vendré a verle más tarde.

Levantó la cabeza hacia mí y ordenó:

—Beso.

Me incliné y le besé la frente. Fue como besar un periódico viejo. Luego regresé al rellano, donde ya no había nadie. Me asomé al cuarto de Rosie. Estaba en la cama, fingiendo que dormía, con Ángel a su lado sobre la almohada. Rosie nunca había levantado la cabeza para pedirme un beso. La puerta de Janet y David estaba cerrada y se oían voces al otro lado.

Sentí pena por mí misma, de modo que bajé al salón, me preparé una ginebra con angostura, me tumbé en el sofá y encendí un cigarrillo. «Las cosas mejorarán», me dije sin convicción. Pensé que David se había comportado de modo cruel. Y pensé que, en determinadas circunstancias (o en cualquiera) quizá yo también habría reaccionado de la misma manera.

Al cabo de un rato, bajó al salón. No me molesté en quitar los pies del sofá ni en esconder el vaso. Se sentó junto a la chimenea vacía.

—Lamento lo ocurrido —dijo—. He perdido los estribos. No debería reaccionar así con nadie, pero con el pobre John es imperdonable.

Me encendí otro cigarrillo y lo dejé consumirse.

—No te lo había dicho, pero ya lo había encontrado en la cama con Rosie. No es… ah… un comportamiento normal… es un síntoma claro de demencia —me explicó.

—Pero ha sido todo inofensivo en realidad. No le estaba haciendo daño, ¿verdad?

—No creo que debamos seguir hablando de esto. Es una cuestión médica. De todas maneras, Janet y yo ya hemos decidido que tendrá que irse a una residencia. Ya no hay más que hablar. Mañana por la mañana llamaré a Flaxman.

Guardamos silencio. Busqué con desesperación algo que mereciera la pena decir.

—¿Estás seguro de que es lo mejor?

—¿Insinúas que no lo es? —Su voz se endureció y el desconocido miró a través de sus ojos.

—John solo va a empeorar. Necesita ayuda profesional. Y Janet y yo también tenemos que pensar en Rosie.

Asentí y concedí:

—Ya lo sé. Tienes toda la razón. Pero el señor Treevor se va a llevar un disgusto.

—Es una cuestión de hacer lo mejor para todos los afectados —me dijo en un tono más amable—. Naturalmente, iremos a verle con regularidad. Aunque lo más probable es que pronto no reconozca a nadie, de modo que dará igual donde esté.

Esa vez el silencio fue más largo.

—No he tenido ocasión de preguntarte nada —dijo David con brusquedad—. ¿Cómo estaba Henry el día que le viste?

—Como siempre. Me dio recuerdos para ti.

—¿Te está ayudando con la investigación?

Era extraño que David no fuera capaz de aludir a mi investigación sobre Francis sin sonar condescendiente, aun cuando tratara de mostrarse amable conmigo.

—Sí, mucho, gracias —respondí con remilgo—. Pero ahora ha surgido otro enigma. Hay otra persona interesada.

—¿En Youlgreave?

—Sí. Alguien ha contratado a un investigador privado llamado Harold Munro para que indague.

David frunció el ceño.

—Parece absurdo. Nadie contrata a un detective para investigar a un poeta muerto.

—Ya lo sé. Henry dijo lo mismo el viernes pasado.

—Así que él está al corriente.

David quería decir que si Henry sabía de la existencia de Harold Munro, no cabía considerar al investigador privado como un producto de la imaginación de una crédula.

—Henry fue quien siguió a Munro y descubrió quién era —le conté.

—¿En Londres?

—Sí. Pero Munro también ha estado en Rosington. Puede que fuera él quien observaba la Obscura Hostería el otro día…, ¿te acuerdas?, cuando el señor Treevor dijo que había visto a un hombre mirando la casa.

—¿Y no crees que podría estar más interesado en ti que en Youlgreave?

—Se llevó un libro de Youlgreave de la biblioteca pública. Recortó artículos sobre él del *Rosington Observer*. Incluso ha estado acosando a la señora Gotobed y a la señora Elstree.

—Qué cosa más rara. Quizá debamos hablar con la policía.

—¿Y contarles qué? —le pregunté—. No se ha cometido ningún delito.

Una vez más, David se encogió de hombros. Yo sabía que se había puesto a pensar en otra cosa, seguramente en el Colegio Teológico o en su brillante carrera, y no tanto en el señor Treevor, Janet o el niño muerto. De modo que me quedé allí sentada con el vaso en la mano, preguntándome si realmente se había cometido algún delito, no en 1958, sino hacía cincuenta años.

David habría dicho que me estaba imaginando cosas, pero no me había imaginado a Nancy Martlesham que, a efectos prácticos, se desvaneció como una nube de humo del jardín del Colegio Teológico el 6 de agosto de 1904.

Capítulo 37

Aquel fin de semana hablé con el canónigo Hudson y este permitió que me ausentara del trabajo el tiempo que hiciera falta. El lunes por la mañana llevé a Rosie a la escuela. David ya se había ido al Colegio Teológico, lo cual significaba que Janet se quedaría sola en la Obscura Hostería con el señor Treevor.

—¿Estás segura de que te las puedes arreglar sola? —le pregunté.

—Sí, no te preocupes. De todas maneras, me gustaría quedarme con papá a solas.

El señor Treevor se había negado a salir de la cama. David ya había llamado al doctor Flaxman para pedirle que le buscara una residencia.

Aquella mañana hacía buen día. Rosie respondía con monosílabos a mis intentos de darle conversación. Al llegar a las verjas del St. Tumwulf, no quiso que entrara. Pero me dio a Ángel y se guardó de mirar cómo metía a la muñeca en el bolso que había llevado para ello. Me permitió darle un beso en su brillante coronilla. Entró en el patio de recreo, que estaba repleto de niños de pie o jugando en grupos. Rosie no le dirigió la palabra a ninguno: se limitó a pasar entre ellos hasta la puerta del colegio.

Estaba a un kilómetro y medio del Recinto. Pasé el camino de vuelta pensado en la compra y en qué comidas prepararía los próximos días, pensando también en lo extraño que iba a resultar comer en la cocina sin John Treevor sentado en la silla Windsor a un extremo de la mesa.

Tras cruzar la calle principal, pasé junto a la iglesia de St. Mary y fui a Palace Square. Justo enfrente de mí estaba Minster Street, al fondo de la calle se alzaba la fachada oeste de la catedral. Llegué justo a tiempo para cruzarme con la señora Elstree.

—Hola —saludé—. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias —respondió e hizo amago de seguir andando sin siquiera preguntar cómo estaba Janet.

No la había visto en varios días y, en ese tiempo, parecía haber adquirido un tono más sepia que nunca, como si perdiera gradualmente todos los colores salvo el marrón.

—Quería preguntarle algo —le dije.

—Es que tengo un poco de prisa.

—Es sobre los hermanos Martlesham, Simon y Nancy. Al parecer tenían una tía que trabajaba en una mercería.

—Ah, ¿sí?

Para entonces ya me había pasado de largo y se dirigía a High Street. Di media vuelta y caminé a su lado.

—Me preguntaba si recuerda algo de ella.

—Han pasado muchos años, señora Appleyard. No creo que pueda ayudarla. Le ruego que me disculpe —dijo, y apretó el paso.

Aparte de agarrarla por el brazo, poco podía hacer para retenerla. Supuse que ya sabía qué había ocurrido. Puesto que ya habían decidido cerrar el Colegio Teológico, la señora Elstree ya no tenía que perder tiempo y esfuerzo relacionándose innecesariamente con los Byfield y mucho menos con la amiga de Janet. A menos que fuera algo más: ¿acaso la señora Elstree había decidido que ya había hablado bastante de Francis Youlgreave?

Ahora bien, había otra persona que podría recordar a la tía de los Martlesham. Enfilé Minster Street y entré en el Recinto por la Porta, pero el Riley del doctor Flaxman estaba aparcado frente a la casa de los Gotobed. Fui hacia los castaños con la intención de pasar por el claustro. Oí una puerta cerrándose de golpe detrás de mí.

Miré atrás. El doctor Flaxman dio la vuelta al coche y se dirigió a mí a un paso dos veces más rápido que una persona normal.

—Creo que ya he encontrado una habitación para el señor Treevor —me informó, tocándose el sombrero con un dedo—. ¿Se lo dirá al señor Byfield? Está situado en los Cedars, así que será un lugar idóneo.

—¿Dónde está eso?

—En las afueras del pueblo, a menos de doscientos metros de la escuela infantil. Pero la habitación no estará disponible hasta

principios de la semana que viene. Los Byfield tendrán que llamar a la supervisora. Quizá mientras tanto se le pueda llevar a un hospital. Me gustaría examinarle bien y sería un motivo menos de preocupación para la señora Byfield.

—¿Quiere que se lo comente a ella también?

—Sí, por favor. Puede que quiera hablar de ello con su esposo. Dígale que llame a la consulta en cuanto le sea posible y que me diga si les cuadra.

Asintió y se dirigió al coche.

—¿Se encuentra bien la señora Gotobed? —me apresuré a decir —. Estaba pensando en llamarla esta mañana.

—Yo que usted no iría a verla —dijo, sacudiendo las llaves del coche—. Acabo de visitarla: anoche tuvo uno de sus ataques.

Volví a la Obscura Hostería. El señor Treevor seguía en su cuarto, pero Janet había conseguido salir de la cama y estaba en la cocina mirando los platos sucios del desayuno, que yo no había tenido tiempo de fregar.

—Deberías estar en la cama —dije— o, al menos, descansando.

—Hay tanto que hacer.

—Sí, y lo voy a hacer yo. Está todo previsto. —Puse la tetera al fuego—. Vamos…, ve al salón y pon los pies en alto, que prepararé unos cafés.

Hizo lo que le pedí. Fregué los platos mientras el agua de la tetera se calentaba. Llevé el café arriba y le di el recado del doctor Flaxman.

—Sigo pensando que debería quedarse con nosotros un tiempo más —dijo—. Me sentiría tan culpable si se marchara ahora. Si tuviera una semana o dos para hablar con él de ello…

—No serviría de nada —dije, me encendí un cigarrillo y me senté en el sillón de la ventana con el café—. Ya nos da demasiado trabajo.

Janet se recostó en el sofá retorciendo un pañuelo empapado entre los dedos. Sentía que le estaba fallando y ella sentía que le estaba fallando a su padre o a David y a Rosie. Era absurdo. La única persona que estaba fallando era el señor Treevor, además sin tener la culpa.

—Janet, confía en mí. Es la decisión más adecuada. Y dentro de una semana o dos lo agradecerás. Lo que pasa es que ahora te

sientes fatal por el niño.

Se echó a llorar a lágrima viva. Me arrodillé junto al sofá y la abracé. Eso era lo que Flaxman y David nunca entendieron: Janet necesitaba llorar. Alguien a quien quería había muerto. El hecho que esa persona tuviera menos de tres meses y que ella nunca la hubiera visto no significaba nada.

Pasado un rato, Janet se apartó de mí y se sonó la nariz.

—Desprecio profundamente a la gente que se echa a llorar en cuanto tiene ocasión.

—Puedes llorar cuanto quieras.

Me aparté para que no viera las lágrimas en mis propios ojos y tomé un sorbo de café frío. Mi cigarrillo se había consumido en el cenicero sobre el sillón de la ventana. Cogí la cajetilla y, de una sacudida, hice salir otro. En ese momento oí el pestillo de la verja. Miré por la ventana. La esposa del deán había entrado por el Recinto y se dirigía a grandes pasos hacia la casa.

—Maldita sea —exclamé con inquina, proyectando toda mi rabia sobre la mujer que se acercaba por el jardín—. Es la maldita señora Forbury. ¿Quieres que le impida entrar? Le diré que estás descansando.

Janet negó con la cabeza.

—Más vale que la reciba. Es muy amable de haber venido a verme.

—Es más bien una entrometida.

—Tarde o temprano tenía que verla, así ya me la quito de encima.

Relajé mi ceño fruncido y fui a abrir la puerta. La señora Forbury pasó al recibidor.

—Buenos días. Usted es la señora Appleyard, ¿verdad?

—Sí, claro —respondí y, para no ser menos, le pregunté—: Y usted debe de ser la señora Forbury. Creo que Janet me ha hablado de usted.

Ya se estaba quitando los guantes. La acompañé al comedor. Janet me pidió que preparara más café. Al volver, la señora Forbury estaba elogiando la sangre fría con que su madre solía afrontar los abortos, insistía en que eran algo tedioso, pero apenas grave, como un resfriado común. Janet no se lo tomó a mal, si bien percibí cierta frialdad entre las dos mujeres cuando Janet anunció que no creía

que pudiera acudir a la reunión de las «chicas del toque» el próximo jueves por la tarde, ni que estuviese en condiciones de preparar las flores en la capilla de la Virgen la semana siguiente.

Aunque fuera de un modo perverso, tratar con la señora Forbury parecía hacerle bien. La trataba de una forma muy parecida a como solía tratar a la señorita Esk, la directora de Hillgard House, afectando deferencia para disimular la serena resolución de salirse con la suya dentro de lo posible. Y la esposa del deán tampoco le guardaba rencor por ello, más bien al contrario. Hizo que me diera cuenta de que Janet cuadraba en aquel entorno. Y caía bien a la señora Forbury. Podían confiar en que Janet seguiría las reglas del Recinto. Janet encajaba con Rosington de una manera que yo nunca lo hice.

La señora Forbury se relajó. Incluso me aceptó un cigarrillo.

—Normalmente no fumo antes de comer, pero hoy me siento algo traviesa.

Se reclinó, dejó salir el humo lentamente por la nariz y me obsequió con una sonrisa.

—Janet me ha dicho que ha encontrado pistas del canónigo Rojo en la biblioteca de la catedral.

—Algún que otro libro. Tengo entendido que todavía se hablaba de él cuando usted era niña.

Se rio.

—No es de extrañar, señora Appleyard. Levantó bastante revuelo en su época. No solo por sus ideas socialistas, aunque eso ya fuera bastante grave. Lo cierto es que, desde el punto de vista religioso, se volvió muy excéntrico. Mi pobre padre solía decir que no deberían haberle permitido permanecer tanto tiempo aquí. Sobre todo después ocurrido con lo de los animales.

—¿Los animales que despedazaba?

La señora Forbury enarcó las cejas.

—Desde luego que ha hecho usted los deberes. Si no recuerdo mal, no se sabía si lo hacía él mismo o si animaba a hacerlo a un muchacho de pueblo. En fin, en general era todo muy desagradable. Era demasiado simpático con esos niños.

—¿Niños?

—También había una niña. —Su mirada se cruzó con la mía, pero la apartó enseguida—. La hermana del niño. El canónigo

Youlgreave la mimaba mucho, como hizo Lewis Carroll con aquella niña de Oxford. ¿Sabe?, esa que dicen que era Alicia. Pero aquello fue muy diferente, claro. Al fin y al cabo, Alicia era hija de un profesor universitario.

—¿Qué pasó con los niños?

—Dios sabrá.

La señora Forbury apagó el cigarrillo.

—Supongo que volverían al lugar del que habían venido —añadió soltando una risotada aunque con un gesto nada risueño—. Mi niñera solía decirme que si era mala vendría el canónigo Rojo y se me llevaría. Se decían muchas cosas. —Cogió una galleta del plato que yo había sacado en su honor—. Pero al final convencieron al señor Youlgreave de renunciar a la canonjía y marcharse de Rosington. Después las cosas se sosegaron.

Así que tal vez el sermón sobre ordenar sacerdotes a las mujeres solo había sido la excusa para pedirle que se marchara de Rosington, un escándalo eclesiástico que vino de perlas para encubrir algo peor. No obstante, ¿se fue de Rosington con o sin Nancy?

La señora Forbury miró el reloj de plata situado sobre la repisa de la chimenea, un reloj que Janet había rescatado de entre las posesiones de su padre.

—Tengo que irme volando. Todavía no sé qué voy a hacer para comer.

La acompañé fuera. En la puerta me hizo una seña para que saliera con ella.

—Me alegro de que esté usted aquí, señora Appleyard —murmuró, aunque Janet no pudiera oírnos desde allí—. Si alguna vez Janet ha necesitado a una amiga a su lado es ahora.

Parpadeé y dije:

—Haré cuanto esté en mis manos.

—Seguro que sí. No está pasando por un buen momento, con todo lo de su padre y lo del cierre del Colegio Teológico.

De pronto arrugó la cara hasta el punto de parecer una nuez rosada y me confió:

—Yo he tenido tres abortos y sé cómo se pasa. Una trata de llevar cuidado con esas cosas, pero no resulta fácil. Cuídela, ¿sí?

Me dio unas palmaditas en el brazo y siguió el sendero hasta la

verja. Perpleja como estaba, me quedé mirándola. Hacía tiempo que consideraba a la señora Forbury una bruja esnob, dominante e insensible. Seguramente era todas esas cosas, pero acababa de descubrir que era algo más. Era inquietante. Habría deseado que la gente no fuera tan desconcertante y confusa.

Volví adentro y vi que el señor Treevor había bajado sigilosamente al salón. Había intentado vestirse. Llevaba la bragueta abierta y había abrochado el botón inferior de la chaqueta de punto al ojal superior. Estaba sentado en la silla donde se había sentado la esposa del deán y los bordes de su pantalón revelaban que solo llevaba un calcetín. Al entrar se volvió hacia mí con gesto impaciente.

—¿Es ya la hora de comer, mamá?

—No, cariño —le dije—. Todavía no.

Janet y yo intercambiamos miradas. Y luego ella dijo:

—Papá, tengo que hablar contigo…

—¿Papá? —repitió sorprendido, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está?

Janet volvió a mirarme y sacudió un poco la cabeza.

—Por un momento creía que te referías a mí —dijo el señor Treevor con el ceño fruncido y se mordió el labio del mismo modo que Janet lo hacía algunas veces—. Pero yo no soy papá, ¿no? Yo soy Francis.

Capítulo 38

Varias horas después, antes de que David volviera a casa, Janet consiguió decirle al señor Treevor que lo trasladaban al hospital. Se lo tomó mal entonces y después. No creo siquiera que entendiera cuanto le estaba diciendo su hija, pero debió de percibir su angustia.

—Me siento como una asesina —me dijo Janet más tarde—. ¿Cómo podemos hacerle esto?

Al llegar a casa, David hizo lo posible por tranquilizar a Janet y a su suegro, pero lo posible no fue suficiente en ningún caso. Rosie notó la tensión y empezó a dar guerra tirando la leche sobre la mesa de la cocina y hablando con un ceceo infantil muy distinto de su habla clara de siempre. La subí, le di un baño y le leí uno de los libros de Noddy que Henry le había enviado.

Bien hecho, Noddy era sobre una marioneta pequeña que vivía en el país de los juguetes. La historia consistía en el robo de un garaje lleno de coches perpetrado por una siniestra banda de duendes traviesos. Noddy era acusado injustamente del delito y encerrado en la cárcel. Por suerte, su mejor amigo, un gnomo llamado Orejotas lograba limpiar su nombre. Tras la detención de los duendes, a Noddy se le recompensaba con un coche. Ay, si la vida fuera igual de sencilla, pensé.

Mientras leía, Rosie abrazaba a Ángel y me miraba con los ojos muy abiertos. Cuando estaba llegando al final, oí a Janet que subía con el señor Treevor. Este no dejaba de sollozar en voz baja.

—Desearía estar muerto —decía—. Desearía estar muerto.

Levanté la voz y me apresuré a terminar la historia.

—No tiene sentido —opinó Rosie cuando hube terminado.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Este libro. ¿Cómo pudieron creer que él solo había podido

robar todos los coches? En el dibujo hay al menos seis. No pudo conducirlos a la vez.

—Quizá pensaron que se los había llevado de uno en uno. O que algunos amigos le ayudaron.

—Es absurdo —concluyó y cerró el libro de golpe—. No tiene sentido. Esto no me gusta.

—A nadie le gusta —dije, y me levanté para cerrar las cortinas —. Es hora de irse a dormir. Voy a decirle a papá y a mamá que vengan a darte las buenas noches, ¿sí?

—¿Por qué el abuelo quiere morirse?

Vacilé en la puerta.

—En realidad no creo que quiera.

—Pero no para de decirlo. ¿Es agradable estar muerto?

Rosie no era mi hija, por lo que no le dije lo que pensaba.

—Cuando te mueres, te vas al cielo. En eso creen mamá y papá.

—Eso ya lo sé. Pero ¿es agradable?

—Muy agradable, supongo.

Si existía, no podía ser mucho peor que la vida que muchas personas dejaban atrás. Como la pobre Isabella de Roth —si es que había existido—, que había muerto carbonizada en la plaza del mercado de Rosington por tener creencias equivocadas en una época equivocada acerca de algo que ni siquiera existía.

—¿En el cielo hay buena comida? —preguntó Rosie, arropándose sola.

—Seguro que sí. Y de la mejor.

—Los ángeles también comen, ¿verdad que sí? La comida no es solo para los muertos, ¿no?

—Tendrás que preguntárselo a papá. Él es el experto. Ahora, duerme bien y hasta mañana por la mañana.

Me incliné para darle un beso. El camisón de Rosie y el uniforme angelical de la muñeca se confundían con la funda y las sábanas. Por un momento, a la luz de la penumbra, me parecieron dos cabezas rubias decapitadas que descansaban como trofeos de un cazador sobre la almohada. Me vino a la mente un recuerdo: vi al padre de alguien en una fiesta en Durban, que hablaba de los cazadores de cabezas y explicaba por qué lo hacían.

Sonó el teléfono. Oí la voz de Janet en la habitación del señor Treevor y los pasos de David cruzando el recibidor. Bajé al salón.

Instantes después, David asomó la cabeza por la puerta.

—Es Henry.

Fui al estudio, deseando haber tenido tiempo de tomarme una copa, fumarme un cigarrillo o incluso de tocar la ramita de lavanda para que me diera suerte. No resultaba fácil verle otra vez. Me había acostumbrado a su ausencia.

—¡Wendy! —exclamó Henry, rebosante de entusiasmo al otro lado de la línea—. ¿Cómo estás, querida?

—Bien, gracias —respondí.

Estaba tan contenta de oírle que decidí no recordarle hasta más tarde que no me llamara querida.

—¿Cómo va todo? —pregunté.

—Te lo contaré en un minuto. ¿Qué le pasa a David?

—Lo siento —me disculpé—. Querría habértelo dicho.

—¿Haberme dicho qué? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No se trata de mí. Cuando volví el viernes, me enteré de que Janet había perdido el niño.

Henry silbó.

—Las desgracias nunca vienen solas, ¿eh?

—Y no solo eso. Mañana por la mañana van a ingresar al señor Treevor en el hospital y la semana que viene lo trasladarán a una residencia.

—Me parece sensato… De hecho, eso más bien parece un alivio.

—Es sensato y será un alivio, pero Janet no deja de sentirse fatal por hacerlo. Y el señor Treevor tampoco se lo ha tomado muy bien que digamos.

—¿Por qué David no me ha dicho nada? Se supone que somos amigos.

—Ya le conoces, su idea de sincerarse en una conversación consiste en preguntar si ya ha dejado de llover.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes.

Era una llamada de larga distancia, lo cual me hizo pensar en cuánto estaría costando aquel silencio.

—¿Wendy?

—¿Qué?

—Lamento lo del otro día. En Liverpool Street. No debería haber dicho aquello.

—No pasa nada —dije con una punzada de placer en la que no

quería pensar—. Yo también me dejé llevar un poco.

Volvimos a callarnos. Henry raspó una cerilla para encender un cigarrillo.

—Me figuro que el ambiente ahí será nefasto. Deberías tomarte unas vacaciones.

—Eso suena muy bien. Cuando Janet se encuentre mejor, creo que así lo haré.

—¿Has cobrado ya el cheque?

—No.

—Maldita sea. ¿Por qué no?

Me reí.

—Como si tú cuidaras el dinero.

—Ahora soy un hombre nuevo. Estoy ahorrando como nunca. Me he marchado del
Brown's.

—Ya lo sé. Te llamé el sábado.

Se impuso otro costoso silencio.

—Quería haberte llamado antes —dijo al fin—, pero no estaba seguro de que quisieras hablar conmigo.

—¿Dónde te alojas ahora?

—Por eso te llamaba. Para que sepas que me alojo en una habitación del
Queen's
Head.

—¿Dónde está eso?

—Es el *pub* de Roth.

—¿Y qué haces ahí?

—Estoy husmeando. Es el término técnico, ¿no? A alguna parte tenía que ir… Así que pensé en venir aquí. El
Queen's
Head es muy barato, por lo menos comparado con el
Brown's.
La comida no está mal y resulta que disponen de una buena bodega. Ayer fui a la iglesia (el párroco tendrá unos noventa y nueve años y apenas se le oye) y he tomado el té en la cafetería de la plaza ajardinada, que está a cargo de unas señoras horriblemente refinadas.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar?

—Aún no lo he decidido. ¿Por qué?

—Por curiosidad…

—Verás, querida —se apresuró a decir Henry—, sin tu capacidad organizativa, soy un desastre. Necesito que tomes tú las decisiones. Desearía que estuvieras aquí.

—Yo también.

Lo dije sin pensar y enseguida reparé en que le había dado la impresión equivocada. Antes de darle tiempo a comentar nada, le pregunté:

—¿Has llegado a alguna parte? Con la investigación, digo.

—Esta mañana he ido a guion Manor House. Lo tenía todo preparado. Iba a presentarme como un historiador de arquitectura que está escribiendo un artículo sobre casas interesantes de la zona, pero no tuve ocasión de decir nada. Una señora con un delantal me ha abierto la puerta y ha dicho que *lady* Youlgreave no estaba en casa. También había un par de perros —y, en un tono quejumbroso, concretó—: Dos bestias salvajes. Uno era un pastor alemán que quería morderme.

Creo que solo yo sabía que a Henry le daban miedo los perros. De pequeño, un pastor escocés de pelo largo le había mordido en una parte sensible.

—Luego probé suerte en la biblioteca, lo cual no fue un completo desastre. Encontré una pila de periódicos viejos sobre una mesa del fondo. Eran del periodicucho local, el *Courier*.

—No me digas. ¿De 1904 o 1905?

—De ambos. El bibliotecario me dijo que otro lector los había sacado.

—Así que Munro ha vuelto a estar en Roth.

—Eso parece. Pero no había recortado nada. No tuvo la suerte de encontrar nada, supongo. Les eché un vistazo. Había mucha cosa sobre los Youlgreave y Roth Park, especialmente artículos sobre obras de caridad, pero nada acerca de que Francis se marchara de Rosington.

—Seguramente los Youlgreave eran dueños de una parte del periódico.

—¿Y taparon el asunto de Rosington en la medida de lo posible? —dijo Henry—. Puede, aunque se le menciona en el número de diciembre de 1904 como uno de los personajes ilustres que donó

dinero a la escuela del pueblo, luego no se dice nada sobre él hasta la necrológica de su muerte, el verano siguiente.

—Ya es algo. ¿Qué sucedió exactamente?

—Se investigó lo ocurrido, pero la versión oficial es que fue un accidente. La habitación de Youlgreave estaba en una parte muy alta de la casa y por lo visto una noche se cayó por la ventana. Una criada halló el cuerpo a la mañana siguiente. Esa es la historia. El juez de instrucción dijo que debió de inclinarse demasiado al asomarse a tomar aire. Era una noche muy calurosa.

—¿Cuándo piensas volver a Londres?

—Probablemente mañana por la mañana. ¿Hay alguna posibilidad de que vengas en los próximos días?

—La verdad es que no. Aquí tengo muchas cosas que hacer.

—¿Y si yo fuera a verte?

—¿A Rosington? —pregunté sin poder disimular la incredulidad en mi tono de voz—. La gente de aquí tiene buena memoria, ya lo sabes. Si Oliver Cromwell apareciera por el pueblo, seguramente le harían pagar las esculturas que estropeó allá por mil seiscientos y pico.

—Me da igual. ¿Qué te parece si voy mañana? Tengo una cita con los Cuthbertson, pero puedo aplazarla sin problemas. Podríamos comer en el Crossed Keys.

—¿Los Cuthbertson?

—Ya te lo dije… Son los dueños de Veedon Hall. Había quedado en acercarme y pasar el día con ellos para visitar la escuela y demás. Pero no creo que les importe si…

—No debes cancelar esa cita.

—De acuerdo. Entonces iré el miércoles y te llevaré a comer. Quedamos así. Ya he mirado los horarios de los trenes. Hay uno que llega a Rosington a las doce y treinta y cinco.

—Pero es que Janet…

—Ella también puede venir, si quieres. Y David, supongo. Aunque preferiría que vinieras tú sola.

Al final accedí, sobre todo —me dije—, porque no tendría que cocinar.

—Es extraordinario —exclamó Henry—. Y luego podemos pasar por el banco a cobrar el cheque.

No pude evitarlo y me reí. Henry era como un perro terrier con

sentido del humor. Me hacía reír y nunca me soltaba.

Carraspeó y dijo:

—En fin, más vale que te deje para que puedas preparar el chocolate o lo que sea que hagáis a estas horas para divertiros. Te quiero. Voy a colgar para que no tengas que responder.

Se oyó un clic y la línea se cortó. Me quedé mirando el auricular un momento y luego colgué. Me sentí feliz como no me había sentido en meses, lo cual era una ridiculez. Oí los pasos de Janet en las escaleras y fui a contarle que Henry nos había invitado a comer aquel miércoles. Debía de haberse dado un baño mientras yo estaba al teléfono, porque ya iba con la ropa de dormir: una bata sobre un camisón crema de bombasí con un estampado de lazos de color rosa. Era una bata gruesa de invierno que me hizo pensar que ni siquiera había entrado en calor con un baño. Pero cuando le dije que Henry nos iba a visitar, se le iluminó el rostro.

—¡Qué bien! Me alegro mucho.

—Eso no significa que haya cambiado nada —le advertí—, pero tampoco debemos dejar de comportarnos como seres humanos civilizados, ¿no?

—No, claro que no.

—Mañana es martes —dije apresurada, pues sabía que me estaba sonrojando y buscaba una excusa para salir del paso—. Más vale que saque la basura.

Cuando me fui a la cama aquella noche todavía estaba contenta. Antes de dormir, volví a leer «Oficio de difuntos» mientras me fumaba el último cigarrillo.

¡Basta! —exclamé—. Consume la mejor parte solo y nada más. Pues en ella reside el más profundo arte…

Aquellas palabras volvieron a evocar el recuerdo que había asomado mientras hablaba con Rosie, o más bien partes de un recuerdo, sobre la conversación del padre de alguien en Durban, el hombre enterado de los cazadores de cabezas.

Había sido en una de las fiestas de Grady. Esta en concreto se celebró antes de que la empresa se hundiera con la inversión de Henry. El recuerdo era vago porque, incluso para el nivel de Grady, había sido una fiesta de borrachos.

El administrador excolonial había destacado entre los invitados, porque no se parecía a ninguno. Era el padre de alguno de ellos,

que estaba de visita en Inglaterra. Era un hombre bajo y encorvado con una tez cetrina y arrugada. Le recuerdo al principio de la noche de pie en un rincón con un vaso de zumo de naranja en la mano, observándonos. Sentí pena por él porque me pareció que estaba solo; además, como trataba de zafarme de Grady, fui a hablar con él. Le pregunté si se aburría.

—No —respondió—, es fascinante.

—¿El qué?

Me sonrió y señaló con la mano al grupo de personas que se arremolinaban por la sala y salían a la terraza, al jardín y a dar vueltas alrededor de la piscina.

—Todo esto. Me interesa mucho el comportamiento ritual.

Me reí.

—Me está tomando el pelo.

Negó con la cabeza y me explicó que su trabajo le había llevado a interesarse por la antropología.

—Sí, pero con salvajes…, con pueblos primitivos, quiero decir.

—Todas las sociedades humanas tienen sus rituales, señora Appleyard, por sofisticados que parezcan a primera vista. Piense en el luto ritual al que nos entregamos cuando falleció el rey. Y fíjese en esto: embriaguez, manifestación sexual formalizada y juegos infantiles, muchos de ellos de índole agresiva. Podría señalarle muchísimos paralelismos con las culturas tribales de África Occidental.

—Pero no puede ser lo mismo —objeté—. Los motivos por los que ellos lo hacen deben de ser completamente distintos de los nuestros.

—¿Por qué?

—Porque nosotros somos europeos y ellos africanos.

—No hay ninguna diferencia. Esta es una de las interesantes cuestiones que demuestra la antropología. En el ámbito de lo ritual, las sociedades humanas son asombrosamente similares en muchos aspectos. Pongamos por ejemplo el canibalismo.

Lo miré con mala cara y exclamé:

—Prosiga.

—No me refiero al canibalismo por necesidad o inclinación, por supuesto, en que comerse a otros seres humanos es una cuestión de supervivencia o un elemento añadido a la dieta. No, me refiero al

canibalismo ritual, que no tiene nada que ver con la alimentación. A menudo se ha asociado a la caza de cabezas. Conocí varios pueblos que lo practicaban en África Occidental y en las Indias Orientales. Lo hacían por varias razones, pero la más común, presente entre la mayoría de culturas en un momento u otro, era que al comer una parte de un ser humano, se adquiría su alma o quizás algo de este a lo que se atribuía un valor especial. Su valentía, por ejemplo, o su proeza en el combate.

—En Europa no, desde luego. Al menos, desde que dejamos de vivir en cuevas e íbamos por ahí atizándonos con rocas en la cabeza.

—Hay pruebas de que esta práctica perduró en Inglaterra y Escocia hasta la Edad Media. Y se han registrado casos muy posteriores en otros lugares de Europa. Hubo uno en los Balcanes, en Montenegro, en 1912. Y una versión atenuada de estas prácticas perduró hasta mucho más tarde. Usando pelo, por ejemplo. Pelo de otras personas —matizó con una sonrisa forzada—. No había por qué comérselo, claro, al menos hoy en día. Pero recuerdo que mis tías llevaban broches de luto y anillos con mechones del ser querido. En realidad, lo que hacían era llevar consigo un pedacito del alma de la persona a la que habían perdido. Parecido a lo que hacen en Borneo los cazadores de cabezas. Quizás ahora sea un proceso más refinado que el de comerse el cerebro, como seguramente harían en otras épocas o en otros lugares, pero el principio viene a ser el mismo.

El resto de lo que había dicho se disipó entre *dry martinis* o se perdió en la bruma azulada del humo de los cigarrillos. Daba igual. La cuestión era qué podía querer Francis de una niña. ¿Juventud, salud y vida? ¿Creía Francis que el propósito de los niños muertos era alimentar con vida a los vivos? ¿Cómo podía compararse con el hecho de comprar una ramita de lavanda a una vieja repugnante con la esperanza de que fuera a traer suerte?

Pasé las hojas de *La voz de los ángeles* hasta llegar a «La colina de los Corazones Rotos».

> —Pues la sangre del corazón hace fuerte el corazón —dijo él.

Así lo ha ordenado Dios. Él muere para que vosotros podáis cazar,

hijo mío, y a través de su fuerza ser libres.

El tiempo lo limpia todo salvo los horrores más atroces. Allí estaba yo, considerando la extraña idea de que un clérigo de la Iglesia anglicana hubiera contemplado la posibilidad de comerse partes de niños con la demencial creencia de que así alargaría su vida. Pero solo eran conjeturas y el hecho de que Francis hubiera muerto hacía más de cincuenta años, las disipaba más en el momento presente. Por tanto, estaba satisfecha. Incluso tenía ganas de hablarle de la idea al día siguiente.

Apagué el cigarrillo y me acomodé en la cama. Pensé brevemente en Henry, en que tenía tanto cosas buenas como cosas malas, y me dormí. Debí de soñar, aunque no recuerdo ningún sueño, y debieron de ser felices, porque aún me sentía feliz al despertar.

Fue una de esas veces en que hay muy poca transición entre el momento de dormirse y el despertar. Es como ascender del fondo de una piscina, esa sensación de urgencia y velocidad, de romper un elemento para adentrarse en otro.

La luz inundaba la habitación. Sabía que era temprano porque la luz era de una tonalidad suave y casi carente de color, como suele ser una hora o dos después del amanecer. Abrí los ojos y vi a Janet en la puerta. Llevaba un largo vestido de nailon de noche azul celeste y el pelo suelto y sin cepillar.

—Wendy —me dijo—. Wendy.

Me incorporé.

—¿Qué pasa?

Daba la impresión de que no me había oído. Parecía muy fría, como una mujer de hielo. El vestido de nailon le marcaba el contorno del cuerpo. Con una punzada de envidia me pregunté si se lo habría comprado para gustar a David.

—Janet, ¿qué ha pasado?

—Wendy —repitió.

Dio un paso adelante para entrar, se detuvo y parpadeó.

—Papá está muerto —me anunció.

Capítulo 39

La sangre tiene el color de un grito. Ninguna de nosotras dijo nada mientras mirábamos, de pie, desde la puerta, el cuerpo tendido de John Treevor. Pero eso pensé: «La sangre tiene el color de un grito». No había nada lógico, nada racional en ello. No quise gritar por miedo a despertar a Rosie.

¿Quién habría pensado que había tanta sangre en su cuerpo?

Pensé que debíamos meter cuanto antes las sábanas y las fundas de las almohadas en una bañera con agua fría. Empapa las manchas de sangre en agua fría, me había dicho mi madre, que era una suerte de manual andante del ama de casa. Pero la ropa de cama estaba tan ensangrentada que dudaba que pudieran limpiarse nunca. Y con el colchón no podría hacerse nada. No solo se había manchado por encima. La sangre podría haber traspasado hasta la crin.

Sabía que Janet tenía razón, que estaba muerto. Porque estaba tan quieto… y porque la sangre había dejado de brotar.

Sobre la alfombrilla situada junto a la cama había manchas de sangre, así que también habría que tirarla. La dentadura postiza del señor Treevor, cerrada para siempre, reposaba en el vaso encima de la mesita de noche. Sus rodillas estaban alineadas bajo el edredón. Yacía panza arriba y parecía tener dos bocas abiertas, una más roja que la otra. El color rojo proyectaba un resplandor siniestro por toda la habitación, neutralizando la pálida luz del alba.

Sobre la alfombra había un cuchillo, el cuchillo de las verduras que no encontrábamos. «Vaya —pensé—, algo es algo». Ninguno de los otros cuchillos del cajón de la cocina iban tan bien como aquel para pelar patatas. Los ojos del señor Treevor estaban abiertos y miraban al techo, hacia el cielo de David. Solo que David era demasiado sofisticado para creer en un cielo tradicional, normal y

corriente situado sobre nosotros.

Janet se movió y dijo:

—Al menos ahora yace en paz.

¿En paz? ¿Así lo llamáis?

—Creo que voy a vomitar.

Salí haciéndola a un lado, entré en el baño y cerré la puerta. Al salir, Janet me estaba esperando en el rellano. Tenía una llave en la mano y la puerta del cuarto del señor Treevor estaba cerrada. Sin intercambiar una palabra, bajamos a la cocina.

Llené la tetera y la puse a calentar. Mientras Janet preparaba la bandeja del té, me apoyé contra el fregadero a observarla. Recuerdo cómo cogió las tazas y los platillos y los colocó alineados sobre la bandeja, cómo sacó lustre a las cucharillas con el paño de cocina, cómo llenó la jarra de leche y luego la cubrió con un pañito de encaje destinado a evitar que cayeran moscas. Recuerdo lo diestros que eran sus movimientos, cómo era capaz de crear una isla de orden en medio del caos y lo hermosa que era pese a estar todavía pálida y tener el semblante rígido por la impresión.

Debió de notar que la miraba, porque levantó la vista y me sonrió. Fue como si hubiera encendido una cerilla detrás de su rostro y la llama se hubiera iluminado y caldeado el ambiente por un instante para apagarse otra vez.

Preparé el té. Janet lo sirvió y añadió tres cucharillas de azúcar en cada taza.

—La culpa es mía —dijo después del primer sorbo.

—Claro que no.

Negó con la cabeza.

—No era capaz de afrontar la idea de marcharse.

—Iba a ir al hospital por su bien y por el tuyo. —Extendí el brazo sobre la mesa y le toqué la mano—. Ya sabes cómo estaba últimamente. Podría haberlo hecho en cualquier momento. Sin ningún motivo concreto. Ya no era él mismo.

Janet soltó un grito ahogado, un sollozo único e irregular, y preguntó:

—¿Y quién era?

—En un momento dado creyó ser Francis Youlgreave —dije—. Escucha. Lo que digo es que una parte de él ya había muerto. La parte importante, la parte que era tu padre.

Janet respiró hondo.

—Tengo que llamar a alguien. Al doctor Flaxman, supongo.

Toqué la llave que había en medio de la mesa.

—¿Has cerrado con llave su cuarto?

Asintió y dijo:

—Por si Rosie…

—¿Y David?

Janet pestañeó, arrugó la frente y miró el reloj del aparador.

—No tardará en levantarse para la misa de la mañana.

—Janet, ¿cómo es que has entrado en el cuarto de tu padre?

—Me he levantado y no podía volver a dormirme. Me… me he asomado para ver si todo estaba bien. Estaba tan disgustado. ¿Cuándo crees que habrá…?

—No lo sé.

Pensé en la quietud que había en la habitación del señor Treevor, en cómo la sangre había empapado las sábanas, en lo oscura que era.

—Seguramente hará unas horas —concluí.

—Qué manera de acabar.

—Si hubiera podido elegir, probablemente lo habría preferido así. Yo preferiría eso a estar cada vez más senil.

Oímos agua corriendo por las tuberías que bajaban por la pared. Janet empujó la silla atrás.

—Es David —dijo.

Me pregunté por qué había acudido a mí y no a él al hallar muerto a su padre.

No estaba acostumbrada a tratar con la muerte. No tenía práctica. No conocía los procedimientos. Pensé que en cierto modo el señor Treevor había engañado a la muerte al matarse. Una parte de mí, la niña egoísta que habita en todos nosotros, se alegraba de su muerte. A la larga nos ahorraría muchos quebraderos de cabeza a todos.

Solo deseaba que no hubiera partido entre tanto desastre. Literalmente. ¿Por qué no lo había hecho de manera práctica y discreta en algún lugar al margen de nuestras vidas? Con una sobredosis agradable y limpia, quizá, casi indistinguible de una muerte natural o, al menos, haciendo algo que Janet pudiera haber confundido con un accidente, como tirarse delante de un autobús.

En momentos como aquel me alegraba lo íntimo de nuestros pensamientos. Si estos hubieran sido propiedad pública, el mundo me habría tachado de psicópata.

Janet salió para hablar con David. Yo subí a vestirme. Luego me llevé otra taza de té al salón y me fumé un cigarrillo. David estaba en el estudio hablando por teléfono Las puertas estaban abiertas y pude oírle desde el salón.

—No, me temo que no hay ninguna duda…, ¿no puede venir antes?

Miré a través de la ventana el jardín barnizado de rocío. El chapitel relucía bajo el sol de la mañana. Francis debía de haber estado en aquella sala, debía de haber mirado por aquella ventana y debía de haber visto aquel paisaje.

—Se lo agradezco —estaba diciendo David—. Muy bien… Sí, muy bien, les llamaré enseguida… Adiós.

Colgó y entró en el salón.

—Flaxman no podrá venir antes de las ocho y media.

—Yo llevaré a Rosie al colegio.

—Gracias —dijo, aunque dudo que oyera lo que le había dicho —. Pobre Janet. Todo esto justo después del aborto.

—Creo que necesita guardar cama.

—¿Le dirás tú misma lo de Flaxman? Más vale que llame a la policía y al deán.

Convencí a Janet de volver a la cama. Después desperté a Rosie, le preparé el desayuno y la llevé al colegio. Resultaba forzado continuar con nuestra rutina. Todo debía haber sido distinto por deferencia a la muerte del señor Treevor, pero Rosington pasaba por alto su ausencia. La ciudad era la misma aquel día que el día anterior, lo cual no estaba bien.

Miré a Rosie mientras bajábamos por la colina hacia el St. Tumwulf. Llevaba a Ángel metida bajo el brazo y se chupaba el dedo gordo. La muñeca llevaba el vestido rosa porque iba disfrazada para mezclarse con los mortales y hacía juego con la tela de cuadros rosa del uniforme del colegio. Rosie me pareció más pálida de lo habitual. Al fin y al cabo, era quien más cariño le tenía al señor Treevor.

Durante el desayuno, David le había dicho que el abuelo se había ido al cielo mientras dormía.

—¿Volverá? —había preguntado.

—No.

Rosie asintió y siguió comiéndose los cereales.

A las puertas del colegio, le pregunté si se encontraba bien.

—Yo estoy bien. Pero a Ángel le duele la barriga.

—¿Mucho?

—Un poco, sí —respondió y su rostro se iluminó—. Hoy terminaré de coser el chal de Ángel y quedará muy bonito con su vestido. Eso la animará.

—Estará muy guapa.

—Ahora somos hermanas —me contó Rosie—. Las dos vamos de rosa.

—Y los niños te guiñarán el ojo por ser tan hermosa, ¿eh?

Me dio la muñeca y entró en el patio. Tuve la impresión de que el resto de niños se apartaban para abrirle paso como el mar Rojo. Fui al despacho de la directora, le conté lo sucedido y le pedí que vigilara a Rosie.

—Una muerte en la familia, en el hogar —observó la directora —, es algo terrible para una niña de su edad.

Al regresar a la Obscura Hostería, el doctor Flaxman estaba en el salón hablando con David y Janet.

—Mejor denme la llave —les estaba diciendo—, si no les importa.

David lo miró con cara de pocos amigos. Janet se hizo a un lado y dio unos golpecitos sobre el sofá para que me sentara a su lado y así lo hice.

—No lo entiendo —dijo David.

—Es el procedimiento habitual en estos casos, señor Byfield.

—¿Qué quiere decir?

—En casos en que hay que informar al juez de instrucción.

—Eso lo puedo entender, claro, pero…

—Sobre todo cuando hay alguna duda razonable sobre la causa de la muerte.

—Yo diría que es bastante evidente.

Flaxman dirigió la vista hacia mí un instante y volvió a David.

—Quizá podamos hablar en privado.

—No es necesario —objetó Janet—. Cualquier cosa que quiera decirle a mi esposo puede decírnosla a la señora Appleyard y a mí.

—Desde luego —asintió David.

—Muy bien —prosiguió Flaxman dirigiéndose a David, como si Janet y yo no estuviéramos presentes—. Es posible que el señor Treevor se haya suicidado, pero cualquier muerte como esta debe ser investigada minuciosamente.

—¿No estará insinuando…?

—No insinúo nada —dijo Flaxman—. Solo hago mi trabajo. ¿Me permite usar su teléfono?

Mientras Janet y yo esperamos sentadas, entraba y salía gente. El doctor Flaxman se esperó a que dos agentes de policía uniformados se presentaran en la puerta de casa. David les acompañó a ver al señor Treevor. No pasaron mucho tiempo en la puerta observando la escena y dijeron poca cosa. Pero al salir, uno se marchó y el otro se quedó en el rellano cual fantasma, delante la puerta del señor Treevor.

Le subí una taza de café y unas galletas. Me miró como si fuera marciana y se sonrojó, pero me dio las gracias y se tiró un pedo, lo cual le dio más vergüenza a él que a mí.

Los siguientes visitantes fueron otros agentes de policía. Eran oficiales de paisano. El inspector Humphries era un hombre alto y encorvado, tenía un pelo rubio y corto que parecía tan suave como el de un niño. Iba con él un sargento de nariz rota llamado Pate, todo huesos y musculatura. Luego me enteré de que Pate jugaba de medio apertura en el equipo de *rugby* del pueblo. David me presentó y explicó que su mujer estaba en la cama.

—¿Le importaría acompañarnos arriba? —Gruñó Humphries—. ¿Quién encontró el cuerpo?

—Mi esposa. Luego despertó a la señora Appleyard y a mí.

—Ya veo.

El inspector tenía acento de la región central de Inglaterra y farfullaba las palabras como si tuviera la boca llena de una sopa espesa.

—¿Y cuándo vieron al señor Treevor vivo por última vez?

—Anoche, hacia las diez y media. Mi esposa entró a darle las buenas noches.

Humphries volvió a gruñir. Habíamos llegado al rellano. El inspector sacudió la cabeza, a lo cual el agente que vigilaba la puerta abrió la puerta del señor Treevor. Oí que Pate inspiraba.

Entonces los dos agentes entraron en el cuarto y cerraron. Sonó el timbre de la entrada y David y yo bajamos juntos a abrir.

Y no dejó de sonar en toda la mañana. Primero llegó otro médico, el forense de la policía. Luego apareció Peter Hudson, que preguntó si podía hacer algo para ayudar y se ofreció a asumir las responsabilidades de David en la catedral mientras tanto. Más tarde encontramos en el buzón una notita del deán dirigida a Janet, en la que expresaba su pena por la muerte de su padre.

El canónigo Osbaston acudió en persona; de pronto pareció débil, con aquella cabecita que se movía como una flor marchita sobre el largo tallo que era su cuello. David lo acomodó en el salón y yo le llevé una copa de *brandy*.

—Pobre Janet —lamentó—, es tan duro. A veces la vida parece perder todo el sentido.

—Sí —asintió David.

—Todo parece tan vano —murmuró Osbaston—. La verdad es que estas cosas le hacen pensar a uno.

Se miró el reloj, se acabó el *brandy* e hizo un esfuerzo para ponerse de pie.

—Dadle todo mi cariño a Janet y, si os hace falta algo, decídmelo. Quizá nos veamos en el oficio de la tarde, David.

En ese momento me cayó más simpático que nunca.

June Hudson apareció en el momento en que Osbaston se iba. Traía una enorme cazuela de barro cocido.

—Os traigo un guisito —anunció, entregándomelo—. He pensado que no tendríais tiempo para preparar una cena como Dios manda —explicó y pasó el peso de una pierna a la otra—. ¿Y cómo está Janet?

—Muy afectada, naturalmente —respondió David—. Ahora está descansando.

—Avisadme cuando pueda recibir visitas.

—Eres muy amable —agradeció David, aunque sonó como una acusación.

June Hudson nos sonrió a los dos y casi salió huyendo por el jardín hacia la verja del Recinto.

Poco después se llevaron el cuerpo. Condujeron una ambulancia al interior del Recinto, entró en el jardín por la verja dando marcha atrás. La gente se paraba a mirar y, cuando la policía retiró las

mamparas, se formó un grupo de mirones. El sargento Pate sugirió que quizá lo mejor sería que nos quitáramos de en medio, de modo que los tres nos sentamos a esperar en el dormitorio de Janet y David, intentando vencer la tentación de asomarnos a la ventana.

Oímos los pasos que subían y bajaban por la escalera. Se llevaron las sábanas y la ropa de cama, así como el cuerpo. También algunos de los objetos personales del señor Treevor. Le dieron un recibo a David. Janet quiso despedirse de su padre, pero David no se lo permitió. Le dijo que habría otras ocasiones para hacerlo. Se refería a que podría verle cuando lo hubieran limpiado en el depósito de cadáveres.

—Trato de recordarle cómo era antes —dijo Janet con cuidado, como una niña que repite una lección—. Antes de que mamá muriera.

Luego llegó la hora de ir a recoger a Rosie al colegio. David me ofreció el coche, pero no quise cogerlo, porque estaba en el garaje del Colegio Teológico, lo cual significaba que uno de nosotros tenía que cruzar el Recinto para ir a buscarlo. Además, pensé que sería mejor para Rosie que las cosas que pudieran seguir siendo normales así lo fueran.

De camino al colegio con Ángel no me crucé con nadie conocido. Ninguna de las madres o abuelas que había a la puerta de la escuela me dirigieron la palabra, aunque alguna que otra me lanzó miradas de curiosidad. Siempre lo hacían. Cuando Rosie salió, le di la muñeca.

—Ya he terminado el chal —dijo Rosie—. Es rosa. Lo llevo en la cartera. ¿Dónde está mamá?

—Se ha quedado en casa descansando.

—Pero es de día.

—Ya sabes que últimamente no se ha encontrado muy bien. Y, claro, ahora está muy triste por el abuelo.

—El abuelo está en el cielo —anunció Rosie con un deje interrogativo al final de la frase.

—Sí, eso ha dicho papá.

Me cogió de la mano porque le suponía menos esfuerzo que tirara de ella colina arriba hacia el pueblo.

—Ángel dice que a lo mejor ha ido al infierno.

—¿Por qué iba a ir al infierno?

—Si haces cosas malas, vas al infierno.

—¿Y el abuelo hacía cosas malas?

Rosie consultó en silencio a la muñeca.

—Ángel no lo sabe. ¿Qué hay para merendar?

—Eso sí que no lo sé. Supongo que algo encontraremos.

No hablamos más el resto del camino. En High Street había una tienda de confecciones para caballeros con un enorme escaparate y, como de costumbre, Rosie se detuvo a admirar su reflejo. El propietario estaba retirando del escaparate un perchero con corbatas para mostrárselas a un cliente que estaba a un par de metros detrás de él. Era el deán. Nuestros ojos se cruzaron y luego se volvió para examinar una vitrina donde se exponían gemelos y alfileres de corbata.

Entramos en el Recinto por
Sacristan's
Gate. El señor Gotobed estaba ahuyentando a unos colegiales que pisaban el sagrado césped que crecía alrededor del extremo este de la catedral; las faldas de su sotana revoloteaban al viento. Se volvió al oír pasos en la grava, dejó de lado a los niños y acudió derecho a nosotras con pasos torpes y apresurados.

—Señora Appleyard.

Le sonreí.

—Mi madre y yo lamentamos lo ocurrido al señor Treevor. Me ha pedido que le dé el pésame.

—Gracias. Se lo transmitiré a los Byfield.

Me miraba con ojos anhelantes. Le dije que Rosie tenía que merendar y que yo tenía prisa.

Al llegar a casa, Rosie subió a ver a su madre. Alguien llamó a la puerta del jardín. Un hombre bajo, sin barbilla y con una nuez pronunciada estaba a la puerta. Al verme me saludó. Cuando abrí la puerta, se inclinó hacia delante y, automáticamente, di un paso atrás.

—Del *Rosington Observer*, señorita. Me llamo Jim Filey. Venía por lo de la triste desgracia.

—Ya.

—He oído que va a abrirse una investigación. Seguro que será muy angustioso para la familia —aventuró, sacando un cuaderno—. ¿Y usted es?

Su manera de mirarme me hizo decidirme. Era más joven que yo y actuaba como un cazanoticias curtido. Todo él me disgustaba: desde el exceso de grasa en su pelo hasta los detalles recargados de sus lustrosos zapatos negros de cuero.

—Quién soy a usted no le incumbe —le dije al tiempo que empezaba a cerrar la puerta—. Adiós.

—Espere, señorita, un momento. ¿Es verdad que el señor Treevor se cortó la garganta?

—Me gustaría que se fuera, señor Filey.

Sin embargo, ya no me miraba a mí. Miraba más allá, al recibidor.

—Aparta —me dijo David en voz baja.

Me hice a un lado de la puerta. David se encaró con Filey. Por un momento creí que iba a golpear al reportero. Filey dio un par de pasos atrás. David cerró de un portazo y pasó la llave. Filey nos miró con el ceño fruncido a través del cristal y luego cruzó el jardín a toda prisa en dirección a la verja.

—Gracias —le dije—. Empezaba a ponerse pesado.

—No tienes por qué aguantar esas cosas.

Se había calmado. La escena había durado menos de un minuto. Lo que me impresionó no fue aquel repugnante reportero, sino lo que había visto en David. Había tanta furia en él. Quizá por eso necesitaba creer en Dios, en algo que fuera superior a él, que contuviera y reprimiera lo que se revolvía en su interior y pujaba por salir, fuera lo que fuese.

—Puede que esto sea solo una muestra de lo que nos espera —vaticiné.

Enarcó las cejas y respondió.

—Espero que no.

—Esto va a salir en los periódicos —dije bajando la voz en un susurro, como había hecho él.

—Puede que tengas razón. Más vale que llame a mi madre.

Volvió al estudio a llamar a la abuelita Byfield y yo bajé a la cocina. Quería hablar con alguien que no fuera de Rosington, que no formara parte del pequeño mundo del Recinto. Aunque era una verdad a medias: en realidad quería hablar con Henry.

En la cocina abrí la puerta de la despensa y pensé en qué podría dar a Rosie de merendar. Al menos teníamos el guiso de los Hudson

para cenar. De pronto, la idea de vivir en el colegio privado de primaria de Henry me pareció maravillosamente apetecible. Al menos habría personal encargado de cocinar y limpiar, de lavar la ropa y planchar.

Di media vuelta para poner una barra de pan en la mesa. Por un momento me pareció que el señor Treevor estaba sentado a un extremo de la mesa en la silla Windsor. De repente, la idea de que nunca más lo vería allí, pidiendo repetir cuando los demás aún no habíamos empezado siquiera a comer, me llenó los ojos de lágrimas.

Capítulo 40

El miércoles por la mañana, nuestra primera visita fue la señora Forbury. Entró por la verja del Recinto mirando por encima del hombro como un ladrón cuando entra sigilosamente en un jardín.

—Es la «reina del toque» —informé a Janet, que estaba echada en el sofá del salón—. Le diré que se vaya.

—No —me pidió Janet—. Ha tenido la amabilidad de venir.

Nunca se puede prever cómo van a reaccionar las personas. Cuando la señora Forbury vio a Janet tumbada con la bata, se lanzó sobre ella y la abrazó. Janet le devolvió el abrazo y se echó a llorar.

—Ya está, ya está —repetía la «reina del toque»—. Ya está, ya está…

—¿Le apetece un café? —le ofrecí.

La señora Forbury me miró por encima de la cabeza de Janet.

—Más vale que no, gracias. Tengo que irme enseguida. Sé me ha ocurrido entrar al pasar, ¿sabe?, y Dennis no sabría dónde encontrarme si… si me buscara.

Dicho de otro modo, no le había dicho a su marido que iba a venir. Se quedó poco rato. Salió de la casa con el mismo sigilo que al entrar. En el momento de despedirse, Janet se aferró a su mano. En aquel momento no lo entendí, pero ahora creo que a Janet y la señora Forbury las unía el haber perdido niños.

—Qué amable ha sido —me dijo Janet cuando volví.

Asentí con un brusco movimiento de cabeza, ofendida por haber sido desplazada de mi posición de consoladora en jefe.

—Esta mañana tengo que salir a comprar —la informé—. ¿Te acuerdas de que va a venir Henry?

—David se quedará conmigo. Ve a comer sola con él. Te sentará bien.

—¿Y tú?

—Ya comeré algo. No tengo mucha hambre.

—Pero Janet…

—No estoy enferma. Ojalá no me mimaras tanto.

Sonó el timbre. El inspector Humphries y el sargento Pate estaban de espaldas a la casa, al parecer admirando el jardín bañado por el sol. Cuando abrí la puerta, se volvieron a la vez de cara a mí con un movimiento tan sincronizado que bien podría haber sido una coreografía.

—Buenos días, señora Appleyard —farfulló Humphries sin apenas mover los labios—. ¿Está el señor Byfield?

—Me temo que ha salido hace nada. Está en el Colegio Teológico.

—¿Puedo pasar?

Me hice atrás para dejarles entrar en la casa.

—¿Quién es? —preguntó Janet desde el salón.

—La policía.

Humphries se movió para poder ver a Janet tumbada en el sofá a través de la puerta del salón.

—¿Le importaría que habláramos un momento, señora Byfield?

Los policías se sentaron uno a cada lado de la chimenea. Yo me apoyé sobre el brazo del sofá.

Humphries carraspeó.

—Me temo que tendré que volver a registrar la habitación del señor Treevor, señora Byfield. Y puede que el resto de la casa.

—De acuerdo.

—¿Están buscando algo en particular? —pregunté.

—Una cosa o dos que nos gustaría esclarecer —respondió sin apartar la vista de Janet.

—¿Como qué? —preguntó ella.

—Si no le importa, preferiría hablar con su esposo de esto —dijo Humphries.

—¿Por qué?

—Bueno, la verdad es que son temas poco apropiados para tratar con señoras —contestó, moviéndose en la silla—. No hay necesidad de empeorar las cosas, ¿no?

—El señor Treevor era mi padre —subrayó Janet—. Quiero que hable conmigo.

Pate hizo un gesto de dolor, como si esperara una explosión.

Humphries se pasó los dedos por su pelo suave de bebé, pero no se calló, más bien al contrario.

—Muy bien, señora Byfield, le diré lo que le habría dicho a su marido. Hay dudas en torno a las circunstancias de la muerte de su padre. ¿Sabe qué es un forense?

—Claro que sí.

—Anoche examinó el cuerpo. Cuando una persona se corta la garganta, normalmente el corte es limpio y la cabeza queda echada hacia atrás, con lo cual la arteria carótida se retrae. Lo cual significa que el cuchillo no la alcanza y, por tanto, brota menos sangre de la que se espera. ¿Me sigue?

La escena en el cuarto del señor Treevor apareció de golpe en mi recuerdo a todo color.

—En la garganta de su padre había varios cortes y mucha sangre. Además, la ropa de la cama estaba revuelta, lo cual lleva a pensar que el señor Treevor se defendió. Dígame, señora Byfield, ¿era su padre zurdo o diestro?

—Diestro —murmuró, y el sargento Pate tuvo que pedirle que repitiera la respuesta.

—Si una persona diestra se cortara el cuello, señora Byfield, lo haría de izquierda a derecha. ¿Entiende a qué me refiero? Pero los cortes que presenta su padre estaban hechos de derecha a izquierda. Así que ahora quizás entienda por qué quería hablar con su esposo y por qué nos gustaría echar otro vistazo a la casa y hacer unas cuantas preguntas.

Me levanté y dije:

—Es absurdo. Sabe que el señor Treevor no estaba bien. El propio doctor Flaxman les puede decir que padecía alguna enfermedad senil. No actuaba con normalidad. Nada de cuanto había hecho en los últimos meses puede considerarse normal. Así que no debería resultar extraño que se suicidara de manera inusual.

El inspector Humphries también se había puesto en pie. Con la cabeza adelantada sobre los hombros, parecía un ave de presa en un traje que le quedaba mal.

—¿Inusual, señora Appleyard? Sí, claro, de lo más inusual. Por ejemplo, es la primera vez que conozco a un suicida que se mata, se levanta a lavar el cuchillo, lo deja a un metro de la cama y vuelve a esta para acabar de morir. —Aspiró aire entre los dientes—. De lo

más inusual, desde luego. ¿Está usted de acuerdo, sargento?

Janet cambió de postura en el sofá.

—¿Qué diría si les pido que se marchen?

—Diría que está en su derecho, señora Byfield, pero si lo hace no tardaré en volver con una orden de registro. Y si esto va a más, su objeción será malinterpretada. Pase lo que pase, se abrirá una investigación, no tenga ninguna duda. Seguramente se aplazará para poder seguir investigando.

Janet suspiró.

—Pasen a mirar si quieren.

—Bien.

—¿Quieres que les acompañe? —le pregunté.

Janet negó con la cabeza.

—No, da igual.

Cuando Humphries y Pate salieron del salón, guardamos silencio un momento. Oímos los pasos pesados de los policías subiendo la escalera y luego la llave que abría el cuarto del señor Treevor.

—¿Por qué ha sido tan desagradable contigo? —le pregunté.

Janet me miró unos largos instantes antes de responder:

—¿Por qué iba a molestarse en ser amable? Van a mirar por todas partes.

—¿Por todas partes?

—Claro que sí. Es su trabajo.

Quise reír. ¿Qué pensarían de la botella de ginebra que guardaba en el armario junto a la cama, por no hablar de la ramita de lavanda sobre un cheque de diez mil libras?

—Janet, no creerás que…

—No sé qué pensar —dijo, bajando las piernas del sofá—. Más vale que llame a David.

Volvió a sonar el timbre de la entrada.

Era un muchacho con un telegrama para David y Janet. Esta lo abrió rasgando el sobre, leyó el mensaje y me lo pasó.

LLEGO 12.38 TREN. MADRE.

—Maldita sea —renegó Janet pasándose los dedos por el pelo—. Ya suponía que esto iba a pasar.

—Debe de ser el mismo tren en el que viene Henry. Pídele a David que traiga el coche y yo misma iré a recogerlos si quieres.

—Habrá que prepararle una cama y luego preparar la cena.

Al menos, la madre de David nos había dado algo que preparar, algo con lo que distraernos de los pesados pies que se movían por arriba y de lo que representaba para todos nosotros la presencia de la policía. Mientras Janet llamaba a David por teléfono, puse al inspector Humphries al corriente del imprevisto y preparé la cama para la vieja señora Byfield en un cuartito situado junto al de Rosie. La señora Byfield era una huésped exigente y Janet me pidió que no olvidara poner una bolsa de agua caliente para calentar la cama, una jarra con agua en la mesita de noche, un vaso y una caja de galletas por si le entraba hambre durante la noche, y también había que localizar un segundo juego de sábanas limpias y preparar el fuego.

Mientras me afanaba en esos quehaceres, David llegó a casa; le oí hablar en un volumen alto de voz, primero en el recibidor y luego en la habitación del señor Treevor. Me alegraba de verle, porque no tardaron en aparecer más distracciones bajo la forma de otros dos periodistas, a los que echó, y del capellán del obispo. Desde el rellano, agucé el oído para saber de qué hablaba con David abajo, en el recibidor.

—Vaya, es horrible —dijo Gervase Haselbury-Finch—. El obispo me envía para decirle que lo lamenta mucho. Dice que en estos momentos usted y la señora Byfield ocupan un lugar en sus pensamientos. Y en sus oraciones, naturalmente.

—Es muy amable —agradeció David en un tono de voz que daba a entender lo contrario—. Dele las gracias, por favor.

—Hummm…, debería decirle que el jefe de la policía le ha llamado por teléfono esta mañana.

—Ah, ¿sí?

—Parece que la policía tendrá que esclarecer un par de cosas sobre el fallecimiento del señor Treevor. Ha dicho…, el obispo ha dicho que le estaría muy agradecido si lo mantuviera informado.

—Estoy seguro —dijo David.

—Hay que considerar asuntos de mayor importancia —Haselbury-Finch casi farfullaba—. El obispo cree que esta cuestión podría afectar a la diócesis y hasta a la Iglesia en su conjunto.

—Dele las gracias por su consejo, Gervase. Mientras tanto, tengo mucho que hacer.

—¿Eh? Oh, sí, claro. Debe de estar terriblemente ocupado. En tal

caso, ya me marcho.

La puerta que daba al jardín se abrió y se cerró. Bajé y me encontré a David encendiéndose un cigarrillo.

—Os he oído —confesé.

—Si pudiera, lo estrangularía —dijo David y, para mi sorpresa, me sonrió—. Al pobre Gervase, no. Al obispo.

—Más vale que baje a la estación.

Dije esto estudiando mi reflejo en el espejo del recibidor. Tendría que irme tal cual. No había tiempo para retocarme el maquillaje ni cepillarme el pelo.

—Veré si puedo librarme de los policías antes de que llegue mi madre. Lamento que te hayamos enredado en todo esto. Ven y deja a mi madre aquí y luego ve a comer con Henry. Trata de olvidarte de todo esto.

—No es tan fácil.

—No.

Parecía que nos hubiéramos adentrado en un mundo en el que las normas habituales se habían suspendido temporalmente. Así que me atreví a preguntarle:

—¿Qué crees que ocurrió en realidad con el señor Treevor?

David se frotó la frente.

—Vete a saber. Sencillamente no tiene sentido.

Cruzamos las miradas. Sentí náuseas. Era como si fuéramos todos en un ascensor y los cables se hubieran roto y este cayera por el hueco y no tuviéramos más remedio que actuar con normalidad, a la espera del impacto contra el suelo. David me abrió la puerta trasera, que daba a High Street. El coche estaba aparcado en la plaza del mercado. Conduje River Hill abajo y atajé por Bridge Street para llegar a la estación. Llegaba unos minutos tarde. Encontré a la señora Byfield diciéndole a un mozo que tuviera más cuidado con sus maletas y a Henry fingiendo estar abstraído en la contemplación de un póster que anunciaba la zona de vacaciones de Norfolk Broads.

Henry me pellizcó la mejilla.

—Lo siento. ¿Cómo están David y Janet?

—Luego te lo cuento.

—En el tren había periodistas.

Sonreí a la abuela Byfield. Mirándola, uno podía hacerse una

idea de cómo iba a ser David de mayor. Me presenté y luego se presentó Henry. Nos habían presentado en la boda de David y Janet, pero no habíamos dejado impronta en su memoria. Los llevé a la Obscura Hostería. Henry intentó trabar conversación (lo habría intentado con un monje trapense), pero la señora Byfield lo mantenía en su lugar respondiéndole con monosílabos y lanzándole miradas hostiles de vez en cuando.

Aparcamos en la plaza del mercado. La señora Byfield se quedó mirando por la ventana fijamente, a la espera de que Henry fuera a sacar sus maletas del maletero y que yo le abriera la puerta.

Le dolía la cadera y tuve que ayudarla a salir.

—Estoy segura de que he visto a esa mujer en alguna ocasión —dijo, apoyándose con todo su peso en mi brazo—. ¿La conoce?

Tuve el tiempo justo de ver pasar a una mujer de baja estatura con un pañuelo azul oscuro en la cabeza que pasaba por
Sacristan's
Gate.

—No, no creo.

—Yo nunca olvido una cara —anunció la señora Byfield—. Seguramente la conocería en alguna visita anterior.

—Maldita sea —murmuré.

—¿Cómo ha dicho?

Jim Filey estaba apoyado en el timbre de la puerta de atrás de la Obscura Hostería. Con él iba otro hombre, que llevaba al cuello una cámara *con flash*.

Henry miró hacia donde yo miraba.

—¿Problemas? —preguntó.

—¿Qué ocurre? —exigió la señora Byfield.

—Hay un periodista y un fotógrafo a la puerta de casa.

En ese momento, la puerta se abrió y vi el rostro de David. El *flash* se disparó.

—Es intolerable —protestó la señora Byfield—. No deberían permitirlo.

Se dirigió a la Obscura Hostería cojeando por la acera, Henry y yo le íbamos a la zaga. Dio unos golpecitos a Filey en el hombro con su bastón.

—Disculpe, joven. Nos está impidiendo el paso.

Filey se volvió de cara a nosotros. Lo mismo hizo el fotógrafo,

levantando la cámara. Disparó otro destello.

—Pase, madre, por favor —instó David—. Estos caballeros ya se iban.

—¿Señora Byfield? —preguntó Filey con un entusiasmo que le hacía subir y bajar la nuez—. ¿Le gustaría hacer algún comentario acerca de la trágica muerte de su consuegro? ¿Le conocía bien?

—No quiero hablar con usted, joven. Me quejaré al director de su periódico.

Filey anotó algo en un cuaderno.

—¿Ha venido a quedarse con su hijo y su familia, señora Byfield?

La anciana apretó fuertemente los labios, como si así evitara que brotaran las palabras. David la cogió del brazo y tiró con suavidad para que entrara en la casa. Yo la seguí y, detrás de mí, Henry arrastró sus maletas. David cerró la puerta y corrió el cerrojo.

—¡En fin! —exclamó la señora Byfield—. Vaya una bienvenida.

—Va de mal en peor —dijo David, y besó a su madre en la mejilla.

—¿Peor?

—Antes de llegar vosotros estaban mirando por la ventana de la cocina.

—Al fin y al cabo, no es asunto suyo.

—Pero ellos no lo ven así, madre —dijo David, y vaciló un momento—. Parece que existe una posibilidad de que el padre de Janet no se suicidara —añadió.

La anciana frunció el ceño.

—¿Fue un accidente?

—La policía cree que no.

—Pero eso es ridículo —dijo, pues no era tonta y se daba cuenta de qué insinuaba su hijo—. Así que alguien entró. Un ladrón.

—Puede ser. El padre de Janet dijo alguna vez que había visto a un desconocido en casa, pero no le hicimos mucho caso. Como sabe, en los últimos meses se había comportado de forma distinta a como solía ser.

—Ahora me gustaría sentarme.

Se la veía cansada y vieja.

—Subamos al salón. Deme su abrigo.

—¿Dónde está Janet?

—En cama, descansando.

La abuela Byfield gruñó al desplazarse de la puerta a las escaleras, bien por el dolor de la cadera o bien porque no aprobaba que Janet estuviera en la cama.

David nos miró a Henry y a mí.

—Lo lamento muchísimo. ¿Por qué no aprovecháis y os vais a comer algo?

—¿No quieres que te ayude con algo? —me ofrecí—. Tu madre también tendrá que comer.

—Solos y ya está —dijo David en un tono cansino—. Por favor. Tengo que hablar con ella y será más fácil si no hay nadie más —explicó.

Miró a su madre, que había iniciado el largo trayecto escaleras arriba. Se volvió de nuevo hacia nosotros y se disculpó.

—Perdonad por parecer tan poco hospitalario.

No sé por qué, pero le puse una mano en el hombro y le besé la mejilla.

Capítulo 41

Minutos después salimos con discreción a High Street y fuimos andando hasta el hotel Crossed Keys. Al entrar, tuve la impresión de que el vestíbulo olía a tabaco turco, pero no vi a nadie que pudiera reconocer allí ni en el bar.

El gran comedor revestido con paneles estaba casi vacío. Comimos una sopa de tomate de lata, un pastel de carne y riñones con demasiados riñones y un budín de pan poco hecho. Aunque tampoco nos importó, ya que ninguno de los dos tenía apetito. Antes nos habíamos tomado un par de ginebras y, para acompañar la comida, una botella de burdeos.

Mientras comíamos —o más bien mientras intentábamos comer sin conseguirlo—, le conté a Henry lo sucedido. Cuando llegó el pastel, reparé en que algo tendría que haberme llamado la atención en la estación. Dejé el tenedor sobre la mesa.

—Ya lo sabías —dije—. Ya sabías lo del señor Treevor.

—Esta mañana había un artículo en *The Telegraph*. Poca cosa: la policía investiga la muerte de un sexagenario en el recinto de la catedral en Rosington. Ese tipo de cosas. No mencionaban su nombre, pero dejaban claro que era un vecino. Así que me lo he imaginado. Y luego se lo he preguntado al revisor que recogía los billetes en la estación y me lo ha confirmado.

—Filey.

—¿Quién?

—Es un periodista del periódico local. Era ese que nos hacía preguntas a la puerta de la Obscura Hostería. Seguro que lo ha contado a *The Telegraph*.

—¿Cómo se lo ha tomado Janet?

—No muy bien. Y además ha pasado justo cuando David ha perdido su trabajo y ella ha sufrido el aborto. Ya habría sido una

desgracia que solo hubiera muerto su padre. Pero que haya muerto de esa forma… David se está portando bien. Creo que ahora saben quiénes son sus amigos de verdad. —Pensé en la esposa del deán—. A veces tus amigos no son quienes tú esperas.

Guardamos silencio un momento. Hasta hacía un rato, en el bar había un grupo de hombres armando un escándalo, tal vez periodistas, pero la única persona que había en el comedor era una señora bien vestida a unos seis metros, de espaldas a nosotros, que miraba a la calle por la ventana. Pensé que podría ser la mujer a la que había reconocido la señora Byfield, pero no estaba segura.

Henry rompió el silencio.

—¿Alguna señal de Munro?

—Ahora cuanto él y Martlesham estén tramando, sea lo que sea, parece tan poco importante…

Henry me miró desde el otro extremo de la mesa.

—¿Después de lo que le ha pasado al padre de Janet?

Asentí.

—Supongo que no guardarán ninguna relación.

—Supongo que no —dije, apartando a un lado la montañita de budín—, Martlesham no tenía nada que ver con el señor Treevor. Seguramente ni sabían de la existencia del otro.

Henry negó con la cabeza.

—No necesariamente. Cuando Munro vino a Rosington, debió de indagar acerca de la Obscura Hostería, tanto como acerca de Youlgreave. Así que Martlesham podría saber que existía el señor Treevor. Seguro que su senilidad era un secreto a voces en el Recinto. Y Munro se lo habría contado a Martlesham.

Pensé en aquel hombre afectado por un derrame cerebral.

—Martlesham no estaba para venir a Rosington y cortar el cuello a un anciano, aunque tuviera motivos.

—No. En eso estoy de acuerdo.

Henry soltó la servilleta y cogió sus cigarrillos.

—Nada termina de encajar —añadió—. Me gustaría que vinieras conmigo. Ahora. Y que no volvieras a esa maldita casa. No me gusta que estés allí.

—Tengo que quedarme. Me necesitan. —Lo miré con una débil sonrisa—. Además, la abuela Byfield plantará cara a los intrusos.

—¿Seguro? Esta situación podría alargarse indefinidamente.

—No digas tonterías. —Me miré el reloj—. Escucha, no podernos quedarnos mucho más rato. Tengo que ir a recoger a Rosie al colegio.

—Te acompañaré.

—No hace falta, de verdad. Cogeré el coche.

—Me gustaría ir. Además, voy a reservar una habitación en este hotel —dijo, y sacudió el humo que pendía entre nosotros—. ¿Has cobrado ya el cheque?

Negué con la cabeza.

—En tal caso, ya tengo otra cosa más que hacer, ¿no? ¿Ves? Puedo ser útil.

—Henry…

—Wendy.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Sí?

—Me gustaría que… —dijo y calló.

—A mí también…

Le puse una mano sobre la suya y una expresión de asombro saltó a su mirada. Aparté la mano.

—Creo que no quiero café —añadí.

—¿Quieres un *brandy* corto?

—No, yo no.

De vuelta en la Obscura Hostería, encontramos a Janet llorando en el sofá, a David agobiado en el recibidor y a la abuela Byfield en la puerta entre los dos, explicando lo que pensaba hacer. Nos miró al vernos subir por las escaleras de la cocina.

—Estoy segura de que el señor y la señora Appleyard estarán de acuerdo conmigo.

—¿De acuerdo con qué?

—Con que la Obscura Hostería no es un lugar apropiado para una niña en este momento.

—Si ya la entiendo, madre, pero la cuestión es que a lo mejor a Rosie le afecta más irse contigo que quedarse aquí.

—Me sorprendes, David —reprochó a su hijo.

—Llévesela —dijo Janet.

David pasó junto a su madre y entró en el salón.

—Cariño, ¿estás segura?

Janet se sonó la nariz.

—Tu madre tiene razón. ¡Sobre todo ahora!

Ahora que la policía abrigaba sospechas en torno a la muerte del señor Treevor.

La abuela Byfield se volvió hacia Henry y hacia mí.

—Cuanto antes mejor, ¿no creen? ¿Sería alguno de ustedes tan amable de llevarnos en coche a la estación? Estaré lista cuando vuelvan de recoger a Rosie del colegio. A las cuatro menos diez sale un tren.

—Yo también iré —dijo Janet.

—¿Adónde? —preguntó la abuela Byfield.

—A la estación, claro.

La vieja asintió.

—Pero no vendrás al pueblo con nosotras.

—No —le confirmó Janet.

Janet y yo subimos a hacer la maleta de Rosie.

—¿Estás segura de que esto es razonable? —murmuré.

—Ella tiene razón. No me gusta reconocerlo, pero tiene razón.

—No tienen por qué ir en tren. Si quieres, puedo llevarlas en coche y así podrías venir tú también.

Janet reflexionó un momento y luego negó con la cabeza.

—Solo alargaría la angustia.

—¿Dónde vive exactamente?

—Tiene un piso en Chertsey. Es bastante grande y muy bonito.

La conocía lo bastante como para entender lo que estaba diciendo.

—Pero no es sitio apropiado para un niño, ¿no?

—Como ella misma ha dicho. Y más de una vez. Pero al menos Rosie estará lejos de todo esto. No, no guardes a Ángel. Rosie la querrá llevar consigo en el tren.

Bajé la maleta a la cocina. Janet entabló con la abuela Byfield una conversación desesperada sobre las cosas que a Rosie le gustaban y las que no. La crema de sémola le daba náuseas y las gachas de avena le gustaban poco. Le pidió que dejara encendida la luz del pasillo cuando se fuera a dormir. Normalmente se tomaba una naranjada a media mañana y otra a media tarde.

—Ya veremos —dijo la abuela Byfield—. No me gusta mimar a los niños.

Henry y yo salimos a buscar el coche.

—Pobre Rosie —dijo Henry mientras íbamos por High Street—. Pagaría un dineral para evitar pasar unos días a solas con la abuela Byfield.

—Es una niña fuerte.

—Tendrá que serlo —dijo y me tocó el brazo—. Es curioso cómo cambian…, los niños, digo. ¿Cómo sería un hijo nuestro?

—A saber —dije, deteniéndome junto al coche y abrí la puerta del conductor—. Por cierto, tendrás que comprarte un cepillo de dientes y todo lo que necesites si piensas pasar la noche aquí, ¿no?

Henry aceptó el giro de la conversación y la enderezamos a temas más seguros. Bajamos al St. Tumwulf y recogimos a Rosie. Al principio se mostró tímida con Henry, pero estaba dispuesta a ser coqueta con él (siempre había preferido los hombres a las mujeres). Luego le conté que la abuela Byfield había viajado para llevársela unos días de vacaciones. Su rostro se paralizó un instante, como si hubiera quedado brevemente entumecido.

—¿Ángel podrá venir? —dijo al fin.

—Sí, claro.

Llevé el coche hasta la puerta de la Obscura Hostería que daba a High Street. Por suerte, no había periodistas. La abuela Byfield no estaba de humor para transigir y seguramente los habría atacado con el paraguas. Janet y yo la subimos al coche, mientras David metía las maletas en el maletero.

—Wendy, si no te importa, yo misma las llevaré a la estación —se ofreció David.

—¿Te parece prudente? —preguntó su madre a través de la ventanilla abierta de coche—. La presencia de sus padres podría envanecer un poquito a la niña.

—No creo —objetó David. Y arrancó el coche.

Su madre iba en el asiento del copiloto, Rosie detrás con Ángel, ambas de rosa para que los niños las miraran.

«Ahora somos hermanas».

Mientras el coche se alejaba de la acera, Janet se volvió a mirarme, tenía un semblante adusto. Ni un adiós con la mano, ni una palabra, solo un gesto que decía: «Ahora he perdido a dos hijos».

Henry y yo entramos en la Obscura Hostería. Mientras abría la puerta trasera, Henry me rozó el brazo.

—Mira. Ahí está. Estoy seguro de que es él.

Di media vuelta. Acababa de pasar un coche negro que se dirigía muy despacio por High Street, en dirección a la plaza del mercado. Alcancé a ver el perfil de un hombre sentado en el asiento delantero del pasajero. El conductor era muy bajo y miraba en dirección contraria a nosotros. Además, era imposible ver el interior con claridad por el reflejo del cristal.

—¿Munro? —dije.

—Eso creo.

—Parecía esa mujer. La que estaba comiendo en el Crossed Keys.

—Quizá trabaje para Martlesham también.

El coche giró a la izquierda y desapareció al girar la esquina.

—Un buen coche —prosiguió Henry—. Un Bentley. Estará dando vueltas. ¿Crees que Martlesham podría ir sentado detrás?

—Creo que detrás no iba nadie.

Se miró el reloj.

—Necesito sacar dinero. Tenemos el tiempo justo antes de que cierre el banco.

—¿Todavía tienes una cuenta en este banco?

—No, pero puedo darte un cheque a tu nombre para que saques dinero de tu cuenta.

—De acuerdo —dije, y di unas palmaditas a mi bolso—. Llevo un talonario.

Caminamos por High Street hasta el Barclays Bank. Era un edificio oscuro y tenebroso tanto por dentro como por fuera. Nos sentamos de frente en una de las mesas del vestíbulo y rellenamos los cheques. Cogí un formulario de ingresos.

—¿No sería el momento perfecto para cobrar ese cheque de diez mil libras? —sugirió.

—Todavía no he decidido si quiero hacerlo.

—En ese caso ingrésalo en tu cuenta y decídelo luego.

—No intentes hostigarme.

—Al fin y al cabo, podrían robarte el bolso —dijo, y deslizó el nuevo cheque sobre el cartapacio—. Y aquí está el otro.

No sé qué habría hecho de no haber sido por la interrupción. Me había fijado vagamente en un hombre alto con traje negro de pie en la ventanilla, de espaldas a nosotros. En ese momento dio media vuelta a la vez que se metía la cartera en el bolsillo de la chaqueta.

Era el deán. El señor Forbury me vio al mismo tiempo que yo le vi.

—Buenas tardes, señora Appleyard —saludó, haciendo un movimiento señorial con la cabeza.

Henry echó la silla hacia atrás y se levantó con la mano tendida.

—Buenas tardes, señor Forbury.

Como presidente del consejo escolar de la Escuela del Coro, el deán había tenido bastante que ver con la dimisión de Henry, pero Henry no era rencoroso. Habría preferido evitar aquel encuentro, pero ya que se había producido, le iba a sacar el mejor partido.

—Buenas tardes.

Si la cara del señor Forbury hubiera sido un estanque de agua, habríase dicho que se había congelado.

—Adiós, señora Appleyard.

Evitó darle la mano a Henry y salió del banco muy ofendido. Me fijé en que tenía los extremos de las orejas sonrosados.

—Es un hombre horrible —dije.

Henry se encogió de hombros.

—Tenía que pasar tarde o temprano.

Lo dijo con indiferencia, pero a mí no podía engañarme. A Henry le gustaba caer simpático a los demás. Era su pequeña debilidad. El episodio de la viuda peluda no solo había sido cosa de dinero.

—El banco va a cerrar de un momento a otro —avisó—. Más vale que nos demos prisa.

Siempre había sabido aprovechar al vuelo una ventaja.

—Vas a ingresar los dos cheques, ¿verdad?

Garabateé la larga serie de ceros en el formulario de ingresos. Y solo por cómo lo había tratado el deán.

—Buena chica.

Me puse en pie y le advertí:

—No tientes a la suerte.

Fuimos los últimos clientes en salir del banco. De pie frente a la puerta del banco, busqué en el bolso las llaves mientras detrás de nosotros cerraban las pesadas puertas con el suave sonido metálico de las cerraduras.

—Nos echan del paraíso —bromeó Henry—. Una vez más.

—Tendremos que volver al Recinto. No llevo la llave de la puerta de atrás.

El acceso por Boneyard Gate quedaba a pocos metros del banco. Al cruzar la arcada, la catedral se alzó ante nosotros en toda su altura, extendiéndose a este y oeste cual cortina negra.

—Esto irá a peor. A mucho peor.

—¿Lo del señor Treevor?

Henry asintió.

—No tienes por qué quedarte aquí.

—Tengo que quedarme.

Caminamos unos metros en silencio. Nuestras sombras achaparradas reptaban por delante de nosotros. El sol estaba en el suroeste y otra sombra se proyectaba junto a la nave de la catedral como un canal de agua negra.

Henry me miró y sonrió.

—Por cierto, ahora que la madre de David se ha marchado, habrá una habitación libre en la Obscura Hostería. ¿Crees que a Janet le parecería bien que me alojara en ella?

Le devolví la sonrisa.

—Eso no es cosa mía.

En ese momento, el señor Gotobed guiaba a un grupo de turistas frente a la puerta norte. Se separaron de él y se escabulleron por el camino que giraba en el extremo este, en dirección al claustro y la Porta. Levanté una mano para saludarle.

—¿Te importa que hable un momento con él?

—¿Con Gotobed? ¿Por qué?

—Su madre está enferma. Quiero saber cómo se encuentra.

—Me cuesta creer que hayas conocido a su madre.

—¿Por qué?

—Es como si alguien me dijera que es el duende que esconde un tesoro. Nadie la ha visto nunca, ¿sabes?, al menos de cerca. Los chicos solían decir que había muerto hacía mucho tiempo y que Gotobed…

—Te aseguro que no estaba muerta el día que fui a su casa a merendar. —Abrí el bolso—. Mira…, aquí están las llaves. ¿Por qué no ayudas y vas poniendo la tetera al fuego?

Cambié de dirección y crucé el césped cortísimo para ir al encuentro del señor Gotobed, que seguía estando de pie en la puerta norte. Henry me había crispado. Los Gotobed me caían simpáticos. No había que reírse de ellos.

Al acercarme, el señor Gotobed inclinó la cabeza como si yo fuera el deán y hubiera acudido a acompañarme de la sacristía a mi silla.

—¿Cómo está su madre?

—Dentro de lo que cabe bien, gracias. Ha tenido esos mismos mareos antes, pero este ha sido peor.

—¿Está en casa todavía?

—No quiere ir al hospital. No hay manera de convencerla. El médico dice que la deje en paz. Pero hay quien acude a ayudar.

El señor Gotobed estaba muy pálido, su piel estaba seca y se pelaba. Le vi más arrugas que las otras veces. Parpadeaba mucho y sus pestañas rojizas se movían como dedos agitados.

—Si puedo ayudar en algo…

—Ya tiene usted bastante.

—Me gustaría prestarles mi ayuda.

—Gracias —me dijo mirándome—. Puede que se anime al verla. Aunque quizás usted no quiera…

—Sí, pasaré a verla. ¿Cuándo le vendría bien?

—¿Podría venir a última hora de la tarde? ¿Hacia las seis?

Asentí sin decir anda.

—La enfermera suele venir a prepararla para ir a la cama hacia las seis y media. Pero a las seis ya le habré dado el té y, por lo general, después de tomárselo está bastante alegre, así que es un buen momento.

—Allí estaré.

—No se sorprenda del cambio. Divaga más, ¿sabe?

—Sí, claro.

Nos despedimos. El señor Gotobed volvió a entrar en la catedral y yo regresé a la Obscura Hostería. De camino, caí en la cuenta de que el señor Gotobed no me había llamado «señora Appleyard» ni una sola vez. Tampoco parecía nervioso ni tímido por estar en mi presencia. Entre el señor Treevor y la señora Gotobed, habían conseguido disolver la formalidad entre nosotros.

No sé qué me llevó a detenerme en la verja de la Obscura Hostería. Hay quien asegura que tenemos un sexto sentido que nos permite percibir cuándo estamos siendo observados, pero a mí me parece un cuento de viejas. No obstante, algo me hizo volver la cabeza para mirar.

A primera vista me pareció que no había nadie en la plaza ajardinada situada entre la catedral y la entrada por Boneyard Gate. Entonces reparé en un movimiento que se produjo cerca de un contrafuerte. En la inmensa mancha de sombra que recorría todo lo largo de la catedral había alguien de pie.

No estaba parado…, caminaba. El sol me daba en los ojos. Era como si un trozo de esa mancha se hubiera arrancado de esta y tuviera vida propia. Y luego adoptó la forma de un hombre vestido de oscuro. A su alrededor resplandecía el verde brillante de la hierba. Se dirigía hacia mí, pero debió de darse cuenta de que lo miraba, porque giró hacia Boneyard Gate como si quisiera esquivarme.

¿Francis?

Entonces parpadeé. Era Harold Munro, vestido como siempre con su ropa sosa y pasada de moda. Por muy de carne y hueso que fuera, no tenía derecho a rondarnos.

—¡Eh! ¡Usted!

Al oírme se detuvo. Me miró desde el otro extremo del jardín. Eché a andar, casi a correr.

—¡Señor Munro! Quisiera hablar con usted.

No dijo nada. Se limitó a esperar con el cigarrillo en la mano. Poco después estaba a un metro de él.

Como llevaba tacones, era unos cuantos centímetros más alta. Sin zapatos, habríamos sido de la misma altura. Tenía motas de caspa sobre la chaqueta negra y sus pantalones de raya diplomática necesitaban un buen planchado. El cuello de su camisa era duro y mugriento y llevaba una corbata grasienta con un nudo apretado. Una cadena de plata cruzaba un chaleco negro. La calva con forma de África brillaba por el sudor. Lo único fresco en él eran sus ojos, grises y rasgados.

—¿Por qué nos espía?

—¿Yo, señorita?

Me dirigí a él descargando mi furia, lo cual me sorprendió tanto como a Munro.

—Puede ir y decirle a Simon Martlesham que estamos hartos de encontrarle en todas partes. Es más, dígale que pienso informar a la policía de que un individuo sospechoso merodea por el Recinto acosando a las ancianas.

Callé, en parte porque ya no sabía qué más decir y en parte porque quería ver su reacción, pero no dijo nada. Dio una chupada al cigarrillo, mirándome de hito en hito mientras el sudor corría como lágrimas por sus mejillas.

—¿Se lo dirá al señor Martlesham o no? —insistí, y me llevé las manos a la espalda porque las había cerrado en un puño—. Ya he tenido bastante. Ya hemos tenido bastante. ¿No se da cuenta?

Munro asintió.

—Martlesham está buscando a su hermana, ¿verdad? De eso se trata.

Volvió a inclinar la cabeza y sonrió, pero no a mí, sino a algo que pasaba por su mente. Lanzó la colilla al aire. Miramos cómo caía al suelo. Y luego se marchó como una sombra negra que se desliza en silencio sobre la hierba hacia Boneyard Gate.

Husmeé el aire como un conejo que huele el miedo. Olía a tabaco turco.

Capítulo 42

La pequeña sala de estar estaba todavía más abarrotada que antes, porque habían trasladado una cama dentro. Un montoncito de carbón resplandecía en la chimenea. Las ventanas estaban cerradas. Los olores a viejo eran más penetrantes. El cuerpo se descomponía antes de la muerte.

La piel de papel de seda de la señora Gotobed cubría los huesos de su rostro como una lona caída.

—Wilfred, sal a merendar —ordenó.

—No pasa nada —me tranquilizó el señor Gotobed—. A mi madre le gusta asegurarse de que como bien.

—Por eso debes merendar. La señora Appleyard se quedará conmigo.

—Por supuesto —asentí.

El señor Gotobed salió de la sala.

—No sé qué hará cuando yo no esté —me confió la señora Gotobed en cuanto la puerta se cerró—. Tiene la sensatez de un recién nacido.

—¿Cómo se encuentra?

—Cansada. Muy cansada. Siéntese junto a la ventana, donde la vea.

Me senté sobre una silla dura cerca de la ventana con vistas al Recinto. *Percy* me miraba con indiferencia desde su sitio, sobre la silla de la ventana. Una franja dorada de sol entraba a través de la ventana del otro lado. El polvo flotaba en el aire y se depositaba sobre las superficies horizontales formando una gruesa capa. Deseé poder volver atrás en el tiempo con la señora Gotobed, a una época dorada en la que no existía el dolor. Los párpados de la señora Gotobed se agitaron sobre sus ojos.

—¿Sigue buscando al canónigo Youlgreave?

—Sí, en cierto modo sí —respondí.

—Fue un buen hombre, un buen hombre. —Ahora tenía los ojos abiertos al máximo—. ¿Oye lo que le digo? Un buen hombre.

«Las cosas que repito tres veces son la verdad». Pero ¿por qué era tan importante para ella incluso en ese momento, cuando era evidente que su vida se estaba agotando?

—¿Qué me dice de la tía de los hermanos Martlesham? ¿Qué le sucedió?

Los hombros de la anciana temblaron.

—Usted debió de conocerla —añadí, y la impaciencia me hizo subir el tono de voz—. ¿Cómo era? ¿Qué pensaba de los niños?

La señora Gotobed movió despacio la cabeza de un lado a otro. Sopló a través de unos labios cerrados sin apretar, emitiendo el sonido de un globo al deshincharse.

—Soy una estúpida, ¿verdad que sí? —dije—. Era usted. Usted era su tía.

Siguió soplando. Luego dejó de hacerlo y me sonrió.

—No estaba segura de si lo adivinaría.

—Usted no quería a los niños. Tenía un buen trabajo y se iba a casar. Se habrían interpuesto en sus planes.

—Yo era una reina —murmuró la señora Gotobed—. Era mi última oportunidad, pero sabía que Sammy no quería a los niños. Tampoco es que le culpe. Y mucho menos siendo hijos de ella.

—De su hermana.

—Todo el mundo sabía cómo era esa mujer. Esa estaba mejor muerta. Mala sangre.

—Y el canónigo Youlgreave la ayudó.

—Fue muy amable. Y no negaré que el dinero nos vino muy bien.

—¿Simon fue el primero en irse?

—No pudo esperar. Se marchó nada más morir su madre, antes de que Sammy y yo nos prometiéramos. Nancy vivió conmigo una temporada después de lo ocurrido. —Arrugó la cara—. Ya le dije que vivía en Bridge Street. La casera no dejaba de quejarse de los niños. No toleraba la molestia que causaban ni lo mucho que ensuciaban, ni el ruido que hacían, y mientras yo estaba trabajando, ella no los cuidaba. «Le agradecería que tuviera presente que yo no soy niñera». Eso me decía. Era una estúpida…, le faltaban los

dientes delanteros…, la recuerdo perfectamente. Wilfred nunca hacía ruido. Siempre fue un niño tranquilo, ya desde que nació.

—Nancy —le recordé para que no se fuera por las ramas—. ¿Cómo era Nancy?

Hubo un silencio y, a continuación, la señora Gotobed dijo despacio, como si le arrancaran las palabras una a una como dientes:

—Era una interesada. Era un encanto con el señor Youlgreave, oh, sí, pero en casa conmigo era otra historia. Al final me acabó dando mucho trabajo.

—¿Cuándo se marchó?

—Sammy y yo nos casamos en otoño. El 14 de octubre. Se marchó antes.

—¿Y antes de que el canónigo Youlgreave se fuera de Rosington?

—Eso creo —dudó—. Pero también podría haber sido mucho antes. Dijo que nos haría a Sammy y a mí un regalo de boda y eso hizo: nos envió dinero. Pero para entonces ya se había ido.

—¿Adónde se llevó a Nancy?

—La llevó a casa de un matrimonio amigo suyo. Me dijo que no tenían hijos propios. Querían educarla como a una señorita. Pero esa siempre tuvo mucha suerte. Siempre le salía todo redondo. —Los párpados volvieron a caer—. La muy zorrita. —Los párpados temblaron—. Disculpe. Se me ha escapado. Lo lamento, de verdad.

—No importa.

—Nadie más lo sabía aparte de Sammy. Me refiero a lo de los niños. Y al dinero. Sammy pensó que era para bien. Dijimos que los había dado en adopción a unos familiares de Birmingham. Fue por su propio bien.

—¿Nunca volvió a saber de ellos?

—De Simon sí. Me envió una carta desde Canadá. Y estoy segura de que el señor Youlgreave jamás les habría hecho daño: era un clérigo. Además, ¿por qué iba a hacerles daño?

Oímos pasos en la escalera. De pronto, adoptó un gesto astuto.

—No se lo contará a Wilfred, ¿verdad que no? ¿Me lo promete? ¿Sobre la Biblia?

—Claro que no se lo contaré —le dije.

Y el hecho de necesitar que se lo prometiera demostraba que al

menos sospechaba que Nancy podía no haber ido a vivir a la casa de un caballero y una dama para ser educada como una señorita.

La puerta se abrió y Wilfred Gotobed se asomó a la sala.

—¿Todo bien, madre?

La señora Gotobed todavía me estaba mirando.

—¿Tenemos para mucho? Estoy cansada —dijo.

Me puse en pie.

—Espero no haberla agotado.

La vieja negó con la cabeza.

—A mi madre le sienta bien ver caras nuevas —dijo el señor Gotobed—. ¿Verdad que sí, madre? Cuando se encuentre mejor, podríamos buscar una silla de ruedas y…

—Adiós, querida —me dijo la señora Gotobed.

—Adiós.

—Nos costó mucho salir de Swan Alley —añadió cuando llegué a la puerta—. Lo recordará, ¿verdad?

Asentí. El señor Gotobed me siguió a trompicones, pero le dije que saldría sola.

Momentos después ya respiraba el aire dulce y fresco del Recinto. Decían que había una ley para los ricos y otra para los pobres. Quizá ricos y pobres también tenían morales diferentes.

Ahora sabía, o podía imaginarme, qué había sucedido en 1904. Quizá Francis había enterrado lo que quedó del cuerpo en uno de los jardines del Recinto. O lo metió en un saco con peso para tirarlo al río como una camada de gatitos no deseados. Nadie quiso saber qué había hecho, y menos con Nancy Martlesham, pues no era de la clase de niñas que pertenecieran al Recinto ni a ninguna parte.

No tuve la sensación de haber logrado nada. No solo se debía a que la señora Gotobed me caía bien y no me había gustado lo que había oído de Nancy Martlesham. Era otra cosa. Algo me inquietaba. Algo no encajaba. Y me figuraba que nunca más volvería a ver a la señora Gotobed, por lo que nunca averiguaría de qué se trataba.

Capítulo 43

Parecía que olieran la sangre. Durante aquella larga noche hubo periodistas por todas partes. Dos de ellos trataron de hablar conmigo al regresar a la Obscura Hostería. Mientras cerraba con llave la puerta del jardín, el fotógrafo levantó la cámara. Mientras Henry y yo preparábamos la cena, llamaron a la puerta de atrás unas siete veces. En la cocina, se estuvieron agachando en la acera de High Street para mirar por la ventana, hasta que corrí las cortinas.

Cenamos sobre bandejas, arriba, en el salón. Nadie habló mucho, Janet la que menos. Su rostro perfecto y pálido no revelaba nada. En un momento dado, David y Henry intentaron iniciar una conversación sobre críquet. Habría querido atizarles.

A media cena sonó el teléfono. Henry fue a contestar. Había empezado a atenderlo después de que David insultara a un periodista.

Y Janet no quería que lo desconectáramos porque la abuela Byfield o Rosie podían llamar.

En esa ocasión no era un periodista, sino el deán. David fue a hablar con él y regresó mucho más furioso.

—Sugiere que preguntemos a la policía si podemos mudarnos durante un tiempo. Cree que nos sentiríamos mejor. Y que la atención que atraemos crea un ambiente incómodo en el Recinto.

—Pues no sería mala idea —aprobé, mirando a Janet y luego a David—. Aquí no tendréis tranquilidad, al menos en los próximos dos o tres días. Podríais iros en coche.

—¿No sería algo caro? —dijo Janet distraídamente, como si estuviera pensando en algo completamente distinto.

—Al diablo con el dinero —exclamó Henry.

David dejó la bandeja sobre la alfombra y cogió sus cigarrillos y

dijo:

—Quizá sí que deberíamos irnos. Esto es como vivir en una pecera.

—Si os hace falta, yo puedo ayudaros —ofreció Henry a David con aquella voz forzada que usaba cuando quería hacer un favor a alguien.

—Nos las apañaremos, gracias.

Janet se puso en pie con brusquedad, tirando al suelo un vaso vacío.

—Por lo visto todos habéis decidido ya qué vamos a hacer. Voy a ver qué hay que meter en las maletas.

Cerró la puerta al salir y oímos sus pasos al subir las escaleras.

David se aclaró la garganta.

—Sí, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Él y Henry siguieron hablando de críquet. Cuando se trata de meter la cabeza bajo el suelo, un hombre es capaz de hacer el papel de avestruz como nadie. Encontré a Janet en el cuarto de Rosie. Estaba sentada en la cama con las manos entrelazadas sobre el regazo, mirando por la ventana. Me senté a su lado y la cama crujió. Al rodearla con el brazo, estaba fría y rígida como una figura de cera.

—Escucha —dije—. Ya sabes lo que dicen…, después de la tormenta viene la calma.

—He pensado en mirar si hay alguna cosa de Rosie que debamos llevarnos.

—Creía que ibas a hacer tu maleta y la de David.

—La de Rosie es más importante.

—Estoy segura de que Rosie está bien. —Le di una pequeña sacudida en el hombro—. Me juego lo que quieras a que la abuela Byfield ha encontrado la horma de su zapato.

—Te portas demasiado bien conmigo. Siempre te has portado demasiado bien. No me lo merezco.

—No seas tonta.

Una puerta se cerró abajo. Los pasos de David y Henry cruzaron el recibidor. Estaban hablando del último partido internacional celebrado en las Antillas.

—Es una tontería preocuparse, ¿verdad? —dijo Janet—. No sirve de nada.

—¿Quieres que te ayude a hacer la maleta?

—Si ni siquiera sé si al final vamos a alguna parte.

—Yo creo que deberíais iros.

Volvió la cabeza hacia mí y sonrió.

—Tienes razón. No tiene sentido quedarnos aquí. Pero, si no te importa, prefiero hacerlo mañana. Estoy muy cansada.

Tardé en recordar que todavía se estaba recuperando del aborto. La convencí de darse un baño y de irse a la cama. Bajé a acosar a los hombres para que ayudaran en algo. Media hora después subí a Janet una taza de chocolate. Ya estaba dormida. Sin pensarlo, me incliné y le besé la cabeza. Su pelo no tenía la suavidad acostumbrada. Necesitaba lavarse.

Yo también me acosté pronto. Tras darme un largo baño, me metí en la cama a leer. Pasé las páginas de *La voz de los ángeles*. Los poemas eran tonterías horribles y pretenciosas, pensé, sádica e innecesariamente difíciles. Pero además de todo aquello, también eran tristes. Mientras iba leyendo los versos, apenas percibía otra cosa que la tristeza.

Oí pasos en las escaleras, en mis escaleras, las que subían al segundo piso. Llamaron a la puerta y dije:

—Adelante.

Henry me sonrió con incertidumbre desde el umbral. Llevaba una botella de *brandy* bajo un brazo y un par de copas.

—David se ha ido a la cama. He visto que tenías la luz encendida y he pensado que a lo mejor te apetecía una copa antes de dormir.

Asentí y aparté las piernas para que pudiera sentarse en el borde de la cama. Sirvió las bebidas y me pasó una copa.

—Un brindis.

—Tampoco es que haya cosas alegres por las que brindar —dije, y bebí.

—David está muy nervioso.

—¿Sí? Creía que esta noche estaba concentrado en hablar de críquet.

Henry se encogió de hombros.

—En realidad es lo que no dice. Les he sugerido que se vayan a Londres. Así podrán ver a Rosie.

—Siempre y cuando el inspector Humphries les deje.

—¿Tú crees que…?

Tomé otro sorbo y dije:

—No sé qué pensar. Pero si Humphries no se equivoca, el padre de Janet no se suicidó.

—Da miedo solo de pensarlo.

—¿Sabes que, antes de morir, el señor Treevor empezaba a creer que podía ser Francis Youlgreave?

—Se estaba volviendo senil. ¿Wendy?

Le miré.

—¿Qué?

—Perdóname. Perdóname por todo lo que te he hecho.

Me dio unas palmadas sobre la pierna, tapada por las sábanas. Nos quedamos allí sentados un momento, como dos adolescentes incómodos. Pensé en mi pasión juvenil por David y llegué a la conclusión de que, si bien no había llegado a nada, tampoco era algo de lo que me enorgulleciera. También pensé en los Byfield y en el señor Treevor y en Francis Youlgreave. Ya había suficiente sufrimiento en el mundo. Le tendí la mano.

Henry la tomó y la besó. Entonces nuestros labios se besaron y volcamos las copas de *brandy*.

—Por poco —exclamó Henry cuando la botella rodó sobre la cama y cayó sobre la alfombra sin romperse—. Y menos mal que había puesto el corcho.

Por la mañana todavía estábamos juntos, desnudos en aquella cama estrecha y la botella de *brandy* seguía en el lugar donde había caído. Era una mañana igual a aquella en que Janet había entrado para decirme que el señor Treevor estaba muerto. La luz tenía la misma tonalidad suave y carente de color.

Sin embargo, esa vez era David quien estaba de pie en la puerta. Iba en pijama, sin afeitar y estaba despeinado.

Henry gruñó y se volvió hacia la pared. Miré a David y él me miró a mí.

—Es Janet —dije—. Ahora ha sido Janet.

TERCERA PARTE

EL BLUE DAHLIA

Capítulo 44

El tiempo no cura las heridas, solo te da más cosas en las que pensar.

—¿Cómo estás? —me preguntó Henry en un tono delicado, como si no quisiera sobresaltarme.

—Estoy bien, gracias.

—¿Estás segura?

—Cariño, me gustaría que dejaras de tratarme como a un caballo nervioso.

Se había comportado así desde que habíamos sabido que estaba embarazada. Nunca le había visto tan entusiasmado, tan feliz. Y yo estaba menos segura de mis sentimientos. Con los años, me había acostumbrado a no estar embarazada. Así que la posibilidad de estarlo siempre me había inquietado, como la amenaza de una invasión. Y la idea de estar embarazada me provocó tal miedo, tal turbación, que me dejó sin aliento.

—¿Prefieres que conduzca yo? —preguntó Henry.

—No, si conduces tú, pasaré el resto del viaje agarrada al asiento.

Giré en una esquina y le miré con una sonrisa.

—Me siento mucho más segura si yo voy al volante.

Avanzamos en silencio por la hermosa campiña de Hampshire. Era septiembre y la tarde aún mantenía el calor del verano. Procuraba no ir muy deprisa, conducía con parsimonia por la A31 en nuestro nuevo Ford Cónsul, porque nos habían invitado a merendar y no queríamos llegar pronto. A la abuela Byfield le gustaba que los demás fueran puntuales.

—Ojalá la vieja arpía no estuviese allí —deseó Henry—. Las cosas ya irán bastante mal.

—Para ti no tanto. Al menos tú has hablado con David por

teléfono.

—No es lo mismo. Cuanto antes encuentre un trabajo, mejor será para él.

—Y para Rosie.

No quería ver a David y mucho menos a Rosie. Me recordarían a Janet.

—Si es una niña —dije—, me gustaría llamarla Janet.

Henry me tocó la mano que tenía sobre el volante.

—Claro que sí —dijo apretándome los dedos un instante—. Cariño, al menos estamos empezando de nuevo. Todo lo demás queda atrás, en el pasado.

—Sí, Henry —asentí.

Y añadí en mi fuero interno: «Todos quedan atrás, Francis, el señor Treevor y Janet, y hasta tu viuda peluda con esos zapatos asombrosamente frívolos de color azul marino». Uno nunca puede volver a ser lo que fue una vez, a menos que acabe senil como el señor Treevor. Uno nunca puede olvidar lo que ha hecho ni lo que han hecho los demás.

El piso de la abuela Byfield en Chertsey se hallaba en un edificio pequeño próximo al centro de la ciudad. David abrió la puerta. Me impresionó el cambio que se había producido en él. Nunca había estado gordo, pero había perdido mucho peso en el transcurso de los últimos meses. El sufrimiento lo había vuelto menos guapo de lo que había sido, pero extrañamente más interesante. Me rozó la mejilla con unos labios fríos.

—Parece que estás en forma —observó Henry.

Se dieron la mano con torpeza.

—En Yorkshire me dediqué a dar muchos paseos.

David había pasado casi dos meses enclaustrado en un monasterio anglocatólico, una suerte de gimnasio para el alma que el canónigo Hudson había localizado para él.

—Mi madre y Rosie están en la sala de estar. Por cierto, no le gusta que se fume.

La abuela Byfield y Rosie estaban sentadas a la mesa de té bajo una ventana que formaba un saliente. La sala era grande para un piso moderno, pero parecía más pequeña porque estaba llena de muebles y ornamentos y porque las paredes estaban cubiertas de un papel oscuro a rayas que recordaba los barrotes de una jaula.

Rosie tenía a Ángel en brazos. La muñeca llevaba el vestido rosa, que ya estaba bastante sucio. Rosie no parecía haber cambiado desde la primera vez que la viera hacía seis o siete meses en el jardín de la Obscura Hostería. Aunque llevaba un vestido distinto, claro. El nuevo era verde con motas blancas, un vestido que Janet le había hecho, pero desde entonces debía de haber crecido, porque el vestido le quedaba pequeño.

Le dimos la mano a la abuela Byfield, que nos repasó de arriba abajo sin sonreírnos. Quise besar la cabeza de Rosie.

—Hola, ¿cómo estás?

Rosie levantó la vista sin decir nada. Le di un abrazo y fue como abrazar a una muñeca, no a una persona.

—Debes responder cuando alguien se dirige a ti, Rosemary —la amonestó la abuela Byfield—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Hola, tía Wendy.

—¿Cómo está Ángel?

—Muy bien, gracias.

—¡Mamá! —exclamó Ángel como si confirmara lo dicho.

—Siéntense y pónganse cómodos —ordenó la abuela Byfield—. Iré a preparar el té y David puede servirlo.

La merienda se desarrolló del mismo modo que empezó. En el mejor de los casos ya habría sido un encuentro difícil, pero con la abuela Byfield no cabía la posibilidad de que fuera bien en absoluto. Habría arruinado un campo de patatas solo con mirarlo.

Intenté hablar con Rosie, mas en aquella ocasión no llegué muy lejos. Me respondió con monosílabos, salvo cuando le pregunté si tenía ganas de volver al colegio.

—No —respondió—. Quiero irme a casa.

—Creo que papá y tú tendréis una nueva casa pronto, y luego tú…

—Quiero la casa que teníamos antes —declaró, y se quedó mirando la coronilla de la muñeca—. Quiero que todo sea como antes.

Nos quedamos menos de una hora con ellos. David nos acompañó abajo; al llegar a la puerta común de las fincas, sacó los cigarrillos. Rosie se quedó con su abuela recogiendo la mesa: parecía una esclava rubia y pequeña al borde de la rebelión.

Henry aceptó un cigarrillo y sacó un mechero.

—¿Hay novedades sobre alguna oferta de trabajo?

David negó con la cabeza.

—¿Es por lo de Janet? —le pregunté.

Su semblante no cambió al oír su nombre, pero tuve la sensación de haberle dado una patada.

—Creo que eso no ayuda, pero sencillamente es que no ha salido el trabajo apropiado.

—¿Y una capellanía en la universidad? —sugirió Henry—. Me figuro que querrás seguir con tu libro y demás, ¿no?

—He pensado en trabajar en una parroquia. Ahora estoy echando una mano por la zona.

Quedé sorprendida, pero no dije nada.

—En Yorkshire tuve tiempo para reflexionar —prosiguió David, respondiendo a preguntas que aún no le habíamos hecho—. Y para rezar. Llegué a la conclusión de que había llegado el momento de dar un cambio de dirección.

—Wendy y yo hemos pensado que…, en fin, si alguna vez quieres un trabajo en un colegio privado de primaria, solo tienes que decirlo.

—Creo que no sería bueno dando clase a niños. Ni a niñas, si fuera el caso.

—Bueno, pero vendrás a visitarnos, ¿sí? —le dije—. Ven ahora si quieres. Con Rosie. Hay espacio de sobra.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Se apartó de mí al decirlo, pues a David nunca le resultaron fáciles las muestras de gratitud. Miré a la ventana del piso y vi a Rosie mirándonos.

—A Rosie le sentaría bien —apuntó Henry—. Y creo que sería una buena influencia para nuestros pequeños bárbaros.

—¿Está bien? —quise saber—. Ha estado muy callada.

—Quiere a su madre —respondió David mirando el extremo del cigarrillo—. Creo que le gustaría volver a tener cuatro años y quedarse así para siempre. Aquí no tiene mucho que hacer y eso no ayuda. —Se mojó los labios—. No ha sido fácil para ella. Ni para mi madre, claro.

—Tu madre debe de parecer una mujer muy… muy imponente para una niña de su edad —dije.

—Madre tiene ideas muy firmes sobre cómo educar a los niños y

sobre cómo deben comportarse.

Me miró y vi un atisbo de desesperación en su rostro.

—Cree que Rosie es muy infantil, por ejemplo. Así que intenta motivarla para que se comporte como una niña mayor. Una vez le quitó la muñeca y se montó un alboroto.

—Rosie me ha dicho que quería volver a casa.

—Le sigue costando mucho asimilar lo que ha pasado.

—¿Le cuesta asimilar que las cosas no pueden cambiarse? —repetí, pensando en la viuda peluda—. ¿Qué es algo que no podrá rehuir jamás, en toda su vida?

Henry carraspeó y me interrumpió.

—Pobrecilla, ¿eh? Aun así, el tiempo cura las heridas.

David todavía me estaba mirando.

—En parte, mi madre tiene razón. Rosie se está comportando de manera muy infantil en estos momentos. Pero solo lo hace porque cree que así puede borrar lo que ha pasado, ¿sabes?

—¿Como una especie de magia?

—Sí, pero no podrá hacerlo el resto de su vida.

—¿Y la ropa? —pregunté.

—¿Qué ropa?

—No he podido evitar fijarme en que el vestido que llevaba le viene algo pequeño. Comprándole ropa nueva podrías ayudarla a marcar una separación con el pasado.

—Cuando tengas dudas, ve de compras —bromeó Henry—. Es el lema de toda mujer, ya sea joven o vieja.

David se pasó la mano por la frente.

—Creo que Rosie no se ha comprado nada nuevo desde que nos fuimos de Rosington.

—¿Pues por qué no me la llevo al centro un día? Estoy segura de que disfrutará: se olvidaría un poco de sí misma, tendría algo con lo que entretenerse. Podríamos concretar un día.

—Me sabría mal…

—¿Por qué? Yo también disfrutaría. Esta semana sería un buen momento. Después estaremos muy ocupados.

—Debo reconocer que estaría muy bien. Mi madre no tiene tanta movilidad como antes. Y quizá tengáis razón…, quizás ayudaría a Rosie a aceptar la situación.

—Entonces no se hable más —zanjé, y saqué la agenda—. ¿Qué

tal el martes?

—Creo que bien. Te llamaré para confirmarlo, ¿de acuerdo? —Se volvió hacia Henry—. ¿Estáis seguros de que esto no es una complicación? ¿Cuándo empieza el trimestre?

—La semana que viene. De hecho, estoy de los nervios —respondió Henry.

—Dar clase es como montar en bicicleta —lo tranquilizó David —. Una vez que has aprendido, nunca lo olvidas. Mi madre es igual con la gente. Nunca se olvida de una cara.

Lo que asustaba a Henry no eran las clases, sino la responsabilidad.

David me miró.

—Por cierto, mi madre se acordó de la mujer a la que había visto en Rosington.

Le miré sin saber de qué me hablaba y luego asentí al recordarlo. Yo volvía de recoger a la abuela Byfield de la estación y ella había visto a una mujer de rostro familiar que entraba en el Recinto por el acceso de

Sacristan's

Gate. Henry y yo la habíamos visto comiendo en el Crossed Keys pocas horas después. Según Henry, además, aquella misma tarde la había visto por High Street en un gran coche negro con Harold Munro a su lado.

Todo esto sucedió el último día de la vida de Janet. Y en ese momento no me importaba un comino quién era esa mujer. Lo único que me importaba era David, que intentaba aludir al día de la muerte de Janet como si hubiera sido otro día cualquiera. Habría deseado poder abrazarlo como había abrazado a Rosie.

—Mi madre la había conocido un mes antes en un almuerzo de beneficencia en Richmond. Era *lady* Youlgreave.

—¿Y qué demonios hacía en Rosington? —se extrañó Henry—. ¿Consiguió enterarse tu madre?

—Oh, sí. Un día tuvieron una charla y descubrieron que tenía algo en común. Estaba de vacaciones en coche por East Anglia y se había detenido en Rosington para comer. Al parecer, Francis Youlgreave era tío de su marido.

No me atrevía a mirar a Henry. Una idea me cruzó la mente como un ladrón inoportuno en medio de la noche. Si Harold Munro

estaba ese día en el coche de *lady* Youlgreave, ¿acaso no cabía suponer que Simon Martlesham no era quien había contratado a Munro? ¿No era más probable que Martlesham fuera la presa de Munro?

Capítulo 45

Guion Manor House, la vieja casa solariega de Roth, apestaba a dinero viejo. Y no poco. Aparqué a un lado de la carretera y nos quedamos en el coche a contemplar la vista. Era una casa alargada y baja, situada a unos metros del
Queen's
Head, donde Henry había estado alojado. Las ventanas eran grandes y las paredes se habían pintado recientemente de un pálido azul verdoso que brillaba como el agua. Entre la casa y la carretera había un terreno circular con césped y un sendero barrido que lo bordeaba y llegaba hasta la puerta principal. Una rama del sendero rodeaba la casa hasta la parte trasera. Las hojas del haya roja del jardín de atrás estaban cambiando de color. Frente a la puerta principal había un coche grande, cuya pintura era como un espejo negro.

—¿Es el mismo coche? —pregunté—. Parece que sí.

Henry gruñó. Estaba de malhumor porque me acompañó sin querer hacerlo.

—Es un Bentley Continental tipo R negro y, por tanto, el mismo que vimos en High Street. No se ven muchos.

Saqué las llaves del contacto del Ford y puse la mano en la puerta para abrir.

—De acuerdo. Veamos si la dueña está en casa.

—Wendy…, ¿por qué no nos vamos?

Me volví de cara a él.

—Me gustaría saber qué están tramando. Y por qué.

—Esa mujer solo sentía curiosidad por su tío. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Si solo es una Youlgreave por casarse con su esposo, no era su tío.

—Eso es demasiado sutil. Tú ya sabes qué quiero decir. ¿No crees que, al estar embarazada, podrías estar…?

—¿Exagerando las cosas? Muy bien, entonces explícame a qué vino tanto misterio por su parte. Podría haber ido a Rosington y preguntar todas esas cosas ella misma en vez de contratar a ese asqueroso hombrecillo. Si solo se trata de una simple curiosidad familiar, no tiene sentido.

Henry se encogió de hombros. Yo sabía qué estaba pensando: que me estaba comportando de forma no menos extraña que *lady* Youlgreave. Sabía que nunca podría contarle las confusas razones por las que Francis era tan importante para mí y sabía por qué nunca me entendería aunque intentara explicárselo. Los motivos estaban relacionados con él y con la viuda peluda, con David Byfield y, sobre todo, con Janet. Había fracasado con Janet. Y no quería fracasar en esto.

—Wendy…

No esperé a oír qué tenía que decirme. Abrí la puerta y saqué las piernas del coche. Instantes después ya estaba en el sendero, dirigiéndome a la puerta principal. A mis espaldas oí el portazo de Henry y sus pasos apresurados hacia mí. Llamé al timbre. La fachada de la casa estaba a la sombra y, de repente, sentí el aire frío sobre mis hombros desnudos. Henry me alcanzó y se puso a mi lado. Cuando le miré, me sonrió burlón.

—Sé amable y nada más, querido —le susurré—. Solo te pido eso.

Volví a llamar.

—Si es que está.

—Recuerda: puede tener nietos que podrían venir a Veedon Hall.

Oímos unos pasos sordos sobre la gravilla y, de pronto, Henry estaba saltando de acá para allá con algo marrón y hostil enganchado a su tobillo.

—*¡Bestial!* —exclamó una voz detrás de nosotros.

Henry soltó un taco que habría impresionado a cualquier abuela. Di una patada en las costillas al perro.

—*¡Bestial!* ¡Ven aquí!

El perro salchicha soltó a Henry de mala gana y se acercó a su dueña con sigilo dando un rodeo. Por primera vez, pude fijarme

bien en *lady* Youlgreave. Era una mujer baja y encorvada de cabello negro teñido. Tenía la cara arrugada como la de un mono y, aunque no era hermosa en absoluto, el maquillaje era hábil y caro. Llevaba unos pantalones informales y una blusa de seda. Supuse que antaño debió de resultar atractiva a los hombres. Pensé que podía tener entre cincuenta y cinco y setenta y cinco años.

Un gran pastor alemán tiró de la correa que *lady* Youlgreave llevaba en la mano derecha. Al tirar el perro de ella, se aproximó a nosotros con movimientos rápidos como los de un pájaro. El perro salchicha se quedó entre nosotros y su dueña, dispuesto a intervenir si las cosas se ponían feas.

—¿Qué se les ofrece?

La voz tenía la serenidad y la calma de una persona que siempre ha tenido dinero, que siempre ha pedido a los demás que hagan las cosas. Carecía de calor o amabilidad.

—Me llamo Wendy Appleyard —me presenté—. Y este es mi esposo, Henry.

En su rostro percibí qué le decía nuestro apellido. Fue como ver reaccionar a alguien a una leve descarga eléctrica. El pastor alemán me olió la punta del zapato con el que había golpeado al perro salchicha.

—¿Esta es *Bella*? —pregunté.

Lady Youlgreave asintió e hizo al perro apartarse de mí moviendo una mano cuyas uñas estaban cubiertas de una gruesa capa de esmalte púrpura.

—¿Es usted *lady* Youlgreave o me equivoco?

Volvió a asentir, al parecer algo sorprendida por tener que preguntárselo. Entonces esperó a que le explicara por qué estábamos allí.

—Conoce a la señora Byfield, ¿verdad?

—Un poco, sí.

—Venimos de tomar el té con ella, su hijo y su nieta.

Me miró con unos ojos grandes y marrones como dos estanques turbios.

—Fue muy triste lo que pasó en Rosington —comentó.

—Sí, sí que lo fue.

—Creo que la señora Byfield me dijo que usted vivía en aquella casa por entonces.

—Yo creo que usted ya lo sabía. Harold Munro debió de informarle.

Por un instante, su rostro simiesco se quedó en blanco. Luego las arrugas volvieron a formar una expresión que podría haber sido una mueca o una sonrisa burlona.

—Quiero sentarme. Vayamos al jardín, ¿de acuerdo?

Nos condujo por el sendero lateral de la casa a un jardín muy cuidado de rosas. Pasamos bajo una galería de vegetación que daba a una zona verde atravesada por un camino enlosado. El Recinto estaba rodeado por una antigua tapia de ladrillo junto a la que crecía una hilera de árboles y arbustos. Al otro lado de la tapia se veían los tejados de una extensión de casas con forma de caja. El jardín era un islote verde asediado que se levantaba allí en medio a su pesar, como Rosington en medio de los Fens o el Recinto en medio de Rosington.

Lady Youlgreave fue derecha a un juego de muebles de jardín: cuatro butacas de mimbre con cojines en los asientos y una mesa con patas de bambú separadas. Se sentó en la silla más grande, que tenía un respaldo alto como un trono, y nos hizo una seña para que nos sentáramos también.

—Solo dispongo de unos minutos —advirtió.

—En ese caso seré breve —anuncié—. Munro trabajaba para usted.

Se encogió de hombros y preguntó a su vez:

—Ah, ¿sí?

—¿Le importaría decirnos para qué lo contrató?

—Creo que eso a usted no le incumbe, señora Appleyard.

—No estoy de acuerdo, porque en ocasiones me espiaba. Y eso hace que me incumba. Habló con diversos vecinos de Rosington. ¿Sabe que casi mató a una anciana de un susto?

Los perros se habían sentado en la hierba a los pies de *lady* Youlgreave. Pero en mi tono percibieron algo que les hizo ponerse de pie. Rascó al pastor alemán entre las orejas y luego se examinó las manos, en las que llevaba más anillos de los que yo había tenido en toda mi vida.

—Contraté al señor Munro para que investigara a un pariente de mi esposo —dijo y me miró—. Eso es todo. Por cierto, ¿cómo se llamaba la anciana a la que se refería?

—Era la señora Gotobed.

Su gesto de satisfacción era innegable.

—Pero ¿llegó a recuperarse?

—Durante unos días. Murió a las pocas semanas.

Henry aspiró aire con brusquedad.

—Claro está, mi esposa no insinúa que el señor Munro fuera el causante de la muerte de la señora Gotobed. Solo…

—Le dio un buen susto —confirmé—. Yo la vi justo después de ocurrir aquello. Creyó que Munro intentaba entrar en su casa.

Lady Youlgreave asintió sin decir nada, sin comprometerse.

—Localizó a Simon Martlesham. ¿Para qué?

—¿Para qué le pedí que localizara a Martlesham? Porque conoció a Francis Youlgreave de niño.

—Creo que lo que realmente le interesaba era por qué Francis se marchó de Rosington. Hubo un escándalo, ¿verdad?

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo, y levantó unas cejas depiladas y negras como la tinta—. Mujeres sacerdote…, a saber de dónde sacaría esa idea. Ni siquiera creo que tuviera simpatía por las mujeres. Seguramente le daban miedo. Les pasaba a muchos hombres de su generación. Pero eso no es ningún misterio, señora Appleyard. El señor Munro incluso me encontró un artículo de *The Times*.

—Y también recortó cuanto encontró en los archivos de *The Rosington Observer*. Desde luego era un ladrón sin dobleces. ¿O acaso trataba de complicar el rastro que pudiera seguir quien llegara después de él?

—Es cierto que el señor Munro tenía tendencia a simplificar las cosas, no se lo negaré.

—Ah, ¿sí?

—Ya no está contratado. Terminó el trabajo que le pedí.

—Pero su tío estaba implicado en otro escándalo, *lady* Youlgreave, que no tenía nada que ver con la Iglesia. Creo que solo usaron aquel sermón sobre ordenar sacerdotes a las mujeres como una excusa para librarse de él.

—¡Qué melodramático!

—Tuvo que ver con Simon Martlesham y su familia.

Se inclinó hacia delante y dejó de rascar la cabeza al pastor alemán.

—Prosiga —pidió.

—La señora Gotobed era la tía de Martlesham. Los Martlesham eran muy pobres. Procedían de una zona de Rosington llamada Swan Alley, una barriada a orillas del río que ya no existe. Simon limpiaba botas en el palacio del obispo y tenía una hermana pequeña llamada Nancy. Pero todo esto ya lo sabe, ¿verdad?

—Yo sé muchas cosas, señora Appleyard.

—Entonces su madre murió y los niños pasaron a ser responsabilidad de la tía, que por entonces trabajaba en una mercería…, aún no había contraído matrimonio con el señor Gotobed. Los niños eran una carga para ella, en parte porque quería casarse. El señor Gotobed era el sacristán principal y tenía una casa en el Recinto. No le gustaba la idea de tener niños procedentes de Swan Alley. O quizá quería tener hijos propios. ¿Todo esto tiene para usted algún sentido?

Lady Youlgreave asintió de una manera que daba a entender que en realidad no le importaba mucho si tenía o no sentido. Henry cambió de postura en la silla junto a la mía y el mimbre crujió.

—Por suerte encontraron una fácil solución —seguí—. El canónigo Youlgreave conocía a los hermanos Martlesham. Simon le había ayudado un día que se había caído en el Recinto. Y se había interesado por el muchacho, al que le daba libros para leer y demás. E hizo lo mismo con Nancy, la hermana. Imagino que todo aquello acentuó su fama de excéntrico.

—No quiero meterle prisa, señora Appleyard, pero tengo otro compromiso.

Asentí.

—No tardaré nada. La señora Gotobed me contó que los vecinos del Recinto pensaban que era demasiado amable con los niños de Swan Alley. En fin, la cuestión es que, en lo que concierne a los Martlesham, los rescató de aquel lugar. Costeó el viaje de Simon a Canadá, donde aprendió un oficio. Pero a partir de aquí las cosas se complican. La primera vez que hablé con Simon, me dijo que Francis Youlgreave también había costeado el viaje de Nancy, pero luego hallamos una fotografía que demostraba que Nancy se había quedado en Rosington. Así que Simon cambió la historia y dijo que el canónigo Youlgreave tenía unos amigos adinerados que estaban dispuestos a adoptar a Nancy. Sin embargo, por lo que he podido

ver, no hay pruebas de que se formalizara la adopción. Después del verano de 1904, Nancy Martlesham sencillamente desapareció.

Henry se movió y carraspeó para apostillar:

—Aunque eso no tiene por qué ser siniestro, claro.

—Por favor, prosiga —intervino *lady* Youlgreave arrastrando las palabras—. Es tan interesante tener otra perspectiva sobre el tío Francis.

—He hablado con personas que lo conocieron. He leído su poesía. ¿Le contó el señor Munro que tenía la costumbre de descuartizar animales? ¿O ya lo sabía a raíz de algo que descubrió aquí?

Callé, pero ella no dijo nada. Me estaba mirando con aquellos ojos marrones y opacos.

—Creo que el canónigo pensaba que permanecería joven si se comía a un niño.

Lady Youlgreave se burló soltando una fuerte carcajada, un asombroso sonido estridente en el silencio de aquel jardín.

—El tío Francis era excéntrico, por descontado. Todo el mundo lo sabe. Incluso puede decirse que estaba desequilibrado. ¿Sabía que era adicto al opio? Pero dudo que tuviera la fuerza para matar a una mosca siquiera. Piénselo, señora Appleyard. Piense en la dificultad práctica de matar algo, ni siquiera un gato.

—¿Cómo sabía que había un gato de por medio?

Desestimó la pregunta con la mano.

—Munro descubrió algo.

—De manera que era lo suficientemente fuerte para hacerlo.

—Diríamos más bien que el animal ya estaba muerto.

—En todo caso, fue lo bastante fuerte para matarse.

Lanzó una indiscutible mirada a su reloj de pulsera.

—¿No cree que estamos haciendo muchas conjeturas, señora Appleyard?

—Usted está tan interesada en los Martlesham como en Francis Youlgreave. Creo que intentaba localizarlos. Y en concreto, creo que buscaba a Nancy. Porque encontró o se enteró de alguna cosa que le hizo pensar que Francis la había matado.

Esa vez la señora Youlgreave se rio con decoro. Era una de esas risas refinadas que no expresan regocijo. Cuando se cansó de reír, se sentó erguida en la silla y me sonrió. Aquella sonrisa me turbó,

porque no era apropiada para aquel rostro ni para aquel momento. Habría jurado que era una sonrisa de alivio.

—Qué fantasiosa es usted, señora Appleyard. Pero me temo que tendré que decepcionarla. Jamás se me ha ocurrido pensar que el tío Francis la matara. Y por una buena razón: yo soy Nancy Martlesham.

Capítulo 46

Veedon Hall era un lugar con aspiraciones, una casa alta y fea construida en el siglo XIX por un fabricante de corsés. Constaba de un vasto jardín, llamado «el Parque» en el folleto informativo de la escuela, un estanco conocido como «el Lago» y una zanja a la que se referían como «la Acequia». Contaban que en un cuarto rondaba el fantasma de una muchacha aristócrata a quien su amante había abandonado.

La realidad era más amable que semejantes pretensiones y tenía un aspecto acogedor, casi residencial, a pesar de hallarse en lo más profundo de Hampshire. Las habitaciones eran amplias, aireadas y luminosas. Generaciones de muchachos habían humanizado el lugar. Veedon Hall me gustaba mucho, aunque quizá también fuera porque una vigésima parte de la escuela me pertenecía.

Los dueños anteriores, los Cuthbertson, nos habían invitado a pasar allí la semana después de la muerte de Janet. Cuando Henry me lo dijo, comprendí que había en la invitación un elemento de premeditación, que querían asegurar la venta convenida con Henry. Siempre es más fácil creer en lo peor de la naturaleza humana que en lo mejor. Pero cuando les conocí, enseguida me di cuenta de que sencillamente querían ayudar.

Henry y yo pasamos buena parte del trimestre estival en Veedon Hall, acostumbrándonos poco a poco al lugar y el uno al otro. Me sorprendió descubrir que, en lo relativo al colegio, yo era una de las bazas de Henry. Su nuevo socio era lo que solíamos llamar un soltero empedernido y, según me contó la señora Cuthbertson, a las madres les gustaba saber que había una mujer en la escuela. En cuanto a Henry, recuperó el ritmo de las clases como si nunca hubiera dejado de ejercer.

—Los chicos trabajan por él —dijo la señora Cuthbertson—. No

sé por qué pero no muchos de nosotros podemos decir lo mismo.

Veedon Hall me gustaba por lo que era y por lo que podía llegar a ser. Y sobre todo, no era el Recinto de Rosington. Era otro mundo en miniatura, pero este estaba dominado por 117 pequeños salvajes bastante sanos. Los niños tenían que aprender simultáneamente el subjuntivo de *Amo* y a hacer ecuaciones (que por suerte no era mi campo), pero también había que darles de comer y de beber, cuidarles cuando enfermaban y reconfortarlos cuando estaban tristes. Una de las supervisoras empleadas tuvo que irse repentinamente porque su madre había caído enferma y yo asumí algunas de sus obligaciones.

La escuela me hizo sentir como otra persona, no solo porque estaba embarazada, sino porque era la propietaria de una parte. Henry había puesto nuestros dos nombres en el contrato. Hasta cierto punto, disfruté más de la escuela que del embarazo. Henry y su socio podían ser excelentes maestros, pero ninguno de ellos tenía la menor idea de cómo organizar el lugar ni de cómo controlar el dinero. Poco a poco fui ocupándome de la administración. El número 93 de Harewood Drive, mi casa de Bradford, quedaba muy lejos, aunque una parte de mí seguía siendo la hija de un comerciante de Yorkshire.

Por consiguiente, tenía mucho que hacer. Durante el semestre de verano y los meses que siguieron no tuve mucho tiempo para amargarme ni para llorar por Janet. No tuve mucho tiempo para pensar en lo que había sucedido, lo cual era muy propio de mí. Sin embargo, no podría desentenderme de Rosington el resto de mi vida. Y jamás podría desentenderme de Janet.

Janet. Por muy atareada que yo estuviera, ella siempre latía en mi recuerdo, aguardando pacientemente. Guardé recortes del caso en un gran sobre de papel manila porque sabía que tarde o temprano tendría que volver a leerlos.

Uno de los periódicos presentaba el siguiente titular: LA MUJER QUE MURIÓ POR AMOR. *The News of the World* decía que Janet era un ángel misericordioso que había matado para evitar el sufrimiento ajeno. Había actuado mal por una buena razón y ella misma se había obligado a pagar por ello. El sentir general la definía como una mujer de buen corazón, pero débil, lo cual tuvo funestas consecuencias. Se daba por sentado que el suicido era la

solución del cobarde. Yo no lo entendí así y sigo sin entenderlo. Para quitarse la vida hace falta más valor del que yo jamás he tenido.

Ninguno de los artículos mencionaba que David había perdido su trabajo ni sus defectos como esposo. Él y Rosie quedaron al margen de la tragedia, de lo cual Janet se habría alegrado. No era vengativa y era celosa de su intimidad. Antes de engullir lo que quedaba de los somníferos de su padre, escribió tres cartas y las dejó bajo una almohada.

La carta para el juez de instrucción se leyó durante la investigación. Janet se disculpaba por causar tantas molestias a todo el mundo. Se había suicidado porque había matado a su padre. No soportaba que se estuviera volviendo senil, sabía que se sentía desdichado hasta la desesperación y que iba a sentirse mucho peor en una residencia. Él le había rogado que lo matara, decía en la carta. Añadía que no podría soportar seguir viviendo con la conciencia tranquila y que, de todas maneras, estaba muy deprimida tras haber perdido al niño. El juez vio las cartas dirigidas a David y a mí, pero consideró que no era necesario leerlas en audiencia pública.

Nunca supe qué decía la carta dirigida a David. La mía era breve y directa. Más de cuarenta años después, puedo recitarla palabra por palabra.

Nadie puede hacer nada, ni siquiera tú. La policía sabe que maté a papá y será cuestión de horas que me detengan. Tú siempre has sido como un ángel de la guarda para mí, pero por favor no pienses que esto ha sido culpa tuya.

Es lo mejor para todos, sobre todo para David y Rosie. Deseo de corazón que empiecen una vida nueva, y no pueden hacerlo si yo estoy aquí. Sé que les ayudarás si puedes. Gracias por todo.

¿Sabes lo mucho que te necesita Henry? Le envío mi afecto, y a ti, como siempre, mi especial cariño.

Janet

El juez de instrucción fue escrupulosamente justo e incluso compasivo. Las pruebas que la policía presentó no dejaban lugar a dudas de que habían matado al señor Treevor. Una serie de testigos,

entre ellos David y yo, declaramos que el señor Treevor era muy infeliz y que había pedido que lo mataran en diversas ocasiones. El doctor Flaxman dijo al tribunal que la señora Byfield sufría una grave depresión por haber perdido a un niño y que estaba preocupado por su salud mental.

Entonces se presentó la prueba concluyente. La policía había acudido al basurero municipal. A las pocas horas de morir el señor Treevor, la madrugada del martes, los basureros habían terminado su ronda, de modo que los detectives examinaron minuciosamente un montículo de basura hasta hallar objetos procedentes de la Obscura Hostería.

El inspector Humphries declaró que entre estos había sobres dirigidos a los Byfield y a mí y una botella vacía de salsa Worcestershire con las huellas de Janet en ella. A unos centímetros de allí encontraron un fardo de papel de periódico (de *The Church Times*) que contenía mondaduras de patatas y una serie de harapos húmedos. Tras examinarlos, se demostró que eran parte de un camisón de bombasí, dijo el inspector Humphries, originalmente de color crema con un estampado de lacitos rosa.

Gran parte de la tela estaba manchada con sangre del mismo tipo al del señor Treevor, según establecieron las pruebas del médico forense. La policía creía que Janet había intentado lavar el vestido y bañarse después de matar a su padre y que luego había decidido cortar el camisón con las tijeras para tirar los trozos a la basura. En el dobladillo del camisón había una etiqueta de la lavandería que les había conducido a la Obscura Hostería. El propio David confirmó que el camisón era de su esposa. Ni él ni la policía habían podido encontrarlo por la casa. Estaba casi seguro de que su mujer lo llevaba puesto la noche anterior a la muerte de su padre.

Por tanto, a fin de cuentas, no se había puesto aquel vestido azul de nailon para gustar a David. Deseé creer en Dios para poder rezar por el alma de Janet. Yo le había fallado: le había fallado porque estaba demasiado ensimismada en mis propias cosas, en Henry y Francis Youlgreave. No me había dado cuenta de que mi mejor amiga se estaba arrinconando a sí misma.

El juez de instrucción dijo que era una tragedia —y supongo que lo era— y que Janet había querido a los demás no demasiado razonablemente, sino demasiado bien. Me pregunté si en ese amor

habría odio mezclado. Hoy en día, los psicólogos habrían dicho que el señor Treevor se había comportado «de manera inapropiada» con Rosie en diversas ocasiones, quizá demasiadas. ¿Se había comportado también «de manera inapropiada» con Janet cuando era niña? No podía imaginar que Janet fuera capaz de odiar tanto a una persona como para querer matarla, salvo de odiarse a sí misma, por supuesto, la persona a la que más odiaba en el mundo.

¿Y David? Vi cómo miraba al señor Treevor cuando lo había encontrado en la cama de Rosie, oí su tono de voz. El odio convertía a David en otra persona. Si solamente el odio pudiera matar, el señor Treevor habría muerto mucho antes de morir desangrado.

Janet amaba a David. En cierto modo, había vivido para él. Cuando recuperé la sensibilidad, cuando dejé de intentar distraerme con los quehaceres de aquellos 117 niños, empecé a pensar de nuevo. Y entonces pensé que acaso Janet había hecho más que vivir para David. Acaso había muerto por él.

Capítulo 47

Aquel domingo no hablamos mucho de vuelta a Veedon Hall tras la visita a Roth. Cuando el coche entró en el sendero que llevaba a casa, sentí caer sobre mí un alivio como un edredón. Debí de suspirar.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes? Esta es la primera casa de verdad que tenemos.

—Más vale tarde que nunca.

Después de cenar salimos a dar un paseo por el parquecillo, como nos dio por llamarlo. La niebla ya empezaba a reptar sobre la hierba hacia la terraza. Me volví a mirar Veedon Hall y, por una vez, parecía una casa hermosa, una casa de cuento de hadas.

Deslicé mi brazo en el de Henry.

—Cuánta calma…

—Espera a que regresen los gamberros. Entonces sabremos lo que es el ruido.

Debido a mi embarazo, Henry insistió en caminar a un paso propio de un cortejo fúnebre. También estaba fumando en pipa, un hábito desagradable que al menos ahuyentaba a los mosquitos. La pipa era una novedad destinada a dar una imagen firme y digna de confianza a los padres. Todavía no dominaba el arte de fumar en pipa, por lo que practicaba a solas conmigo.

—Al fin y al cabo —me dijo—, tú pronto serás madre.

Junto a lo que nos dio por llamar el laguito por tendencia natural, había un banco de piedra, donde nos sentamos un rato a pesar de que había más enjambres de mosquitos a la orilla del agua. Henry estaba convencido de que yo necesitaba descansar. Aún había luz, pero como el sol se había puesto, el aire se estaba enfriando rápidamente. Los patos formaban ondas al nadar sobre el agua argentada. Pensé en los ánades que había alimentado con

Rosie cerca del lugar donde Swan Alley había estado y me pregunté si Nancy Martlesham habría alimentado a sus antepasados cuando era una niña.

—No tiene ninguno —estaba diciendo Henry—. Al menos eso es un consuelo.

Había pasado algo por alto.

—¿Quién no tiene ninguno? ¿Y ningún qué?

—Nietos. *Lady* Youlgreave no tiene hijos. Así que no hace falta ser sutiles con ella al respecto.

—No me digas que se lo preguntaste.

—No. Cuando fuiste al baño, le comenté que estabas embarazada. Y ella me dijo que se alegraba de no haber tenido hijos porque cuidar de sí misma le ocupaba todo el tiempo.

—¿Crees que es feliz?

Henry se encogió de hombros y lanzó una bocanada vacilante sobre el agua. Sospecho que intentaba formar anillos de humo.

—Yo diría que no se permite pensar en si es feliz o no —añadí.

Henry dio otra chupada a la pipa, que emitió un borboteo.

—No veo que tenga nada de lo que quejarse. Es evidente que está forrada.

Lady Youlgreave nos contó que su tío Francis nunca había vivido en guion Manor House. En aquella época, la familia vivía en Roth Park, una mansión de ladrillo rojo cuyas chimeneas se veían sobre los tejados de las casas más nuevas. También murió en Roth Park: saltó del alféizar de la ventana de su habitación y cayó contra el suelo de grava. *Lady* Youlgreave dijo que, a su manera, siempre se había portado muy bien con ella y que ella solía llamarle tío Francis.

Ella no odiaba a Francis. Odiaba a la gente que la había vendido a Francis: la tía Em, hermana de su madre, y su propio hermano, Simon Martlesham. No empleó el término «odiar», pero eso me pareció atisbar en aquel rostro pequeño y cetrino, sentada en el blanco trono de mimbre en el jardín de Oíd Manor House.

—Mi tío Francis pensaba que estaba haciendo las cosas para bien. Sin embargo, para un niño nunca es bueno que lo separen de su familia —explicó.

Abrió la boca dando un pequeño bostezo, ya fuera porque la aburríamos o porque la aburría aquel asunto o posiblemente ambos

y subrayó:

—Sobre todo si tu madre acaba de morir. Primero me envió a Hampstead a vivir con una mujer horrible. Había sido institutriz de los hermanos Youlgreave. Ella me enseñó a comportarme. Me compró ropa —dijo, y torció el gesto—. Me dio clases de dicción.

—¿Cuánto tiempo estuvo con ella?

—Un par de meses que parecieron siglos. Pero mi tío Francis estaba siendo cruel por mi bien. No quería asustar a la pareja que había accedido adoptarme. Y no los asusté. Encajé muy bien. Mi padre —concedió a esta última palabra una entonación ligeramente irónica— era abogado en Henley. Teníamos una casa junto al río. Yo tenía mi propia institutriz. La tía de mi padre se había casado con un hombre llamado Carter, el cual poseía terrenos en Roth. Así le conoció Francis. Creo que Francis tuvo algún problema de tipo legal y mi padre le echó una mano.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿A qué viene la indagación de Harold Munro?

—¿Después de tantos años? ¿A eso se refiere? Lo entenderá cuando tenga mi edad, señora Appleyard. Cuando se es joven, una no tiene tiempo de mirar atrás. Pero cuando se es viejo, no hay mucho más que hacer. Además, quería saber qué había sido de mi hermano.

—Y de su tía.

Se rio.

—Eso vino rodado. Había dado por supuesto que estaba muerta. Debía de tener unos noventa años.

—¿Y para qué tanto misterio…?

—¿Para qué iba a querer airear mis intenciones? Dígame, señora Appleyard: si hubiera crecido en Swan Alley, si de niña la hubieran comprado y vendido, ¿querría que todo el mundo lo supiera? Desde luego que no. Por eso preferí contratar a un investigador privado. Seguramente un periodista habría obtenido la información con mayor eficiencia, pero no habría podido garantizarme la confidencialidad. La única alternativa posible habría sido un abogado, pero habría sido mucho más caro.

Nos miró con altivez levantando una nariz pequeña y huesuda.

—No nado en la abundancia, ¿saben? —nos reprochó.

Durante todo el tiempo que habló, tuve la sensación de que se

estaba burlando de nosotros.

—La primera vez que hablé con su hermano, me dijo que habían ido juntos a Canadá.

—Es típico de Simon. No querría que le viera con malos ojos, como alguien que abandonó a su hermana pequeña. Siempre fue un niño terriblemente adulador. Tendría que haberlo visto con mi tío Francis. Habría estado dispuesto a decir que el blanco era negro si mi tío Francis hubiera querido. Al menos mi tía Em era franca. No quería que unos niños echaran por tierra su última oportunidad para casarse y menos unos niños de Swan Alley con una madre como la nuestra y sin un padre digno de mención. Hablaba de Sammy Gotobed como si fuera el arzobispo de Canterbury.

Sus rasgos adoptaron el gesto de una máscara de ojos saltones y mejillas hundidas y entonó con una voz cavernosa:

—El *summum* de la respetabilidad.

—Supongo que habrá leído sus poemas.

Bajó la cabeza.

—Por supuesto que sí. Munro me envió un ejemplar de *Las lenguas de los ángeles* que encontró en la biblioteca de Rosington. Pero no sirvió de nada, porque ya lo tenía.

—¿Tiene *La voz de los ángeles*?

—Viene a ser lo mismo. Una edición personal de *Las lenguas*. No sé por qué quiso cambiar ligeramente el título.

—También añadió un poema.

Me miró sin expresión alguna desde el otro lado de la mesa blanca.

—¿Y? Puede que la editorial no quisiera incluirlo en la edición que habían publicado.

—Es un poema bastante extraño.

—Eso mismo podría decirse de casi todos.

Fui la primera en bajar la vista. Lo que dijo era razonable en sí mismo. Seguramente era la verdad.

Henry musitó que quizás habíamos abusado del tiempo de *lady* Youlgreave. Él había tenido mucha paciencia conmigo. Pensé que era una de las pocas ventajas de estar embarazada. Todos tendían a seguirte la corriente cuando tenías antojos y esperaban de ti que te comportaras de manera irracional.

Entonces fue cuando pregunté si podía usar el baño. *Lady*

Youlgreave me acompañó al interior de la casa por una puerta lateral. El tener que controlar una vejiga floja era una de las muchas cosas que no me gustaban de estar embarazada. Pero reconozco que fui algo entrometida. La parte de la casa que vi estaba llena de muebles estropeados y cuadros en marcos faltos de lustre. Aun así, olía a dinero, al igual que el coche, a ese dinero que ha formado parte de tu vida tanto tiempo que ya ni lo percibes.

Al pasar juntas por el pasillo, *lady* Youlgreave me pidió:

—Espero que no le importe tratar este asunto con confidencialidad, señora Appleyard.

—Supongo que no.

—Estoy segura de que comprenderá que nada tiene de agradable que se den a conocer los secretos de la familia de una. Como ha podido comprobar el pobre señor Byfield —señaló una puerta—. Es ahí.

—No crea que soy una entrometida…, bueno, supongo que sí que lo soy…, pero ¿cómo acabó usted casándose con un miembro de la familia Youlgreave?

—No es nada extraño. Mis padres —dijo con la misma entonación irónica de antes— solían venir a visitar la casa de mi bisabuela. Los Carter. Casi todas sus tierras están ahora bajo el pantano de Jubilee, la casa también. Organizaron un baile para celebrar el vigésimo primer aniversario de su hija y allí conocí a mi futuro esposo.

Lanzó una mirada a la puerta del baño sin apenas poder disimular su impaciencia.

—Así que ya ve…, es muy simple.

El baño estaba decorado con rica ebanistería de caoba, grifos de latón y baldosas blancas y azules. La taza estaba situada sobre una tarima, de modo que me sentí como una reina al sentarme, deseando expeler algo más de las cuatro gotas habituales, a fin de no tener necesidad de ir al baño otra vez antes de llegar a casa.

Sin embargo, me costaba concentrarme. Me sentía incómoda, era una sensación casi física, como una versión leve de las náuseas matinales. Quizá me equivocaba y lo cierto era que solo podía basarme en primeras impresiones, pero *lady* Youlgreave parecía una mujer arrogante y autosuficiente con tanto dinero y tan pocas obligaciones que no tenía motivos para preocuparse de lo que

opinaran los demás. No tenía motivos para ser tan sincera con una desconocida que había aparecido con su marido sin más un domingo por la tarde.

Y me preguntaba esto: ¿por qué había respondido con tanta sinceridad a mis preguntas?

Otra notable ventaja de estar embarazada era el té de la mañana. Se necesitan compensaciones cuando un pequeño desconocido ha invadido tu cuerpo, cuando las hormonas se comportan como niños indisciplinados y el aparato digestivo está sumido en una revolución.

Henry estaba tan convencido de que yo era infinitamente frágil que se levantaba temprano para prepararme el té. En el fondo, los dos teníamos presente lo que les había ocurrido a Janet y al varón que ella creía llevar en su vientre.

El lunes por la mañana dejó la bandeja al lado de la cama y me besó. Estar juntos se había convertido en una rutina que no por serlo dejaríamos de valorar. Me sirvió el té y fue hasta la ventana retorciendo el cordón de su bata.

—Una mañana estupenda —observó.

Se sentó en la silla junto a la ventana y rebuscó en el bolsillo los cigarrillos.

—En la bandeja hay una carta para ti —me informó, y calló un momento lo bastante largo como para ponerme alerta—. Lleva matasellos de Rosington.

Querida Wendy:

Me figuro que ambos estáis muy ocupados, a punto de empezar el nuevo trimestre. Os escribo en parte para que June y yo podamos desearos suerte con vuestra nueva vida.

¡La catalogación de la biblioteca de la catedral al fin se ha terminado! James Heber (un amigo del sobrino de la señora Forbury) ha dedicado este verano a concluir la labor que tan hábilmente empezaste. Acaba de licenciarse en Historia por Cambridge y piensa cursar un máster en Historia en Durham. No se topó con más sorpresas, ¡gracias a Dios! Todavía no se ha decidido qué se hará con estos libros, ni con los de la biblioteca del Colegio Teológico.

Te alegrará saber que la exposición del deán en la sala capitular ha sido un éxito, tanto ha sido así que tienen previsto ampliarla y hacerla permanente de manera que el deán ha pedido a Heber que eche un vistazo al archivo de Rosington de la biblioteca de la Universidad de Cambridge

para averiguar si hay algo que merezca la pena incluir. Se trata de una colección de discos y material diverso, parte del cual es monástico, pero la mayoría posterior a la Reforma, relacionado con la catedral y la diócesis. El mismo canónigo Youlgreave lo depositó en la biblioteca de la universidad. Alguien lo catalogó someramente en la década de 1920, pero solo una parte.

Heber encontró varios objetos que podrían exponerse, así como una referencia en los libros de contabilidad del sacristán de 1402 sobre el coste del combustible empleado para quemar a los herejes. Había cierta discusión en torno a quiénes debían correr con estos gastos en última instancia: la abadía consideraba que eran responsabilidad del rey y no de ellos. Lo interesante es que se mencionaba a los que murieron quemados: dos de ellos venían de la aldea de Mudgley y uno se llamaba Isabella. Por tanto, es posible que al fin y al cabo aquel poema de Youlgreave tuviera fundamento. Por desgracia no se mencionaban las acusaciones por las que se les ejecutó.

Quería comentarte otra cuestión. La semana pasada recibí una carta dirigida al «bibliotecario de la catedral» de un hombre llamado Simon Martlesham. Decía que había intentado ponerse en contacto contigo en la Obscura Hostería, pero se enteró de que te habías mudado y me preguntaba si tendría tu nueva dirección. Decía que tú sabrías cómo ponerte en contacto con él, así que le envié una nota diciendo que te había puesto al corriente de su petición.

Si todo va bien, en octubre tenemos previsto ir a ver a David y Rosie. Sé que tú también has estado en contacto con ellos. Dales recuerdos de nuestra parte si los ves.

June os desea lo mejor a los dos con todo su cariño, y yo también,

Peter

Le pasé la carta a Henry y miré cómo la leía mientras me terminaba el té. Vi cómo fruncía el ceño al llegar al final.

—Creo que deberíamos dejarlo para otro día.

—¿El qué?

—Todo este asunto de Youlgreave y Martlesham. No irás a ponerte en contacto con Martlesham, ¿no?

—No lo sé.

—Eso es cosa del pasado. Tienes que olvidarlo.

Hay cosas que nunca olvidaría, entre otras, a Janet y a la viuda peluda.

—Ya veremos —dije.

—Déjalo ya —me recomendó Henry—. Por favor.

—¿Quedan cosas por descubrir? —pregunté mirando al interior de mi taza, buscando mi suerte entre las hojas de té. ¿Y queda más té?

Capítulo 48

Tres días después, el jueves, me encontré con David, Rosie y Ángel bajo el reloj de la estación de Waterloo. Henry se había ofrecido a acompañarme, pero lo convencí de quedarse en el colegio. No quería remolcar a un marido quisquilloso. A Henry no le gustaba comprar ropa, ni aunque fuera para él.

—No exageres con las compras —me había advertido al llevarme a la estación—. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

David parecía aliviado de verme. Llevaba un maletín bajo el brazo y tenía manchas oscuras bajo unos ojos inyectados en sangre. Me pregunté si su Dios le estaría ayudando mucho en aquellos momentos. Rosie llevaba otro vestido que reconocí: era de pana azul marino con caballos de color rosa pálido, con mangas abombadas y cuello Peter Pan. Era el vestido que Janet le había regalado por su quinto cumpleaños. Alguien le había hecho una trenza bastante mal. En una mano llevaba a Ángel. En la otra, un bolso en miniatura de plástico que imitaba el charol.

—¿Estás segura de que no será mucha molestia? —preguntó David.

—En absoluto. Me lo pasaré bien.

—Debes permitirme que te pague la comida —dijo, sacando su cartera gastada—. Y te hará falta algo más para los taxis. ¿Cuánto crees que puede hacerle falta para la ropa? ¿Unas diez libras?

—No es necesario —dije—. Invito yo.

—No lo puedo permitir.

Rosie nos miraba desde su altura; sus ojos iban del rostro de David al mío con una expresión intensa, como si el destino del mundo dependiera del desenlace de la conversación. Los dedos con los que cogía la tira del bolso palidecieron. Me quedé callada un

momento, porque no había necesidad de pronunciar las palabras en voz alta.

«Déjame hacerlo por Janet».

—¿Dónde y cuándo quieres que nos encontremos? —preguntó David.

Él había cedido y ambos lo sabíamos. En cuanto concertamos la hora a la que reunirnos luego, le faltó tiempo para irse. Iba a pasar un día de diversión desenfrenada trabajando en una biblioteca con su libro de santo Tomás de Aquino. Creo que era tal el alivio de librarse de la abuela Byfield que habría disfrutado con cualquier cosa, hasta acompañándonos a comprar ropa.

Después, cuando David ya se había marchado y Rosie y yo hacíamos cola para tomar un taxi, la niña deslizó su mano en la mía, cosa que no solía hacer por voluntad propia. Me tiró del brazo como si tirara de la cuerda de una campana para llamar al servicio en un hotel antiguo.

Volvió su rostro perfecto hacia el mío.

—¿Tía Wendy? ¿Crees que podría comprarme un vestido con un cinturón?

—Yo diría que sí.

Fuimos a Oxford Street y pasamos casi toda la mañana comprando. Me gasté una pequeña fortuna: estaba convencida, y con toda razón, de que ni David ni su madre tenían una idea exacta de lo que costaba la ropa infantil en el West End. Ángel estaba siempre junto a Rosie y, antes de comprar nada, Rosie cumplía con el ritual de preguntarle a la muñeca qué pensaba.

Después de pasar por

Selfridge's

ambas estábamos agotadas, así que entramos en un restaurante a comer.

—Yo creo que también podríamos comprarle ropa nueva a Ángel —sugerí mientras esperábamos el budín—. ¿Qué te parece?

—Sí, por favor. A Ángel le encantaría, ¿verdad que sí?

—¡Mamá! —chilló la muñeca al apretarle sobre pecho.

Estudié el aspecto de Ángel. La tela del vestido había encogido y en algunas zonas el rosa se había desteñido.

—Mi abuela le lavó la ropa —dijo Rosie—. No ha quedado muy bien.

—Ya veremos cómo lo arreglamos.

La niña asintió y me obsequió con una sonrisa breve y formal. Era una niña bien educada y me había sonreído así cada vez que me había ofrecido a comprarle algo. Yo habría preferido que me hubiera echado los brazos alrededor del cuello y que me hubiera dado un beso. O, mejor, que me hubiera dicho que me quería, aunque en el fondo yo sabía que aunque lo hubiera hecho habría sido cariño interesado. Pero es que era una niña tan linda y, además, la hija de mi mejor amiga. Quería oírle decir que me quería. Quería creerlo también y todavía albergaba la esperanza de que algún día lo dijera de verdad.

Ahora me doy cuenta de que Rosie no me tenía ninguna simpatía. No: peor que eso, mucho peor, aunque me duela reconocerlo. Me odiaba. Habían sido una familia feliz en la Obscura Hostería hasta que aparecí yo, o eso pensaría Rosie. Luego había apartado a su madre de ella para siempre y nadie podía hacer nada para recuperarla. Así que allí estaba yo, intentando suplir una ausencia, tratando de competir con un fantasma.

—Cuando acabemos podemos ir a

Hamley's

—propuse sin dejar de lado el juego en el que estaba destinada a perder—. ¿Has ido allí alguna vez?

Negó con la cabeza.

—Es una tienda de juguetes muy grande. Estoy segura de que allí tendrán algo que te guste.

—Quiero ropa nueva para Ángel. El vestido que le hiciste se ensució.

—Qué pena. Pero no te preocupes. Seguro que encontraremos alguno mejor.

Me miró con ojos límpidos desde el otro lado de la mesa.

—Mamá lo metió en agua fría, pero no sirvió de nada.

Entonces llegó la camarera con un par de helados cubiertos de crema de chocolate y decorados con dos galletas con forma de abanico. Rosie cogió su cuchara y la hundió en el helado. Yo me quedé absorta, mirándola desde mi silla. Indagué en mi memoria qué llevaba puesto Ángel y cuándo. Sobre todo cuándo.

—Rosie, ¿con qué se manchó el vestido de Ángel? ¿Qué lo ensució?

Acababa de ponerse una cucharada de helado en la boca. Se lo comió muy despacio, mirándome a través de aquellas pestañas. Era una niña que no hablaba con la boca llena. Finalmente, se frotó con delicadeza las comisuras de la boca con una servilleta.

—Mamá dijo que era un secreto.

«¿Una mancha que empapas en agua fría?».

—Pero mamá no está —dije, de pronto, sin piedad—. Solo estamos tú y yo.

Rosie lo consideró un momento y dijo.

—Pero mamá me dijo que no dijera nada.

—¿Y si yo te pregunto lo que podría ser y tú me dices que sí o que no con la cabeza? Así no tendrás que decir nada.

Volvió a llevarse otra cucharada a la boca y asintió con la cabeza.

Desoí el leve clamor de mi conciencia, empujé el cuenco a un lado y cogí los cigarrillos.

—¿Era algo como… como salsa de tomate?

Volvió a asentir.

—¿Era del abuelo?

Asintió por tercera vez.

Sacudí el paquete para sacar un cigarrillo. La mano me temblaba cuando me lo llevé a la boca y luego no conseguía encender el mechero. Era consciente de que Rosie me estaba observando, de que seguía comiéndose el helado. Sentí frío y calor a la vez y estaba desesperada por tomarme un *dry martini*. Respiré hondo con violencia y el humo me abrasó los pulmones.

—¿Cómo fue a parar al vestido?

Rosie tragó.

—Ángel se cayó encima. Pero mamá dijo que no tenía que decirlo. Nunca jamás.

—No pasa nada.

—Cortó el vestido en trocitos y lo tiró por el retrete.

—¿Y el abuelo?

—¿El abuelo? Es lo que él quería.

Raspó el cuenco con la cuchara, ávida por la última miga de galleta y el último resto de helado y crema. Lo importante era lo que implicaban sus palabras, no lo que había dicho. Recordé que el señor Treevor había dicho que quería morirse: esas eran las últimas

palabras que le había oído pronunciar. Y luego ella me había preguntado sobre la muerte. Y yo le había confirmado que la gente que se muere va al cielo y que el cielo era un lugar muy agradable.

—¿Sabes dónde guardaba el cuchillo?

Rosie asintió.

—Era uno de nuestros secretos —dijo, moviéndose con coquetería en su silla—. Lo escondíamos detrás de la chimenea de su habitación. Iba a conseguirme más alas para Ángel. ¿Me puedo comer tu helado si tú no lo quieres?

Empujé el cuenco hacia ella.

—¿Entonces mamá te encontró en la habitación del abuelo? ¿Después?

—Entró después de que lo hiciera. Cuando lo clavé, el abuelo se movió y tiró a Ángel al suelo. Ángel estaba toda sucia.

—¿Y qué hizo mamá?

—Intentó despertar al abuelo, pero estaba dormido. Luego dijo que teníamos que lavarnos.

De pronto arrugó la cara: toda su hermosura desapareció y solo quedó una niña asustada.

—Me gustaría que mamá estuviera aquí.

—A mí también, cariño.

Finalmente, todo tenía sentido. Al principio, Janet esperó que la muerte de su padre pasara por un suicidio. Al no ser así, se menospreciaba tanto que cargar con la culpa le pareció lo mejor para todos los demás. Quizás agradeció la oportunidad para hacerlo, pues creo que ya no le quedaban ganas de seguir viviendo. Debió de pensar que al suicidarse y cargar con la culpa de la muerte de su padre, evitaría a David algo mucho peor. Quiso evitar que estigmatizaran a Rosie como asesina para el resto de su vida.

Un día, más adelante, encontré en una librería uno de aquellos magníficos ejemplares azules en rústica de la editorial Pelican que solía haber alineados en las estanterías del estudio de David en la Obscura Hostería. Este era de derecho penal. Al buscar el capítulo sobre menores, dejé manchas húmedas en las páginas. El autor citaba textualmente el artículo 50 de la Ley de Niños y Menores de 1933.

> Se dará por supuesto de manera concluyente que ningún niño menor de ocho años puede ser culpable de

ninguna infracción.

—El supuesto —comentó el señor Giles— es irrebatible. En otras palabras, Rosie nunca podría haber sido juzgada porque, por ley, no podía cometer ningún crimen. ¿Lo sabía Janet? Pero aunque lo hubiera sabido, ¿habría servido de algo? Janet debió de querer hacer lo mejor (o más bien lo menos malo) para Rosie y David. Si nos hubiera contado la verdad a David y a mí, al doctor Flaxman y al inspector Humphries, la justicia habría dicho que Rosie no podía cometer un crimen…, pero la gente no contemplaba matices.

Nunca se puede huir de la curiosidad maliciosa. Aunque los Byfield se hubieran cambiado de nombre y se hubieran ido a vivir a Australia, alguien lo habría averiguado.

No sé. Quizá yo lo complique más de la cuenta. En ocasiones, las cosas son de una simpleza desgarradora y nada tienen de racional. Quizá Janet ya no tenía ganas de seguir viviendo. Quizás iba tras la muerte y su hija le mostró el camino para encontrarla.

—¿Se lo has dicho a alguien más? —le pregunté a Rosie. Negó con la cabeza y se comió la última cucharada de helado de mi cuenco.

—Yo que tú, Rosie, no se lo diría a nadie más. ¿Me prometes que no lo harás?

Se tocó la boca con la servilleta.

—De acuerdo —me prometió.

Lo hice por Janet, lo juro. Evité a David más sufrimiento, así como a la abuela Byfield y a Rosie. ¿Acaso habría hecho bien a alguien, haberle contado a David la verdad, si hubiera llamado al inspector Humphries para informarle de que mi mejor amiga nos había engañado a los dos? Pero sobre todo me pregunto si habría salvado más vidas en el futuro.

Si cierro los ojos, veo a Rosie con el cuchillo en una mano y a Ángel en la otra. Veo a Janet inclinada sobre su padre y la sangre brotado lentamente del cuello. Pero uno nunca puede saber qué habría pasado si hubiera tomado otra decisión. Y me aferro a eso.

La camarera rondaba nuestra mesa y le pedí la cuenta.

—¿Iremos a
Hamley’s
en taxi? —preguntó Rosie.

—No queda muy lejos —respondí, y puso cara triste—, ¿le gustaría ir en taxi?

—Sí, por favor…

Lo del taxi fue una distracción que agradecí. Llevábamos bastantes paquetes para justificar ese despilfarro y a Henry le complacería que hubiera seguido su consejo de no cansarme. Una carrera breve significaba una tarifa baja. Quería darle el gusto a Rosie. Sé que resulta extraño que ocupara la mente en semejantes frivolidades, cuando acababan de sacudir con violencia los cimientos de mi mundo. Pero lo hacía. Todos somos extraños. Nos distraemos con menudencias. Es una forma de sobrellevar los momentos difíciles.

En
Hamley's
tuvimos suerte —o más bien Rosie la tuvo—, ya que encontramos una dependienta dispuesta a tomarse muy en serio el asunto de escoger ropa para la muñeca. Tras mucho debatir, le compramos a Ángel un par de conjuntos. El primero era un vestido de cóctel corto de varios colores en tafetán sintético con un cuello cruzado que dejaba los hombros al descubierto y un corpiño entallado. La falda era acampanada, con un viso especial debajo. El conjunto incluía un par de zapatos de tacón.

—Estará preciosa en las fiestas —aseguró la dependienta—. ¿No crees?

Rosie apretó el pecho a la muñeca.

—¡Mamá! —exclamó esta.

Un cuarto de hora después nos decidimos por el segundo conjunto. Ángel ya podría vestir informalmente con una blusa de color crema sin mangas y cuello cuadrado y un par de pantalones cortos azul marino de hilo. La dependienta nos convenció de que Ángel no iría vestida de manera apropiada en vacaciones sin un par de zapatillas azules de piel y un sombrero de paja con una cinta en el ala.

—Al fin y al cabo —concluí—, no querrás que lleve zapatos de tacón cuando salga a navegar a vela o vaya a la playa. Estaría ridícula.

Al final encontramos un sencillo camisón blanco que le iba bien. Tenía puntilla en el cuello y los puños, acaso era algo corto para un

ángel, pero a Rosie no le importó.

Mientras la dependienta envolvía las compras, Rosie se paseó por la tienda para examinar otras muñecas, su atuendo, sus casitas y sus muebles. Se acercó sigilosamente a mí mientras extendía el cheque.

—¿Tía Wendy?

—¿Sí? —dije.

Arranqué el cheque del talonario y bajé la cabeza para atender a Rosie. Pese a todo, me di cuenta de que la envidiaba. Y es que era tan hermosa…, entonces y después, y asimismo muy independiente, lo cual la blindaba contra el sufrimiento.

Tiró de mí hasta un expositor con muñecas tipo bebé y el correspondiente equipo que las acompañaba.

—¿Los ángeles tienen bebés?

—No, cariño. Creo que no. No se ocupan de esas cosas.

—¿Estás segura?

—Segurísima, aunque se lo puedes preguntar a papá.

—Los ángeles no tienen bebés —caviló Rosie—, porque los bebés no les hacen falta.

Su tono de voz evidenciaba que no lo decía como un hecho, sino que lo contemplaba como una posibilidad.

—Estoy segura de que tienes toda la razón —aseguré, pues no quería comprar también una muñeca bebé, que necesitaría, claro está, un cochecito y una cuna y un vestuario completo—. Pero sin duda papá lo sabrá.

Asintió y añadió:

—Yo no quiero tener niños.

—¿Por qué?

—Causan demasiadas molestias. Y ensucian demasiado. Supongo que por eso los ángeles no los tienen.

Se apartó de mí y se dirigió sonriente a la dependienta, harto acostumbrada a que le sonrieran. Me senté con brusquedad en una silla delante del mostrador.

«Los niños pequeños causan demasiadas molestias. Y ensucian demasiado…». Las palabras de Rosie daban vueltas en mi cabeza, cada vez más rápido, como un tiovivo y, cuanto más deprisa lo hacían, peor me sentía. Recordé algo que Simon Martlesham había dicho y lo relacioné por primera vez con una observación de la

señora Gotobed o, más bien, con lo que esta implicaba.

Todas las muñecas del expositor me miraban fijamente con aquellas máscaras de horror pintadas, con cejas perfectas, enarcadas con un gesto de sorpresa como las de *lady* Youlgreave. Quería que alguien me dijera que no era verdad, que estaba equivocada.

—¿Señora? ¿Señora?

Levanté la vista a la dependienta, que estaba inclinada sobre mí.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Estoy bien, gracias. Ha sido un leve mareo.

—Es que aquí dentro hace mucho calor. Nunca gradúan bien la temperatura.

—Tomemos un taxi —sugirió Rosie—. Así no tendrás que ir andando a ninguna parte.

Respiré hondo. El niño que llevaba dentro necesitaba aire. Concéntrate en el niño. Mi niño.

—¿Un taxi? —pregunté—. Buena idea, pero antes quisiera hacer una llamada.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rosie.

—¿Qué te parece si nos tomamos otro helado?

Capítulo 49

Maldije el gasto y pedí al taxista que esperara. Entré con Rosie en el Blue Dahlia Café. La mujer del rostro triste estaba detrás de la barra sacando lustre a una gran tetera que ya brillaba. En cuanto vio a Rosie, se le iluminó el semblante como si en su interior se hubiera encendido una llama.

—He venido a ver al señor Martlesham —anuncié—. Me está esperando.

—Un momento, señorita. Veré si está listo.

—¿Le importa vigilar a la niña mientras hablo con él?

—Desde luego —asintió la mujer, y bajó la cabeza para sonreír a Rosie, que le devolvió la sonrisa al presentir una conquista fácil—. Qué muñeca tan bonita. ¿Cómo se llama?

—Ángel.

—Qué nombre más bonito. ¿A Ángel le gusta el helado? —preguntó.

Rosie asintió y se miró los pies.

—Cuando mamá entre a hablar con el señor Martlesham, os prepararé un helado a ti y a Ángel. Puedes ayudarme, si quieres.

Rosie no dijo nada y yo tampoco, pero Ángel graznó: «¡Mamá!». La mujer cruzó el arco y, por un instante, las coloridas cintas de nailon temblaron como un arco iris roto.

Rosie me apretó la mano como si llamara a un timbre para que acudiera el servicio. Cuando la miré me preguntó:

—¿La señora me dejará comerme el helado de Ángel?

—Supongo que sí.

Al poco, la mujer volvió a salir.

—Le está esperando.

—Pórtate bien, Rosie. No tardaré mucho.

—Vamos a preparar los helados —anunció la mujer—. Lindos

helados para angelitos.

Se llevó a Rosie al otro lado de la barra, desentendiéndose de un cliente que trataba de atraer su atención junto a la ventana.

Crucé el arco y llamé a la puerta de la izquierda. Martlesham me invitó a pasar.

A primera vista no parecía haber cambiado, iba igual de acicalado que siempre. Estaba sentado tras la gran mesa, con la silla colocada de lado, de manera que solo veía la parte derecha de su rostro, aquella a la que el derrame no había afectado. Ese día llevaba un *blazer* y una corbata con el nudo poco apretado. El oro brillaba entre los pliegues de la corbata: era el alfiler con la cabeza de caballo y con incrustaciones de esmalte. Extendió la mano sobre la mesa hacia mí.

—Discúlpeme por no levantarme —dijo como si se arrancara a sí mismo las palabras—. No me encuentro en muy buen estado de salud.

—Lo lamento.

Nos dimos la mano. Su piel estaba seca y fría como la de una serpiente.

—¿Alguien de Rosington le dio mi recado?

—Sí.

—Me alegro de que haya venido usted en persona, señora Appleyard. Pensaba que se pondría en contacto conmigo por teléfono o por carta. ¿Ha venido de muy lejos?

—De Hampshire. Mi esposo y yo ahora vivimos allí.

Todo cuanto rodeaba a Simon Martlesham era impecable como siempre. Lo distinto era algo en su interior. Ya no luchaba.

—He estado enfermo este verano.

No lo dijo tratando de inspirar lástima, simplemente afirmaba un hecho.

—Le habría escrito antes —continuó—. Siento mucho lo de sus amigos. ¿Cómo se llamaban?

—Byfield.

—Lo vi en los periódicos.

—Su hija está ahora en el café. Se lo está pasando en grande y se está atiborrando de helado.

—A Claudia le gustan los niños. Ahora Franco ya ha crecido y lo que le hacen falta son nietos. ¿Le apetece algo, señora Appleyard?

¿Un té o un café quizá?

—No, gracias.

—No me gusta dejar cabos sueltos —me dijo—. Yo no fui quien contrató a ese detective privado. Creo que le he visto una o dos veces merodeando por el café. Claudia también se fijó en él… A su manera ella y Franco son muy buenos conmigo. Pero yo no contraté a ese hombre, se lo prometo.

—Ya lo sé.

—En cambio, quiero decirle quién lo hizo. Es inquietante, ¿sabe?

—Lo entendí mal, señor Martlesham. No era usted quien buscaba a su hermana, sino ella.

Asombrado por lo que había dicho, se volvió para mirarme de frente. El lado izquierdo de su rostro estaba en peor estado que la última vez. Supuse que ese verano había sufrido otro derrame. Se mojó los labios y se inclinó sobre la mesa, llevándose la mano ahuecada a la oreja.

—¿Quién?

—Su hermana Nancy.

Se reclinó contra la silla. Respirando con dificultad, tiró del pañuelo que llevaba en el bolsillo del pantalón, se dio unos toques con él en la frente, se sonó la nariz y me pidió:

—Cuénteme qué sucedió. Se lo ruego.

De modo que le expliqué que Francis Youlgreave había mantenido su promesa y que Nancy era, en efecto, toda una dama y en más de un sentido. Le conté que había hablado con ella y traté de describirle guion Manor House. Me prestó atención, asintiendo despacio con la cabeza.

—¿Quiere que le dé su dirección? —pregunté.

—No.

Guardamos silencio unos instantes. La boca del anciano se movía como si masticara palabras. Lo veía como un anciano, cuando solo tenía sesenta y siete años.

—Era un buen hombre —dijo Martlesham al fin—. El canónigo Youlgreave era un buen hombre. Siempre he dicho que lo era.

—Ya lo sé.

En ese momento surgió mi oportunidad. Tenía la oportunidad de hacerle la pregunta. Quizá sería la última ocasión que tendría para hacerlo, pero yo no quería hacerlo, porque Martlesham se estaba

muriendo y nadie es capaz de afrontar de golpe la verdad pura y dura, ya sea sobre otros o sobre nosotros mismos. Miré a mi alrededor, a aquella sala repleta de muebles procedentes del antiguo Ministerio de la Guerra. Quería irme a casa, quería regresar a Veedon Hall con Henry.

—¿Cree usted que fue un buen hombre? —soltó Martlesham con un grito que me sobresaltó—. ¿Lo cree? ¿Lo cree?

Su tez se había encendido. La mano derecha, la que no había sido afectada por el derrame, temblaba sobre el cartapacio. Pensé que tal vez estaba al borde de otro ataque.

—Creo que hizo cosas buenas —respondí— y que también hizo otras malas. Como la mayoría de nosotros. Aunque a lo mejor fue de un extremo al otro en ambos casos.

—¿Qué quiere decir?

—Su hermana, *lady* Youlgreave, contrató a Munro para localizarle y averiguar qué sabía la gente de Francis Youlgreave. ¿Por qué cree que lo hizo?

Encogió un hombro y respondió:

—¿Cómo lo voy a saber?

—He pensado que quizá podría adivinarlo. ¿Por qué ahora no quiere verla?

—Ya le dije por qué.

—Me dijo que, a su regreso de Inglaterra, usted habría sido una vergüenza para ella y que ella creía que la había vendido. Puede que ambas cosas sean ciertas, pero hay algo más, ¿verdad?

Levantó la mano derecha sobre los dedos y se hundió poco a poco sobre el cartapacio, sin apartar la vista de la mano.

—¿Sabía que su tía vivió hasta hace muy poco, hasta julio?

Alzó los ojos y asintió despacio sin decir nada.

—¿Y sabe que también tiene usted un primo… Wilfred Gotobed?

—¿Habló con ellos?

—Sí.

—¿La tía Em habló con usted?

—Procuró medir sus palabras, naturalmente. Tuvo que hacerlo. Por la misma razón por la que usted tuvo que hacerlo. Y *lady* Youlgreave. Sobre todo *lady* Youlgreave.

Arañó el cartapacio con las uñas, como si quisiera arrancar algo.

—Estoy cansado. Debo pedirle que se vaya.

—Así lo haré —accedí.

Me puse en pie, me alisé la falda y cogí el bolso.

—Pero antes de irme, señor Martlesham, le diré qué creo que sucedió. La señora Gotobed dijo que, cuando quería casarse, los niños eran un problema, pero se refería a los niños de su hermana, porque Sammy Gotobed no los quería. Cuando hablé con ella creí que se refería a usted y a Nancy, pero eso no tenía sentido, porque usted más o menos ya se había emancipado. Ya trabajaba en el palacio arzobispal antes de morir su madre y ya vivía allí. Luego, el canónigo Youlgreave lo envió a Canadá. En cualquier caso, usted no era una carga para su tía.

—Estaba muy mayor. Se confundía en cuanto a la edad que tenía.

—Y luego usted me dijo, la última vez que le vi, que su madre había muerto al dar a luz. La señora Gotobed me contó que, antes de casarse con el sacristán, vivía en una casa alquilada y los hijos de su hermana habían ido a vivir con ella. La casera se quejó de la molestia que causaban los niños y lo mucho que ensuciaban. «Yo no soy niñera». Eso le dijo.

Las manos de Martlesham estaban completamente quietas.

—Aunque usted hubiera vivido con ellos, un chico de trece años con trabajo no habría necesitado una niñera.

Los ojos de Martlesham eran los de un anciano, rodeados de piel arrugada y empañados. Me fijé en una lágrima que se formaba en el párpado inferior del ojo derecho.

—Dijo los niños —maticé—. Más de uno.

Martlesham no abrió la boca. Parpadeó y la lágrima se desvaneció.

—¿Qué fue del bebé?

No respondió. Nunca respondería. Como tampoco lo haría ninguno de ellos. Francis Youlgreave había dado a los tres, a Simon, Nancy y la tía Em, un futuro a cambio del bebé. Había sido fácil. Apenas quedaron unos restos del crimen.

—Podría averiguarlo —amenacé—, podría ir a Somerset House y buscar el certificado de nacimiento.

Martlesham se estremeció y algo parecido a una sonrisa se dibujó en aquel rostro descompuesto.

Entonces entendí que no serviría de nada, que aquel nacimiento

no se había registrado. Era un niño de una barriada pobre, un huérfano al que los vivos no querían y del que se esperaba que fuera a morir. De modo que incluso la víctima había sido legalmente inexistente, de la misma manera que Rosie no podía ser legalmente una asesina.

Un niño recién nacido es tan pequeño. No es de un tamaño muy distinto a un gato o a un pollo, y es mucho más indefenso. Es posible que Simon y la señora Gotobed no supieran qué iba a ser de él, aunque tal vez lo podían suponer. Pero ¿y Nancy?

Simon Martlesham no era capaz de mirarme a los ojos. Salí cerrando la puerta con cuidado. Me limpié los ojos y me soné la nariz. Al otro lado de las cintas, Rosie estaba sentada en medio de un público femenino que la admiraba mientras se terminaba un cuenco de helado con mucha ceremonia. Me costó un poco llevármela. La mujer de rostro triste no me dejó pagar la cuenta.

El taxista levantó la cabeza de *The Post* que estaba leyendo al vernos salir del café. Le hice una seña con la cabeza y señalé la cabina telefónica de la esquina de Fetter Passage. Tomé la mano caliente y pegajosa de Rosie y tiré de ella para ir a llamar. Abrí la puerta de la cabina y me llegó una vaharada caldeada de orina y vinagre.

—Huele mal —se quejó Rosie—. ¿A quién vas a llamar?

—A una persona. Espérate fuera si quieres.

Esperó junto a la cabina hablando con Ángel, mientras yo llamaba al número de información. Tuve suerte, pues temía que el número de guion Manor House ya no figurara en la guía y sabía que si no lo hacía en ese momento, jamás lo haría. «Consume la mejor parte. Solo y nada más. Pues en ella reside el más profundo arte…». Las embarazadas tienen antojos extravagantes y miedos repentinos y abrumadores. Eso pensaría Henry cuando se lo contara. Si es que se lo contaba.

Una voz femenina desconocida crepitó al teléfono. Apreté el botón, dije mi nombre y pregunté por *lady* Youlgreave.

—Dígale que llamo con motivo de su tío Francis.

Aguardé con la mano izquierda sobre la barriga, sobre mi niño. Unos momentos después, *lady* Youlgreave se puso al teléfono.

—¿Señora Appleyard? ¿Qué se le ofrece?

—Acabo de ver a Simon.

—¿A quién?

—A su hermano.

—Espero que no le haya dado mi dirección.

—Él no quiere verla.

—¿Y para qué lo ha molestado ahora?

Estaba sumida en una marea de emoción, rabia y miedo, asco y compasión cada vez más fuerte.

—Sé lo que pasó. Sé lo del bebé.

—¿No me diga? ¿Y de qué bebé se trata?

—Su hermano pequeño… o su hermana. El niño que Francis Youlgreave compró. ¿Era un niño o una niña? ¿Le llegaron a poner nombre?

—¿Cómo dice?

—¿Le ayudó a matarlo?

—Tiene usted una imaginación muy fértil —se burló *lady* Youlgreave y colgó.

—¿Por qué lloras? —me preguntó Rosie al volver al taxi por Fetter Passage.

—Porque las personas son una mezcla terrible de bien y de mal —respondí, pues no tenía ganas de fingir.

Rosie echó la cabeza atrás como si hubiera dicho algo tan infantil que fuera deleznable.

—Nadie es perfecto —afirmó—. Excepto Ángel.

ANDREW TAYLOR (4 de octubre de 1951, Stevenage, Reino Unido). Se licenció en Literatura Inglesa en el Emmanuel College de la Universidad de Cambridge, obteniendo un master en Ciencias de la Información en la Universidad College de Londres. Ejerció diversos trabajos hasta que en 1981 se dedicó de lleno a la escritura. Varias de sus novelas, han sido llevadas a televisión.

Se ha convertido en uno de los autores más asentados en el ámbito de la novela de misterio. Autor de novelas juveniles, policíacas y *thrillers* psicológicos, su obra, publicada en una docena de países, ha sido galardonada con numerosos premios, entre los que destacan el Cartier Diamond Dagger, el Ellis Peters Historical Dagger (es el único autor que lo ha ganado en dos ocasiones) o el premio Martin Beck otorgado por la Crime
Writer's
Academy sueca. Además, *The Times* seleccionó *Un crimen imperdonable* como una de las 10 mejores novelas policíacas de la década y ha recibido el aplauso unánime de la crítica tanto en Europa como en Estados Unidos. En España se dio a conocer con *Un crimen imperdonable* y con la Trilogía Roth.